GM/369

NR: 344742

GM/569

94 (460).061

España - Historia - 1808-1814. Guerra de la Independencia

PINA FERRER, Victorio

PÁGINAS DE 1808:

memorias de un patriota (levantamiento de Zaragoza)

Zaragoza : [s.n.], 1889 (Imp. de C. Ariño)

R.: 53-687

IN VERITATE
LIBERTAS
UNIVERSIDAD SAN PABLO CE
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

Á LOS PERIODISTAS DE ARAGON

Recibid propicios, queridos compañeros, este libro que os dedico.

Los únicos títulos que lo recomiendan á vuestra benevolencia y á la del público, son la intención y fines que me guiaron al escribirlo.

Victorio Pina

EN LUGAR DEL PRÓLOGO

Algo de *cicerone* hay en el prologuista y algo y aun algos suele haber de impertinente oficiosidad y malaventurada pedantería en el *cicerone,* para que hacer veces de tal no meta á quien lo osare en peliagudo aprieto y más que deslucida tarea.

Sería de prudente y bien aconsejado dejar vacías de palabras á las que han de resultar pobres de ideas y mustias y descoloridas páginas por la amistad reservadas á mis estériles esfuerzos; pero perder una buena compañía es menguar en honra y huir ocasion de mostrar afecto figúromelo peor que caer en peligro de aparecer torpe, desaliñado ó ignorante. Vague solo el lector por las *Páginas de 1808,* que harto motivo hallará en ellas para solazarse con útiles enseñanzas é instruirse con sabrosos episodios, interesantes personajes, descripciones gallardas y situaciones vigorosas; y pase de largo y sin mirar estos renglones que tienen, al mérito de lo malo, hacer desear lo bueno.

Bien así como de noche cerrada ó de furiosa batalla de nubes nace aurora brillante y deslumbradora ó rayo destructor y fulgurante, y luego, al reconstruir la fantasía el hecho y sus orígenes y pormenores solo halla impresión de la plácida contemplación del sol naciente ó del profundo terror del fuego que se quiebra en ángulos hasta quemar la tierra, sin caer en la cuen-

ta de que la chispa surgió de algun choque y la luz iluminó lo que en tinieblas yacia, de los grandes sucesos históricos quedan en el alma de los más, que son los menos doctos, una emoción vivísima escitada por un heroismo sublime, pero ni se dan á pensar causas de lo que admiran, ni aprecian si la elaboración de aquellas decisiones ó la explosión de tales sentimientos aparecerian tan magníficas como los mismos acontecimientos que engendraron.

En los más nobles actos, reflejo de elevadas conciencias de un indivíduo ó de un pueblo, es más hermosa ordinariamente la lucha contra la flaqueza y el egoismo que les precede, que el acto mismo. Como que en esa contienda de lo excelso y espiritual contra lo mezquino y miserable está la razón de su grandeza, porque si no hubiera peligro en el combate no nacería la gloria del triunfo.

El prólogo de la epopeya suele ser un drama, y las pasiones humanas conmueven tanto como admiran aterrando los hechos de titanes y genios.

Un momento de ese linaje presentan las *Páginas de 1808.*

Victorio Pina, que por amor á la belleza es literato, y por afan de verdades tiene merecimientos para ganar título de gran conocedor de la historia y erudito concienzudo, y por tributo á la patria siente con entusiasmo sus glorias y estudia con predilección las épocas de su vida; Victorio Pina fijó su atención en los acontecimientos que precedieron á los *Sitios de Zaragoza* y su intuición artística adivinó que las figuras que en el fragor de la batalla, rojas de sangre y negras de humo, destacábanse grandiosas, habian de aparecer bellas antes de ser trágicas, y buscó la pasión en el tránsito de la vulgaridad al paroxismo.

Es la primera vez que de los sucesos antecedentes á los *Sitios* escriben con extensión y detenimiento. El meritísimo Alcaide, cronista eximio de la lucha y el que mayor importancia dió á la narración del levantamiento y armamento del paisanaje, se ocupa muy poco en referir estos hechos; zumbábanle los oidos con ecos de cañoneo y brillaban sus ojos con destellos de bayonetas, sables y picas, y como soldado no podía inquirir mucho más allá del primer estampido de fusil.

El ilustre autor de los *Episodios nacionales* no enmienda ni llega, en este orden de méritos, al Sr. Alcaide

La mayoría de los escritores que antes y después, en mono-

grafías, estudios biográficos, novelas ó cuentos, hicieron referencia á la época, ni dibujan siempre correctamente, ni sus pinceladas son del todo francas ni vigorosas del todo, ni su color es igualmente verdadero ni brillante sin desmayo. Sus cuadros son hermosos muchas veces, pero su pecado es la falsedad ó la deficiencia. No enseñan bastante, aunque deleitan mucho.

Pina, cuando pensó en que la idea tendría buena realidad en el libro, estudió papeles inéditos, recogió tradiciones, unió datos, comprobó hechos en lugares, hizo verdadera labor histórica, cuyos más preciosos resultados eran verdades desconocidas ú olvidadas, y con material de tanta valía urdió una sencilla fábula que habia de prestar belleza á la verdad, color á la linea, movimiento á la figura é interés al cuadro.

Los primeros años del presente siglo tienen atractivo extraordinario, son testigos de una evolución que habia comenzado con un esfuerzo negativo primero, luego demoledor y vivificante mucho más tarde al levantar edificio nuevo donde los materiales inservibles se deshacian al embate de lo viejo sólido y lo joven fuerte.

Europa siguió con emoción de actor uno de los más grandes episodios humanos, empezado en los *estados generales* el 9 de Julio de 1789 y concluido el 18 de Junio de 1815 en Waterlóo·

Y España no quedó fuera de aquel torbellino, que pasó por el suelo nacional dejando las ideas en Cádiz y la bandera española, ensangrentada pero firme y altiva, en Zaragoza y Gerona.

La época es de las más interesantes y de las menos conocidas. Desde 1800 á 1815 conservan la mayoría de los aragoneses un solo recuerdo, simbolizado en un ramo de laurel sobre una fosa inmensa, y en la serie de sucesos, ignorados generalmente, que constituyeron origen de las proezas y sacrificios de los dos *Sitios* hay mucho bello que admirar y mucho bueno que aprender.

Razones son estas por las que Pina, si merece dictado de original, no es menos acreedor á ser tenido por discreto y atinado en la elección de campo para su actividad.

Las *Memorias* exhumadas por Victorio Pina reflejan fieles personajes que fueron, mezclan episodios verídicos á situaciones que animó la fantasía, conservan costumbres, reconstruyen monumentos y edificios, cuidan de guardar los nombres en

cuanto es compatible con escrúpulos de esquisita delicadeza, son una resurreción de Zaragoza en 1808.

Y en el conjunto campea la rectitud é imparcialidad de juicio, la sensatez y la cordura de tan apreciable modo, que formaría esta cualidad mérito muy culminante si no anduviera compitiendo con las galas del estilo y la ingeniosa factura de la obra.

Allá van mezcladas en las *Páginas de 1808* sesudas reflexiones con agudezas truhanescas, máximas de meticulosa severidad con burlas y atrevimientos, todo tan en su punto y sazón dicho, de tal manera armónicos los contrastes y correctas las palabras y respetuosos los pensamientos, que nada enrojece, ni las psicológicas observaciones ennoblecen el mal y dan categoría de virtud á la miseria, ni los naturalismos del lenguage salpican y manchan, ni las ideas pesimistas ó las propagandas en cierto sentido fatigan con declamaciones y burdas asechanzas.

Pina en punto á arte alardea de buen gusto. Tiene muy insignes novelistas el siglo de oro de la literatura española y es incomparable el lenguaje de los Luises de Granada y de Leon, de Cervantes, de Hurtado de Mendoza, de los Argensola, para que los modelos se oculten y la elección dificulte el éxito. Allí se inspiró Pina para decir gallardamente, y de cuál fué la ventaja de tan fructuoso estudio, hay pruebas más que sobradas y más que felices en las *Páginas de 1808.*

Estas *Memorias* son primera parte que tendrían quizás segundas y muy buenas si en el benevolente agrado del público hallara alientos la modestia del autor. ¿Continuarán? Los que conocemos la presente obra y estimamos el buen camino que inicia y la buena disposición del escritor, confiamos. Victorio Pina temerá seguramente.

Motivos para esas inquietudes no existen; las razones para la confianza son varias y quizás la primera el patriotismo. ¿Pesará este lo bastante?

Decidirá el lector, y para dar espacio á su juicio buena ocasion de dejarla es esta, si piensa en ello para no distraerle y si no para que quede á solas con la tentacion del ofrecimiento.

R. Castro Gardeta

8 Marzo 1889

MEMORIAS DE UN PATRIOTA

(LEVANTAMIENTO DE ZARAGOZA)

I

¡Benditas sean las almas buenas! ¡Vivan y vivan por miles de años los corazones generosos! Sin aquellas y estos fueran más intensos y generales los sufrimientos y cuitas de los desheredados de bienes de fortuna, y muchos, innumerables de los que se encaramaron en altos puestos y ostentan en cuellos y pechos bandas y condecoraciones, y son distinguidos con los tratamientos de excelencias y usías, é intervienen poderosamente en las más trascendentales resoluciones y asuntos de la Iglesia y del Estado, confundidos é ignotos en el inmenso monton de los pobretes, subvendrían á las necesidades de la pícara existencia, bien con el jornal que les propor-

cionara su industria ú oficio ó con el que les produjera, cava que cavarás, el cultivo de la tierra.

¡Benditos sean los corazones magnánimos! Sin ellos, el anciano autor de estas memorias, perdido en las soledades de los montes y bajo la influencia de una atmósfera glacial en invierno y de un sol asfixiante en verano, hubiera sentido correr su vida ó en las faenas del pastoreo ó en las de arrancar mezquinos productos á tierras ingratas y de secano.

Sin almas generosas y corazones benéficos, yo que, con la carga de los años, me dirijo vacilante en busca del centro de gravedad, el sepulcro, no te relataría los curiosos acontecimientos que precedieron á los Sitios de Zaragoza en que intervine hasta derramar mi sangre.

Sírvanme de proemio é introducción las líneas que anteceden. Y pues que vas á hojear estas páginas, no holgará que sepas quién soy y de dónde procedo. Ni la vanidad y mucho menos el orgullo, como te persuadirás, son los acicates que me determinan á exhibirme. Desde muy jóven adquirí la convicción de que hada embustera es la primera y mentor insensato el segundo.

Llamáronme Ramoncico en mi niñez y adolescencia. En la plenitud de la vida y en la senectud fuí y soy conocido por Mosen Ramón. Nací en Perdiguera y me cristianó en la pila de su iglesia pa-

rroquial D. Bonifacio Ferrer, un presbítero que antes de ser investido con este carácter, sufrió mucha sed y hambre, pero no de justicia, pues militó á las órdenes de Ricardos y otros no tan excelentes y famosos generales, y por demasiado notorio se calla que en aquellos tiempos los defensores del pabellón español y custodios del orden interior de la patria, vivian, por escaseces del erario é ineptitudes gubernamentales, de lo que allegaban, como probarían elocuentemente, á ser posible, los mesoneros y demás vecinos de ciudades y pueblos que duermen tranquilos sueño eterno, infelices españoles que contribuían con frecuentes alojamientos y otras pechas y gravámenes á sostener la fuerza en armas.

Mi padre, hijo cuarto y último de un matrimonio bien acomodado con domicilio en un pueblo del alto Aragón, despues de fallecidos los suyos, cayó bajo la tutela de su hermano mayor, avaro en acumular é insaciable en el trabajo de los que concibiera el mismo seno.

Cierto es que durante algunos años aumentó el acervo familiar. No es menos exacto que los tres hermanos restantes, por una aberración legal, vislumbraban un porvenir de escaseces que se trocó en oscurísimo y sin ráfaga de claridad el día que el primogénito y heredero, por empresas ruinosas y re-

veses de la fortuna, fué despojado de la hacienda doméstica y lanzado á las incertidumbres del trabajo diario y personal, desapareció sin que hasta la fecha se tenga noticia de su paradero.

Los otros hermanos, pobres, pobrísimos, sin más bienes ni ajuar que el vestido puesto y el de los días festivos, con lágrimas y hondo pesar en los corazones, se dispersaron á la ventura, y el que más adelante fué mi padre, robusto mozo, á largas jornadas, rendido y acobardado, despues de dos días de camino, llegó una noche á Perdiguera, é invocando el nombre de Dios solicitó hospitalidad y compasión en la primera casa que halló.

No le fueron negadas en aquella vivienda de braceros. Formaban la familia que en ella vivía uno del campo conocido por Manuel, *el pelegrino*, su esposa Cármen, un hijo, rapaz de unos catorce años, y dos hijas, Sebastiana y Rosa, de veinte y diez y siete, respectivamente, garridas y hermosotas, á cuyos semblantes frescos y arrebolados asomaban la inocencia y candor de la virginidad del corazón y del cuerpo.

Refirioles el infortunado huesped su desamparo; les interesó con la relación de sus desventuras y desgracias; no les ocultó sus zozobras, y al recibimiento afectuoso siguió el que compartiesen con él alegres y expansivos su frugal cena y, á falta de

otra cama más mullida, le arreglaron un sitio en la pajera en que descansó mejor que sobre vellones ó plumas.

Amaneció el día, marchó *el pelegrino* á su labor, y de regreso por la tarde á casa dijo al huésped:

—Lorenzo, no perecerás de hambre: si quieres ganar jornal vendrás mañana conmigo á los campos del hacendado D. Simeón, á quien he contado tus desgracias y compadecido te admite entre sus trabajadores.

Hízolo así. Satisfecho aquel propietario, transcurrido algun tiempo, de la honradez y laboriosidad de Lorenzo, considerólo como bracero permanente y adoptó éste como suya la familia de *el pelegrino*, quien lo mismo que su mujer, hijo é hijas hicieron para él las veces de segundos padres y hermanos, uniéndose por fin matrimonialmente con Sebastiana ocho meses despues.

De ese enlace que anudó el amor y bendijo el sacerdote nací yo. Padres cariñosos fueron, y en holocausto del deber augusto de la maternidad se sacrificó la que me comunicó juntamente con la vida la compasión para los que sufren y lloran.

Frisando yo en los cinco años, saltaba, corría y triscaba con otros de mi edad una mañana de Diciembre cerca de la balsa del pueblo, cuando no pudiendo resistir el precipitado y violento empuje

de dos de mis compañeros que venían á la carrera en dirección contraria á la que yo seguía, caí y sumergime en el agua. Mosen Bonifacio y otro vecino que se hallaban próximos al sitio acudieron á mi socorro, consiguiendo sacarme vivo de la balsa, si bien casi asfixiado y aterido de frio. Por consecuencia del zambullido y para remate del contratiempo acometióme una pulmonía que el albeitar, único profesor del arte de curar que había en Perdiguera, calificó de gravísima.

¡Pobre Sebastiana! Los insomnios, las vigilias, el escaso abrigo y principalmente los espantosos hielos de aquel invierno le inocularon la muerte durante mi enfermedad. Su exuberante naturaleza comenzó á languidecer y apocarse: la flaqueza y amarillez reemplazaron á su vigorosa complexión y colores, y la tísis, esa maldita dolencia, eterna esfinge de la medicina, que aviva la fantasía y excita la sensibilidad, segó su existencia.

Tuve razón suficiente para llorar la pérdida; carecí de ella, sin embargo, para comprender adecuadamente su intensidad.

Afectado profundamente mi padre y bajo la presión del pensamiento lúgubre, nunca, jamás á partir del aciago acontecimiento, se vió que la más fugaz sonrisa animara sus mejillas ni labios.

El recuerdo de su amante compañera vivió siem-

pre enardecido y pujante en su alma. El culto á ese recuerdo fué tan ferviente y expresivo que se le calificó de insensato y monomaniaco.

La falta de madre estimuló á toda la familia á que reconcentrara en Ramoncico el mágico sentimiento del amor que embellece y colora con tintas brillantes los horizontes de la existencia.

Crecí. En proporción del desarrollo físico se aumentó en mí el deseo de saber escribir y leer como el bondadoso Mosen Bonifacio, mis convecinos, don Simeon y varios niños.

Hasta este período de mi vida he hablado por referencia. Envueltas mis ideas en las brumas de un largo pasado, vagas é informes, intentaré recordar y relataré, siquiera toscamente, las vicisitudes porque pasé y hechos que me sucedieron en aquella corta edad.

Todos sabemos que en España, país de valientes y de soñadores, se despreciaron en los pasados siglos infinitos planes más beneficiosos que los de conquistar á estocada limpia comarcas y regiones que á la postre no pudo retener el leon español evitando que se desasieran de sus garras. Ganaron nuestros antepasados, derrochando riquezas, sangre y heroismo, grandes batallas; satisficieron su vanidad aprisionando esclarecidos reyes y celebérrimos caudillos; sojuzgaron un nuevo mundo; tuvieron in-

mortales poetas que celebraron con magníficos versos tan altas hazañas; famosos prosistas grandilocuentes y correctos que las consignaron, y mientras construyeron universidades suntuosas que nos envidiaron otras naciones, no se cuidaron ó se cuidaron muy poco de ampliar, extender y uniformar la instrucción primaria. Esta, origen y venero de todos los elementos de prosperidad social, no era asunto de importancia que mereciera distraer la atención de los reyes, favoritos y estadistas, ocupados unas veces en meditar estupendos, aunque ruinosos planes de engrandecimiento territorial, y entretenidos otras en cuestiones baladíes cuando no en proyectos descabellados.

En la mayoría de las localidades rurales, por importantes que fueran, la enseñanza elemental constituía un mito. Más afortunadas las ciudades, proporcionaban á su niñez los beneficios de la instrucción los sabios y modestos profesores que se denominan escolapios y unos pocos seglares que leian de corrido y escribian en su mayor número con ortografía harto discutible.

Perdiguera era una de las excepciones privilegiadas de la regla general. El ex-sargento y ecónomo D. Bonifacio agrupaba á los hijos de sus feligreses, *et gratis* y amable, con pacientísima labor y algunos desembolsos, domesticaba y pulía las

agrestes inteligencias, aleccionándolas, pues no era un Mariana ni un Vives, con lo que sabía.

Aprendí con él á leer correctamente y á trazar en el papel signos que algunos años más adelante parecíanme, por lo toscos, letras chinas.

Y aquí por entonces hice punto en mi instrucción que no la olvidé.

Zagal de ganado por espacio de algun tiempo, mientras pacía ó sesteaba, deleitábame con algunos libros que me proporcionaba el benemérito sacerdote y preceptor, experimentando indecible alegría cuando me facilitó la historia de la Conquista de Méjico escrita por Solís.

Tanto entusiasmo me produjeron las heroicidades del primer marqués del Valle y me interesaron tanto las cuitas del valeroso é infortunado Motezuma, que por leerlas y releerlas descuidé mis quehaceres, lo que me valió que el mayoral de cabaña me sentara diferentes veces la mano y aún el cayado en las espaldas mientras tarareaba ó cantaba con malicioso sonsonante:

A los de Mallen
Les gusta trabajar poco
Y comer bien.

Pasados tres años, llevome de nuevo mi padre á su lado diciéndome estas palabras que no he olvidado:

—Hijo mio, somos pobres y no tenemos otras rentas, bienes ni capellanías que los brazos y cuatro yuntas de tierra: solo quisiera ser rico ¡Dios me oye y lo sabe! para que no fueses jornalero y llevarte á Zaragoza, donde me dicen el señor cura y don Simeón que, con el tiempo y estudiando, serias hombre de provecho. Y pues Dios ha querido que trabajes la tierra, cúmplase su santa voluntad.

Con toda la que tenia le secunde y ayudé en las labores compatibles con mis escasas fuerzas.

Tres años haria proximamente después de lo referido, cuando la antevíspera de Santa Beatriz, patrona de Perdiguera, hallándome solo sentado en una de las márgenes de la era guardando unos fascales de trigo, vislumbré en el camino dos ginetes. Aproximáronse y por sus hábitos blancos comprendí eran dos frailes de la Merced. A falta de quitasoles, percataban con anchos sombreros sus cabezas de los ardorosos rayos del que recorria el firmamento sin nubes ni celajes. Llegaron donde estaba y preguntándome cuánto distaba el pueblo, respondiles que hora y media. Entonces dijo el uno al otro:

—Hermano Braulio, desmontemos y aunque la tarde está calurosa y no hay árbol ni caseta que den sombra, saque algo de las alforjas que reanime y echemos un bocado: tripas llevan pies y más con

estas mulas que no se encuentran mejores de aquí á Huesca.

Desmontaron y me apresuraba para cojer los ramales, pero el lego, que tal era el hermano Braulio, me lo impidió con estas palabras.

—Déjalas, muchacho, no se espantarán, son mansas como demandaderas de monjas.

Alijeró el intenso, el abultado abdomen de las alforjas, colocando en el verde cesped una cazuela llena de costillas y una bota de vino. Invitáronme y escusándome de aceptar, reiterome el otro fraile con cerquillo al ofrecimiento, añadiendo cariñoso:

—No seas tímido, niño: para los tres hay y aun sobrará: come, y cuanto más, mejor.

Tomé de manos del lego una costilla y un buen trozo de pan y antes de que los concluyera, mi propinante habia embaulado en su corpachon media docena, rociándolas con frecuentes tragos.

Observé que el otro mercenario, á quien el hermano trataba de *padre reverendo* y que más tarde supe se llamaba de apellido Abadía y era el respetable y sábio rector del convento de San Lázaro de Zaragoza, comía con parsimonia y no gustó el vino.

Tampoco lo gusté, llamando mi sobriedad extraordinariamente la atención del lego, que exclamó:

—¡Pardal, labrador y no bebes de lo tinto que es la teta de los hombres! *¡malum signum!* Tú en-

flaquecerás y si no te pudre la tierra, ni podrás manejar el *aladro* ni cargarte, aunque llegues á mozo, como yo, tres cahices de trigo. Mal oficio has tomado; sin vino ya te veo ético y delgado como una lombriz.

Dirigiome el P. Abadía varias preguntas acerca de mi familia, que satisfice sin omitir la defunción de mi buena madre, y habiéndole contestado afirmativamente á su interrogación de si sabía leer y escríbir, sacó de las alforjas un manuscrito que leí sin titubear.

—¡Bien, muchacho!—exclamó satisfecho.

Su alegría subió de punto cuando recité de memoria un largo fragmento del libro de Solís. Al terminar, despues de prodigarme alabanzas y estimularme para que no olvidase lo aprendido, dirigiose al lego diciéndole:

—Traiga, hermano, tres de esas grandes chuletas de cerdo que llevamos de regalo á Mosen Bonifacio y algunas confituras para que este niño deleite su paladar.

Recogí el nuevo donativo, levantáronse y montando, se despidieron y continuaron su ruta.

Amaneció el día de la fiesta, predicó en la misa solemne el rector de San Lázaro un panegírico que á juicio de los *sabios* del pueblo, incluso el tio *Saboga*, sacristan, muñidor y sepulturero, fué el más

excelente que oyeron los perdiguerenses, corrióse por la noche, sin averías, fracturas ni lesiones, aunque con muchos sobresaltos, un toro de ronda, y pasado otro día de jolgorio volví á mis ordinarias faenas.

Noté á los pocos días que mi padre, sin perder la melancolía, estaba más animado y expansivo que de costumbre, y una noche, terminada la cena, ordenóme fuera á ver á Mosen Bonifacio.

Aunque siempre campechano y jovial, recibiome con extraordinarias demostraciones de alegría y encerrándose conmigo en una salita, dormitorio, capilla doméstica y despacho á la vez, satisfecho de que el ama, una viuda sexagenaria, virtuosa y caritativa, pero entrometida y curiosa como la generalidad de las mujeres, no fisgoneaba por la cerradura ni rendijas de la puerta, sin preliminares ni exordios se expresó en estos términos:

—Dios en figura del P. Abadía, querido Ramoncico, te vino á favorecer. ¡Pásmate, muchacho!; su paternidad reverendísima, que tiene buen ojo y sutilísima inteligencia, comprendió ¡loado sea Dios! que has nacido para más altas cosas que *destripar* terrones y desea con verdadero empeño que vistas la blanca librea de San Pedro Nolasco, ó más claro, que seas fraile mercenario. ¡Ah, picaronazo, tunantuelo, cómo lo embobaste con tu monita la tarde

aquella que se paró contigo en el campo!; aunque, á decir verdad, yo que soy un zote, un mostrenco en comparación de mi sabio y excelente amigo el rector de San Lázaro, previ, antes que él, que con un buen protector puedes llegar á donde no lo consiguieron algunos hijos de los ricachones de estos pueblos que, dicho sin ofensa á la caridad, han sobresalido en Zaragoza y Huesca no por su despejo en los estudios, sino por manirotos y tiradores de barra.

El asunto para que te mandé venir y que te he manifestado, es de suma trascendencia; en él estriba tu porvenir. Te recomiendo que para tu decisión no mires que asegurarás la coqueta ni te ilusiones con que andando el tiempo llegarás á rector, obispo ó cardenal: la vida monástica se ha de abrazar para ser más fiel servidor de Dios y de los prógimos que nosotros los sacerdotes seculares que *á fortiori* tenemos que alternar con el mundo, sin que entre para adoptarla ninguna mira que envuelva interés material. Las reglas de las órdenes religiosas conducen, observadas con escrúpulo, al sacrificio y abnegación: su rigidez tiende á sublimar la parte moral del que las acepta, inmolando en su obsequio las satisfacciones, alegrías y deleites, materia pura que agrada á la carne y que risueña ofrece la sociedad, inmenso cacero sembrado de lazos para aprisionar

las almas. Piénsalo con detenimiento: y aunque su paternidad me apremia en carta recibida hoy para que explore é influya en tu voluntad, te aconsejo de nuevo que lo medites mucho. Si es insuficiente una semana, emplea un mes, dos, cuatro en reflexionar, y te encargo eficazmente que cuando te hayas decidido me lo digas como Cristo nos enseña: sí ó nó.

Con franqueza diré que si bien no comprendí la mayor parte de los conceptos de Mosen Bonifacio, entendí el más culminante; que repetí á mi familia palabra por palabra las indicadas por el presbítero; que mis abuelos y tios, en su simplicidad, dieron rienda suelta á la de sin hueso, trazando proyectos egoistas y haciendo congeturas inverosímiles de mi elevación futura; que confiada á la *reserva* del tio *Saboga* la entrevista comunicóla en todos los tonos y con extremos exagerados á los buenos vecinos y que, aturdido yo, no cerré los ojos en tres noches consecutivas.

Por fin mi turbación é intranquilidad desaparecieron: la serenidad quiso ejercer sus fueros. ¿Pero qué juicio había de formar en mi corta edad de un asunto tan importante? Todas mis nociones respecto á los claustrales se sintetizaban, de conformidad á lo que había oido, en que poseían muchas y excelentes fincas, que se alimentaban bien, que sus hábitos eran de la más escogida lana, que muchos

de ellos llegaban á ser definidores, maestros y obispos y que algunos eran famosos predicadores; en fin, miraba á los frailes con el prisma más halagüeño y material, fijándome únicamente en la superficie vistosa, sin penetrar en el fondo.

Mi guía y consejero D. Bonifacio, para llevar luz á la cámara oscura de mi entendimiento, recurria á símiles y metáforas no usadas por nuestros clásicos, terminando nuestras conversaciones por comparar unas veces el rector á un capitan y el provincial á un brigadier englobando los simples frailes en compañías y escuadrones de los que eran cabos, sargentos y oficiales los padres lectores, maestros, definidores, etc., etc., gerarquía dilatada y complicada en exceso que choca, segun lo que entiendo, con la sencillez de la sociedad Iglesia, cual se modula en la ley escrita del Cristianismo. En otras ocasiones, á falta de más clara comparación, decíame el ecónomo:

—Figúrate, Ramoncico, que el P. Abadía es el alcalde de Perdiguera y que los religiosos fueran los vecinos: que manda arriba, pues arriba, que abajo, abajo todo el mundo, que á recomponer los caminos vecinales, pues á recomponerlos, todo esto sin que te preocupes de mañana, seguro de que no te ha de faltar calzado ni vestido, albergue cómodo y alimentos nutritivos y sanos.

Tras de no pocas conferencias en que Mosen Bonifacio apuró toda su elocuencia, me decidí á ser fraile: se lo comunique, dióme un fuerte abrazo, convidóme á comer y cenar en su casa siempre que gustase, y previo mandato á mi padre de que el chico se abstuviera de las labores agrícolas, escribió una carta entusiasta é inconmensurable al rector dándole cuenta de mi determinación.

Todos, menos mi padre, se regocijaron de mi propósito: se asustaba ante el pensamiento de la separación. Grande fué el sacrificio al consentirla: solo mi bienestar le obligó á que se consumase.

En 27 de Febrero de 1803 desmontaron en la puerta de la casa de mi maestro un lego y un mozo de mulas que algunos meses después casó con mi tia Rosa: venian á buscarme para seguirlos á Zaragoza. A la siguiente mañana, abrumado el corazón y humedecida la cara por los besuqueos y lágrimas de mis deudos y paisanos, dejé para siempre á Perdiguera: descansamos en Villamayor, en casa de Alcrudo, el Mayor, que nos obsequió regalándonos con lo mejor de su bodega y despensa y llegamos á Zaragoza cuando los postreros rayos del sol besaban las veletas y chapiteles de sus bellos campanarios mudéjares.

II

Ama la ballena el fondo de los mares donde impera como omnipotente señora; el león y el tigre las cavernas donde nacen sus cachorros; la culebra el agujero que le oculta del hombre su enemigo, y el gorrión, ese tunante de los pájaros, la casa ruinosa en que forma su nido.

Si esas fieras y animalitos dotados de espíritus imperfectos aman los antros submarinos, las madrigueras y edificios, natural es que agradecido recuerde con placer y cariño el convento en que encontré habitación, vestido y pan, y fué el génesis del modesto bienestar que disfruto, sin que tema á las genialidades é inconstancias del favor ni á la

política, madrastra de los clérigos rurales y de muchos de los que en las ciudades permanecen alejados de centros y palacios en que sobran adulaciones y flexibilidades de espinazo.

¡San Lázaro! No previeron, ni aun sospecharon, Fr. Linás que te engrandeció y otros bienhechores de más pequeña cuantía tu trágico fin. Desaparecieron tus espaciosas y bien distribuidas celdas, colmenas en que se elaboró la miel de la ciencia; tus ámplios y oreados claustros, que convidaban en verano á desechar la modorra hija del calor; tu limpia y grandiosa cocina, donde expertos maestros en el arte del guiso condimentaron excelentes platos que obraban el prodigio de resucitar á los anémicos y refocilar los paladares de reverendos padres y linajudos personajes; tus enjalbegadas y extensas bodegas, donde la selección del fruto, limpieza de los envases, operaciones del trasiego y cuidado de hábiles vinateros, convertían el zumo de la uva en néctar más delicioso que el que escanciaban los dioses mayores y menores del Olimpo; tu copiosa biblioteca, cuyos raros infolios y manuscritos fueron utilizados por confiteros y comerciantes de ultramarinos para envolver dulces, garbanzos y clavillo; tu soberbia escalinata de mármol con columnas dóricas, maravillosa construcción; los preciosos lienzos de tu sacristía, reproducción

de las obras de Marati; las delicadas pinturas, bellas imágenes y filigranas artísticas de los altares de tu templo; los riquísimos ornamentos, jocalias y alhajas de tu tesoro y la monumental y bien surtida farmacia que suministraba, por amor de Dios, costosos medicamentos á los enfermos pobres desparramados por los campos y torres jurisdiccionales del Arrabal.

Las bombas lanzadas por la ambición de un César de maravillosas inspiraciones, y los proyectiles con que respondió al reto el heroismo de un pueblo, acumularon en enorme ruina los primores del arte con los casquijos y yeso de tus muros. Del grandioso edificio solo restan paredones instables y requebrajados que buscarán constante equilibrio el día menos pensado en el profundo lecho del caudaloso Ebro, y en tu solar se eleva un cuartel de cuyas troneras sale un eco que dice á Zaragoza: "pasaron los Mercenarios, huyeron, pero les sustituimos los profesos de otra religión, que somos la fuerza disciplinada y defensora de las instituciones: ¡ojo, ciudadanos!„

Y sigo mi relación.

Desmontamos en la puerta del convento á tiempo que la campana reunía los frailes en el refectorio, saliéndonos al encuentro el P. Abadía y otros que dividían con él los cuidados del régimen y ad-

ministración. Recibiéronme afectuosos, cené con escaso apetito y me acosté en una limpia cama.

No dormí. Los estruendos del rio al chocar sus aguas en los cimientos del edificio de una parte y de otra el torbellino de ideas que se ocultaba en mi cerebro, mantuviéronme en vela, enderezando unas veces mi pensamiento á mi querido padre y deudos, y otras al mundo nuevo que circunscribían cuatro paredes.

Oí el sigiloso andar del rector que inquiría si los religiosos trasnochadores meditaban, rezaban ó estudiaban, y al amanecer el estridente ruido de la carraca despertadora me asustó: parecióme el rechinar de dientes de un mónstruo que abandonando el Ebro se hubiera escabullido en los claustros que recorría buscando á quién devorar. El abrir de puertas, el murmullo rezador y conversaciones de los frailes me tranquilizaron.

Pasadas algunas horas, la voz del P. Abadía despertome de mi ensimismamiento y reflexiones con estas palabras:

—Te encargo, Ramoncico, que veas, observes, calles y estudies mucho: he designado á Fray Ruperto Mandura para tu maestro.

Me parece que aún tengo presente á este mercenario virtuoso é ilustrado. De talla alta, escesivamente alta, y más que medianamente encorvado,

color bilioso y ojos grandes negros de escasa vivacidad, no correspondían sus brazos cortos á sus piernas flacas como de cigüeña. Enfundaba su largura en un hábito de tosca bayeta, hablaba tan apenas con sus colegas de profesión y la dureza de su carácter se aumentaba en proporción de que se hacían más frecuentes sus dolores. Padecía del estómago.

Buscaba lenitivo y distracción en la pesca. Así que por la mañana, por la tarde, á todas las horas que mi enseñanza y el rezo divino le dejaban líbres, cubierta su cabeza con un ancho sombrero de jipijapa, se le veía, caña en ristre, por las orillas inmediatas á San Lázaro, brazal del Corneta y acequia del Fraile, extendiendo sus escursiones al Gállego y aun á Rimel.

Se trasfiguraba Fr. Ruperto cuando titilaba el corcho. Se despojaba su semblante del habitual ceño, bañándose de sonrisa angelical. Se acentuaba la metamórfosis al sumergirse aquel en las aguas, prorrumpiendo en exclamaciones alborozadas cuando la trucha, carpa, tenca ó barbo, despues de algunas carreras por su líquido elemento, era sacado á la orilla, y se exteriorizaba por el contrario su irritabilidad en mohines, gestos é imprecaciones inocentes, si desasiéndose el pez del acero ó rompiendo el pelo aparecía el cabo de este sin pesca.

Doctor máximo en la pacienzuda diversión, coloso intelectual de los pescadores de caña, el primero entre los más expertos de su época, consultábanle aquellos y seguían sus consejos más sumisos y confiados que los paganos que acudían á obtener respuestas de la sacerdotisa del templo de Apolo en Delfos.

Exponía con admirable método y lucidez pasmosa las propiedades de los cebos, "draga„, lombriz, pan, grillos, pepitas y otros: clasificaba las estaciones del año en que debían usar preferentemente uno ú otro en corrientes, acequias, pedregales, delgados, pozos y descorrederos, haciendo de la pesca un arte ó ciencia ¡qué se yo! tan difusa y compleja como la física.

Tengo, sin embargo, para mí, que el eminente pescador era más ideólogo que práctico, fundándome para esta apreciación en que los alumnos que acudían puntuales todas las tardes á su aula de la orilla del Ebro, delataban con la flaqueza y poco lustre de sus megillas mucha necesidad y los remiendos de sus chupas, calzones y medias denotaban exceso de miseria.

La constante preocupación de facilitar medios á los famélicos y sencillos miembros que constituían entonces y hoy el manso gremio piscatoril, determináronle á escribir un librito, ¡maravíllense uste-

des! y por cierto en latín, que contenía cuantos consejos y avisos habían de menester para practicar provechosamente su industria. He aquí su título: *Tyrocinius seu methodus necesarius ad omnes qui dedicant inteligentiam, vires et patientiam ad nobilisimum et inocentísimum artem piscandi cum arundine*. Los desarreglos de su estómago, mitigados de día por la pesca, sujetábanle á frecuentes insomnios, debiéndose á estos que se desarrollara en su cráneo la ciencia sideral.

Todavía recuerdo ¡válgame Dios! las muchas noches que pasaba descifrando los misterios ó mentiras de los astros. Comenzaba invariablemente sus experimentos nocturnos persignándose y rezando algunos versículos del salmo "Laudate pueri„, y despues de graduar y nivelar el telescopio, montado en un trípode, verdadero mamotreto que ni aun servía para distinguir claramente los objetos á quinientas varas, lo enfilaba al horizonte que se limitaba más allá de la diputación del reino y esbelto cimborrio del papa Luna, y arrebujado en su ámplio manto, indiferente á las heladas y escarchas, mira que mirarás, transcurrían las horas de la noche para tornar la siguiente á la misma operación.

Está fuera de discusión que Fr. Mandura creó la escuela de los astrónomos zaragozanos auténticos y falsificados. Yagüe, présbita, Castillo, semicie-

go, Manolo Lapiedra, que no debe, á lo que entiendo, ver mucho, y otros sabios que labraron su celebridad en el observatorio del puente de Piedra ó paseo de la Ronda, sin otros instrumentos que los ojos, fueron sus más renombrados sucesores.

No se crea sin embargo que aquel constante luchador contra las dos esfinges, las estrellas y la pesca en sus tres aspectos de corcho andando, corcho tirado y á la tendida, degeneraba en mentecato ó loco de los que recorren sueltos y sin la simbólica manga verde las calles y plazas. Aunque tocado Fr. Ruperto de tales chifladuras, era serio, reflexivo y formal: discurría bien y profundizaba hondo: poseía vasta y selecta erudición, y recitaba de memoria larguísimos fragmentos de los clásicos griegos, romanos y españoles y de los santos padres, maravillando su saber cuando raciocinaba para demostrar el fundamento de sus preferencias por Platon, á quien llamaba divino, por Ciceron, orador de nervio y clarísimo, á quien disimulaba las contradicciones y lisonjas que se hallan en sus obras, y al gran Tácito, á quien denominaba el más eminente de los historiadores, lamentando su concisión en determinadas páginas de los anales.

En esos modelos y en las obras de Mariana, Estella, San Pedro Crisólogo, San Juan Crisóstomo y en las arengas tribunicias del celebérrimo Savona-

rola, de este dominico que pagó su amor á la verdad y á los oprimidos, muriendo en una hoguera, formó su criterio, justo en la mayoría de las ocasiones, apasionado en muy pocas, y casi siempre disconforme del de sus compañeros de orden y de muchos frailes de cordon alto pertenecientes á distintos conventos, cuando conversaban y discurrían acerca del gobierno de Carlos IV, á la sazón reinante, de las virtudes públicas y privadas de su cónyuge María Luisa, de la sumisión filial, rectas intenciones y sabiduría del príncipe de Asturias, el que fué D. Fernando el *Deseado*, del patriotismo, firmeza y civismo de los encopetados personajes que allá por los madriles y sitios reales llamábanse á sí mismos enfáticamente los más robustos sustentáculos de la monarquía española, de la religiosidad y pudicicia de las ilustres damas y camaristas que daban explendor á la corte, y de la capacidad intelectual y honrado proceder de los secretarios de su Magestad y elevados funcionarios que les secundaban en su calamitosa obra de arruinar y empobrecer á la nación.

Los disentimientos de Fr. Mandura con aquella cohorte de eminencias claustrales, que aunque notables catedráticos y famosos oradores sagrados, no sospechaban la formidable crísis que palpitaba en el palacio real y en España entera, produgeron su

abstención de las conversaciones y su parsimonia de palabras y razonamientos, convencido como estaba de que no les persuadiría de que la España del siglo XIX era distinta de la del XVI y el infelizote Carlos IV, la antítesis de Felipe II, de voluntad férrea y perspicaz talento, servido y secundado por generales ilustres, valerosos y audaces y por conspícuos diplomáticos, arteros, impenetrables en sus objetivos é intenciones, experimentados en manipular los resortes y mover las ruedas del soborno é intriga y hábiles en glosar y traducir á la realidad las máximas de Maquiavelo.

Otras condiciones no menos loables reunía Fr. Ruperto: amaba como hacienda propia á sus discípulos, y mortal desafecto del salvaje axioma de que "la letra con sangre entra„, general entonces á los ilustrados é ignorantes, lo repudiaba prácticamente, insinuándose cariñoso en el ánimo de sus discípulos, á los que estimulaba y agradaba, involucrando en sus explicaciones anécdotas, chistes, cuentos y episodios: en suma, era tan excelente pedagogo como pescador y enseñaba deleitando.

Tal era mi maestro, á quien dejaremos por ahora.

Profundo psicólogo el P. Abadía, presto conoció mi exquisita impresionabilidad, y penetrado de que sería fiel y agradecido como un perro de Terranova al que se grangeara mi afecto, se propuso man-

tenerme alejado de amistades y franquezas: esmerose para que mis preferencias se fijaran en la entidad convento de San Lázaro, no correspondiendo los resultados á sus esperanzas, ilusiones y propósitos. Mis afectos se reconcentraron, no se alarmen ustedes, en el cocinero Fr. Zenon.

¡Qué bromista y divertida es la naturaleza! En un momento de buen humor hizo el cuerpo de ese lego taustano á semejanza de enorme peonza, adicionándola con voluminosa cabeza limpia por completo de pelo: clavó bajo su deprimido frontal, sin orden ni concierto, algunas cerdas que le servían de cejas: contábanse fácilmente las de sus párpados y se movían pesadamente dentro de las cavidades dos ojuelos mezcla de verdosos y azules. Carnosos en demasía sus carrillos y asaz belfo el labio inferior, se descolgaban confundiéndose con la barba.

A poco que se le tratara comprendíase el hombre interior. Al repartir la Providencia sus dones, prodigóle inventiva y habilidad, una y otra extraordinarias, para discurrir y combinar manjares, negándole en absoluto ideas de otro género. Vestía, se alimentaba y dormía forzado por su organismo y obedeciendo á la costumbre. Sin la orden de la Merced, el bienaventurado Zenon se hubiera muerto por falta de conceptos propios y de expresión.

Niños de teta, parangonados con mi amigo el cocinero, son todas las celebridades contemporáneas nacionales y extranjeras que se inmortalizan con sus salsas entre los vapores de las ollas, sartenes y cacerolas y el humo de las cocinas de los palacios y fondas.

Faltó un Lope de Vega ó un Balbuena ó Ercilla, y si uno de estos famosos poetas no, por lo menos un Carulla, que cantara las admirables hazañas y proezas cocineriles del gran Zenon.

A propósito de este incansable destructor de conejos, liebres, pollos, perdices y demás volátiles, recuerdo que el P. Loscos, el Camacho de San Lázaro, que desde la embajada de París, donde se hallaba á las órdenes del rumboso y tenaz procer aragonés Conde de Aranda, Excmo. Sr. D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, saltó al convento de la Merced de Barcelona, para ser trasladado posteriormente al mencionado de Zaragoza, aristócrata por nacimiento y educacion, de trato ameno y distinguido, elegante hablista y amigo de la buena mesa, saludaba bondadoso y decía al Alejandro Magno de los cocineros: "¡salve, famoso Zenon!; ¡salve, repostero eximio!; ¡tú, solo tú eclipsastes las glorias de tus predecesores!; ¡tu nombre se remontará en alas de la fama y traspasará los montes y los mares!„

Con Fr. Zenon intimé, repito, y si no le hice con-

fidente y depositario de mis dudas, cavilosidades y escrúpulos infantiles, debiose á que me convencí de que él anciano y yo chiquilicuatro, conocía mejor que él aquella sociedad monacal que nos protegía y mimaba.

Aún existe la calle de Jesús, en el Arrabal de esta ciudad y todavía no se ha desmoronado la casita, de blanca fachada, cortada por ventanas, en que vivian las pocas personas que conocia y trataba mi amigo.

Todas ellas han de ocupar preferente lugar en estas páginas, motivo principal para que las presente á mis lectores.

III

Dos mujeres, madre é hija, constituían la familia que habitaba esa casa, morando tambien bajo el mismo techo, en clase de huesped, Telesforo el *Socarrado*.

Los vecinos del suburbio y los de *intra* muros de Zaragoza, nunca pudieron saber con seguridad el pueblo natal de Bárbara, *la Canija*, que con estos nombre y apodo se conocía á la madre.

Mientras sospechaban unos que aquel pueblo se hallaba enclavado en la mísera provincia de Soria, no faltaban otros que guiados por inexactos indicios creían que nació en Teruel, no existiendo ninguno que pudiera envanecerse de haberla oido

hablar de su infancia y adolescencia, ni de cierto período de su juventud.

Entendimientos curiosos y holgazanes en asuntos de más interés y sustancia, discurrieron que una mujer de tan corta historia en sus mocedades, por precisión debía tenerla larga y accidentada, y partiendo de esa sospecha, comenzaron á escudriñar y averiguar para conocerla en conjunto y detalladamente.

Se comprende tanta curiosidad. La *Canija*, con sus cuarenta y seis años, que á lo que aseguraba esa edad tenía, era una reguapísima y arrogante matrona, pulcra en su vestir como un armiño y airosa en sus movimientos y *andares* como una caspolina.

Por fin surgió el mago que se adjudicó la gloria, no se sabe á punto fijo si justa ó injusta, de haber descifrado el problema, descorriendo el tupido velo que ocultaba el arcano de algunos años de la codiciada y apetecida mujer.

¡Y vaya qué mago!: D. Liborio Salafranca. De sesenta y más años, rico, locuaz por hábito y vanidad y malicioso en extremo, sin otra profesión, quehaceres ni obligaciones que percibir las rentas de su pingüe patrimonio, compuesto de tierras de primera y excelentes fincas urbanas, dedicaba las doce horas del día y algunas de la noche á la murmuración y á la chismografía: no toleraba ni admi-

tia otro igual ni más superior en su vocacion de cronista y narrador de lo que debiera permanecer oculto. Gozaba lo que no es decible en exponer con desnudez completa, salpicada de reticencias y guiños de ojos, las acciones, genio, modo de vivir, ridiculeces, vicios y virtudes de todo el género humano.

Lo mismo los zaragozanos que los forasteros que afluian á la capital por negocios ó distracción, todos, sin diferencia de hombres y mujeres, caían bajo la retina, observacion y lengua difamadora del entremetido viejo, siendo tantas y variadas las noticias de vidas agenas que desembuchaba, que hubiera hecho verosímil y aún creible la ficción de que un genio preternatural, chismoso, burlon y hablador, levantaba los tejados para dar el gustazo á D. Liborio de ver las interioridades y secretos de las familias y propagarlos á otros maleantes y desocupados.

No se ocultaba á este Asmodeo de peluca, ni lo que sucedia en los palacios de la calle de D. Juan de Aragon, ni del Coso, ni lo que pasaba en los casuchos de las del Turco, Gato, Rebolería y San Pablo: conocía las debilidades, pasatiempos y flaquezas de las encopetadas damas y de las artesanas y labradoras; refería como si las hubiera fraguado las intriguillas de los regulares y canónigos en las elecciones de los conventos y cabildo; expli-

caba el medio de que se valió el hebdomadario de La Seo para averiguar que no todas las raciones que se distribuian al personal alto y bajo del templo máximo de San Salvador, eran de reses finas de la tierra; parodiaba los gestos y repetía las cuchifletas, chuladas y burlas con que los alguaciles de la audiencia satirizaban á varios magistrados que padecian sorderas periódicas y arrellanados en sendas moscovias se dormian con beatífica inocencia y sin escrúpulos cuando se informaba en asuntos de importancia, y se hacía eco de las murmuraciones de los empleados en otras dependencias públicas que, entre fumada y fumada, clavaban el diente en la reputación de sus jefes, por si gastaban más de lo que permitian sus asignaciones ó aumentaban el caudal muy de prisa, y hasta señalaba los tugurios donde pernoctaban los matones y perdidos después de haber dejado tristes recuerdos de su paso por algunos barrios.

Qué más: su lujuria de hablar desconsideradamente de todo el mundo, le indispuso años antes á los de que escribo con el canónigo y literato Arteta, á quien insultaba apodándole ramplon, le malquistó con el desgraciado poeta del Plano, á quien calificaba de volteriano, sufrió una enérgica reprimenda del insigne D. Ramon Pignatelli, á quien motejó por asistir con frecuencia á una tertulia cé-

lebre é inocente y ni el mismo escolapio P. Basilio Boggiero se libró de sus chanzonetas.

Tiene la verbosidad sus inconvenientes y la murmuracion sus quiebras, y dolorosa fué la que sufrió al último el feo vicio de Salafranca: una puñalada anónima y certera que puso en serio peligro su vida, enfrenó su lengua pocos años después de los hechos que refiero.

En la reunion del zascandil Boneta, que instaló su establecimiento, una tienda, cerca del templo de San Pedro, que fué derribado para ensanchar la actual calle de D. Jaime, se saborearon las primicias del descubrimiento del vejete. En aquel areópago ó sanhedrin, á que acudian y asistian devotos, el procurador Ginés, el zapatero Monsoriu, el escribiente Sandalio, Juanico, violinista del teatro, y Joaquinin, un Cupido, sin carcaj ni flechas, de las robustas montañesas que paseaban sus gracias por los porches del Mercado, recateando maravedises á drogueros y vendedoras, en ese areópago del que eran doctores y rabinos los mencionados, á quienes encajaba perfectamente el dicho de un mi compañero de periodismo, "de que se desayunaban con cabecicas de víbora„, se solazó y regodeó D. Liborio, relatando con vivos colores y pornográfico estilo, entre sonrisas, estupefacciones y carcajadas, las curiosas etapas juveniles de *la Canija*. Los miem-

bros de este senado de la calumnia y difamación, célibes ó más exactamente celibatarios, admiraron la perspicacia y penetración del gran colorista en describir, adjudicándole unánimes la supremacia en desenredar por el hilo más sutil el ovillo más enredado. De aquí en adelante ni aun á chistar se atrevieron cuando el cronista mordaz hacía la disección de alguna viuda, casada ó doncella. ¡Lo que puede la superioridad intelectual! ¡Tan avasalladora es la influencia del génio!

Bárbara, *la Canija*, segun las inquisiciones de don Liborio, ni vino á la vida en la provincia de Soria ni en la ciudad de Teruel. Labradores bien acomodados fueron sus padres y S....., entre Calatayud y Zaragoza, el pueblo en que lloró y sonrió por vez primera. Hasta los diez y ocho años, salvo en la hermosura y en la facilidad con que cambiaba de amores, no se distinguió de sus paisanas. Amaneció un día, y estas supieron con menos pesar que los mozos que la paloma había volado. ¿Por qué y á dónde dirigiera su vuelo? ¿sola ó acompañada?, se preguntaron.

Se murmuró, se aventuraron suposiciones y conjeturas y se dedujeron consecuencias, pero con exactitud al pronto nada se afirmó. Rumores más ó menos fundados, al cabo de unos meses, aseguraron haber visto á Bárbara ataviada elegantemente por

las calles de Madrid en compañía de un bizarro capitan de guardias walonas, natural tambien de S..., que el año anterior permaneció algunos meses en aquel pueblo, indicando los mismos rumores que la hermosa se trasladó de la coronada villa á la ciudad de Sigüenza, desde la que hacía frecuentes viajes á Guadalajara y Alcalá de Henares.

Ignorose por algun tiempo quién acudía á las necesidades de la garbosa y gentíl paisana nuestra, que llenaba con desahogo y rumbo; pero el demonio tiró de la manta y algunos habitantes de Sigüenza, por igual timoratos y escrupulosos é inclinados al husmeo, propalaron la idea, y no formaban juicios temerarios, de que indivíduos desconocidos penetraban sigilosamente de noche en el domicilio de la aragonesa.

El rumor llegó á oidos del corregidor de la ciudad Sr. Vigil, funcionario real que hacía caso de conciencia el que sus administrados quebrantaran, aun en el secreto de sus hogares, los preceptos del Decálogo, y tras el run, run, algunas confidencias le apercibieron de que la forastera adquiría fondos por caminos no rectos y medios no santos; bien protegiendo andarines de carreteras y encrucijadas, molestos saludadores de viandantes y arrieros, que sin temor á la justicia del Rey de los cielos ni al monarca español, se redondeaban; bien cobijando á los

que protestaban activa y prácticamente contra la tiranía del fisco que, exagerando su amor á la industria nacional, se encariñaba y apropiaba de los artículos y telas que se recataban de portazgos y aduanas, bien....., es demasiado vidrioso este último punto y puede fácilmente resbalar la pluma de este mosen para que no la ataje.

El desenlace de las hablillas y del asunto fué, que cediendo el corregidor á reiteradas excitaciones y frecuentes denuncias, apostó los hurones, alguaciles, cerca de la madriguera para que cazasen los gazapos que á ella acudían; pero ocurrió, caso frecuente en España, que avisada Bárbara, no se sabe á ciencia cierta si por un deudo del corregidor ó por el más caracterizado de los ministros de la justicia local, escurrió su persona á larga distancia, y si quiso entrar el corregidor en la casa de la fugitiva, tuvo que verificarlo fracturando puertas, encontrando nada entre dos platos: desnudas y sin muebles las habitaciones.

Cruzáronse en las carreteras, sendas y caminos los exhortos, mandamientos y requisitorias, ordenando en nombre de S. M., sin escusas ni dilaciones, la captura de Bárbara. Poco sagaces y afortunados los alcaldes, y más aguda y traviesa la perseguida, ni se la apresó, ni por entonces se conoció el punto de su refugio.

Cuando ya ningun seguntino se preocupaba de Bárbara, al anochecer de uno de los dias de Noviembre, montada en un mulo del arriero de la Puebla de Valverde, entró en Teruel y, dos dias más adelante, alquilaba casa en la cuesta de la Andaquilla.

En la patria de Segura y Marcilla, siempre al decir de D. Liborio, pagó al tribunal de la fé las cuentas que no saldó con la autoridad de Sigüenza.

Se la denunció de haber sonsacado á un pisaverde linajudo é idiota del domicilio paterno, á fin de que marchara subrepticiamente á la ciudad de las flores, en amor y compañía de una mozuela, nacida en Artesa, de la provincia de Castellon de la Plana, amiga y compañera de vivienda de Bárbara, y como figurase en autos una declaración en que se deponía bajo juramento que ésta, á cambio de oficios de Celestina, percibió parte y porción no exígua de una cantidad considerable que huyó juntamente con el galan, parte y porción que por de pronto quedó bajo la custodia de un escribano y que es de suponer volviera íntegra á su primer dueño; incoose proceso criminal, del que se inhibió el inquisidor de Teruel, por resultar méritos superabundantes para creer que la fuga de la amorosa pareja y de los dineros se consumó, valiéndose de amuletos, bebedizos é invocaciones de Satanás.

Fué sentenciada *justa legata et probata* la causa, y el brazo secular, exhibiendo á Bárbara ginete en un orejudo, proporcionó jolgorio á los grandes y chicos de Teruel y á muchos melenos de los pueblos cercanos, y pasados algunos dias de la ovación, fué conducida atraillada con otras hembras á Valencia.

Eclipse total oscureció durante algunos años la histórica personalidad de Bárbara. La nostalgia de la tranquilidad, el cansancio de los contratiempos, las desilusiones y sufrimientos, determináronla á buscar tranquilo puerto, anclando en Zaragoza para servir á un hornero francés, que más avaro que alegrote, con serlo mucho, no quiso hacer suya la apetecida alhaja, prévio un mezquino dote.

En son de guerra abandonó la casa de este industrial, y motivos tuvo para declarársela sin cuartel, con el fin de saborear las dulzuras del himeneo con un ex-tambor mayor, más entrado en años que mozo, empleado en salinas reales. Frontonio Canijo se llamaba y por ende apodaron á su consorte *la Canija*. Fruto ópimo de ese enlace fué Pilar.

Desafortunada Bárbara, tres, tan solo tres años llevaba disfrutando de quietud y abundancia, que su esposo se singularizó por lo económico y ahorrativo en paz y guerra, ahuchando muchas peluconas que aumentó con buenos negocios que refluyeron

tambien provechosamente en algunos arriesgados habitantes de Remolinos, cuando Frontonio, abrumado, sin duda, por la plétora de felicidad conyugal, capuceó con esta en el Ebro para no flotar de nuevo.

Dijose á raíz del suceso, añadía D. Liborio, que el ex-tambor mayor adoptó la resolución suprema por consecuencia del carácter altanero de su esposa y ciertos incidentes domésticos que se reproducirán mientras los hombres y mujeres permanezcamos en la grillera que llamamos mundo. Entonces, como hoy y siempre, pululaban los golosos de la fruta del cercado ageno: se repetirá eternamente la escena paradisiaca: débiles y nerviosas las mujeres, prestan demasiada atención á serpientes y culebrones melosos y seductores, ¿y qué ha de suceder? que muerden y no escupen la manzana prohibida.

Sospecho, y razones tengo para esta mi sospecha, que la viperina lengua del pertinaz hablador derramó el veneno de la impostura en la historia de las mocedades y distracciones juveniles de *la Canija* y en la exposición de los motivos que impelieron á Frontonio á buscar eterna quietud bajo el agua, obedeciendo D. Liborio al proceder tan livianamente, no solo al prurito de aumentar entre sus contertulios muchos quilates á su celebridad y mérito

de sagaz rebuscador en el cieno del escándalo, sino tambien al desquite de un resentimiento que, lejos de mancillar el honor de la gentíl matrona, lo encarece y eleva.

D. Liborio, abrasado por un deseo concupiscible, tentó con promesas halagüeñas y ofrecimientos pecuniarios el corazón de Bárbara, y el no rotundo que ésta le opuso y los reproches sarcásticos que dirigió al desvanecido viejo que andaba á caza de placeres afrodisíacos y expansiones voluptuosas, que mal se compadecen con la nieve de los años, aguaron las ilusiones y esperanzas del acaudalado propietario, tomando la revancha con extremar su sevicia en el relato.

La Canija, durante algun tiempo, fué la presa arrojada á la voracidad de los compinches de Boneta, que apuraron toda su malicia y la derrocharon para adobar y aderezar con pintorescos y realísimos comentarios, suficientes á ruborizar un marmolito, los hechos relatados por el desairado Salafranca.

Y fortuna que la reguapísima hembra no se apercibió de las incisiones y sajaduras que hicieron en su reputación aquellos chisgaravis y desolladores en secreto de famas, prontos de lengua y de manos tardos, pues de haberlas sentido, capaz era de concebir y llevar á cabo una venganza ruidosa, que no le faltaban bríos ni coraje para desfogar su

indignación, no ya en tales malandrines, sino en hombres alentados y valientes, como lo demostró más adelante en los Sitios y especialísimamente al evitar con efusión de sangre propia y derramamiento de la agena, que los afrancesados, dirigidos por Telesforo, consumaran un proyecto execrable que hubiera producido numerosas víctimas, episodio gloriosísimo bastante á purificar y redimir á la María Egipciaca más encenegada en el fango lúbrico.

No se atrevió, y fué raro dada su idiosincrasia, el osado y atrabiliario vejete, escorpión de larga casaca y cumplida chupa, floreadas de chillones colores, pañolon rodeado al cuello que le subía hasta más allá de la nuca, trípico cuyos extremos en forma de media luna rozaban los hombros y desproporcionado baston de grande y labrada empuñadura de oro, á salivar la inocencia de Pilar, amable y hermosa hija de Bárbara: se asustó de rebajarse y nivelarse al sapo que no logra manchar con su espumarajo la azucena que ha crecido cabe su agujero.

Y pues que precisa conocer á la bella jóven, intentaré presentar su fotografía. Gallardamente airosa y esbelta, más gruesa que delgada, coronaban su perfecta cabeza sedosas y abundantes guedejas del color de la mora sazonada por los rayos de Agosto. Sus aterciopeladas pestañas cobijaban grandes y rasgados ojos, color azabache, sirviéndoles

de precioso marco la cara ovalada y trigueña, matizada suavemente de rosa, y guardaban admirable proporción las líneas y perfiles de la barba y megillas con la elevada y espaciosa frente, nariz aguileña y labios ligeramente pronunciados, teñidos de trasparente carmin. Del busto prominente por la parte anterior arrancaban los brazos, terminando en diminutas manos largas y delgadas y pequeños dedos, y por bajo de la ceñida falda azul, en que se dibujaban las curvas de sus desarrolladas formas, asomaban los chiquitos pies encerrados en chapines sujetos á la torneada pierna por cintas purpurinas que entrelazadas se ocultaban á la vista.

Al cuerpo hermoso animaba un espíritu delicado, impresionable y puro. Piadosa sin los recelos ni esquiveces de la mogigatería, afable, sencilla y donosa en la conversación, inclinada mejor á la soledad que al bullicio y atolondramiento, veraz, sincera y enemiga abierta de la crítica, motejo y burla, movía la cabeza de un hombro á otro en demostración de enfado y disgusto, cuando alguno calificaba irrespetuosa ó desenfadadamente las acciones de los superiores ó ancianos.

Teñíanse en subido rubor sus megillas si se trataba de algun asunto espinoso que afectaba directa ó indirectamente á la reputación de alguna de su sexo, bastando que la conociera de vista y mucho más

si era su amiga, para que se colocara de su parte y se constituyera en defensora suya.

Sóbria en palabras por razón de que reflexionaba si podría ser involuntariamente indiscreta, y obsecuente á la experiencia é ilustración, cedía sin disgusto ni violencia al parecer ó dictámen de los demás, y amante por instinto de la belleza, debilidad y candor, se encariñaba de los pájaros, flores y niños, demostrando especialísima predilección á los huérfanos que ó no habian saboreado ó habían gozado poco tiempo de las ternezas y caricias maternales.

En aquella época, que no se atendía generalmente con el cuidado y desvelo necesarios á la instrucción literaria de la mujer, lo contrario de estos tiempos que se cansa y marea á muchas con mil nociones de artes y ciencias, que de poco ó nada sirven para el más perfecto cumplimiento de los hermosos deberes que impone la obediencia filial ó la maternidad, Pilar escribía bien y leía correctamente, siendo tal la confianza que merecía á los honrados habitantes del Arrabal que, prescindiendo de los múltiples conocimientos y servicios de su convecino *Chabota*, notario en esperanza y memorialista efectivo y mentor de todos los habitantes de Alfocea, Juslibol, San Juan de Mozarrifar, etc., etc., que venian á Zaragoza, campeón insigne que sucumbió glorio-

samente en el segundo sitio por salvar la vida de su jefe, el heróico y estrafalario comandante D. Mariano Renovales, acudían á la amable Pilar, y le confiaban los secretos más recónditos de sus familias y sus afecciones, alegrías, recelos y cuitas personales.

Y qué ufana se manifestaba cuando alguna madre, esposa ó amada la requería para comunicarse epistolarmente, por su medio, con el idolatrado hijo ó amante marido ó suspirado novio.

En ese terreno de las confianzas sinceras, de los amores sin disfraz, de las ilusiones embriagadoras y de las promesas enardecidas, identificábase con las ideas y sentimientos de sus confidentes, y los períodos y las frases de las cartas rebosaban, segun los asuntos, ternura, persuasión, apasionamiento, ayes exuberantes de cariño maternal, espansiones púdicas y tiernas de almas ansiosas de que terminara la ausencia.

Con estas bellas condiciones y hermosas cualidades físicas y morales de Pilar, se adivina que fuera el angel bueno de su madre á quien sugestionaba. Dios y *la Canija* eran los séres que asumian las palpitaciones y latidos de su pecho y corazón y en ellos principiaban y concluian la actividad y aspiraciones de su alma.

Bien persuadida estaba de ello *la Canija*. Corres-

pondía con delirio y frenesí al cariño de su hija, y alegre si ésta se mostraba alegre, triste si entristecia, amaba ú odiaba lo que Pilar quería ó aborrecía, anticipándose á satisfacer sus gustos y deseos, y rodeaba su existencia de todo lo que podía complacerla y agradarla. Solo su hija la calmaba y apaciguaba cuando la contrariedad, el disgusto y la murmuración sacudían sus manejos de nervios de leona; que á tal se parecía Bárbara si algun incidente la irritaba.

Presumo que algún malicioso dirá para sus adentros: "sin duda esta crisálida monástica, este demonche de fraile en agraz, obtuvo galardones anticipados de Pilar por sus encomios y alabanzas póstumas„.

Perdono el temerario pensamiento. Y puesto que el descargo de mi conciencia lo exige y quizás no se presente otra ocasión oportuna en este libro, debo significar que á los muchos y desinteresados favores de que fuí deudor á la hija y la madre, correspondí con mi cariñoso afecto, que hicieron fraternal las comunes desdichas y glorias comunes que acompañaron y siguieron á los célebres Sitios de esta heróica ciudad.

En mi admiración por Pilar me entusiasmé con su felicidad cuando adolescente; bendije contento ante el ara santa su enlace con el que eligió su co-

razón, famoso en la guerra de la independencia y mucho más en la porfíada contienda que el derecho antiguo y el moderno entablaron y riñeron; bauticé regocijado los hermosos renuevos de su venturosa unión y juntamente con estos y su esposo lloré amargamente el dia que pagó el ineludible tributo á la madre.

Vive y vivirá mientras me quede un suspiro la gratitud á las dos heroinas zaragozanas y aprovechando esta ocasión, les pago otra vez con este recuerdo mi deuda sagrada, y prosigo mis memorias.

IV

La ilación de estas y la relación íntima que guardan con ellas los personajes que voy exhumando, me obligan, aún á trueque de cansar á mis lectores, á exponerles otro tipo que no carece de interés: Telesforo L....., *el socarrado*.

Mientras tengo racionales dudas y sospechas de que fueron calumniosos los datos biográficos de *la Canija*, que conocemos por D. Liborio, no vacilo en afirmar que son ciertos, ciertísimos, los que poseo de aquel titan zaragozano, y además de ciertos, asaz curiosos.

Oidme, y os convencereis de que no exagero. Muchos, muchísimos vecinos de los pueblos de esta pro-

vincia y no pocos de las de Teruel y Castellon de la Plana, conocieron allá, por la segunda mitad del siglo pasado, á una quinquillera, natural de Daroca, apodada la *sargantana*.

Su cognomento, segun reza uno de los cinco libros de la parroquia de Santiago de aquella ciudad aragonesa, fué el de María del Carmen L....

Quinquilleros ambulantes sus padres, al descansar, que harto lo necesitaban, en la tierra de que fuimos formados, continuó la hija el tráfico acompañada de una hermana y cuñado mientras niña, y sola cuando llegó á mujer.

Excepcional por lo valiente y arriesgada fué la joven buhonera. Impávida y serena por trasmisión hereditaria y especie de judío errante con faldas por vocación y negocio, recorría lo mismo en Junio que en Diciembre los caminos con dos asnos cargados de género.

Viajar en aquellos tiempos, no obstante lo mucho que limpió de bandidos las carreteras y caminos el ilustrado y paternal Carlos III, constituia un acto de verdadero heroismo. Exponíase el que lo verificaba sin escolta á no referir las peripecias de la marcha ni á comunicar sus conocimientos prácticos de geografía, pues que los industriales de las sendas y encrucijadas no solo se incautaban de los equipajes y cargamentos que sorprendian, sino que

más feroces y sanguinarios que los que practican ahora el mismo *oficio* en las ciudades ó á campo raso, hacian las más de las veces enmudecer eternamente á los despojados.

Nunca indicó María del Carmen que le sobreviniera percance alguno, tanto más de extrañar, no solo por lo indicado, sino tambien porque sus correrías mercantiles se prolongaban hasta cerca de Castellon de la Plana, terreno montuoso y solitario á trechos, donde no es difícil ni extraordinario ver detrás de un jaral la boca de un trabuco ó retaco y en la llave la mano de un mal intencionado, celoso ó vengativo y encontrarse una bala, sin buscarla, dentro del cuerpo.

Llegó una época en que se alteraron visiblemente las facciones de la doncella y se engrosó su talle, fenómeno que no pasó desapercibido á los inocentes serranos de Ejulbe, Villarluengo y La Mata, pueblos en que establecía por entonces su comercio, y curiosos naturalmente por saber y conocer al autor de asunto tan personalísimo, algunos de aquellos angelotes de calzones y chaquetas azules, rascándose la oreja y guiñando el ojo izquierdo, interpelaron y volvieron á interpelar á María, la cual, después de algunos ¿y á vosotros qué os importa? contestó por primera vez sin grandes aspavientos ni lamentaciones, que camino de la Iglesuela á Mi-

rambel había sido forzada por un desconocido, buen mozo y por las trazas *señorico* que, á excepción de su cuerpo, no tocó sus animales ni le robó el género.

En Torrecilla de Valmadrid se hallaba al sentir los síntomas del alumbramiento, que se verificó felizmente asistida por las caritativas vecinas.

Tuvo en la pila al reciennacido la señora Gregoria Hasta, que, aunque labradora, por su generosidad y educación era más noble que muchas que ostentaban en puertas y salones cuarteles heráldicos, solemnizándose el acontecimiento con bateo para los muchachos y abundante merienda para los hombres.

Por primera vez desde que le despuntó la razón interrumpió *la Sargantana* durante unos días su comercio, y nunca jamás volvió á ser ultrajada.

Creció *el Sargantano* y si bien con la edad é inteligencia se le desarrollaron juntamente grandes aficiones á las correrías, odió desde que balbuceó la primera palabra el comercio en sus múltiples ramos. Doce años tendría á lo sumo, cuando por estirar los piés á su sabor y probar su resistencia en una caminata, desapareció, sin aviso previo, una noche de verano de la villa de Mediana, dejando llorosa y desesperada á su amante madre.

El viandante, sin más maleta ni equipaje que las alpargatas, calzones y cachucha y en mangas de

camisa, salvó la distancia que lo separaba de la Cartuja de Aula Dei, no tocando pueblo ni caserío: comió en ella lo que le dió el hermano portero, quien le regaló además una *cuaderna*, é imitando á las hijas de Lot, que no volvieron la cabeza atrás, llegó á Zaragoza entre tres y cuatro de la tarde, no sin que antes remojara su cuerpo en las cristalinas aguas del Huerva.

Siempre fué muy independiente y novelero Telesforo. El, que amaba la libertad como el pulmon el oxígeno, el árbol la humedad y la abeja la flor del tomillo, en posesión de omnímoda independencia, inauguró su vida pública, sediento de emociones.

Que las encontró es indudable. El mocoso ¡jolines! se dió aquella misma tarde un hartazgo de dicha, extasiándose ante los gigantones de la Audiencia que, cachiporra alzada, parece la van á descargar en los transeuntes, y después se dirigió á la calle del dios Baco y mirando hito á hito á ese inmortal pitimista, cabalgando sobre un tonel, y á los animaluchos que sostenian el expresivo ramo ó cesto revestido de hule, le sorprendió la noche.

¡Recontro y qué cosas tan majas había en Zaragoza! Sintió desconocidos é inefables placeres al recordarlas por la noche, y se alegró más y más de haber abandonado á su madre, que solamente lo traía á Zaragoza cuando necesitaba cargar género

del almacen del Sr. Puyol, un viejo con grandes antiparras y de mal génio ¡rediez!, aseguraba Telesforo, que siempre le machacaba preguntándole si sabía el catecismo y le decía á su madre: "*seña* María, este galopín dará una mala salida, porque no aprende la doctrina cristiana: hay que enseñarle los deberes religiosos con mucho jarabe de suela.„

Ahora, ahora, sí que podría campar solo y ver todos los días al dios Baco y gigantones, y no cuando le acompañaba su madre, que siempre ¡jolines! lo llevaba cogido de la mano.

Inexperto los primeros días de su estancia en Zaragoza, al sentir las acometidas y rebeliones de su estómago, cruzaba instantáneo por su cabeza el recuerdo de la abundancia disfrutada al lado de su madre, pero el pillin se reanimaba pronto con la esperanza de que al día siguiente llenaría la andorga.

Lo que menos le preocupó fué carecer de albergue por la noche. Es inmensa la posada de la luna y en ella durmió tres, y á la cuarta había encontrado, como el raposo, su cueva.

Bien pronto contrajo amistad con otros congéneres de su edad que ejercitaban sus mañas y astucia por la calle del Coso, porches del Mercado, puertas de Cineja y Valencia y otros sitios menos concurridos, y avispado hamponcito probó las dulzuras y

abundancia de nueva tierra de Promisión, sin más labor ni sudores que ir á recoger el alimento.

La comida de los conventos de San Francisco y Santa Engracia, que distribuían gratis los legos Serapio y Ramon, fué durante algun tiempo el sabroso maná que la Providencia hacía descender, entre once y doce de la mañana, sobre el pobrete. Aquellos caritativos hermanos, encantados de las agudezas y religiosidad del camandulero muchacho, que les mentia era huérfano de padre y madre, ahondaban el cazo en la olla, y á revuelta de garbanzos y aluvias, colmaban su cazuela de pitanzas de carnero, que no lo comía mejor ni el mismísimo señor marqués de Ayerbe.

Pero aquella Providencia que le daba el cuotidiano alimento, nunca le regalaba un maravedí. Y revolviendo su magín para proporcionarse los que necesitaba para confituras y golosinas y jugar á cara ó cruz y á las chapas, á todo lo cual era muy aficionado, recordó que los arrieros y tragineros eran rumbosos, y pícaro, aun en las acciones más insignificantes, mohino y pretestando que su única hermana estaba ciega y baldada su madre, sin otro amparo que el de Dios y el suyo, ofreció sus pequeños servicios á los que acudian al meson de mosen Francisco y posadas de Plasencia y Milaneses, recibiendo de ellos más dinero del que necesitaba.

Era el Creso de la desarropada granujería que en los carasoles ó á la sombra de las alamedas del Huerva ó asaltando torres y huertas se solazaba, burlando á los guardas y alguaciles del señor corregidor.

Imán es el dinero: su atracción misteriosa agrupó en rededor de Telesforo la mayoría de aquellos pequeños holgazanes, y como además de poseer algunas pesetas demostró práctica y contundentemente que no le faltaban serenidad, puños y atrevimiento, acabó por sojuzgarles, eligiendo de entre la caterva por predilectos camaradas á los que mejor sabian gastar el dinero y más inventiva demostraban en adquirirlo.

En esta escuela se inició y adiestró en el escabroso arte de *timar* y tomar, recibiendo al poco tiempo de aprendizaje, por aclamación de maestros y discípulos, la preeminente calificación de consumado *rata*.

Experto y poseyendo muchísimas agallas para trabajar fructuosamente solo ó acompañado, prescindió en absoluto de arrieros y frailes, y ya en el número de los enemigos de la propiedad agena, unióse con el carácter de confidente á cinco bravos, expectros negros de las gentes honradas y pesadilla de los fusileros y miñones.

Sin domicilio fijo, conocedores al dedillo de mon-

tes y llanos, de caminos y veredas, huyendo siempre de la luz como los murciélagos, pernoctaban de regreso de sus romerías y algaradas, que de peones se convertían en caballistas si algun golpe de mano lo exigía, en un casucho ruinoso y aislado de la Escopetería, donde como lobos, muchas veces enfurecidos los unos con los otros, se dividían el botin.

De pedrisco, chispa eléctrica y mujer airada líbrenos Dios. La paciencia de este sér infinito, cansada de las inútiles pesquisas y esfuerzos de la "justicia histórica„ para capturar los cinco bandidos que formaban la temible sociedad, permitió que se desenfrenara la lengua de la celosa manceba del capitan, y descubierta aquella, cuatro de los cinco que la constituían "bailotearon„ en el aire ante la muchedumbre arremolinada que se extendía por el Mercado y Tripería.

El trágico desenlace obligó á Telesforo y al restante bandido, que no se meció entre cielo y tierra, á poner muchas leguas entre sus cuerpos y la sala del crímen de la Audiencia de Zaragoza, aseveran-do referencias ciertas que su acometividad y atrevidos arranques no se enervaron en la indolencia é inacción.

Una de esas referencias aseguró que los dos camaradas establecieron su campo táctico y de batalla en el trayecto que separa á Calatayud de Medina-

celi, datando del siguiente hecho la quemadura y cicatriz que hacían horrible la cara de Telesforo.

Este y su colega, trabucos preparados, dieron cerca de Ariza "los buenos dias y boca abajo todo el mundo„, á tres pasajeros que venían de Madrid en coche. Recibiólos mal humorado uno de ellos, antiguo oficial de artillería, y respondiendo al saludo con una pistola, su proyectil hirió á Telesforo, quien lo mismo que el otro, escamados de la brusca contestación, se encomendaron á la virgen del cáñamo, marchando del sitio más que de prisa.

Si no este, otro suceso memorable obligó al Estado á conducir á Telesforo por cuenta del erario público á Melilla, donde, compadecidos y preocudados los guardianes de la vertiginosa movilidad y escurridizos piés del nuevo educando, á fin de que se detuviera y no resbalase, le amarraron el tobillo á una cadena.

Veintisiete años y algunos meses contaba el hijo de la quincallera al terminar los cursos en tan famoso colegio, cuando se le expidió la credencial de hombre libre, y pasito tras de pasito, visitando á los alcaldes y autoridades de los pueblos del tránsito, volvió á Zaragoza, fijando en ella su domicilio.

A diferencia de la mayoría de los hospedados en tales centros de instrucción, regresó con más que la ropa: algun banquero anónimo y desconocido en

el mundo pecuniario, le custodió las ganancias y economías hechas á campo raso, que aumentó con la venta y compra de cereales y un tenducho que abrió en el Boteron, actualmente calle del Sepulcro y vecinas.

Malas voces fomentaron la idea de que allí, además de la venta de comestibles y líquidos, se efectuaban sigilosa y reservadamente otros negocios más lucrativos, y agrandada la bola de nieve, resultó que todos los habitantes del anguloso, laberíntico y oscuro barrio, labradores y menestrales, juraron y perjuraron que de esa leonera salieron los mata siete, perdidos y sediciosos que en 1776, siendo capitan general de Aragon el marqués de Castelar, y corregidor de Zaragoza el de Avilés, azuzaron á las famélicas y andrajosas turbas para que promoviesen una asonada que extremeciese por lo "gorda„, y se añadía que en la misma se proyectaron y escribieron los pasquines contra los acaparadores de harinas y panaderos; que era muy amigote de *el Socarrado* el sopista que, ginete en un cuartago, acaudillaba y excitaba á las masas revolucionarias con oratoria demagógica, y que en el período álgido del saqueo é incendio del palacio del marqués de Avilés y domicilios de los traficantes y propietarios Losilla, Castellanos, Domezain, Goicoechea, Tubo y Junquera, carne de mucha grasa abandonada á la fe-

rocidad del mónstruo popular hambriento, se vió que el mismo *Socarrado*, velando su casa con un gran sombrero gacho y embozado en cumplidísima capa, hablaba disimuladamente á los incitadores que aparecían cual curiosos, en último término, siguiendo interesadísimo el desarrollo del pillaje y del fuego.

Bien por precaución ó por haberse realizado sus propósitos, y más seguramente atendiendo á las dos razones, encerrose en su casa Telesforo antes que terminara el saqueo y se sofocara el incendio, apercibiéndose en ella de que muchos labradores de las parroquias de San Nicolás, Magdalena, San Miguel y San Pablo, acaudillados por los honrados y animosos Porta, Muñoz, Escartin y Santa Romana, espada en mano y broquel embrazado, acuchillaron á las soliviantadas y desenfrenadas turbas, haciéndolas varios muertos y no pocos heridos, y ni aun por curiosidad, trascurridos algunos dias, le ocurrió darse una vuelta por el arco de Toledo para ver los racimos de sediciosos y ladrones que fueron ahorcados.

Sobrenadó el marrajo del naufragio, aprobando en público resuelto y enérgico el procedimiento inexorable seguido contra los "pillos, rufianes y vagos, causantes del alboroto y de los sustos y víctimas„, y alabó encomiásticamente á los labradores, ángeles custodios de Zaragoza, y á las paternales au-

toridades civil y militar, "que no molestaron ni vejaron á los hombres pacíficos y laboriosos, como él, que vivian de los tratos, jornal ó favor de sus parroquianos„.

Compañero Telesforo, y más que compañero inspirador de Canijo en los secretos y negocios de la sal, su más *desinteresado* amigo y socio, realizó con el ex-tambor mayor muchas, buenas y saneadas ganancias: se comprende bajo estos supuestos que afirmase lastimeramente que se afligió muchísimo cuando supo la tontería cometida por aquél, "de ir á bañarse sin saber nadar„, diciéndose tambien públicamente que afectuoso con la amistad de ultratumba á Canijo, habia proyectado unirse "ante faciem ecclesiæ„ á la viuda.

Esta, que no obstante los peros y mala fama con que le estigmatizaran D. Liborio y sus camaradas íntimos, despreció rebonísimos partidos, reíase cuando se le mentaba el asunto y decía:

—El buey suelto bien se lame: de sujetarme por toda mi vida otra vez á un hombre, lo hubiera hecho con un buen mozo: "enjamás„ con un hombre tan feo y tan gordo: ¡Jesús, qué miedo y qué figura de elefante!

Sin otras afecciones ni familia *el Socarrado* que Bárbara y Pilar, por ser la viuda é hija de su gran amigo, al retirarse de su trato, consiguió después

de no pocas instancias á la primera hospedarse en su casa.

Filósofo materialista práctico, todos sus ideales, esperanzas é ilusiones se encerraban en este apotegma: "vivir, comer y beber de lo mejor, y muerto el perro muerta la rabia.„ Excuso añadir que lo practicaba al pié de la letra.

¡Cuán distante, sin embargo, se hallaba Telesforo de sospechar que en los años que le restaban de vida, cumpliría otros destinos que los de satisfacer y dar hartura á su vientre!

Conocemos la historia y el hombre psicológico; vean ustedes su persona.

Sobre sus dos piés, en que la pródiga naturaleza había acumulado huesos, carne, tegidos, venas y tendones para seis, afirmábanse enormes pantorrillas y muslos y se aplomaban en ellos la cintura anchaza y pecho y torso goliáticos. Prolongábase el enjundioso cuello en cabeza pequeña, calva á trozos, la frente aplastada y apepinado el occipucio, como si medroso quisiera huir de la carátula que dejaba detrás.

El semblante de Quasimodo, campanero de Nuestra Señora de París, era el de un ángel rafaelesco parangonado con el de Telesforo. Monstruoso y horriblemente deforme, el carrillo izquierdo se componía de protuberancias herpéticas que casi le ocultaban

el ojo, y el derecho semejábase á un pegote de carne en el que se hubiera abierto un orificio del diámetro de una bala de pistola de arzón.

Conocidas las personas, réstame indicar por qué motivo me relacioné íntimamente con ellas y las causas que determinaron mi salida del convento de San Lázaro.

Dios, que no concedió á mi amigo Fr. Zenon más ideas que las relativas á cocinear, le dió un corazón que atesoraba cariñosísimos afectos á su desgraciada familia, compuesta de una cuñada viuda y una hija de ésta que vivian precariamente en Tauste, dignas por su infelicidad y honradez de ser amparadas por la más sublime y hermosa de las virtudes.

En la medida que le permitían sus ahorros, llenaba el cariñoso lego los deberes que la caridad impone y el parentesco exige; pero tan exíguos eran aquellos que no bastaban á cubrir ni aun las más imprescindibles necesidades de las afligidas viuda é hija de su hermano.

Por fin, venciendo por reiteradas indicaciones del P. Loscos y otras personas su meticulosidad y repugnancia de solicitar la cooperación y óbolo de otras personas para aumentar los recursos que las enviaba, logró asociar á la excelente obra las generosas almas de Bárbara y Pilar.

Es tan bella la conmiseración y tan deliciosas las satisfacciones que proporciona el tender la mano no vacía al indigente, que madre é hija se propusieron disminuir en cuanto alcanzaran los sufrimientos de las dos taustanas, y de conformidad á ese sentimiento bienhechor, no se concretaron á aumentar las insignificantes cantidades que Fr. Zenon les remitia periódicamente, sino que compraban telas y cosian las prendas de vestir que aquellas necesitaban.

Tambien intervine yo, accediendo á los deseos de mi amigo, en esos actos caritativos, si no desprendiéndome de dinero, por que no lo tenia, sirviendo de nuncio entre Pilar, su madre y el lego, y en ocasiones llevaba los vestidos y dineros al arriero de Tauste para que se los entregase á sus convecinos.

El agradecidísimo lego, entusiasta del bien al prógimo y de los que lo practicaban, admirador de la caridad de Bárbara y su hija, en reciprocidad y correspondencia del beneficio, les remitia por mi conducto los pasteles y aun porcion del principio que le correspondia los dias festivos y de primera clase, que aceptaban más por no desairarle que porque en ello tuvieran gusto.

Frailes maliciosos y suspicaces interpretaron torcidamente mis visitas á *la Canija*, y, sabedores de los regalos, supusieron que mi corazón ardia en impura llama, y bajo otro concepto más punible y jus-

ticiable creyeron que yo y Fr. Zenon, hipócritas ladronzuelos, saqueábamos la despensa y cocina, y quién sabe si hasta el tesoro de San Lázaro, para que se regodearan y solazaran las dos mujeres.

Nació, creció, propagóse la injuriosa é infamante idea; se nos consideró como séres apestados de, los cuales precisaba huir, y media comunidad, aquella media comunidad que no brillaba por su cultura, despejo y notoriedad en aulas y púlpitos, confabulose en espantable conjura contra el viejo y el chico.

Apercibirme del formidable talud que se desprendía sobre mí para hundirme en el descrédito, hacer más intensas las melancolías de mi querido padre y matar en flor las esperanzas de mis parientes, y recurrir, implorando protección y favor, á los benévolos PP. Abadía, Mandura y Loscos, fué obra de momentos: les referí circunstanciadamente y con la ingenuidad de la niñez las relaciones que me ligaban á las dos vecinas del convento, y ellos, que creían fabulosos los hechos atribuidos *á la Canija* y que bien penetrados de la sabiduría de la frase "ser cándidos como las palomas y prudentes como las serpientes„, exigian, para calificar á sus semejantes de malos, que se les probara y demostrara que eran tales; contestaron primeramente á mis súplicas y ruegos con sonoras carcajadas, singularizándose el P. Loscos, que era muy guason, y tranquilizándome

despues, llamaron á capítulo á los conjurados y se esforzaron en persuadirles de que no existían motivos para hostigar al virtuoso cocinero ni al chicuelo, recabando la promesa de que no se hablaría más del asunto.

Aquella promesa, al igual que los ofrecimientos de algunos aspirantes á la diputación á Córtes ó senaduría, que conocen ustedes, en vísperas de elecciones, se la llevó el viento, é interpretando dos frailes á guisa de complicidad y de favoritismo las honradas intenciones y buenos oficios de sus tres reverendos colegas, escribieron al provincial P. Isidro Ximenez, varon ascético entregado completamente á la mortificación, el cual, creyendo con la mejor buena fé que Satanás, el ángel caido, y todos sus compañeros y secuaces en rebelión andaban sueltos por San Lázaro, dirigió un monitorio de padre y muy señor mio, carne de gallina se me pone recordándolo, al rector, al maestro y administrador, exigiendo al primero mayor vigilancia y celo para que todos, del hermano portero hasta los definidores PP. Martinez y Artigas, dos buenas almas, cumplieran con sus deberes, apercibiéndole que era inconvenientísimo, pecaminoso y dañino que permaneciera yo un momento más en el edificio religioso.

Enfermó el P. Abadía del disgusto; redobló Fray Mandura sus "pescatas„ y observaciones astronó-

micas para olvidar la soflama y dorar el berrinche y el P. Loscos, que no tenia nada de pacato ni se amilanaba por asuntos tan nímios, pretestando la inspección de las operaciones agrícolas, acompañado de Fr. Zenon, que creyó se abria la tierra y lo aplastaba el firmamento, se marchó tranquilo á la finca rural que poseía la comunidad cerca de Pastriz, donde, segun oí, meditó por pasatiempo la mucha filosofía que encierra esta frase: *no sunt facienda bona unde eveniant mala.* Verdad es que no la practicó.

Más reflexivo que arrebatado el eximio rector, y persuadido de la inocencia del Alejandro Magno de los cocineros y de Ramoncico, confióme durante su enfermedad á una familia del Arrabal, y cuando restablecido dejó el lecho, después de consultarme si deseaba seguir la carrera eclesiástica, me colocó de paje y amanuense con el doctor Capistros.

Desde lo íntimo de mi corazón agradezco por milésima vez á los recelosos frailes el que extremaran su enemiga y no cumplieran su promesa, pues de otra suerte no se me hubiera presentado la venturosa ocasión de conocer y tratar á tan ínclito letrado y por consecuencia no relataría los sucesos anteriores á los Sitios de nuestra invicta capital, cuyo desarrollo empieza.

V

¿Ustedes no conocieron al doctor Capistros? Lástima. Tan insigne jurisconsulto y célebre zaragozano merecía una inscripción, una estátua, un obelisco, un monumento que perpetuara hasta la consumación de los siglos y más allá su preclara memoria.

Todo era chiquito en el exclarecido varon: la cabeza, el cuerpo, los brazos, las manos, las piernas, los piés, todo, á excepción de su talento, su elocuencia olímpica y coruscante á lo portugués, recargada de altisonancias y nebulosidades gongorinas, descollando sobre ese talento y elocuencia dos afectos: el amor á las camisas limpias de chorreras y á la integridad de la pátria.

El caseron que habitó en la calle Mayor cayó á los golpes de las piquetas de los demoledores contemporáneos que tomaron á empeño, con el mejor gusto estético y criterio higiénico, que las calles sean espaciosas, anchas, muy ventiladas y de pocos ziszas.

En las celdas de los PP. Abadía y Mandura había conocido al sucesor de Salanova, Bardají y Molinos.

Pequeño, diminuto el doctor Capistros, su despacho era excesivamente grande: medía diez y seis pasos de ancho por veinticinco de largo, hallándose la altura en relación con esas dimensiones.

Cubrian las paredes, del pavimento al techo, estantes sin pintar con alambrados en lugar de vidrios, que llenaban volúmenes en cuyo lomo se leía: Franco, Lissa, Monter, Servet de Aniñon, Portolés, Exea y otros perínclitos apellidos.

La polilla y otros animalitos habían hecho irremediables desperfectos y grandísimos estragos en sus tapas y hojas, y legiones de ratas y ratones libraban tremendas batallas en el fondo de aquellos mundos de madera, sin que los chirridos, carreras, estruendos, alegría de los vencedores y desesperación de los vencidos, alterasen la impasibilidad de mi amo, que sonriente, tranquilo, reposado escribía ó meditaba ó leía.

Sospeché que la multiplicidad de roedores, agitándose en montones de polvo bajo los sutiles pabellones calados tegidos por las incansables arañas, formaba una de las diversiones más predilectas del doctor.

¡Y qué excepcional carácter el suyo! ¡qué genialidad! Mientras solo poseía dos trajes de paño negro, se pirraba por las camisas de chorreras. Certifico y afirmo, que no exageraban los que aseguraron que el doctor podía ponerse siete docenas, que á este número se elevaban las que poseía.

¿Y su amor á la pátria? Ni en los antiguos ni en los modernos tiempos existió quien le igualara. La pátria encerraba para Capistros cuanto de sublime, grandioso y expléndido contiene la Creación, y solo la aprensión de que España pudiera sufrir menoscabo en su integridad, producíale vértigos, excitaciones nerviosas, horribles pesadillas y rechinamiento de dientes y muelas. El cosmopolitismo, en su concepto, era la ceguera intelectual, una monstruosidad que solo podía tener asiento en el cerebro enfermo de los dementes.

España constituía para él la más deliciosa y mágica de las venturas, el placer más inefable, la dicha más preciada, la ilusión más fascinadora, su padre, su madre, sus hermanos, sus deudos, la humanidad, en fin, el paraiso en la tierra. Sin la Es-

paña intangible, se lo oí muchas veces, le eran aborrecibles la vida, las riquezas, los medros, la carrera, sus triunfos, la sabiduría, las mujeres hermosas y, ¿qué más? hasta las camisas con chorreras.

Creí diferentes veces si Capistros anteponía el concepto pátria al de la divinidad, pero después de estudiar y desmenuzar sus palabras y razonamientos, me convencí que no.

Si bien no muy creyente y fogoso polemista y discutidor incansable de lo creado é increado, de lo temporal y eterno, admitía y aceptaba la ortodoxia del símbolo apostólico, claudicando en oculto, cuando se trataba de otros puntos religiosos de abstrusa penetración, los cuales admitía públicamente no solo por educación, sino por algo de temor y miedo al fiscal del Santo Oficio de Zaragoza, licenciado D. José Ortiz de Solórzano, espíritu severo y duro, antítesis del marqués de Tosos, alguacil mayor del mismo tribunal, y del doctor D. Pelayo Antonio Uriarte, inquisidor, afable, indulgente y benigno, identificado en absoluto, á fuer de agradecido, con las miras, planes y temperamento del Excmo. Sr. D. Ramon José de Arce, palaciego de capisayos morados, que opinaba prácticamente que se puede ser perfecto cristiano, sin descuidar las conveniencias, distinciones, aumentos y refinadas comodidades personales, caballero gran cruz de

Carlos III y patriarca de las Indias, indiferente á que el monarca de España hubiera sido consagrado con el óleo santo ó impuesto por un tirano, antipático á los patriotas que derramaron la sangre en su batallar contra Napoleón, mediocre arzobispo de Zaragoza é inofensivo inquisidor general de España.

Si bien Capistros se amoldaba y transigia sin regañadientes ni violencia con los puntos religiosos de que disentia, por no chocar ni ser la nota discordante en el armónico concierto de todos los zaragozanos, inspirábale horror que se hablara favorablemente de la monarquía y del rey absoluto, siendo tan grande la impresión que sentía al oir esos vocablos, que espiraba de pronto, repentinamente, su habitual sonrisa, llegando su exacerbación al paroxismo cuando se nombraba al monarca reinante el desgraciado Carlos IV, obligándole la prudencia, ilustración, respetos y otras consideraciones muy atendibles, á levantarse y dejar las tertulias y reuniones en que ese rey se mentaba, si no le inspiraban confianza las personas que las componian.

Pero si estas eran Mr. Pierres, un tratante en ganado lanar, gitano superfino entre los más tracistas y avispados que recorrian las ferias, y el cirujano Botaya, zahorí listísimo de cartulinas, cono-

cedor por el anverso de las figuras y palos cortos ó largos que contenia el "vade mecum„ de cuarenta hojas, pero incapaz de "amarrar„ ninguna carta, á cuyos sugetos, Botaya y Mr. Pierres, se tildaba y calificaba de franc-masones por no llevar peluca y dejarse la barba, para imitar, segun decian ellos mismos, á Bruto, Catilina y Rienci, entonces sí que regocijaba y divertia escuchar las lindezas y recriminaciones que dirigia al bonachon Carlos IV y familia real.

Lo denigraba con los epítetos más ridículos y bochornosos, y como las ideas se relacionan y eslabonan, tras del mansísimo rey, se fijaba en su esposa María Luisa, ridiculizándola virulenta y acremente por si llevaba dentadura postiza, y emprendido el camino de injuriar y despotricar, terminaba siempre por llamarla el más "crudo castigo de la nación hispana„. Esta frase y la de ¡cuitada patria mia!, se constituían las eternas muletillas del independiente doctor.

Para Capistros el infante D. Antonio Pascual, hermano del rey, era un bolonio mentecato que no servía ni para lacayo; el príncipe de Astúrias don Fernando, un jóven descorazonado y sin voluntad propia, de perversas inclinaciones y entregado en alma y cuerpo al intrigante, necio y ambicioso suelo D. Juan Escoiquiz, arcediano de Alcaraz

y sumiller de cortina; el infante D. Carlos María Isidro, á propósito para vestir la cogulla y lloron y pacato, y Godoy, príncipe de la Paz, generalísimo de las armas de tierra y mar, almirante general de España é Indias, protector del comercio y duque de Alcudia, ¡valgame Dios! un pelafustan embustero, harto de rancho y oliente á cuartel, envidioso, bígamo, militar de salon, soberbio, choricero, sibarita, no recomendándole otras cualidades que la figura adamada y tañer guitarra y bandolin.

Metido en harina, retrogradaba á los antiguos reyes, y no guardando ninguna consideración á la memoria del mismísimo Carlos III, ni dándosele un ardite de que se resintiera la afección patriótica de Mr. Pierres, llamaba á Felipe V, paisano del tratante, el nieto de su abuelo y tirano de Aragon; á Carlos II, imbecil; amigo de las cómicas y truhanes á Felipe IV; á Felipe III, gaznápiro; déspota y cruel á Felipe II, y á Carlos I, troglodita, fanfarron, baratero y expoliador.

Su enardecido amor á España, envilecida por las insensateces, condescendencias, debilidades y absoluta falta de energía del malaventurado Carlos IV, producía y fomentaba su rencor y como secuela sus vehementísimos y durísimos apóstrofes y demasías de lengua.

Quizás alguno de mis lectores ponga en duda la

existencia real de ese singular doctor, excepción de mucho bulto entre los zaragozanos, amantísimos entonces de la monarquía y de los que la simbolizaban.

Afirmo, y conste mi palabra, que no solo le serví, sino que tambien traté y conocí á otros que, menos radicales y apasionados que Botaya y Mr. Pierres, ansiaban y deseaban se estableciera en España una república sin los terroríficos crímenes de Danton, Saint Just y Robespierre ni guillotina. Hay más: antes, mucho antes de 1808, la clueca había incubado los huevos de donde salieron los talluditos y valientes pollos que con tanta libertad y tan fuerte piaron en las cortes de Cádiz.

No se crea, sin embargo, por lo escrito, que Capistros era un sin calzones, un anarquista furioso, enemigo de la autoridad y encariñado del caos que acompaña de ordinario á las evoluciones bruscas y cambio violento de las formas gubernamentales, ni que simpatizara con las exageraciones y demencias político-religiosas de Mr. Pierres y Botaya, que opinaban que para trasformar á Europa, se hacía preciso demoler palacios y tronos y ahorcar á los reyes. La inquina, tirria, odios y ensañamientos de Capistros iban dirigidos á la monarquía absoluta, institución exótica en España, á sus reyes, á sus organismos, á su aristocracia, á sus arbitrarieda-

des y desafueros: ansió y suspiró ardientemente la resurrección de las instituciones de la antigua nacionalidad aragonesa, que hubiera querido rigieran en todos los dominios españoles, ejemplar rarísimo, decía, en el que unido el pueblo libre con sus monarcas, honrados guardadores de los juramentos, las prerrogativas de la corona y los fueros de los súbditos, realizaron verdaderos prodigios político-sociales; instituciones que no obstante el progreso, la civilización y la luz, añado yo, tienen mucho de incomprensibles y misteriosas para las inteligencias más sabias y superiores que lucen intensa y clarísimamente fuera del territorio aragonés.

Es más, los apasionamientos y animadversiones de Capistros probaban que en su inteligencia bullian ideas propias y salvadoras lo mismo en los primeros años de este siglo que en 1889, dignas de un corazón noble é independiente que repugnaba tanto el endiosamiento y humillación de los poderes como el desenfreno, la tiranía y abyección popular.

Capistros, como se vé, figuraba honrosamente entre los grandes caracteres de su época y su personalidad moral sobresalía y se elevaba sobre las más conocidas y apreciadas en Zaragoza por su alteza de miras.

Distinguia á los poetas y literatos, se honraba

con la amistad de los comerciantes, industriales y labradores, protegía á los jornaleros laboriosos y honrados, y modesto, amable, culto y bien quisto de sus conciudadanos, distinguíanle mucho las damas por su cortesanía, deferencias, discreción y lenguaje acaramelado y lisonjero: guardaba para cada una un requiebro y en los estrados y tertulias gozaba crédito de que poseía un repertorio grandísimo de frases galantes.

Botaya, el viejo cirujano, que cuando se quedaba sin "calé„ para apuntar á las sotas, por las que tenía verdadera pasión, se parapetaba en el despacho contra las inclemencias de las estaciones y acometidas de los *ingleses*, y que sabia al dedillo toda la historia pública y privada de mi amo, dejándose llevar de su hábito de hablar mal de las mujeres y de los reyes y de referir anécdotas y episodios picarescos, me contó en confianza y con gracejo sin igual varias de las muchas aventuras amorosas de la juventud de Capistros.

La cabeza del doctor, segun decía, no hubiera podido soportar la corona tegida con el laurel de sus triunfos que secó el amarguísimo desengaño que le proporcionó una astuta belchitana, sobrada de hermosuras y malicias, preparándole un lazo del que salió sin fractura de cabeza ni miembro, pero sí con mucho quebranto del bolsillo, quietud y for-

malidad; causándole tan honda mella el engaño y desilusión, que desde entonces se propuso enamorar, evitando siempre que su corazón se chamuscase en la hoguera del amor.

¿Lo consiguió?

La lengua del cirujano, de no haberse paralizado hasta la resurrección universal, mejor que la pluma de un cura, tengo la seguridad que hubiera regocijado á ustedes ocupándose en asunto tan resbaladizo, del que solo puedo manifestar la siguiente frase con que terminó Botaya su confidencia: "Mal se puede chamuscar lo que se asó á brasa lenta, y el corazon del doctor debía estar carbonizado por el contacto de tantas llamaradas anteriores al fuego amoroso que le inspiró la hermosa de Belchite.„

Ya oirán ustedes á Capistros.

Me dictaba una mañana de Diciembre de 1807 un alegato en pro de unos huérfanos que se habían empobrecido mientras su tutor aumentó su caudal, cuando vino á visitar á mi amo Santiago Z..., más conocido, sin que se resintiera, por el *bachiller Taravilla*.

Oportuno fué el filósofo zumbon que lo bautizó con ese mote. El pensamiento y corazon de aquel astroso y melenudo sopista, que cubría su cabeza con inconmensurable sombrero tricornio y medio envolvía, por cálculo y conveniencia, su huesosa hu-

manidad en dos cortos guiñapos de vetustísima y descolorida bayeta, debían hallarse constantemente en oscilación: la inquieta movilidad de sus cejas, párpados, brazos y lengua, semejábale á péndulo describiendo siempre arcos de círculo ó á aguja inmantada fuera de su eje.

¡Honor, alabanza y gloria por siglos y siglos á las aulas universitarias de Zaragoza! Vosotros, sin contar los muchos é ilustres hijos que disteis al mundo del saber, amamantasteis cariñosas á Santiago, eminente estratégico en el perpétuo combate por la existencia.

¿Quién mejor que tú, insigne Taravilla, prez y honra de los bohemios pretéritos y futuros, se penetró de los arcanos, inspiraciones y tretas para cautivar la voluntad y aprecio de tus semejantes? Ninguno. ¿Quién como tú, preclaro bachiller, acaparó en sí tal cúmulo de condiciones y aptitudes para ganar sin contratiempos, sudores y vigilias el nutritivo garbanzo? Nadie.

Dócil y sumiso con los ricos, afable á los pobres, rendido con las damas y obsequioso á todos, prosista, zurcidor de genealogías, arqueólogo, poeta, amanuense á ocasiones y en otras diarista, teólogo, político, filósofo, todo en una pieza, ni te malquistaste con propietarios urbanos, ni reñiste con patronas bigotudas y urañas, ni te precaviste de tenderos

ni comercientes falaces. Para tí no se legislaron prestaciones personales, ni se establecieron portazgos, ni se sancionaron alojamientos ni contribuciones.

Obsequiado por los militares, bien acogido y agasajado por el clero, admitido en las reuniones de los doctos, sentado á la mesa de los aristócratas y querido y consultado por el pueblo, en reciprocidad á tantas, variadas y distintas benevolencias, regocijaste con tus chistes equívocos y donaires á los que ceñían espada, expusiste á los clérigos tus lucubraciones filosófico-teológico-canónicas, fijaron su atención en tí los abogados y literatos cuando exponías los problemas jurídicos y teorías estéticas, adulaste á la sangre azul con tus fantasías é invenciones de gloria que adjudicaste á sus antepasados, y á cambio de los oráculos y consejos, Apolo con sotana, que pronunciaste y diste á menestrales y labradores, les comiste, en ocasiones, su mendrugo, más sabroso y menos sofisticado y caro que el que elaboran actualmente las tahonas y cuecen los horneros.

Los triunfos y victorias que alcanzaste, celebérrimo Taravilla, en la dilatada órbita que, sol inquieto, recorriste, no te suscitaron emulaciones ni odios, y modesto en tus pretensiones y exigencias, espuma y suero de vividores, te contentaste con satisfacer las imperiosas necesidades del estómago y esa otra

no menos peliaguda, que decretó la Providencia al no vestir á los racionales de lana ó pelo, como al carnero ó al guripa, segun los darvinianos, ascendiente inmediato de los fabricantes de lanas y lanillas.

Cuatro lustros, ó menos retóricamente, veinte años hacía cuando le conocí, que arrastraba Santiago bayetas por los clautros y cátedras de la universidad que dotó el gran obispo Cerbuna con esplendidez regia.

Se propuso Taravilla, y lo consiguió, ser estudiante mientras viviera, y así que después de las numerosísimas lecciones que dió y explicaciones que oyó de todo lo que puede aprenderse y estudiarse, no presentaba ningun lauro ni título universitarío de medicina, legislación, artes ó teología, si bien de todas ellas y algunas ciencias más parlaba con verbosidad incansable y abrumadora.

Conocido de todos los zaragozanos, y aún supongo que de todos los aragoneses, trataba á unos y otros con la franqueza de amigos y primos y deudos suyos eran, si se habían de creer sus palabras, muchísimos de los personajes, consejeros y funcionarios que aparecían con sus nombres y apellidos en el gran escaparate de la "Guía de forasteros.„

Admirador y protector Capistros del estudiante torbellino, cuantas veces le visitaba éste, lo cual

ocurría tres por semana, además de convidarle á comer, al tiempo de acompañarle á la puerta y despedirle, risueño le entregaba disimuladamente una peseta con la frase de rúbrica: "para tabaco y copas.„

—Doctor, queridísimo sabio, amigo carísimo y bienhechor jurisconsulto—dijo despues del saludo—vengo conmovido, turulato y anonadado por los sucesos del Escorial, de los cuales supongo á V. enterado: acabo de recibir nuevas, muchas nuevas, importantes nuevas en carta que me ha escrito mi primo Mariano Lagasca, un gran sabio é irreemplazable catedrático de materia médica vegetal del jardin botánico de S. M. (q. D. g.), en la villa y córte de Madrid.

Y mientras se atropellaban estas palabras en la bocaza del sopista tormenta, se levantó, volviose á sentar, recorrió el despacho recta y diagonalmente, enarboló las manos, arqueó el cuerpo, sacó la lengua, movió los párpados y ojos, arrugó varias veces la frente y trompicando por fin en una silla, la derribó, maldiciéndola é increpándola por el dolor que le causó en la rótula. ¡Jesús qué movilidad!: el bachiller no era hombre y sí una tromba.

—No se equivoca V., querido amigo,—respondió melancólicamente el doctor.—¡Cuitada patria mia! Sé lo que ha sucedido en el alcazar del sombrío Felipe II con la familia real; pero sospecho

que mi amigo D. Tadeo Calomarde, que me ha comunicado la noticia, tambien por epístola recibida ayer, aquel abogado á quien profetizó V. en este mismo despacho que con el trascurso del tiempo ascendería lo menos á consejero de Estado, no me revela sino insignificante parte de los acontecimientos, ocultándome las enormidades, bastardías y ridiculeces que seguramente habrán ocurrido en ellos.

Mi recelo dimana de que he sondeado á ese abogado de Villel, estimado D. Santiago, que ya por lo pronto metió la cabeza en la secretaría de Gracia y Justicia, y conociendo como conoce sus intereses, y persiguiendo como persigue el fin de subir muy alto y teniendo explorado el camino que conduce á los medros y dignidades, creo que por ahora permanecerá aparentemente neutral entre las dos banderías de palacio que se acosan y hostigan y dividen la aristocracia y los empleados, guardándose mucho de que se claree su pensamiento verdadero ni en las conversaciones ni en las cartas.

Sus conveniencias personales, repito, le obligan á disimular y no singularizarse en favor de ninguna de esas patuleas antagonistas que solo se proponen apoderarse de la poca lana del borrego, que es la nación, y como si lo viera, su carta no es sino el reflejo de la conducta egoista y utilitaria que se ha propuesto seguir.

En esa epístola del muy ladino, se aplaude y alaba á todos y á ninguno se recrimina, lo cual, querido bachiller, me ha escamado, porque no se necesita ser muy agudo para comprender que en acontecimientos de tanta resonancia como los del Escorial, existirán forzosamente quienes merezcan elogios y vituperios, por el contrario, otros.

Conozco á Calomarde, añado, y no me fío de sus noticias ni de sus apreciaciones que en su carta son las de un lisonjero y mendaz, como verá V. amigo.

Cárlos IV, segun D. Tadeo, es un monarca activo é inteligente que se desvive por la felicidad y bienestar de los españoles y que por esos bienestar y felicidad procedió contra el príncipe de Astúrias primeramente y despues le perdonó; María Luisa, una Isabel la Católica, ó una D.ª Petronila, virtuosa, retirada y enemiga de trapisondas, que si quiere á Godoy con amor inocente, débese al desprendimiento, fatigas y desvelos que demuestra el gəneralísimo por la gloria, explendor y grandeza de la monarquía: el príncipe de Astúrias, un génio, estudioso y aprovechadísimo que entretiene sus ratos de ócio, no en matar moscas ó desplumar pájaros y urdir conspiraciones asociado á Escoiquiz, el duque del Infantado, el conde de Orgaz y otros condes y duques, contra el rey su padre, como se le achacó calumniosamente, sino en traducir libros tan estima-

dos como las *Revoluciones romanas* de Vertot y *Estudio de la historia* de Condillac; la marquesa de Perijáa, dama de la reina, una ilustre señora que se pasa las noches meditando y los dias cumpliendo sus elevados deberes, sin que le ocurra preguntar á los criados, como se ha indicado, acerca de si duerme por la noche el príncipe de Astúrias, ó permanece en vela ocupado en escribir, para comunicar sus pesquisas á la reina; Escoiquiz, un ejemplar ministro del Altísimo, entregado por completo al rezo y meditación y macerando con cilicios y disciplinas su debilitado cuerpo, sin que se preocupe de nada terreno, y aborrecedor, consiguientemente, de los que fraguan conspiraciones tenebrosas y de las mentiras, seducciones y cohechos que forman el cortejo de la intriga; el marques Caballero, un ministro de Gracia y Justicia que ni de perlas, instruidísimo, amigo de los adelantos y hasta buen mozo y guapo inclusive, que por odio al estancamiento intelectual y respeto á las buenas tradiciones, mandó suprimir de la *Novísima Recopilación* las retrógradas leyes de España que prescriben se junten las Córtes del reino en casos difíciles, y que solo apremiado por su entereza, y jamás dejándose llevar por otros móviles, intervino sañudamente en el proceso del príncipe de Asturias; el duque del Infantado y el conde de Orgaz, unos señores muy nobles, de in-

teligencia superior y fieles á su soberano, que odian los chanchullos y las traiciones; el aguador Pedro Collado, que tambien ha arrimado el áscua á su sardina, un sér piramidal que hubiera muerto desconocido llevando á domicilio los líquidos cristales de la fuente del Berro, si el heredero del cetro español no le hubiera tratado, ¿dónde se avistarían la primera vez? y con la portentosa intuición que le prodigó la Divinidad, no hubiera comprendido el inmenso talento que encierra el chirumen del que ahora es su bufon, y Godoy..... el más perfecto y desinteresado de los validos, casto, humilde, valiente, justo, inocente é irresponsable de los desaciertos é iniquidades públicas y privadas que le atribuyen casi todos los españoles, ageno como un ángel á las miserias y vilezas de la córte y, en resúmen, un gigante comparado con los tamañitos Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Colon, Suarez, ó sea militar, diplomático, descubridor, filósofo, todo en una pieza y en grado superlativo.

Tales retratos y semblanzas pintorrogea Tadeo en su carta. ¡Lástima grande que no sean verdad! ¡Cuitada pátria mía!

Pero dejemos á Calomarde y á su carta y hablemos de las noticias que os comunica en la suya vuestro deudo D. Mariano Lagasca, que, si no estoy trascordado, nació en Encinacorba.

Taravilla continuaba moviéndose como un obseso y sin intermitencias y por dos ó tres veces topó en la misma silla que rodó por el suelo.

—Pregunta V., ilustre legista, por las nuevas, las abundantes y curiosas nuevas que contiene la misiva: voy á satisfacer al momento sus deseos; pero antes permítame, carísimo y dilectísimo doctor, una declaración: mi primo se halla inficionado por las doctrinas y máximas del filosofismo francés y de los enciclopedistas, siendo por estas y otras razones que le explicaré otro dia, insigne letrado, muy poco afecto á nuestros monarcas.

—Querido bachiller, me alegro de la franqueza de usted. De hoy en adelante, su primo Lagasca reune para mí motivos á una doble admiración: los eminentes servicios que ha prestado á la ciencia y á la flora española con sus estudios, experiencias y excursiones y su hostilidad al caduco Cárlos IV y á su consorte la parmesana María Luisa, el más crudo castigo de la cuitada patria española; me aferro por lo que me dice V. en que va prosperando, entre los hombres de talento, la idea y aspiración de que se reemplace la monarquía absoluta con otra monarquía más expansiva y más humana, que ojalá fuera la que hizo grande y glorioso á nuestro antiguo reino aragonés.

Taravilla, sin cesar de balancear su cuerpo y me-

neando la cabeza, sacó de su insondable bolsillo colillas de cigarro mezcladas con migajas de pan, navaja, tijeras, un tintero de cuerno, papeles, dos ó tres pañuelos mugrientos y otros objetos, y últimamente la carta. Pareciome que el bolsillo del famoso bachiller le servía de maleta. Es más, el bolsillo era un mundo pequeño.

Debo tambien advertir que al entregar Taravilla la epístola á mi amo, no chocó con silla alguna, pero embadurnó todos los papeles de la mesa, tres autos y unos pedimentos, volcando el tintero, un monumental tintero, un cubo lleno del negro líquido.

No se alteró el doctor. Desdobló el papel y leyó estos períodos:

"Apreciable D. Santiago..... No sé si les sucederá á todos los españoles lo que á mí me ocurre con motivo de la conspiración del Escorial. Siento que me retoza la sangre y que al contrario de lo que podría suponerse, en lugar de tristeza experimento satisfacción, satisfacción que llena todo mi sér que se dilata y expansiona esta vez vacando de los estudios y de las tareas de la cátedra, en las que siempre había encontrado recreo y deleite. Y esta mi satisfacción se origina, no de que el asunto sea agradable, sino porque en él veo, y me parece no equivocarme, el principio de más graves aconteci-

mientos que si al pronto quizás aumentarán las calamidades de España, tambien pudiera suceder que contribuyan últimamente á que estas desaparezcan, removiendo las causas que las producen.

La conspiracion del Escorial es asunto de extraordinaria importancia por los personajes que en él han intervenido y fines que se propusieron al fraguarla.

Esa excepcional importancia y la seguridad de que la relacion de los sucesos habrá llegado completamente adulterada á esa queridísima ciudad, me han decidido á escribiros esta para que los conozcais como realmente han pasado.

Teniendo presente que la historia circunstanciada de la conspiración llenaría mucho papel y de que necesito el tiempo para cumplir los diferentes cargos que se me han confiado recientemente, he determinado adoptar una forma concisa que podría servir de argumento para un drama, argumento que os recomiendo no enseñeis á nuestro atribulado y desgraciado amigo D. Juan Francisco del Plano, porque más que para poesías, segun mis noticias, se halla en camino de abandonar este mundo, donde abundan desgraciadamente los malévolos y envidiosos, predestinados para ser azotes de sus prógimos laboriosos, inteligentes y honrados.

Respondo y soy fiador de la verdad de las noti-

cias que os trasmito, y solo me atrevo á encargaros que no las comuniqueis á todos, pues la gravedad del suceso es tan grande, que confiado sin discreción podría utilizarse y esgrimirse por alguien cual arma ofensiva contra mí.

Bastan para exordio las líneas que preceden y entro en el asunto.

Un drama con alguna escena de comedia se ha verificado en el palacio, templo y tumba de los reyes de España: la víctima, como en todas ocasiones, la honra nacional; los personajes, el rey, la reina y su hijo D. Fernando, príncipe de Astúrias, y alguno más que no se ha presentado al pronto en la escena, no faltando el correspondiente acompañamiento, y por cierto brillante, de galanes y damas, unos y otras de la primera nobleza, y además de un preceptor de hopalandas, algunos racionistas.

Pasión que mueve á los actores, una desapoderada ambición; término de esta, el trono español.

Primera jornada: decoración: el despacho de Cárlos IV. Este, que ha regresado, vistiendo la acostumbrada casaca verde, de la caza, su diversión favorita y diaria, se sienta ante la mesa y pidiendo el chocolate, mientras se lo traen en marcelina de oro, vaga su mirada en los ricos tapices, fijándose últimamente en el atril de plata que hay en la mesa soportando un pliego anónimo, escrito por una ma-

no vacilante y trémula, en el que se lee tres veces "luego„ y este terrorífico párrafo: "El príncipe Fernando prepara un movimiento en palacio; peligra la corona; y la reina María Luisa corre inminente riesgo de morir envenenada.„

Estupefacción, asombro y terror del rey, que llama inmediatamente á la reina: terror, asombro y estupefacción de la reina, que hojea el pliego, y diálogo de los reales consortes en que dominan las dudas y el temor, concluyendo ambos por convenir que averiguarán sigilosamente por sí mismos lo que escribe el príncipe de Astúrias durante la noche.

Segunda jornada: decoración: cámara del príncipe Fernando: sentado en un sitial de terciopelo de seda azul, respaldado con las armas de España, bordadas en oro y plata, distrae su pensamiento mirando el espiral que forma el humo del habano de la Vuelta Abajo que se fuma, y sin anuncio previo, con la sonrisa en los labios y llevando en la derecha un libro preciosamente encuadernado, se le presenta Cárlos IV, el cual, satisfecho y alborozado, le comunica nuevas noticias de los triunfos que el ejército español ha conseguido en América, diciéndole: "Tomad, hijo mio, esta colección de poesías en recuerdo y albricias de esas victorias.„

Levántase Fernando taciturno y turbado, vacila, se repone, palidece, recorre precipitadamente la cá-

mara, deteniéndose por fin ante su padre, á quien interpela soberbioso, mientras que éste, con los ojos humedecidos por las lágrimas, le mira de piés á cabeza, fijándose ultimamente en los sombríos de su hijo.

Habla el anciano monarca, replica altanero el príncipe, retirándose aquél no sin haber ordenado á éste que permanezca en la cámara sin recibir á nadie.

Jornada tercera: nueva decoración: despacho de Cárlos IV. Ansioso y afligido este monarca y vehemente María Luisa, que con frecuencia se dirige á la puerta y observa si detrás de ésta hay algun curioso, hablan con un personaje de cara repulsiva que trae ricos vestidos galonados de oro, apretando en sus manos tres papeles. No hay que preguntar quién es el último. Sus facciones delatan al ministro de Gracia y Justicia, marqués Caballero.

Cesan en su diálogo y extendiendo los papeles el ministro, comienzan á examinarlos con avidez, palideciendo los regios esposos hasta adquirir sus rostros color blanco mate. En el del marqués no se nota alteración alguna.

El primer papel contiene una exposición, estilo Escoiquiz, del príncipe de Astúrias, dirigida al rey, en la que se presentan graves cargos contra Godoy; el segundo es una instrucción que revela al menos

inteligente que la redactó el mismo arcediano al mismo príncipe, encaminada á que solicite éste de su augusta madre una entrevista para denunciarle los delitos y crímenes del príncipe de la Paz; expresa el tercer papel cifras y claves iguales á las usadas en una correspondencia famosa, y en el cuarto escrito, copiado tambien por el príncipe de Astúrias, tomando éste por modelo á San Hermenegildo, pero declarando al mismo tiempo que no tiene vocación para mártir, amenaza rechazar la fuerza con la fuerza, encargando que estén prontas las proclamas y dispuesto anticipadamente todo, y que si estalla el movimiento caiga la tempestad sobre Gowinda (María Luisa) y Sisberto (Godoy), y que á Leovigildo (Cárlos IV) se le halague con vítores y aclamaciones y se procure atraerlo al partido sin descuidar de conseguir y afirmar el triunfo para siempre.

Silencio sepulcral que solo interrumpe el oscilante péndulo del hermoso reloj dorado que se destaca en el rosado mármol de una mesa, tambien dorada, sigue á la lectura del último papel.

Cárlos IV, inclinando la cabeza al pecho y cruzados los brazos en la espalda medita; María Luisa solloza y gime ocultando sus ojos con un pañuelo de nipis; el marqués Caballero ni medita, ni gime ni solloza: en su semblante no se retrata ninguno

de los sentimientos que excitan las grandes emociones: es su cara parecida á la de una de esas estátuas que talla un artista que no siente.

De pronto, alzando el rey su cabeza y mirando hito hito al ministro, con acento firme le pregunta:

—Marqués, ¿qué castigo imponen las leyes al hijo que así obra?

—Señor—responde sin alterarse el interpelado—á no mediar vuestra real clemencia, á no mediar la convicción de que todo es obra de los malvados que han extraviado á vuestro augusto hijo el serenísimo príncipe de Astúrias, éste es reo de muerte por siete capítulos.....

Un grito mezcla de alarido, resuello y suspiro, penetrante, enérgico é inexplicable, la voz de la desesperación y de la esperanza, el eco sublime del corazón de una madre que lo olvida todo en un momento para remover solo el peligro que amenaza al que infundió su vida y sangre, corta la palabra del marqués, que se sobrecoje y espanta repentinamente.

—¡Cómo!—dice la reina—¿has olvidado que es mi hijo? Yo, sí, yo, con el doble derecho que me dan mis títulos de reina y madre, destruiré las pruebas que lo condenan.

Y suspirando y gimiendo y convertidos en arroyos sus ojos, medio desplomose en una silla, y levan-

tándose instantáneamente altiva y hermosa, se avalanza al ministro, arrebátale el último papel y lo esconde en su seno, rompiendo y llevándose entre los dedos al sacar la mano el precioso encaje que adornaba el cuello de su rozagante túnica.

Jornada cuarta. Sensación profunda y aparentemente dolorosa en todos los que forman la servidumbre de palacio. Entrevista de los reyes con el marqués Caballero y demás ministros.

Cambio de bastidores. Es de noche. El príncipe de Astúrias, escoltado por un zaguanete de guardias de corps y precedido de un gentíl hombre que alumbra con un cirio, atraviesa la galería y entra en la cámara, donde se encuentra, además del rey y ministros, el gobernador interino del consejo D. Arias Mon Velarde.

Fernando, nervioso y trémulo de coraje, mira vengativo á cada uno de los jueces y, en vez de anodadarse y sucumbir, se encoleriza: le preguntan con respeto y amplitud y desabrido y altanero responde; vuelven á interrogarle y amenazador, irrespetuoso y desconcertado ó elude la contestación ó si habla es únicamente para dirigir reconvenciones y amargas quejas, no tanto á los miembros del imponente y severo tribunal como al rey, su padre, que lo preside.

Este bondadoso y pacífico varon, cuya mayor

desgracia fué heredar una corona, se estremece de pronto, se agita y revuelve en su trono, y enderezando el encorvado cuerpo como el cedro que se alza despues de pasar la turbonada del ciclon, desciende, corre al príncipe y alzando la diestra le impera y ordena á los guardias de corps que le sigan. Abandonan la cámara de los consejos: atraviesan rápidamente la distancia que les separa de las habitaciones de su hijo y con voz áspera é imponente le dice:

—Quedais arrestado.

Y volviéndose al jefe del zaguanete le intima este mandato:

—Con vuestra cabeza y las de esos caballeros guardias nos respondeis de que el príncipe de Astúrias no saldrá de estas habitaciones ni comunicará con nadie sin orden expresa nuestra.

Y quedó el palacio sumido en el silencio y oscuridad, oscuridad y silencio interrumpidos solo por la chisporroteante luz del farol de la galería en que vigilaban los guardias.

Fuera de la mansion régia, se oía el alerta de los centinelas y el rugido del viento al chocar en el sombrío edificio.

Comencé, estimado D. Santiago, creyendo podría reunir muchas noticias en corta epístola; pero me equivoqué.

Y puesto que os he manifestado el principio y medio de este drama, haciendo un esfuerzo porque estoy cansado, lo cual os demostrará lo mucho que os aprecio, intentaré, variando de estilo, referiros su desenlace.

Indiqué al principio que en las gravísimas jornadas han intervenido personajes que no se presentaron al principio en las tablas.

Uno de ellos ha sido el príncipe de la Paz.

Retenido en su palacio de Madrid por fuerte calentura, le sorprendió el correo del gabinete, portador de una carta de Cárlos IV, en que le revelaba la conjura del príncipe, y temblando por la existencia del monarca y aún más por la de la reina, despreciando los consejos de los doctores que le asistían y, lo que es más de maravillar, las súplicas de doña Pepita Tudó, que, en confianza os lo digo, me dispensa su eficaz protección, vistiose y órdenes por aquí y órdenes por allí, al palacio de Oriente, á los generales, á los cuarteles, envió al Escorial, no bien trascurrida una hora desde que supo la conspiración, cuatro compañías de infantería, mandadas por el jefe D. Manuel de Peñas, para que reforzasen el destacamento de aquel punto y protegieran y asegurasen la existencia de los reyes.

Hay más.

El sobresalto, las zozobras y la agitación consi-

guiente al temor de perder el favor y privanza y tal vez la existencia, recargaron la fiebre que sufría, y aunque extenuado por la dieta y sosteniéndose en pié á duras penas, mandó que lo acomodaran en un coche de colleras, y con promesa al auriga de que por cada hora que ganase en recorrer el trayecto que media entre la córte y San Lorenzo, recibiría como recompensa cuatro peluconas, llegó á ese sitio real de improviso para combatir á los partidarios y adeptos del príncipe de Astúrias, creyéndolos decididos á jugar el todo por el todo, incluso la vida, pero que se agazaparon como la zorra sorprendida en gallinero cuando le tapan el portillo por donde huir y para evitar tambien á Napoleón el pretexto de inmiscuirse en los asuntos de la familia real.

Y lo que es la volubilidad de los hombres.

El príncipe de Astúrias, el futuro monarca de las Españas y de las Indias, el mismo que pocas horas antes forjaba los rayos y centellas de la revolución para aniquilar á Sisberto, ó hablando menos góticamente, á Godoy, lloroso, zalamero, sentimental y compungido al verle, exclamó:

—Manolo mio, querido Manolo, te quería llamar; iba á solicitar permiso para que me concedieran el llamarte; yo nunca he tenido resentimientos contra tí, que eres bueno y leal: quiero ser tu amigo del alma y confio que me sacarás de mi aflicción.

No es tan perverso Godoy como se dice. Aún responde su corazón al llamamiento del vencido y apenado cuando de su ayuda necesita. Y es tanta verdad lo que escribo, apreciable D. Santiago, que sintiendo en su pecho el hervor de la venganza, tanto más dulce cuanto podía hacerla efectiva en el príncipe, su enemigo destinado á reinar, asumió la responsabilidad y el compromiso de recabar el perdon de los ofendidos monarcas para el culpable hijo, único medio de sobreseer la causa que se le había formado, cuestión dificilísima si nos fijamos en el sesgo que le había dado el marqués Caballero.

Los buenos y eficaces servicios é intervención de Godoy han conseguido lo que parecía imposible. Con su indicación á Fernando de que escribiera dos cartas á sus papás, demandando la absolución de su delito y el perdon concedido por Cárlos IV y María Luisa, se ha zanjado el asunto ó mejor, ha terminado la tragedia.

Fernando ha vuelto á la gracia de los reyes y los que se convirtieron en instrumentos y cómplices de su ambición y rebeldía han sufrido los azotazos y pagado las costas.

He aquí sus nombres y castigos.

D. Juan Escoiquiz enviado al monasterio de Tardon para que practique ejercicios espirituales por tiempo ilimitado, el duque del Infantado residiendo

por fuerza en Granada y el conde de Orgaz, marqués de Ayerbe, Andrés Casaña, Pepe Gonzalez, Pedro Collado, Fernando Selgas, D. Juan Villena, D. Pedro Giraldo, conde de Bornos y Manolo Rivero, desterrados de la córte.

¿Pero se acallarán para siempre las pasiones que originaron el triste espectáculo con esa reconciliación y alejando del príncipe á esos pocos intrigantes y ambiciosos?

Creo que no.

Esa reconciliación y esos destierros, según mi opinión, servirán de tregua, de respiro, para que aparezcan de pronto más formidables la ambición frustrada y los deseos que fracasaron, y sin ser profeta vaticino, y no creo engañarme, que el príncipe de Astúrias logrará por último derrocar del trono á su progenitor.

Otra observación: Godoy, aunque otra cosa se diga, siempre significará para Fernando un poder abrumador é infausto que precisa destruir, y si los antagonismos en todas las ocasiones y los tiempos todos, fueron manantial fecundo de calamidades y desventuras, los de Fernando y el duque de la Paz originarán desventuras y calamidades sin cuento para los reyes padres, ellos mismos y los españoles todos.

Esa incompatibilidad, esos antagonismos entre el

hijo de María Luisa y el favorito de esta obcecada soberana, morirán con la caida del uno ó del otro, y no hay que decir que en ese porfiado é implacable duelo el vencido será Godoy, arrastrando en su derrota á Cárlos IV, á María Luisa y quién sabe si hasta la misma nacion española.

Más partidario soy del príncipe de la Paz que de Fernando; pero sobre aquél y éste coloco la patria y por interés de la misma desearía que el primero, se despojara y renunciara la privanza, hermoso y bienhechor acto de abnegación que le evitaría grandes infortunios y ahorraría á España muchísimas calamidades.

No direis, apreciable D. Santiago, que no soy imparcial. Y así como no me he recatado para manifestaros sin ambajes ni anfibologías mi pensamiento de que el príncipe de la Paz acarreará muchas desventuras á España si persiste en mantenerse al lado de los reyes y en el poder á que lo encumbraron causas y pasiones por todos muy sabidas, tambien he de añadir que esta carta refiere sincera y verazmente lo ocurrido en el Escorial, habiendo prescindido para ello al escribirla de mis antipatías á muchos de los personajes que han intervenido en los hechos. De suerte que, sin temor de ser desmentido, podeis calificar de falsas todas las noticias que difieran de las que contiene.

Y bien á pesar mio cierro y hago punto aquí, no sin desearos que continueis sin quebranto en vuestra salud y que hagais presentes mis recuerdos á los inolvidables, buenos y excelentes amigos D. Antonio Romero y D. Diego de Torres, que presumo continuarán desempeñando los honrosos cargos de vice-director y secretario de la Real Económica Aragonesa de Amigos del País.—Mariano Lagasca.„

—¿Qué le parece á V., apreciabilísimo doctor?— preguntó Taravilla á Capistros cuando terminó la lectura.

—Lo que presumía. Me ratifico en que D. Tadeo es un adulador y que no me he equivocado al no conceder crédito á su carta. Tampoco me engañé al suponer que habrían acompañado circunstancias repugnantes y enormidades monstruosas á la conspiración del Escorial. ¿Ha leido V., querido bachiller? Siempre, siempre, por fas ó por nefas, la negra y fatídica silueta de Godoy interviniendo y mezclándose en todo lo que infama ó arruina á la nación. ¡Cuitada pátria mia!

Las palabras de su deudo de V., eco de una inteligencia convencida y de una voluntad honrada, son testimonios de mayor excepción por venir de un favorecido de la manceba ó mujer de ese bigamo; auguran catástrofes sin cuento mientras ese hombre funesto continúe influyendo en el mentecato Cárlos

y en su cónyuge María Luisa, el más crudo castigo de la pátria hispana. ¿Ve V., querido D. Santiago, como existen otros que opinan lo mismo que yo opino? ¿Se desengaña V. de que entre los mismos que reciben favores y beneficios de Godoy ó de sus allegados, salen voces que se unen á la mia para declarar y confesar que juzgan maléfica la influencia de ese botarate endiosado y general de salón?

—No necesitaba leer la carta de mi primo. Ha tiempo que me asaltó la sospecha de que pudiera resultar verdadera su opinión de V. y la de nuestro comun amigo Fr. Ruperto Mandura, de que Godoy estrellará por último la nave española en alguno de los muchos arrecifes y bancos que erizan de peligros el derrotero por donde surca. Casi me voy convenciendo de que es el peor gobernante que ha tenido España.

—¡Cuitada patria mia! Gracias á Dios que la clarísima inteligencia de V., amigo D. Santiago, se convence de que el chisgaravis duque de Alcudia y almirante, ¡vaya un brazo de San Valero que se dió á nuestros marinos! caprichito ruinoso y fatal de la libidinosa cónyuge del tonto de capirote, Cárlos IV, es el más encarnizado y mortal enemigo de la bienandanza y sosiego de los españoles, aumentando sus crímenes los proyectos que abriga contra la integridad nacional. ¡Cuitada patria mia!

—¿Pero será posible, ilustre jurisconsulto, que el príncipe de la Paz secunde y coadyuve á los planes ambiciosos que sosteneis abriga Bonaparte?

—Aseguro desgraciadamente que es cierto. ¡Cuitada patria mia! Puede llamarse ciegos, mejor que miopes, á los muchos majaderos y estultos que ni aun sospechan que el choricero y demonio de España obedece sumisamente, como la mujerzuela á su rufian, al protervo Napoleón que, derrochando las riquezas y sangre de la tiranizada Francia, se ha elevado un trono que pesa cual enorme plancha de hierro en la cervíz de las envilecidas monarquías del viejo mundo. Repito lo que muchas veces he dicho á V.; no se contrarresta al tirano de Europa y obra perfectamente: conoce la debilidad de los reyes y la flojeza de los súbditos y las esplota, de lo que me alegro, hostigando á estos y destronando aquellos.

—Opino, hasta cierto punto, como V. opina, esclarecido y bondadoso doctor; mas contando de antemano con vuestro beneplácito y con la libertad que me conceden la admiración, cariño y amistad, he de manifestarle ingenuamente, que de la conducta que ha seguido Napoleón con las naciones europeas, no se deduce que intente mutilar á España: personajes calificadísimos coinciden y se identifican benévolos con mi humilde opinión, asegurando en con-

fianza, dicho sin ánimo de molestarle, que V. vé lo que nadie sospecha: que en el mejor aliado de España se encubre el mayor enemigo de su ventura.

—Alto, no prosiga V., amigo bachiller. Ya les dirán de misas á esos calificadísimos, sensatos y eminentes caballeros: no continúe V.: adivino, es más, citaré quiénes son y cómo se llaman: ¡yo visionario! ¡yo débil! ¡yo preocupado!: ellos, ellos sí que son los eunucos de corazón y hueros de ideas prácticas: ellos, ellos los que tienen cataratas que les impiden apreciar y distinguir claramente la verdad, la desconsoladora y tristísima realidad.

No me revela V. nada nuevo: rumores concretos y precisos han llegado á mis oidos de que en la tertulia de nuestro superficial intendente y corregidor D. Ignacio Garcini, se me califica injustamente de iluso, pusilánime y hasta lunático, mereciéndoles igual predicamento á los alcaldes Angel Morell y Antonio Caro, compinches de regodeos, diversiones é ideas de los magistrados Juan Garrido, Serafin de Chavier y Jaime Pastoret, unos y otros y todos aduladores y paniaguados de ese italianuco D. Jorge Juan Guillelmi que, aunque memo, no es obstáculo su cortedad de luces para que ostente el segundo entorchado en la boca manga y ejerza las elevadísimas funciones de gobernador y capitan general de Aragon y presidente de su audiencia,

satélite del mequetrefe y procaz ambiciosuelo y ángel malo de España, de ese malvado Godoy que intriga con Bonaparte, fíjese V. y lo repita en todas partes, á cambio del territorio español, la posesión de una corona ¡que no fuera de espinas! en el reino de Portugal.

¡Qué conspicuidad, qué meollo, qué ingénio, qué talentos los de Pastoret, Chavier y Garrido! Con toda su poderosa inteligencia y otras condiciones especialísimas para medrar, se hubieran eternizado de oficiales, y no de los que inventaron la pólvora, en las covachuelas de *Facultades de viudedades* ó en las del *Fondo vitalicio*, á no haberlos encaramado el choricero á los altos puestos que ocupan en esta capital.

—Siento, elocuentísimo doctor, que se haya usted alterado, y le suplico me dispense; pero concedido que el vencedor de Austria y Prusia alimente deseos ó sienta más hambre de engrandecimiento desmembrando la nación española, ha de encontrar, al querer realizar sus propósitos, insuperable valladar en los pechos, voluntades y bravura de sus habitantes.

—Insisto y tengo motivos fundadísimos para ratificarme, contra la opinión de esos caballeros encumbrados y satisfechos, en que Bonaparte aspira á engarzar en su diadema el preciadísimo joyel de la nación hispana. ¡Cuitada pátria mia!

—Todo lo que se quiera, inteligentísimo letrado; mas insistiendo yo tambien en mis ideas, fruto de no escasas observaciones, repito que Napoleón no ha contado con la *huéspeda*, permítame la palabra, ó sea con la oposición y valor de los españoles.

—La *huéspeda:* ¡válganme Dios y la *huéspeda!*: ¡psich! Daría cuanto poseo por ser tan optimista como usted y mis buenos amigos Pepe Ruiz Celada, Santiago Piñuela, Diego Badillos, Manolo Lafiguera y otros muchos que habiendo obtenido por méritos propios sus cargos y destinos, ni hacen el *rendibu* á Guillelmi y se lamentan de que el indigno Godoy se pavonee en la cúspide del poder, pero no me es posible: disiento de sus opiniones de que Napoleón no conseguirá el fin que se ha propuesto por la resistencia que encontrará en España, apoyándome para mi apreciación, que casi puede calificarse de seguridad, en las razones que expondré á V. si benévolo me escucha.

La atmósfera de palacio y de las secretarías y oficinas de Madrid ha saturado el ambiente desde el Pirineo al Estrecho. Su cálido y emponzoñado aire favorece con vigor y exuberancia tropical el desarrollo y crecimiento de la intriga, del cohecho, de la inmoralidad y concupiscencias y egoismos de todo linaje. Estas causas, demasiado pujantes á entronizar la tiranía y disolución social, reciben de

otras, si bien no tan criminales, dignas de ser lamentadas, nuevos y enérgicos apoyos. Los españoles discurrimos muy poco y obramos ínfinitamente menos de lo que discurrimos: nuestra incuria y abandono contribuyen á que fiemos mucho en las autoridades supremas, y parapetadas estas en la sumisión omnímoda que se les presta y mistificando el derecho que llaman divino, ¿qué sucede?, que la confianza que se deposita en ellas, resulta insensata y estólida.

¿Pruebas? helas aquí: el despego de la corte á las calamidades públicas, su voluptuosidad entre la miseria general de la nación, sus monstruosos errores, de los que no se arrepiente ni rectifica, sus convenios y alianzas desastrosas y suicidas con naciones que maduran proyectos ruines y villanos, y la resolución de sostener en la privanza al inepto é inmoral Godoy, contrariando los recelos, aspiraciones, tendencias y hostilidad, pasiva desgraciadamente, de los que contribuyen al sostenimiento de las cargas públicas y á la más abrumadora de todas, la córte, cuyo escandaloso fausto y derroche ultraja y escarnece al país entero.

Arriba, muy arriba, la ignorancia, la corrupción y el despilfarro: festines por la mañana y orgías y saraos por la noche: abajo, la abyección, los vicios y la holganza; toros por la mañana y toros por la tarde.

La falta casi general de ideas propias y la aquiescencia infamante de los propietarios, comerciantes, industriales, artesanos y labradores, de todos los que producen y no comen de la olla nacional, alientan los menguados propósitos, las innobles bastardías y ruines pasiones de los monarcas, validos y ministros, que vanidosos y soberbios de una parte con sus oropeles y autoridad y embriagados y adormecidos por otra con el gentílico perfume que se les ofrece y quema, no meditan ni se fijan en la trascendencia é importancia de los tortuosos proyectos de ese desleal gabacho Napoleón.

Todo lo que he indicado á V. lo conoce y utiliza en provecho propio ese francés de talento, y sabiendo como sabe que las naciones que no tienen energía suficiente y corazón animoso para aniquilar y destruir los gobiernos que las avergüenzan y deshonran, llámense reyes, presidentes ó dictadores, se asemejan á miserables rebaños de carneros fáciles de ser dominados y dirigidos con honda y palo, apréstase para hacer suya España y dictarnos su imperial voluntad con las bocas de fusiles y cañones.

—Desconsolador y pesimista se muestra V., sapientísimo y dilectísimo abogado, pero pesimista y desconsolador, no me negará la resurrección de algunas naciones que yacentes en el abatimiento y esclavitud, se irguieron y alzaron para admirar en pri-

mer término con su heroismo y recuperar por último su dignidad é independencia. Tampoco se obstinará usted en no concederme que pueblos sojuzgados y esclavizados durante mucho tiempo, se reaccionaron de improviso y rompiendo los hierros de sus cadenas, pulverizaron á los déspotas y tiranos y vencieron sus legiones.

—¡Ojalá me equivoque! ¡Quiera Dios no se cumpla en España la fatalidad histórica! ¡Cuitada pátria mia!

Cierto: no estoy loco para que llegue al extremo de negar la realidad, enseñanzas y acontecimientos consignados en la historia.

Pero los anales del mundo aseveran que los pueblos que esos asombros consumaron, conservaban y tenian hombres de excepcionales alientos, dotados de iniciativas, acometividad é inteligencia extraordinarias. En el caos que los usurpadores y tiranos produjeron, sobrenadaban portentosas energias, y cuando sonó la hora de la redención de esas naciones y el fin de sus desventuras y tormentos, desconfiaron de la caterva brillante y fastuosa de generales y sabios que hormigueaban por las cámaras palatinas, y en su desesperada lucha prescindieron de formas, suplantaron instituciones, destituyeron reyes, arrollaron obstáculos y rechazando los impulsos que no eran propios ó que no se identificaran

con sus aspiraciones de libertad é independencia, se salvaron por su propia fuerza é ímpetu propio.

Tampoco existían las múltiples y arraigadas preocupaciones que en España existen. Decid en nuestras capitales, villas y pueblos que la monarquía absoluta es la causante de todos nuestros males y desgracias, y bien pronto las muchedumbres os insultarán y vejarán; insinuad que para que desaparezcan los efectos, precisa desairragar las causas y os aherrojarán y harán enmudecer; tratad de persuadir de que el poder real, la monarquía, al uso de la de Luis XIV, que implantó en España su tirano nieto Felipe V, debe ser sustituida por otra institución más humana y racional, por ejemplo, la del Aragón de los Jaimes y Pedros, y la exteriorización del pensamiento, os condenará á uno de los presidios de Africa, si es que indulgentes y compasivos no os descuartizan.

Esa monarquía afrancesada, que domina en España, de muchos títulos, de muchas damas, melindrosa y muy perfumada, debe considerarse, contra el dictámen de muchos teólogos de abultado abdómen y de los regalistas de coleta, estirados y repletos de argucias y sofismas, como atentatoria y denigrante á la dignidad de los pueblos y del individuo.

Ella extranguló y destrozó la vida regional y su-

mergió en sangre sus leyes, sus garantías, su derecho, su libertad y borró el *quid divinum*, que la libertad dimana de Dios, que flotaba en el espacio, en las montañas, en los rios, en la sociedad y familia de Aragón, Valencia y Cataluña.

Los nacidos en el territorio de esa antigua y gloriosa nacionalidad, los de Castilla, los de España entera, somos en esta monarquía el *anima vili* de los caprichos, estupideces, pasiones y venalidades de los afortunados que nacen con corona. España, segun las ideas que se les imbuyen desde que se les inicia la razón, es su patrimonio y pueden lógicamente disponer de ella como si se tratara de una finca personal.

No son exageraciones mias: son resultados y consecuencias de un principio, de una iniquidad que no se dirime en su terreno propio y se acepta sin protesta por la mayoría de los españoles.

De conformidad á esa monstruosa, inícua y absurda teoría, ni se congrega en Córtes á los representantes de la nobleza, de la ciencia, del comercio, en una palabra de la propiedad y de la producción, ni se les interroga ni se les consulta: decídense en familia y en el sigilo y entre sombras los asuntos de mayor trascendencia y gravedad á gusto de reyes ineptos é idiotizados por reinas livianas y validos sin conciencia y honor, de impuras costumbres é

interesados en el medro propio y de sus deudos y protegidos; agregándose á esos reyes, reinas y validos para que la ruina de la pátria sea más desastrosa, personajes encumbradísimos, verdaderas estátuas de carne, que no reunen otros méritos para su influencia que los títulos nobiliarios, más ó menos discutibles, que heredaron, las bajezas y complicidades y que son conocidísimos por sus dilapidaciones y vicios; explicándose únicamente por el conjunto de tantas causas determinados pactos reales, gastos exorbitantes é injustificados, fortunas improvisadas, escenas repugnantes que se suceden con demasiada frecuencia y los asquerosos é increibles acontecimientos del Escorial.

¡Oh! en otra nación que no fuera España ¡cuitada patria mia! y con otra monarquía que no la informase el espíritu del absolutismo ó, hablando más propiamente, el egoismo de unos pocos en perjuicio de muchos millones de séres racionales, no se presenciarían tamaños ultrajes á la moral ni hechos tan escandalosos; no se lanzarían á los sarcasmos del mundo entero los ignominiosos é infames pugitos del ambicioso y desentrañado Fernando contra su decrépito padre; se ocultarían, si desgraciadamente surgieran, esos crímenes, esas conjuras implacables y vergonzosas, en que revueltos andan y se confunden pinches de cocina y aguadores con

grandes de España, cocheros y lacayos con duques, marqueses y generales y manolas con encumbradísimas damas: pinches, lacayos y aguadores groseros é inconscientes, damas, generales, marqueses y duques..... abyectos.

—¿Y persiste V., genio excepcional, en que España está perdida?

—Sí, sí, que persisto,—contestó el doctor saltándole lágrimas—irremisiblemente perdida: ¡cuitada pátria mía! La gangrena se ha apoderado é invadido por entero el cuerpo social y no tenemos médicos y cirujanos sabios, enérgicos y enemigos de paliativos que, para salvar á la pátria, salten por todo y sajen, quemen y amputen.

—Hace V. desesperar, ilustre filósofo, con sus ideas: empuja V. á los que le escuchan al fatalismo, pues ni admite la posibilidad de que un suceso extraordinario, el alzamiento nacional, verbi gracia, en caso de peligro, saque á salvo la independencia é integridad de la pátria.

—No es cierto, amigo D. Santiago, que no admita la posibilidad de la resurrección de que me hablaba V. Afirmo y me ratifico y me ratificaré y afirmaré veinte, cien, mil veces, que las causas que he indicado ligeramente la hacen casi imposible. Una fórmula, solo una fórmula, en mi entender, convertiría lo dificilísimo en fácil: con ella creo

factible y eficaz la resistencia contra el coloso de Ajacio que, á despecho de esa cáfila de ignorantes encumbrados que forman la camarilla del general de Aragon D. Jorge Juan Guillelmi, no ha de tardar mucho, si es que no ha comenzado, á querer realizar sus propósitos: hágase abstracción de la monarquía absoluta y de la corte; arróllense las dificultades y obstáculos; prescíndase de confiar en los que viven, se mueven y vegetan muellemente en la caliginosa atmósfera del Madrid que deslumbra, con sus dignidades, entorchados, títulos y posiciones: entonces, obrando independientemente de Cárlos IV, de su hijo, de Godoy, de Escoiquiz, de Caballero, de Montijo, del Infantado, en una palabra, de todos los que influyen y han influido en el descrédito y ruina de España, ¡cuitada pátria mía!, será un hecho esa resurrección benéfica y reparadora.

Yo pusilánime, yo visionario, yo preocupado, yo monomaniaco, le juro á V. no sería el postrero que contribuiría á la gloriosa empresa que seguiría infaliblemente á esa resurrección. Cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo, le pertenece á la pátria. Recobre su energía y su iniciativa para resistir y vencer al depredador de Europa, único medio de que se conserve España independiente

Si la victoria coronara nuestros sacrificios y es-

fuerzos, letrado soy y letrado sin distinciones ni cargos públicos continuaría; si la derrota los inutilizara, satisfecho de no haberme entregado inerme y maniatado al carnicero de Europa y gritando ¡España para los españoles! me envolvería entre las ruinas de la nación.

Con estas frases terminó la visita y ojalá que no concluyera, que de buen chichon me hubiera librado.

Me admiraba de que el vendabal con sotana, Taravilla, no hubiera producido algun estruendo nuevo; pero pronto desapareció mi admiración. Al adelantarse para dar la mano á Capistros y marcharse por estar invitado á comer con el doctor D. Manuel Berné, catedrático de leyes de la Universidad, tropezó, á lo que juzgué, en su propia sombra, y cayendo sobre mí, que me hallaba sentado, dí con la frente en un pisa papeles de bronce que había en la mesa, infiriéndome una herida.

Menos tiempo tardó en cicatrizarse que en borrarse de mí la impresión que me causaron las patrióticas palabras de mi eximio y queridísimo amo: vibraron fuertemente por espacio de algunos dias en mi cerebro, no siendo de extrañar que por la noche me acometieran congojosos ensueños y pesadillas: parecíame oir el lejano redoble de tambores y el horrible sonido de clarines y los estruendos de los cañones, fusilería y obuses de los ejércitos

del, que llamaba el doctor, Atila de los tiempos modernos, y que las bombas y granadas se estrellaban en los muros del caseron. Otras veces, medio despierto y envuelta la cabeza en las sábanas, creía ver á Capistros que abultadas las venas, inyectados en sangre los ojos, frunciendo las cejas, colérico, espumante, acaudillaba gritando, rugiendo y vociferando huestes híbridas y abigarradas y que, apechugando con bayonetas, sables y lanzas, rugiente como un leon, se precipitaba espada en mano contra los imperiales, desmembraba sus filas y saltando por montones de cuerpos destrozados, llegaba á las baterías, cruzaba los revellines y se apoderaba de los cañones, águilas y banderas enemigas.

Me pareció más: que el chiquito doctor había adquirido las proporciones, el pecho, la espalda y los brazos de un gigante y que sus facciones, animadas siempre de bonachona sonrisa, no sé cómo, se transfiguraban, imprimiéndose en ellas el céño, las líneas duras, enérgicas y vigorosas de Anníbal y César, en resúmen, de los héroes y grandes generales, en cuyas caras, segun me decía Fr. Mandura cuando no le dolía el estómago, fulguraba el génio belicoso que convirtió en tumbas y páramos dilatadas y fecundísimas regiones.

Ese desequilibrio de los nervios produjome dolo-

res y calentura que se aumentaban en los corrillos que los estudiantes formaban en el arco de Valencia y delante de la Universidad, respirándose en ellos odio, rencor y exterminio contra la desventurada María Luisa, Godoy y Bonaparte.

Tampoco escaseaban palabras de compasión á Cárlos IV, y las lenguas, movidas por la inexperiencia juvenil, se desbordaban en vehementes y entusiastas elogios al príncipe de Astúrias que, mal hijo, terminó siendo pésimo monarca.

Pero no anticipemos sucesos: el orden de los que voy á referir exige método y mis convicciones una declaración: que no simpatizaba con las de Capistros.

VI

Despertó una mañana Napoleón de un sueño tranquilo y despues de atiborrar sus cesáreas narices con sendos polvos de rapé, que tambien el héroe de las Pirámides, entre otros vicios, tenía el súcio de absorber por las fosas nasales el oloroso narcótico, recordó que en el límite meridional de Europa existía la nación española, que aún conservaba su independencia.

Pensamiento halagüeño y egoista cruzó su cabeza y dándose con la diestra mano, con aquella mano que sostenía la balanza de los destinos del viejo mundo, una palmada en la frente, exclamó satisfecho para sus adentros: "¡grandioso plan! ¡magnífica ocasión! La corona de los descendientes del ven-

cedor en Pavía ceñirá mis sienes ó la de alguno de mis hermanos ó deudos.„ Y con igual facilidad que concibió el pensamiento, sin detenerse en timideces, ni asaltarle zozobras y prescindiendo de reflexiones, trató de realizarlo.

Movió sus ejércitos en el ajedrez continental europeo y ordenando á los generales Dupont, Moncey, d' Armagnac y Bessieres, que los acaudillasen, señaloles términos para que desparramaran por nuestra península cien mil veteranos de aquellos que se habían cubierto de laureles y llenado sus mochilas y enriquecido la Francia con los despojos de muchas naciones.

Dormido hasta entonces el enfermizo y flaquilucho león español, al abrir sus ojos y desperezar sus miembros, apercibiose de que las águilas francesas habían formado sus nidos dentro de las murallas y trincheras de los castillos de Pamplona, San Sebastian, Figueras y Monjuich, en los que habían penetrado á traición, y que el gran fanfarron, duque de Berg, lugarteniente y cuñado, sin pelo de tonto, del *regenerador* de los españoles, Napoleón, llegaba de improviso y sin misión conocida á Búrgos, donde fijó su cuartel general.

Una vez más, despues de tantas otras, los compatriotas de Fernando el Católico ¡quién lo creyera! fueron sorprendidos y engañados por los de Luis XI,

y las traicionera astucia y doblez francesas burlaron nuevamente á las candidez é hildaguía españolas.

Pero no importa. Más fácilmente se impide el ingreso del leopardo en su cueva, que se le arroja una vez dentro, y de muy antiguo acostumbraron los españoles á realizar empresas casi imposibles, prodigando el dinero y la sangre.

No se engañó Capistros: sus vaticinios y pronósticos siniestros, pese á la "gigantesca„ inteligencia de los que le llamaban iluso y maniático, comenzaron á cumplirse.

Preguntábanse los zaragozanos al recibir los correos, cartas y pliegos que esas noticias contenían, qué significaba y á qué fines obedecía el movimiento imponente de tropas, generales y estados mayores napoleónicos, y mientras no pocos se encogían de hombros, expresión muda de un "no lo entendemos„, abundaban y superabundaban los que creían ¡inocentes con beatitud angélica! que el hombre de hielo exhibía ese lujo de fuerzas para derrocar de su privanza al "verdugo y ateo„ Godoy, y entronizar en el solio de su padre á Fernando, "el mejor de los príncipes y el más desgraciado de los hijos.„

No faltaban otros, escasos en número, entre los que se contaban los reverendos mercenarios Padres Loscos y Mandura y aun la misma *Canija*, que vieron claro, clarísimo, evidente, se iba á sentir el peso

abrumador de la voluntad del afortunado aventurero francés, con perjuicio de la independencia nacional.

Crecían y crecían los temores de los zaragozanos, cuando vino á darles corto respiro el asqueroso motin de Aranjuez.

Con extraordinario júbilo supo Zaragoza que los palafreneros, mozos de cuadra, marmitones, monteros, lacayos, cocheros, algunos soldados y un peloton de paisanos se declararon en abierta rebeldía contra Cárlos IV, y que, capitaneados todos por el tio Pedro, nombre que adoptó el turbulento conde de Montijo, exaltaron al trono al innoble y ambicioso D. Fernando, príncipe de Astúrias, trocándose el júbilo en frenesí cuando se recibieron noticias de las escenas que acompañaron y siguieron á la grave revolución.

Mi amo, no obstante la inquina que manifestaba á Godoy, se lamentó de que los amotinados detuvieran á la amiga de éste, la célebre Pepita Tudó, condesa de Castillofiel, alegrándose de que al fin huyera y se salvara, calificando de salvajes y desatentados lo mismo á los que en aquel real sitio allanaron y saquearon el palacio del valido, y quemaron los riquísimos muebles y objetos de arte que encerraba, que á los madrileños que atacaron los domicilios de la madre, hermano y secuaces del mis-

mo generalísimo, asociándose en cambio á la frenética alegría de los demás, al divulgarse que este hombre funesto había sido aprehendido en un desvan, donde se había ocultado entre rollos de estera, y que escupido, arañado, ultrajado y herido por la muchedumbre, gemía y suspiraba en el inmundo calabozo de un cuartel, y á solas con su conciencia meditaba el abismo á que su inmoralidad y soberbia le habían arrojado.

¡Válgame Dios y qué giros y vueltas da la rueda de la fortuna! Conocían bien á esta diosa y estudiado habían perfectamente la instabilidad de las cosas y de los hombres, aquellos griegos y romanos que representaron á esa casquivana y coquetuela deidad en forma de mujer bellísima y vendados los ojos. Los que ayer ensalzó sin otros merecimientos que porque así plugo á su capricho, frivolidad y antojos femeniles, derríbalos hoy; quizás los eleve de nuevo para volver á precipitarlos.

El condestable D. Alvaro de Luna y el endiosado y altanero D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, degollados cual villanos y pecheros; el conde duque Olivares relegado al destiero; Antonio Perez fugitivo y errante y muriendo, léjos de su patria, en la miseria; Valenzuela perseguido y cazado como una alimaña y Godoy, árbitro horas antes de una nación de inmensos territorios y exonerado y

arrojado poco despues á una prisión, ejemplos son para no olvidados de los que suben á las excelsitudes del mando, de los honores y de las dignidades.

Grandes las torturas que sufría el desgraciado expríncipe de la Paz, fueran más horribles si hubiera presenciado las expansiones con que la estudiantina zaragozana festejó su caida y desgracia el 23 de Marzo de 1808.

Los vecinos de la calle de la Universidad y arco de Valencia, convertidos este y aquella ese dia en mar encrespado por el oleaje humano que desbordaban los callejones y encrucijadas inmediatas, oyeron clamores de exterminio contra el favorito prisionero, divulgando miles de bocas enormidades lascivas de Maria Luisa, la infausta reina de los tristes destinos.

Irritados, enfurecidos lo mismo los estudiantes universitarios que los seminaristas, reflejo espontáneo en aquella ocasión de los sentimientos de una ciudad noble y dignísima, soliviantada por las cobardías, bizantinismo y excesos de la mísera familia real que descendió hasta arrastrarse á los piés y convertirse en juguete de las veleidades, orgullo y arbitrariedades de un sér, de un fetiche, en quien no se veían los prestigios de los grandes ni medianos hombres de Estado, ni los que adquieren los generales con sus victorias, ni los que se deben á

los literatos, artistas ó sabios; extremados, repito, los alumnos del seminario conciliar y los de la universidad real y pontificia en sus demostraciones enemigas, rugientes con las cóleras de la nación escarnecida y vilipendiada, saltaron por los diques de los catedráticos y bedeles, é invadiendo el templo de la civilización, aún más, penetrando en su *sancta sanctorun*—paraninfo—manchado y profanado en su entender por el retrato de Godoy, desclaváronlo de la pared y lo sacaron entre cantos é himnos, y no de loor, arrastrándolo fuera de la Universidad.

Todo era movimiento, algazara y bullicio en la plaza de la Magdalena. Abajo, la multitud apiñada, jadeante y sudorosa compenetrándose cuerpos en cuerpos: arriba, en los balcones, ventanas y tejados, mujeres y hombres agitando monteras, pañuelos, brazos y puños, y todos, los de arriba y los de abajo, cobijados por la atmósfera húmeda, plomiza y ventosa.

La tromba estudiantil más imponente y arrolladora por las excitaciones de los estudiantes Francisco Javier Mina y Fermin A..., navarros, y del aragonés Casanova, alumno de teología, abrióse portillo con los piés, con los brazos, con los codos en la compacta masa humana, y avanzando hasta la hoguera, cuyos combustibles todos y ninguno ha-

cinamos, formada en aquella plaza frente á la calle de Palomar, quemó el retrato de Godoy.

La eliminación de los factores que hacían casi imposible la regeneración social y política de España, deseada con tanto afan por el doctor, no solo se había iniciado, sino que determinada y forzada por leyes prepotentes y misteriosas, caminaba á su término con vertiginosa rapidez. Godoy había perdido su omnipotencia y las temblorosas manos de Cárles IV soltaron el cetro. Solo restaba que se desprendiera la corona de las sienes de Fernando VII.

Llegados los sucesos á este punto, rectificó en parte Capistros sus pesimismos, no pareciéndole ya tan difícil la resurrección de que hablara el bachiller Taravilla, y más animado y atrevido en virtud del cambio de monarca y de palaciegos, principió públicamente sin consideraciones, miedos y temores, su propaganda antifernandina y antifrancesa, disgustando muchísimo á Mr. Pierres, el tratante que, aunque jacobino, sacrificaba sus ideales políticos á las glorias y engrandecimiento de su nación, la única, en su concepto, que podía dotar á España de un soberano ilustrado y amante del desarrollo de los intereses materiales.

No agradó á Capistros el entusiasmo de su amigo por la prosperidad de nuestra patria bajo el régimen de un francés, sucediendo en consecuencia

que se le hizo antipático el tratante, produciéndose últimamente el rompimiento de relaciones entre los dos.

—He roto—decía Capistros al cirujano Botaya y á mí al hacernos saber que había eliminado á Mr. Pierres de entre sus amigos—con la única afección francesa que tenía: desde hoy nada me liga á esa nación vecina que introdujo en España una dinastía corruptora, perversa y perjura, que señaló su despótica dominación destruyendo nuestras sábias leyes y bienhechoras costumbres y trata ahora de imponernos otra dinastía no menos tiránica, que explotará y convertirá á los españoles en genízaros de su poderío y ambiciones ¡cuitada patria mía! A los franceses, denomínense borbónicos, convencionales ó bonapartistas, precisa negarles el sol y viento que resplandece y se aspira desde Irún hasta el Estrecho: es el menor castigo que se les debe imponer por las desgracias que han causado en España, por sus traiciones y deslealtades.

El cirujano Botaya, aquel revolucionario exaltado que deseaba por entonces que se estableciera en España una república más feroz y niveladora que la del 93, única solución que encontraba para que nuestra patria se rehiciera y prosperase y que, imbuido en las teorías de los enciclopedistas y jacobinos, odiaba las coronas hasta el extremo de "que

hubiera suprimido las de los reyes de los naipes, sustituyéndolas con monteras ó pañuelos á guisa de turbantes„ replicó:

—Amo la Francia, porque en ella nacieron y se formaron los genios que idearon los moldes de una sociedad nueva, en la que los pueblos serán dueños de su libertad; quiero esa nación, porque de ella salieron los redentores de la humanidad oprimida por ambiciosos y haraganes, apoyados en la fuerza; deseo una revolución, no como la del 93 que se enervó pronto, volviéndose melindrosa y asustadiza, sino otra nueva que lo destruya todo, costumbres, prácticas, leyes y principalmente esas instituciones infames y putrefactas que dividieron la sociedad en dos grupos, el inmenso de los que trabajan, sufren y lloran y el de los privilegiados que, por razon de sus nacimientos y herencias, gozan, se rien, derrochan y consideran á los primeros como parias; pero aun cuando eso constituye la meta de mis deseos, no quiero que los franceses, por más que acaricie la idea de que se practiquen las doctrinas de sus filósofos, intervengan en los asuntos españoles para hacernos felices, porque la experiencia me ha enseñado que si, con el carácter de amigos y aliados, han contribuido á la ruina de nuestra nación, con el de tutores ó protectores nos desollarían.

Bien se está cada uno en su casa y en la nues-

tra no solo estorban los franceses, sino que sobran todos los extranjeros.

Los acontecimientos políticos se sucedian en tropel. Al abandono é indiferencia con que se miraba en Zaragoza la marcha, accidentes y peripecias de las cuestiones de la nación, sucedieron la calentura y avidez para saber lo que ocurría en los palacios, secretarías, consejos y covachuelas de Madrid, fijándose principalísimamente la atención en todo lo que se relacionaba con los desgraciados Cárlos IV y María Luisa, que recorrían un trayecto sembrado de espinas, más punzantes por haberlas arrojado su hijo Fernando, quien, por entonces, feliz, á causa de haber ceñido la ambicionada corona, ni más ni menos que un militar con entorchados, triunfante en un motin, se preocupaba nada ó poco de los intereses y asuntos que afectaban á España, absorbiendo por completo su actividad intelectual el modo de premiar con excesiva largueza los servicios de Infantado, San Cárlos, Escoiquiz y Collado el ex-aguador, en suma, de todos los que más ó menos directamente, bien gritando ó sobornando ó intrigando, habian coadyuvado á la realización de los deseos que tanto tiempo halagara de suplantar del trono á su anciano y reumático padre y precipitar á Manolo Godoy de las cumbres de la privanza.

Una vez excitada la atencion de los buenos vecinos de la capital de Aragon, menos flemáticos que los vascos y no tan impresionables como los andaluces y más curiosos que vascos y andaluces, dióse el caso de que la impaciencia por adquirir noticias penetró lo mismo en el tocador de la petrimetra que en los estrados de las señoras que alejadas por el cansancio, edad ó desengaños de las diversiones y saraos, preparábanse con sendas novenas y rosarios, interrumpidos por los tostones y el delicioso caracas, para emprender sin grande impedimenta moral su viaje al otro mundo: invadió la misma impaciencia por igual los estudios, despachos y bibliotecas de los letrados, teólogos y literatos, que los talleres y obradores de los artistas y artesanos, y todos, hombres y mujeres, sabios é ignorantes, viejos y jóvenes, nos transmitiámos las noticias y rumores, esperando febriles el desenlace ó bomba final, como decía Capistros.

Contribuyeron ó mejor promovieron esa sobrescitacion algun periódico madrileño y *La Gaceta* y el *Diario* que se editaban en Zaragoza.

Estos, que habían llenado sus planas hasta la época á que me refiero con anuncios, muchos de ellos singularísimos y á propósito para excitar las carcajadas de los menos accesibles á la risa, nombramientos, programas de las funciones teatrales, de

tarde en tarde con alguna poesía ó artículo literario ó científico é insípidas noticias de batallas, hechos y enlaces regios efectuados en Noruega ó Suecia, en la Gran Bretaña ó Rusia, que maldito si preocupaban ni importaban á los zaragozanos, por una evolución progresiva insertaron, previa autorización del capitan general, documentos palatinos y diplomáticos, nimios y vergonzosos unos, importantes y de consecuencias otros.

Y qué sencillo era el mecanismo de los periódicos zaragozanos. En ellos no metía pluma ni mano esa balumba de directores, redactores, revisteros, colaboradores, noticieros, meritorios, maquinistas, marcadores, administradores, vendedores, etc., etc., y las redacciones no eran asaltadas por esa turba multa de amigos *desinteresados* que utilizan las columnas del diario en provecho propio, de sus parientes, relacionados y conocidos de estos, ni existían esos literatos y hombres de ciencia aguachirles que solicitan la inserción de elogios desmesurados y bombos estrepitosos que ellos mismos se prodigan y escriben, ni padres afanados por que sepa el mundo que les ha nacido un hijo, ni esposos amantes que piden publicidad, mucha publicidad, para la jaqueca que mortifica á su cónyuge, ni esos otros que, odiando teóricamente las publicaciones y diarios, los aprovechan para satisfacer su vanidad.

A la par que el afan de recibir gratas nuevas é impresiones satisfactorias por las salvadoras medidas que todos creíamos adoptaría el idolatrado Fernando y por las beneficiosas consecuencias que iba á producir la gestión de los ministros D. Miguel Azanza, de Hacienda, D. Gonzalo O' Farril, de Guerra, D. Sebastian Pineda, de Gracia y Justicia, don Francisco Gil de Lemus, de Marina y D. Pedro Ceballos, de Estado, éste último verdadera notabilidad en esa ciencia ó arte ó industria que bien podria llamarse truhanescamente "cucología„, se centuplicaron las reuniones y tertulias, poco numerosas algunos meses antes.

Ciudadanos pacíficos y medrosos que hasta aquella fecha habían odiado la oscuridad, temiendo algun golpe de mano á sus personas, bolsillos y casas y que cerraban estas á cal y canto apenas anochecía, olvidaron la higiénica é inveterada costumbre de oir acostados el melancólico tan, tan, de "la campana de los perdidos„ y lanzábanse impávidos por las tinieblas, poco menos que faraónicas de Zaragoza, y sin reservarse de los muchos peligros y riesgos que se corrían á pesar de la vigilancia de los agentes de los ministros del crímen D. Manuel Garcia de la Quintana y D. Fernando March, acudían donde se hablaba largo y tendido acerca de los pavorosos y multiplicados problemas, cuya inmediata solución se imponía.

Y tambien sucedió, que conforme Napoleón, secundado astutamente desde Madrid por su feroz cuñado Murat y el general Savary, diplomático de más caras que un prisma, inveraz, falso, villano é insidioso, movía los hilos de la inmunda intriga para sonsacar al atortolado Fernando de España, y se hacía más angustiosa la situacion de éste y su familia, fueron perdiendo muchas de aquellas reuniones su carácter inofensivo, trocándolas el despotismo y arbitrariedad é intrusiones de los franceses en centros de conspiración ó clubs, segun se dice en la moderna jerga política.

Así que mientras en pocas se razonaba mesuradamente y con aplomo se discutía, caldeábanse en muchas los corazones y se acaloraban los ánimos, dominando en ellas esta opinión: que D. Jorge Juan Guillelmi, teniente general desde 1795 y capitán general de Aragón, no trataba y menos resolvía ningun asunto sin consulta y beneplácito de Murat.

Admitida esta premisa, no destituida de fundamento, se dedujo que era traidor, prodigándosele el infamante epíteto en las tertulias de que eran alma y vida el comerciante D. Andrés Gurpide, excelente cazador que en las futuras refriegas mató más imperiales que liebres, no obstante ser muchas las que cobró por Val de Espartera y Val de la To-

rrecilla; D. Antonio la Casa, presbítero beneficiado de San Pablo hasta el primer sitio, jefe de un peloton de paisanos en el aciago combate de Alagón y comandante en el segundo asedio; D. Bernardo Navarro, alcalde de barrio y futuro defensor de las puertas del Sol, Cármen y Santa Engracia; D. Pedro Cortés, honradísimo procurador causídico, tirador celebérrimo que causó muchísimas bajas á los sitiadores; D. Ramón Cadena, benemérito capellan del Pilar, sacerdote, soldado y cirujano durante la lucha, y Cerezo, y Zamoray y Sas é Ibort y San Clemente y Salamero y Grassa y Forcés y Villacampa y muchísimos más, patriotas netos é inmortales caudillos del paisanaje.

Almas enérgicas las suyas, denodados, temerarios, tenaces, duros á la fatiga, latiendo sus corazones unísonos al calor é impulsos de las grandes ideas fundamentales Dios, patria y rey, comprometiéronse, cuando Napoleón arrojó la careta, á morir antes que ceder y someterse á la tiranía de ese hombre omnipotente, á quien despreciativamente llamaban gabacho.

Si uno de aquellos hombres verdaderamente extraordinarios por su amor á la patria, el alumno de teología Vicente Casanova, más intrépido que el alcalde de Móstoles y con un corazón tan animoso como el de Cárlos de Gante, desistió de su propó-

sito, después del dos de Mayo, de retar y declarar la guerra á Napoleón, á sus mariscales y ejércitos, debiose al futuro mártir de la independencia el sacerdote D. Santiago Sas, á los atletas de la lucha D. Felipe San Clemente y D. Miguel Salamero y á los invictos D. Mariano Cerezo y el tio Jorge Ibort, que, sérios unas veces y jocosos muchas más, tildaron aquel propósito de "salida de pie de banco„, calificándolo, en cambio, Capistros, "de anhelo más que espartano, digno de esculpirse y aun grabarse en platino, mármol ó bronce.„

En concepto de todos esos insignes patriotas, y lo cumplieron mejor que lo inculcaban, lo conveniente era, cuando se presentara la ocasión, que no se equivocaron llegaría, enviar de paseo á Guillelmi, bastándose y sobrándose ellos para combatir á los bonapartistas, y obrando conforme á esos sentimientos y aspiraciones, sumaban desafectos al general y le restaban amigos, ha ciendo el vacío en su rededor, imposibilitándole en definitiva para la resistencia.

En otras reuniones y tertulias formadas del retórico y poeta escolapio P. Basilio Boggiero, del endinerado Sr. D. Joaquín Sanchez del Cacho, de los magistrados D. Francisco Borja de Coscon, don Santiago Piñuela y D. Diego Badillos, de los párrocos de La Seo y San Felipe, D. Joaquín Mazod y D. Jaime Lapuerta, de los canónigos D. Juan

Martinez Castillón, arcediano de Daroca, don Joaquín Cornel, dignidad Tesorero, D. Francisco de Cistue, canciller de Competencias, D. Mariano Sostre, arcediano mayor de Santa María, D. Benito Fernandez Navarrete, D. Joaquín Otal y algunos más, de los nobles D. Mariano Sardaña y D. Manuel Latorre, de D. Vicente de Lissa y otros seglares distinguidísimos, y eclesiásticos de elevada gerarquía, espíritus reflexivos, poco impresionables, reposados; en una palabra, menos ardientes que los patriotas arriba mencionados, si bien amantísimos como éstos de la independencia nacional, partiendo de que Napoleón no había descubierto claramente sus planes, pues que Fernando, encumbrado al solio hacía poco tiempo,—aceptaban el hecho consumado por el motin de Aranjuez—continuaba ejerciendo la autoridad real; en esas tertulias, repito, se estaba á la espectativa de las contingencias futuras, creyendo esas ilustradas personalidades que no serían tan borrascosas y terribles como de improviso se presentaron.

En opinión de todos esos juiciosos personajes, si el general Guillelmi no se mostraba explícito y reservaba en su pecho la calificación que le merecían los procedimientos del César francés y de sus prosélitos y secuaces, debido era á la presión y dificultad de las circunstancias.

De aquí que al visitar al capitan general afectuosos, le sondeaban sin preocupaciones ni conceptos prejudiciales y trataban ¡vano empeño! de convencer á los zaragozanos, sugeridos por los patriotas, de que el general era pundonoroso, hidalgo, atento y deferente con Murat por cálculo beneficioso á esta ciudad, negando que fuese su amigo y dócil instrumento, y aseguraban de plano que sus hechos futuros evidenciarían que á ninguno cedía ni nadie le igualaba en el cumplimiento de los sacrificios que le demandara la nación.

Respiraban todas estas ilustraciones un ambiente ficticio al suponer que Napoleón era distinto del que le formaron sus pasiones, y Guillelmi, menos tímido, con otro temperamento menos pacato del que realmente tenía.

La desilusión no tardó mucho. Pasadas algunas semanas, no tanto, discurrieron pocos dias, y la mayoría de los prudentes y sensatos coincidió y se asoció al parecer, proyectos y dictámen de los llamados fogosos, que mucho menos ilustrados que ellos, pero de intuición más clara y práctica, vieron anticipadamente con mayor lucidez, confundiéndose todos últimamente en este plan: empujar á las masas para que sustituyeran á Guillelmi con otro jefe militar que por su orígen, antecedentes, historia y conocimiento del carácter, ideas y valor de los zaragoza-

nos y aragoneses, garantizara que no traicionaría los valiosísimos intereses que implicaba la conservación de la independencia nacional.

Las corrientes de ese gran acumulador no solo galvanizaron el denuedo y entusiasmo pretéritos de los habitantes de Zaragoza, sino que trasmitiendo sus energías á los vecinos de los pueblos ribereños del Gállego y del Cinca, del Ebro y del Jalon, del Matarraña y Guadalope, del Huerva y Segura, y á los de los caseríos y villorrios, poco menos que inaccesibles, desparramados por las serranías de Teruel y picachos y montañas de Huesca y Jaca, estimularon á los pusilámines, enardecieron á los irresolutos y agigantaron el coraje de los valientes y arrojados, aparejándoles para las sangrientas batallas y combates futuros.

Todos los zaragozanos y no pocos aragoneses veían los impulsores y alambres conductores de esa electricidad: todos, á excepción de Guillelmi, del segundo comandante general de Aragon D. Cárlos Mori, italiano de nacimiento y teniente general de escasísima valía, que algunos meses despues, volviendo la espalda á los que creía vencidos, abandonó la causa española, y del tesorero del ejército del mismo reino D. Tomás de la Madrid.

No sospecharon que bajo sus pies se acumulaban materias explosivas que en un momento dado, co-

mo sucedió, estallarían, y menos se apercibieron del gigantesco electróforo que producía la chispa incendiaria.

Todos conspirábamos. ¡Y válgame Dios en qué forma celebrábamos las reuniones ó "conventículos,„ como llamaban los afrancesados á las tertulias y casas donde acudian los buenos españoles!

Entonces, consecuencia del mucho patriotismo y de que no habían germinado tantas concupiscencias como hemos visto y vemos, aún no se había procreado entre las oscuridades en que se preparan las revueltas y motines ese curioso y fisonómico personaje que, á falta de otra profesión ó industria, oficia de conspirador empedernido y perpétuo. Tampoco existía ese otro tipo, á lo menos en España, que el aumento y audacia de los perturbadores del orden político y social, al decir de las mayorías y de los gobiernos, han hecho necesario é imprescindible como el *oli* á los caracoles: el polizonte secreto.

¡Y qué excelentes personas y cuán inocentes y confiados éramos los conspiradores!

Congregábamonos en casa de cualquier vecino, que todas servían para el caso, y después de invocar á la excelsa patrona de Aragón, la Virgen del Pilar, ó á San Jorge y rezo del rosario, sin componendas, recelos, transacciones, secretarios, ni actas, se exponían las ideas ó asuntos, adoptábanse acuer-

dos y resoluciones, humedecíanse los paladares con algunos sorbos de lo "tinto„, y, previa la despedida "buenas noches nos dé Dios„, se marchaba cada mochuelo á su olivo y hasta la siguiente.

¿Y las autoridades civiles y militares? Al principio no se distinguían de los insurgentes en intención. Candorosas y simples, aun las afectas á los bonapartistas, se abandonaron á la dulcisíma confianza, no sospechando que los zaragozanos fueran capaces de criticarlas ni motejarlas.

Sin las oficiosidades y concurso de los afrancesados, que soplaron fuerte á partir de Mayo de 1808, Guillelmi no hubiera sabido que había zaragozanos que no se avenían á consentir la dominación napoleónica en una ú otra forma.

Y ya que nombré los afrancesados, entiendo que es pertinente el manifestar que el general Savary, comprendiendo la necesidad de agrupar y dar cohesión á los que simpatizaban en Zaragoza con las ideas de su amo y señor Napoleón, les envió á últimos de Abril del mismo año un jefe, un paladin de primera fuerza en la estimable persona de don Dionisio J. ...

¡Y cómo se comprendían y completaban el general diplomático que tantas veces fascinó y engañó á los autócratas y ministros de todas las Rusias y aquel su paisano!

Naturalizado recientemente D. Dionisio en España, muy obeso, muy elegante, muy cortesano, muy dadivoso, algo mujeriego, meloso en la conversación, bellaco y más falso que algunas monedas que la industria catalana, al decir del vulgo, puso en circulación hace algunos años fuera de sus provincias, llenos de brillantes los dedos, cadena de reloj de muchos quilates de oro y grandes anteojos del mismo codiciado metal, cayó de improviso en Zaragoza para comerciar en lanas, así lo decía y se le creyó al pronto.

Y que fué refuerzo de importancia probólo la actividad que imprimió á sus agentes y correligionarios, que á cambio de no pocos ni pequeños sobresaltos, vacilaciones y angustias cuando se formalizó la campaña, eran remunerados frecuentemente y con largueza.

Mañoso y catedrático en conspiraciones D. Dionisio, que á ellas debía las piedras preciosas y oro que engalanaban su oronda personalidad, intentó revestir y rodear las juntas y reuniones de sus amigos políticos de misterios, fórmulas, ritos y simbólica solemnidad, procurando que sus cómplices, hecha la iniciación, se conocieran aunque no se hubieran visto, valiéndose al efecto de ciertos movimientos de la cabeza y de los dedos.

Pronto se convenció de que mientras la sumisa

y obsequiosa urbanidad y superficialidad de algunos franceses domiciliados en esta capital acogian y cumplian gozosas y entusiastas el complicado ceremonial, los pocos aragoneses, que muy contados fueron por fortuna los que se vendieron á D. Dionisio, tomaban por el lado gracioso y festivo los signos, emblemas y demás adminiculos masónicos.

La francmasonería ultra pirenáica, esa institución que en los tiempos contemporáneos es el "bu„ formidable de algunos sencillos que padecen de antojos creyendo que hasta del fondo de la olla de los garbanzos, puede surgir una logia, abortó en Zaragoza su raquítico enjendro entre las risotadas, burlas, cuchifletas y donaires baturros de los aragoneses despreocupados que asistieron á su alumbramiento.

Y que la mayoría de los afiliados zaragozanos á la orden de los tres puntos, mandil, nivel y compás, fué despreocupadísima y más que despreocupadísima fué utilitaria y positivista, lo sabe perfectísimamente este mosen. Así como que tengo sobradísimas razones para desmentir á los que fantasean, por ignorancia ó cálculo, que el sagaz diplomático y bizarro general Excmo. Sr. D. Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, difunto años hacía, no obstante sus intimidades con Voltaire, D' Alambert y otros enciclopedistas, se afiliara á los logias.

Pero dejándome de parentesis y digresiones y volviendo á los masones zaragozanos de 1808, insisto y me ratifico en calificarlos de vividores y gentes de negocio que se mofaban de todo lo que no revestia carácter de tal, no debiendo extrañar por ende que no concedieran ninguna importancia á los discursos de D. Dionisio, campanudo orador de sus conciliábulos.

Fogoso en sus frases, dilucidaba en períodos altisonantes sus doctrinas de progreso, civilización y abundancia, siempre bajo la autoridad de Napoleón, el más humano de los mortales, el más ingente de los sabios, el más intrépido de los conquistadores, el más práctico de los estadistas y el más explén-dido y magnífico de los césares.

En corroboración de mi aserto traslado á este libro el siguiente parrafillo del discurso pronunciado en una *tenida* por D. Dionisio, gran Oriente de la hermandad de los hijos de Hiram, que demuestra su frescura y asombrosa ciencia:

"Francia—decia—á pesar de los dichos calumniosos de las bestias monásticas, ¿porque no repetirlo? es la más liberal, pródiga y justa de las naciones del globo terráqueo, y su emperador, ese genio maravilloso, el Mesías de los siglos y generaciones modernas, pacífico, divino y humilde, que ha venido á sustituir el Evangelio de Cristo por el

suyo, más tolerante, más conforme, más transigente con el *desideratum* de la humanidad, redimida por la revolución, por el consulado y el imperio.„

¿Se rien ustedes? Pues sepan que romperían en estrepitosas carcajadas si prosiguiera exhumando fragmentos oratorios del compinche de Savary, á quien dejaré por ahora.

Recordando antiguos conocidos, ¿qué hacían?: Fr. Zenon, *insignis cooqus*, continuaba realizando prodigios gastronómicos en los fogones de San Lázaro, sin que hubiera notado la cerrazon que se extendia por el horizonte social de España, y aun sospecho que ignoraba hubieran entrado en ésta los ejércitos imperiales. Mi excelente maestro Fr. Mandura, desde el auto de fé del retrato de Godoy, habia vacado á los ejercicios piscatoriles y astronómicos, y desnivelada la bilis, habíase hecho más sombrío y fosco su carácter, dedicándose asiduamente entonces á estudiar los libracos guerreros del general Montecuculi y aprender las menudencias de la cirugía menor. Entregado por completo á los fogosos, mimado y querido por ellos, creyó que esos conocimientos redundarian en provecho de los futuros combatientes y víctimas de la guerra.

La Canija interrogaba, no ya con interés, sino con fiebre verdadera, acerca de los incidentes y acuerdos de las reuniones nocturnas y preparativos secre-

tos. Furibunda antibonapartista, aragonesa neta, mostrábase preparada á coadyuvar con todo lo que pudiera al triunfo de la causa española. Nublábase su frente y se abatia cuando reflexionaba que su hija, aquel amantísimo pedazo de sus entrañas, podria sentir los efectos de la próxima guerra, bien cayendo á los golpes de la barbarie invasora, bien inmolada por los apetitos de algun imperial feroz y borracho. Su afecto á *el Socarrado*, que aunque horriblemente feo, era buen amigo y huésped, se enfrió bastante en aquella época.

Este, cuyas relaciones eran muy pocas, en razon de que desconfiaba hasta de su propia camisa, se asoció de pronto á Mr. Pierres, el tratante, á Santamaría el tabernero, francés de larga historia y trágico fin, á D. Dionisio y otros indivíduos de la colonia francesa en Zaragoza.

Sospechó si este improvisado exceso de intimidades en su huésped, obedecería á determinados fines.

Crecieron sus desconfianzas al apercibirse de que el expléndido francés D. Dionisio visitaba de noche con precauciones á *el Socarrado* y que éste, rompiendo su método y regularidad consuetudinaria, abandonaba tambien sin ruido ni luz la casa de la calle de Jesús y regresaba en las primeras horas de la madrugada. ¿A dónde iba? Reservada y perseverante redobló sus pesquisas para saberlo,

consiguiendo su objeto. A su tiempo se sabrá á qué móviles obedecian las salidas nocturnas del hombre feo.

¿Y Pilar? Risueña, laboriosa, sumisa y apacible, más bella de día en día, multiplicaba sus caricias y mimos á su hermosa madre y oia con gusto á Zamoray, Casanova y otros patriotas.

Su contento se trocaba en placer cuando alguno de estos iba á su casa en compañía de un estudiante, aventajado de talla, esbelto, sonrosado, pulcro y sencillo en su vestido, de locución fácil, discreta y persuasiva y mortal enemigo de las costumbres y modas traspirenáicas: llamábase Fermin y nacido había en uno de los pueblecillos de Navarra.

El mismo que en unión de su inseparable amigo y paisano Francisco Xavier Mina y el teólogo Casanova, se puso al frente de la estudiantina que se ensañó y quemó el retrato de Godoy.

Inclino mi cabeza al recuerdo de esos héroes y heroinas. Quise volar como ellos y no lo conseguí: mis perezosas alas no pudieron tocar las cimas á donde las suyas les encumbraron. Mis destinos fueron más humildes y menos gloriosos.

VII

Maravillámonos en estos años de poca gracia y menos justicia legal, de contribuciones sin cuento, embargos, cólera asiático, malas cosechas, gobernadores y alcaldes memos, de la anormalidad de las estaciones: días de Mayo y Junio parécense por lo tristazos, destemplados y tormentosos, á los de invierno, y muchos de este, apacibles y calmosos, á los de primavera y verano.

Temporal de agua y vientos saludó á Mayo de 1808 y lluvias y ventarrones le despidieron.

Anochecido había el 6 de este mes, cuando abandonaban dos hombres el corral de la Diezma, lindante al convento de Santa Mónica.

Silenciosos embocaron por la calle de Palomar,

silenciosos torcieron por la plaza de San Agustín y calle de las Arcadas, silenciosos repasaron la puerta del Sol, é impávidos y silenciosos, sin temor al furioso cierzo y á la copiosa lluvia, erguido el uno y jadeante el otro, cruzaron la ribera del Ebro, el puente de Piedra y parte del Arrabal de Jesús, para penetrar mudos y apresurados en una casa de la calle del Rosario. Subieron una escalera estrecha, firme el jóven y vacilando el anciano, y sin pedir autorización ni permiso penetraron en una sala más ancha que larga.

—¡Gracias á Dios, que bien cansado vengo!—dijo el viejo.—Mal día y peor noche para los regadores.

—No está muy católica, tio José;—respondió el otro—el tiempo y las cosas de España van á la par.

Y dirigiéndose éste al hueco de la escalera gritó:

—¡Gregoriaa! ¡Gregoriaaaa! ¿no han venido?

—¡No señor! respondió una voz femenil.

Labrador era el uno, artesano el otro. Aquél, de unos cincuenta y dos años, más alto que bajo, más grueso que delgado, se singularizaba por su cuello corto, á semejanza de Napoleón, cara simpática y mirada altiva. De los setenta pasaba el otro. Apergaminado de carnes, la cara, cuello y manos rugosas, sus ojazos negros y escrutadores brillaban con reconcentrada fosforescencia en la semi oscura ha-

bitación que mal iluminaba un enorme candil mortecino y chisporroteante.

Formaban el mobiliario unas cuantas sillas de álamo blanco cepillado con asiento de esparto, mesa de igual madera en que descansaba una vírgen del Pilar de escayola encerrada en una urna de color indefinible, un arcon de nogal y pendian de las paredes varias estampas de tosco grabado con marcos de madera amarillenta sin pulimentar. En uno de los ángulos se veian colgados un escopetucho y un morral de mallas grasientas y negruzcas.

El vejete, antiguo é inteligente carpintero, el tio José de la Hera roncaba pocos minutos después de sentarse, mientras que el otro, el tio Jorge Ibort, recorria marcialmente la habitación, asomándose con frecuencia á una pequeña ventana que daba á la calle. En esta no se oia mas que el rujido del viento y el ¡chas! ¡chas! de la lluvia al resbalar en el empedrado del piso.

Media hora habria trascurrido desde que el uno roncaba y paseaba el otro, cuando éste salió por segunda vez á la escalera y de nuevo gritó:

—¡Gregoria! ¡Gregoriaaaa! ¿pero no ha vuelto Vicente, *el Algezonero*?: ¡que no fuera verdad que se llevaran á él y á la Blasa veinte mil de á caballo!: esa "indina„ ha sorbido los sesos á ese arrastrado y por sus "festejurreos„ descuida sus quehaceres:

mucho será ¡rebrios! que no se haya olvidado de avisar á D. Mariano Cerezo, al fraile, al tio Grasa y demás que se le encomendaron.

La misma voz mujeril respondió:

—Ha vuelto y me ha dicho que los ha visto y dado la encomienda y que están en venir menos el señor Cerezo, que se ha marchado al "Paso del ganado„ por un "estrupicio„ que ha sucedido en el canal.

Los gritos del tio Jorge despertaron al carpintero que, resoplando y zapeando un gataz que se había posado en sus muslos, se incorporó en la silla exclamando:

—¡Pues toma! ¡si me había endormisqueado!—Y tornó segundos despues á dormirse.

No tardó mucho y fuertes pasos se oyeron en la calle y escalera, entrando á cortos intervalos en la habitación Fr. Mandura, Vicente Grassa, Felipe Herrero, *Almendricas*, Cárlos Gonzalez, barbero y comadrón, Gaspar Chacobo, apodado *Chabotas*, memorialista, que tenía su oficina, una mesa con tintero y plumas, en un portal, frente al matadero viejo, y otros hasta docena y media. Destilaba de sus vestidos agua en abundancia como ranas pescadas recientemente.

—¿Estamos todos?—pregunto Fr. Mandura.

—No, señor—respondió *Cuello corto*:—faltan al-

gunos, pero puede comenzar su paternidad, que la noche no es para esperar y los que no han acudido, ya vendrán: sino es que el lelo del *Algezonero*, que se encargó de avisarles, se ha olvidado de la encomienda y se ha marchado ¡rebrios! á casa de su novia la Blasa.

Santiguáronse el P. Mandura y todos los demás, rezaron una Ave María y dirigiéndose el mercenario al tio de la Hera le dijo:

—Tio José, V. nos dirá de cuánto armamento y municiones disponemos.

—En junto ¡carape! con treinta fusiles y sesenta trabucos de boca de campana que no se pueden usar hasta que los repase y limpie el maestro armero Bosque: además tenemos cuatro sacos de pólvora y aunque faltan balas, ya proporcionará plomo y lo fundirá mi amigo Pinós. Todo se halla ¡carape! en el corral de la Diezma: ¿y qué más?.... tambien le han regalado al tio Jorge seis espadines para los jefes y siete pistolas.

—Pocas armas y menos municiones son esas— balbuceó el practicante Gonzalez.

—No son muchas—respondió *Cuello corto*:—hay las suficientes para comenzar.

Movió la cabeza Fr. Mandura y arqueando su cuerpo y estirando sus brazos añadió:

—Me alegro, tio *Cuello corto*, de su expresión: así

se explican los valientes; pero hablemos claro ¡diantre!: una cosa es el valor y la realidad otra cosa. No se figuren ustedes que la infantería, caballería y artilleros gabachos se intimidarán con esos chirimbolos, que para la que se arma son lo mismo que los molinillos de chocolatera y las ruecas de las tias del Arrabal. ¿Creen ustedes que la guardia francesa y los granaderos y cazadores polacos y los alemanes son bandadas de gorriones ó tordos que se exterminan con grajea de plomo y escopetuchos? ¿Les parece á ustedes que esos "monsieures„.....

—A mí no me parece, dicho sea con el permiso de su reverencia,—interrumpió el tio *Cuello corto*—ni creo ni me figuro que esos "monsieures„ son de manteca, ni calandrias, ni cazamoscas: digo y sostengo que cuando hay de aquí—señalándose al corazón—se tiene ganada media partida. Con brazos fuertes y corazones que no tiemblen, se lleva mucho adelantado. Si hay pocos fusiles, mejor: si pocos cañones, mejor: los cañones y los fusiles de esos amoladores serán nuestros, porque se los quitaremos.

—Tieeeeene razón el tio, tio Jorge:—repuso tartajosamente *Almendricas*, que á falta de silla se habia sentado en el suelo.

—Igual opino yo que el tio Jorge y que *Almendricas*,—añadió *Chabotas* con arranque.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Es decir, que todos se hallan unánimes y conformes—prosiguió el fraile—en que con esas armas y pólvora hay las suficientes.

—Sí, señor,—respondieron todos.

—No he de poner ningun reparo: encárguese el tio de la Hera de que las examine pronto Bosque y de que Pinós no se descuide en hacer las balas; apremia el tiempo y si las noticias recibidas de Madrid son verdaderas, como creo, pronto, muy pronto habrá necesidad de probar que los zaragozanos sucumbimos antes que cedemos.

Las últimas palabras de Fr. Mandura causaron sorpresa y asombro.

—¿Qué, ocurre algo de nuevo?—preguntó el tio *Cuello corto*.

—Mucho y desconsolador—respondió el mercenario.

Todos se levantaron instantáneamente; todos avanzaron casi á un tiempo á donde permanecía Fr. Mandura sentado y tranquilo. Este continuó inmóvil algunos segundos: de pronto sus narices se dilataron y sus abultados labios se recogieron, y como movido por un fuerte resorte se puso en pié tambien: reflexiones y pensamientos patrióticos bu-

llían y borrasqueaban detrás de su frente. Todos le rodearon y escucharon sin resollar ni pestañear. La elevada y nerviosa figura del religioso, su cabeza despojada de pelo, sus hábitos blancos, su rostro de penitente, demacrado y verduzco, sus solemnes palabras y el imponente silencio de los reunidos, en un ambiente caldeado, imprimían al cuadro respeto lúgubre y magestad augusta. Diríase que aquel monge de cándidas vestiduras se había erguido arrogante de un mausoleo de alabastro y tornado á la región de los vivos para comunicarles con la certeza de los videntes los misterios de ultratumba ó los indescifrables secretos del tiempo.

Con voz reposada al principio que se agigantaba ó empequeñecía, que suspiraba ó amenazaba segun las gradaciones del horror, de la venganza, de la ira, del dolor, en fin, de los múltiples y variados afectos que constituyen la vida del espíritu y corazón, dijo:

—Sangre española, sangre de hermanos nuestros, inermes é inocentes los unos, heróicos y valerosos los otros, ha salpicado las piedras y convertido en arroyos las calles de Madrid. La traición y villanía de los infames franceses se han desenmascarado. ¡Qué horribles son! El 2 de Mayo, luctuoso y aciago día, estigmatizará con baldon indeleble en los siglos venturos á los impíos Napoleón y Mu-

rat y á los veinticinco mil chacales que se cebaron en los paisanos madrileños. ¡Maldito Godoy! ¡malditos sus aduladores, cómplices y cooperadores! ¡Caiga gota á gota en sus cabezas la sangre vertida por la defensa de la patria, de la religión y del hogar!

No satisfechos esos arteros y pérfidos franceses con engañar á nuestro querido monarca y obligarle á pasar en compañía de su religiosísimo hermano D. Cárlos María Isidro la frontera ibérica, comunicaron á los demás indivíduos de la familia real que se alejaran de Madrid, como lo verificaron la reina de Etruria y sus augustos hijos. La noticia de que no se había exceptuado de la proscripción al tierno infante D. Francisco, abriéndose paso al través de los muros del palacio del sanguinario duque de Berg, encolerizó al pueblo madrileño. Las lágrimas de ese angélico del cielo que se resistia á dejar la morada de sus padres y á no ver más su cariñosa servidumbre, acabó con la paciencia de los madrileños. Enfurecidos unos, anonadados otros y afligidos todos por las calamidades de España, desparramáronse por calles y plazas.

Villano Murat, ordenó á sus genízaros que, sin intimarles la retirada, los acuchillasen, y como el asesino que acecha la ocasión de clavar el puñal en el corazón de su descuidada víctima, así de improviso las bayonetas y proyectiles napoleónicos sem-

braron la desolación y la muerte. ¿Qué creyó el infame? ¿que somos los españoles palomas ó liebres que huimos á vista de los cazadores y galgos? ¡No y mil veces no!

A la perfidia francesa respondió incontinenti el honor y denuedo español. La ley del Talión se cumplió inexorable é inflexible, y los cadáveres enemigos, amontonados y obstruyendo las vías públicas, demostraron al infame Murat cuán difícil y costoso es subyugar á una raza que desprecia y escupe á los tiranos.

Reforzados los grupos de imperiales á poco de comenzada la lucha por sus camaradas de crímenes, por la guardia imperial, lanceros polacos y mamelucos, y acaudillados por los generales Daumesnil y Lefranc, asesinaron á muchos paisanos indefensos, mujeres y niños. ¡Cuánta juventud y belleza muertas en flor! ¡cuánto cariño maternal sacrificado á la ambición satánica de un hombre! ¡cuánta inocencia inmolada á la soberbia de un perverso extranjero!

La superioridad y organización estratégica de los verdugos, los refuerzos incesantes que recibieron de los regimientos acantonados en las cercanías de la villa y corte, los movimientos y evoluciones que por varios puntos de ésta efectuaron, la perfección de sus armas, el alcance y potencia de sus

numerosos cañones, la timidez y flojedad del capitan general de Madrid Javier Negrete, que encerró en los cuarteles la guarnición española, no permitiéndola salir en socorro del heróico paisanaje, la actitud cobarde de la junta de gobierno, ruines mujerzuelas los indivíduos que la forman, que ya que no impidieron el combate debieron morir los primeros en él, todo, todo influyó para que se hiciera insostenible la admirable resistencia de los madrileños, que solos, abandonados, careciendo de jefes, hubieron de replegarse, no sin que antes hicieran retroceder á las compactas filas y escuadrones franceses y morder el polvo á muchos de sus soldados, oficiales y jefes que asaltaron y saquearon palacios y casas, ensañándose en sus moradores.

¡Victoria ignominiosa la de los concusionarios y expoliadores de la envilecida Europa! ¡miserable y cobarde triunfo el de esa manada de tigres y hienas azuzada por un desalmado aventurero, concebido por la revolución y el enciclopedismo, agentes infernales tolerados por Dios para castigar la indiferencia, apostasías y vicios de los soberanos, ministros y naciones del viejo mundo.

Aún humea la preciosa sangre española, aún no se ha extinguido el fuego que encendieron el pillaje y la violencia, aún yacen insepultos los mutilados restos de los que aceptaron la muerte antes que sen-

tir en sus cuellos y tobillos los hierros de la esclavitud: ¡dichosos ellos que habrán recibido la condigna recompensa y coronas debidas á sus virtudes y civismo! Más felices vosotros que los esforzados compañeros que os han sobrevivido, no presenciasteis las ignominias, ultrajes y vilipendios que siguieron al triunfo francés.

Retirados los madrileños á sus casas en virtud de las promesas de los infames Murat y Harispe, de que no serían molestados, cumplieron esos cobardes generales franceses lo pactado, reuniendo la comisión militar presidida por Grouchy, otro general bonapartista.

Sin pruebas ni indicios de que hubieran tomado parte en la lucha, aprehendiose á muchos madrileños inofensivos y se les condenó sin ser escuchados ni defendidos. En resúmen: tanto los presos durante el combate como los capturados despues de concluido, tanto los que llevaban armas como los que no las llevaban ó á lo más guardaban en sus bolsillos navajitas ó tijeras, fueron arcabuceados en monton, extremándose la barbarie hasta sacrificar inhumanamente al padre por el hijo, al amo por el criado, al maestro por sus oficiales, al prelado por sus religiosos y á la esposa por su consorte.

La humanidad, las suaves costumbres, la cultura, la ilustración y progreso de Napoleón y de sus pa-

negiristas y seides, dejan lo mismo en España que en el resto de Europa, como huellas de su aparición, el exterminio, las llamas, el latrocinio y las ruinas. Luchemos sin intermitencias ni desalientos para que en la feliz Zaragoza no se sientan los estragos de esa mentida civilización que propagan las bayonetas y cañones.„

Silencio sepulcral siguió á las frases del mercenario. La tensión, el sobrecogimiento de los ánimos contrajo las lenguas para que articulasen al pronto una exclamación, una palabra, un reproche al vandalismo bonapartista. Habían trascurrido algunos minutos y todavía el grupo continuaba anonadado é inerte, como inerte y anonadado seguía Fr. Mandura. Tanta era la impresión que causaron sus noticias.

En pié el religioso y circundándole subyugados los patriotas, prosiguió con acento solemne:

—¡Oh! vosotros, mártires ilustres, que fuisteis las primicias del heroismo y abnegación del pueblo que laten y palpitan maravillosamente en medio del rebajamiento de los groseros magnates para expansionarse y reanimar al mundo con sus extremos gloriosos, al mundo que concluirá por socavar el pedestal y deshacer en polvo á su coloso, dadnos la constancia y bravura que necesitamos; vosotros, que tan bien comprendisteis cuánto importa la conser-

vación del pedazo de tierra, de la patria, en que aprendisteis de vuestras madres, religiosas por ser españolas, á implorar la protección de la divinidad en los grandes infortunios y cataclismos nacionales; vosotros, que regasteis y fecundasteis con propia sangre las viejas raíces y remozasteis las secas ramas del secular árbol de la nacionalidad española, madre de grandes ideas, protectora y alma de pensamientos sublimes y de empresas civilizadoras, que llevó la claridad y luz á islas, pueblos y regiones perdidos en las inmensas latitudes del Atlántico, mantened vivo y pujante el sentimiento del amor patrio y que este consume y realice en la universalidad del orbe los grandes designios de excitar con su ejemplo á las naciones todas para que unidas y compactas, hoy y siempre, conserven su libertad y perdida la recuperen: sed vosotros los que empujen á los imperios, monarquías y repúblicas de Europa para que reivindiquen y saquen ilesa su independencia, pisoteada por el troton del genio maléfico que quiere convertir el mundo en patrimonio de su ambición y á los hombres en esclavos que arrastren su carroza triunfante.

Enseñad á vuestros hijos y nietos y que estos enseñen á los que nacerán después de ellos que hubo una ciudad, esta bendita Zaragoza, que con pocos y malísimos fusiles y trabucos, hizo la contra al

que venció y dominó á la mayoría de los reyes de Europa, al que sin temor á las montañas de arena que impiden el paso al Egipto, donde el sol siempre abrasa y el aire sofoca, remontose con sus legiones por esas montañas para combatir ante las pirámides y esfinjes á los africanos que, montados en ligerísimos caballos, acometen como el rayo, se retiran veloces y tornan otra y mil veces al ataque.

Y cesó el fraile de hablar. Nuestros antepasados, menos accesibles á los entusiasmos frívolos y ligeros que se evaporan cual las burbujas del Champagne ó espuma de las gaseosas, entusiasmos que se exteriorizan en estruendosas palmadas y en ruidosos vítores y hurras, no tuvieron ni uno para el mercenario, que satisfecho con el cumplimiento de su deber, comenzó su peroración tranquilo y terminada sentose reposado.

—La calma—prosiguió—es consejera de las grandes resoluciones y la decisión y la rapidez en obrar producen el heroismo: veamos con aquella lo que hemos de hacer para llegar á este, y persuadidos como estamos todos de que V., tio Jorge, es más belicoso que los presentes, señálenos puesto y disponga de nuestras personas cual conviene para evitar que los franceses repitan en los zaragozanos lo que han hecho con los madrileños.

—Con lo que he dicho, sobra y basta. Por aho-

ra estese achantado su paternidad en el convento, que para mayores trances y apuros lo necesitamos. ¿Somos ó no somos francos? Pues si lo somos, al avío. Nadie ni ninguno, ni aun el mismo niño de la bola nos quita de entre ceja y ceja á D. Mariano Cerezo, ni á mí ni á otras personas de más suposición y experiencia que *Barbeta* (1), ese capuchinico de largos pelos en la cara que por lo manso parece un cordero, no es neto y tiene rabia á los buenos españoles.

Por eso digo á su paternidad que, como no es peseta columnaria para los afrancesados ni para ese señor obispo, se esté quieto en San Lázaro, pues de continuar viniendo por la noche á esta casa, se arriesga á que le quiten las licencias. Tiempo tendrá de sobra para ayudarnos con sus consejos y saber.

De *Almendricas*, el barbero, memorialista y demás que se hallan en la reunión y de otros muchísimos que esperan se les avise cuando llegue la hora, yo me encargo: hay mucho y largo tajo en que trabajar.

Y ahora vamos á otra cosa. Tanto D. Mariano Cerezo como el señor doctor Capistros, Juan Nuñez, el señor Zamoray, un servidor de su paterni-

(1) Así se apodaba por los patriotas al capuchino D. Fray Miguel de Santander, nacido en la ciudad del mismo nombre en 1744, obispo auxiliar y visitador general del arzobispado de Zaragoza.

dad y otros, estamos concordes en quitar la ocasión y el peligro, despachando por de pronto al general Guillelmi á su tierra para desbrozar luego el campo de los buenos zaragozanos de la maleza que crece mezclada con la mies.

Pero como las ovejas sin pastor, rabadán ni perros, corren siempre el riesgo de ser comidas por los lobos, se pensó en que mandarán á los zaragozanos el Sr. D. Vicente, conde de Sástago y el general D. Antonio Cornel, que son aragoneses netos.

A ese fin marchamos D. Mariano y un servidor á comunicar con ellos y espusímosles mondo y lirondo nuestros deseos. Como son tan caballeros y mirados, no hicieron mayormente caso, manifestándonos por último sus escusas de que si el ayuntamiento lo tomaría á mal, que no le pareceria bien á la audiencia, que el asunto de guerrear con los gabachos era grave, pero muy grave, que consultarían con D. Rafael Franco, D. Mariano Ligero y don Pedro Silves, que se preguntára á D. Antonio Torres, que si hoy, que si mañana, que si torna, que si vuelve. Total, que estamos como al principio, jorobados todos y esperando que un día se hinchen las narices á los zaragozanos, que se les hincharán, y tengamos una de *populo bárbaro* ó, lo que sería peor, que asomen por el alto de la Muela, cuando menos se piense, los morriones peludos de los *monsiures*.

Y cuidado que el asunto corre prisa después de lo que nos ha dicho su paternidad. Cuando los gabachos han hecho una de sus traicionerías en Madrid, es de suponer, digo yo, que quieran pegar tambien á los zaragozanos; pero todo menos eso ¡rebrios!: ni ese franchute á quien llaman el corso ó el corzo, ni ese otro *monsiur* casado con una hermana del corzo ó corso, ni todos los batallones de borrachos que han entrado en España, ni toda la gabachina de Francia, conseguirán que los zaragozanos y aragoneses traguemos otro rey que á Su Majestad D. Fernando, ni adoremos otra religión que la de la Vírgen del Pilar y la que predicó Santiago á los Santos Convertidos. Con que hasta mañana.

Ya que hemos oido hablar al tio *Cuello corto* ó Jorge Ibort, aprovecho la ocasión para que le conozcan adecuadamente mis lectores.

Cierto, ciertísimo es que la incesante labor de las minas durante muchos años, no ha fabricado hierro tan fino ni duro como el de que se formó ese héroe. El preclaro tio Jorge, nacido en otras épocas y respirando el puro ambiente de libertad é independencia que respiraron aquellos griegos y romanos que trocando la esteva por la pica debelaban y combatian á sus enemigos, hubiera eclipsado la celebridad de los semidioses guerreros y agricultores.

La excelsa silueta de Ibort infunde la admiración del heroismo.

Amigo era del doctor Capistros. Viendo éste en el agricultor la representación de un pueblo no contaminado por groseros vicios ni dominado por mezquinos pensamientos, rendiale el homenaje debido á los grandes caracteres.

No era nuestro héroe un atleta por sus fornidos miembros. Lo fué sí por la energía, tenacidad é impavidez, en los cuales no conocí entonces, ni he conocido en mi larga vida, quien le igualara y mucho menos quien le superase. Por un secreto incomprensible é inexplicable, todos sin excepción, lo mismo los rudos que los inteligentes, adivinaban en él un sér extraordinario dispuesto y hábil siempre para comenzar, seguir y dar feliz remate á las más nobles y altas empresas. Sus privilegiadas condiciones morales y físicas le grangeaban las simpatías de todos, le queríamos todos, y no exagero al escribir, en Dios y mi ánima lo digo, que está por modular la turquesa en que se ha de vaciar el español que le igualara en desprendimiento, alteza de miras é hidalguía. Su limpio y modesto traje, alpargatas, calcillas de lana, calzones y chaqueta de paño negro, blanca camisa y cachucha tambien negra, sus ademanes enérgicos y desenvueltos, ocultaban un corazón sencillo, indulgente, expansivo y

sensible, más inclinado á compartir las desgracias é infortunios que á participar de las venturas y felicidades. A pesar de que la instrucción literaria elemental apenas había desbastado su inteligencia, naturalmente clara, y sin otras nociones ni conocimientos que los que brotan espontáneos y los que proporciona con el decurso de los años la experiencia, vencia los obstáculos y encontraba sin esforzarse rápida solución á los más árduos asuntos.

Nació para caudillo. El pueblo, la nobleza, el marqués de Lazan, Calvo de Rozas, Palafox le consideraron como seguro consejero, y épocas hubo en las memorables jornadas del año 1808, en que el tio Jorge ejerció sin restricciones la jefatura de los heróicos combatientes, jefatura que se desenvolvía en improvisaciones portentosas, iniciativas admirables y temeridades y arranques decisivos, siendo el primero que acudía al peligro y el postrero que se retiraba cuando éste había sido superado. Los mejores y más elocuentes panegiristas de este gran zaragozano son sus hechos, que conocerá el que siga leyendo estas páginas.

Muy cerca de las once de la noche era cuando los patriotas abandonaban la casa del tio Jorge.

Si Fr. Mandura no hubiera marchado á San Lázaro tan abstraido y engolfado en sus pensamientos, quizás al ténue resplandor de las blanquecinas

nubes hubiera divisado el bulto de un hombre que recatándose en el dintel de la puerta de una de las casas más cercanas al puente, asomaba frecuentemente la cabeza.

El volúmen del espía nocturno cuadraba perfectamente con la procerosa personalidad de *el Socarrado*. Tambien á la misma hora, de cuando en cuando, se dejaba ver confusamente en una ventana entreabierta de la casa de la calle de Jesús la cabeza de *la Canija*.

Entró Fr. Mandura al convento, abandonó Telesforo su escondite y, mirando á los lados, adelante y atrás, con paso silencioso, se dirigió á su domicilio. La ventana se cerró para no volver á ser abierta de nuevo por aquella noche.

Oyéronse las once del reloj de La Seo, y en el Arrabal no se escucharon más que las hirvientes aguas del Ebro al precipitarse por las arcadas del puente y el ¡chas! ¡chas! de la lluvia.

A la misma hora dos ginetes, á galope tendido, bajaron por las calles de Santa Rosa y Morería y desembocando en el Coso se apearon en el extenso patio de la capitanía general. Velaban los habitantes del viejo palacio. Los recien llegados subieron al despacho de S. E. D. Jorge Juan Guillelmi, entregándole varios pliegos. Deslacró uno, lo desplegó y un poco separado del sello real se leía

Gonzalo O' Farril. ¿Qué se comunicaba al capitan general de Aragon? Mañana lo sabremos.

VIII

Que S. E. D. Jorge Juan Guillelmi pasó una noche endiablada, puede certificarlo este cura por haberlo oido de los mismísimos labios del Sr. Angelo Pasaglia, ayuda de cámara y paisano del general, y verdadera especialidad en tocar la flauta, hacer de los macarrones un plato digno de potentados y convertir la prosáica ternera en *bocato di cardinali*. Todavía atesoraba otra propiedad más recomendable: amaba á Zaragoza como á la niña de sus ojos y aborrecía hasta la ferocidad á Napoleón, verdugo de su país natal.

El general vió de claro en claro las primeras oscuridades de aquella noche y los pristinos albores

del día que le siguió: miró dos, cien, mil veces el horario y saetas del gran reloj de bronce, con trofeos militares, que soportaba la cornisa de la marmórea chimenea; leyó y tornó á leer y releer el pliego; asomose y se volvió á asomar al balcon; no se rizó el pelo ni se hizo la barba, y desde antes de amanecer vistió la casaca azul, chupa y calzón de ante, ciñose la faja de sarga encarnada con dos pasadores de oro y el sable de empuñadura de plata, y se calzó las botas de montar y las espuelas: en una palabra, el uniforme y chirimbolos de batalla; llamando apresuradamente á su despacho al clarear la aurora á su secretario Vaca, un militar muy estirado, al sargento mayor D. José Crespo, teniente coronel, escaso de talla y abundante de carne, al coronel gobernador del castillo de la Aljafería, un señor ordenancista en exceso y de genio excéntrico, llamado D. Vicente Bustamante, y á todos sus adecanes.

El pliego, el maldito pliego que quitó el sueño al general y tan de prisa hizo abandonar en horas desusadas el regalado lecho á los subalternos cuyas espadas se habían herrumbrado en la prolongada paz, mientras los caballos ensillados piafaban en las cuadras del palacio de los Luna, que habitaba Guillelmi, y de los cuarteles, era una real orden suscrita por el secretario de guerra general O' Farril,

documento asombrosísimo que brotó del cacumen de los inalterables, pacíficos y dormitantes Ceballos, Gil de Lemus, Azanza, el mismo O' Farril y D. Sebastian Piñuela, componentes la junta suprema de gobierno, que nuestro amoroso y queridísimo monarca D. Fernando VII (q. e. p. d.) nombró para labrar la dicha y ventura de los españoles, en tanto que él, S. M., pasaba el Bidasoa con dirección á Bayona, para "mantener, renovar y estrechar la buena armonía y ventajosa alianza que tenía con su *íntimo amigo y aliado* (sic) el emperador de los franceses.„

¡Vaya una junta y unos junteros! Ejemplos de constancia y lealtad á la gente hispana, incluso á muchos longanímicos personajes de nuestra revolución del 1868, á casi todos esos señores cuadraba el título de camaleones políticos.

¡Y qué diré del cabeza de esos ministros y presidente de esa junta suprema S. A. R. el infante D. Antonio Pascual!

Espejo y prototipo de personas reales poco ambiciosas y presumidas, que se resignaba ¡pobrecito! con su pícara suerte en este mundo, valle de lágrimas, de escaseces, trabajos y hambre, inocentísimo y más que varon mansísimo, cuyos deportes consistían en tañer el caramillo y encuadernar libros, inspiráronle siempre invencible horror la equitación y

esgrima y hasta los expedientes. ¡Qué príncipe tan llanote, campechano y sencillo fué S. A. R. el infante D. Antonio Pascual! De niño, de jóven y en su edad madura se empeñó en no estudiar y lo consiguió. Con ciencia infusa, patrimonio, cual la hermosura, de todos los que nacen cerca ó en el trono, debió dirigir las discusiones y trabajos de esa admirable junta, despidiéndose de sus vocales al marchar á Valencey con estas profundísimas frases: ¡saludemos al genio!: *Dios nos la dé buena. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.*

En él debieran haber estado. Y evidente como tres y dos suman cinco, que evitaran el insomnio al general Guillelmi, la molestia á sus inferiores gerarquicos y á Ramoncico el que los recordara en estas memorias, y una triste sorpresa á los zaragozanos que abrían desmesuradamente los ojos al siguiente día para cerciorarse de que era verdad, y no soñaban, el bando firmado por el capitan general y el secretario Vaca que se fijó en las esquinas para dar conocimiento de aquella real orden.

Mediten y saboreen ustedes el famoso bando, cuya síntesis es la siguiente:

"Achacábase el alboroto del 2 de Mayo á un corto número de personas inobedientes á las leyes y prevenía á todos los empleados y clases distinguidas del Estado que concurrieran á cuanto conspirase

á que fuera inalterable la buena armonía con las tropas francesas y á libertar al pueblo bajo de los terrores ó celo mal dirigido, sin que persona alguna se dejara seducir por la malignidad del enemigo comun de la feliz alianza y armonía que reinaba entre España y Francia.„

Oficialmente se confirmaron, aunque atenuadas segun costumbre, las noticias del combate de los madrileños el 2 de Mayo, comunicadas á los patriotas por Fr. Mandura, noticias que le dieron sus colegas de religión PP. Loscos y Abadía, quienes las recibieron ocho horas antes que Guillelmi.

Leyeron los zaragozanos desdeñosa é iracundamente el bando, produciéndose efecto contrario al que se propusieran la dormitante junta de Madrid y la desprestigiada autoridad militar de Aragon, y ¡gracias mil sean dadas al Omnipotente!, trascurrió el día sin que el general se viera obligado á montar á caballo ni á desenvainar su flamígera espada. Llegó la noche y se desquitó del perdido sueño en la anterior con el sosegado que se prolongó hasta el medio día siguiente.

No sucedió lo mismo á los patriotas y afrancesados. Tras de un día fatigoso velaron toda la noche, ultimaron los primeros algunos preliminares necesarios á sus proyectos y acordaron otros, trasmitiendo los segundos avisos y órdenes.

El doctor Capistros, imitando á Fr. Mandura, olvidó completamente los asuntos forenses, enterrando las demandas, expedientes y pedimentos en el fondo de los cajones de su mesa y en los inmensos armarios donde vivían generaciones de roedores y poniendo en práctica aquella sentencia de "cedan las leyes el campo á las armas„, cepilló este día la toga, metiéndola en un gran bolson de damasco carmesí y la guardó bajo llave.

Todo el dia 6 recibió visitas de los patriotas, tratándose en ellas única y exclusivamente de proyectos de ataque y defensa, de planos de fortificación y por primera vez se iniciaron en esas visitas las ideas de repartir al paisanaje las armas almacenadas en el castillo y conminar á los franceses domiciliados en Zaragoza, que en el término de veinticuatro horas abandonaran la ciudad y se trasladaran á su pais. Las reflexiones de Cerezo é Ibort hicieron desistir á mi amo del último extremo que implicaba la idea de soberanía popular, mostrándose conformes con la de utilizar en servicio de la pátria los fusiles y cañones de la Aljafería.

Tambien yo contribuí con mis piernas á la que bien pudo calificarse de primera etapa del levantamiento de Zaragoza. Confióseme la entrega de cartas á varios torreros diseminados entre Juslibol y Villanueva de Gállego, probándome el buen des-

empeño de mi comisión una frase laudatoria y cariñoso pescozon del tio Jorge y las confianzas y encargos que me dispensó é hizo el doctor tres noches despues.

—Aunque eres un chiquilicuatro, Ramoncico,—me dijo—he observado que no te falta agudeza ni reserva, cualidades precisas para que te metas en los trotes del berengenal á que nos han conducido ese mocoso de Fernando VII, el bonachon Cárlos IV, la parmesana María Luisa y toda su parentela. ¡Cuitada pátria mía!

Y de pronto, interrumpiéndose, me preguntó:

—¿Qué idea has formado de las cosas de España?

—Malísima—le respondí—: tan mala que ó me equivoco mucho ó terminarán pésimamente y sin remedio, si Dios no pone su mano en ellas.

—Dios y los hombres—me replicó.—Como Dios no ha de hacer milagros siempre que los deseemos los españoles, bien puedes asegurar, sin temor de equivocarte, que no se arreglará de "bóbilis bóbilis„ esta nación, ¡cuitada pátria mía! ni cesará el gabachizo Napoleón de seguir adelante con sus locas ambiciones: se hace preciso que, sin desconfiar de la Providencia, tú, yo, el otro y el otro, todos los aragoneses y zaragozanos, armados hasta los dientes, nos opongamos á que las realize. De no obrar así, todo lo que oigas es patarata, que solo cabe en

el meollo hueco de cuatro follones. No tenemos otro medio ni remedio que seguir al pié de la letra el refran de "á Dios rogando y con el mazo dando,„ si no queremos que nuestras vidas, haciendas y la independencia ¡cuitada pátria mía! se hallen á merced de ese tunante brijan Napoleón. Creo que me comprendes... pero ¡demonio! te estoy hablando de armas, cuando con tu perspicacia, mejor que con un fusil, puedes prestar grandes y no pocos servicios á los patriotas.

—¿Y por qué no he de seguir la suerte de usted? —le contesté:—si bien es verdad que soy un chiquilicuatro de poca fuerza y menos costumbre de ejercitarlas, aquí donde me vé V., soy bastante fuerte para defender á nuestro Dios, que es el Dios de los valientes, á la pátria, que es nuestra cariñosa madre y al rey expatriado: chiquilicuatro soy, pero los niños se crecen al lado de los bravos, y bravos son todos los que no quieren admitir otras creencias que las de Jesucristo, ni otro rey que D. Fernando VII. No porque mi estatura sea desmedrada me faltan alientos para manejar un fusil, atacar y defenderme: iré donde V. vaya; ocuparé el sitio que V. ocupe; si V. triunfa, triunfaré tambien, y si perece V., deseo asimismo perecer con los que derramen su sangre á los gritos de ¡viva Dios! ¡viva España! ¡viva el rey! ¡muera el extranjero! ¡abajo el tirano!

—¡Ven, hijo mio!—exclamó abrazándome tiernamente y llorando á lágrima viva—¡ven, hijo mio! tu arranque me convence de que no eres un chiquillo como erróneamente suponía: ¡si eres todo un hombre!: late tu corazón á impulsos de las grandes ideas y mágicas palabras que halagan el oido y hacen estremecer de júbilo los pechos españoles: ¡cuitada patria mia!: estréchame, Ramoncico, deja que te oprima en mi corazón angustiado por la perspectiva del torrente de males que amenaza sumergir la patria española: deja, deja, hijo mio, que el espíritu de este pobre viejo reciba del tuyo la robustez y el valor que necesita para sacrificar todo, absolutamente todo, segun exige la defensa de las sacrosantas ideas de Dios, independencia, pátria; deja, deja, Ramoncico que mi frente, caduca en fuerza de meditar acerca de los desaciertos de los reyes, de los diplomáticos, de los gobernantes, se rejuvenezca al calor de la tuya, que todavía no ha sentido el hielo de la desilusión.

Pero no, no soy tan desgraciado. Cuando aferrado á preocupaciones insensatas creí que la pátria se hallaba perdida por falta de españoles dispuestos á sacrificarse por su libertad é independencia, preséntase á mi vista un espectáculo grandioso é imponente que me arrastra y fascina, sin que esa fascinación ciegue la serenidad de mi raciocinio: veo

á los madrileños que, obedeciendo al secreto impulso de no tolerar que sean profanados sus hogares sin protesta, repentinamente se alzan y luchan contra las huestes invasoras; observo que nuestros paisanos, sin preocuparse de las circunstancias fortuitas, se aparejan para la batalla; contemplo que las mujeres, sin distinción de edades ni posiciones, lejos de anonadarse ante el peligro que cada día se aproxima más, estimulan á sus padres, á sus hermanos, á sus esposos, á sus hijos y á sus amados, para que no teman y antes lo desafien al tenerlo presente; y ¿qué más? para que ese concierto sea sublime, magnífico y admirable, descubro que hasta los niños se agigantan creciendo en energía y se disponen á emular á los hombres, y niños, mujeres y hombres obedecen á iguales sentimientos y aspiraciones, bien persuadidos de que se necesitará sobre humano esfuerzo para evitar la esclavitud.

En presencia de ese cuadro que no oscurecen las meticulosidades ni desconfianzas, siento la alegría de mi espíritu y que de momento en momento se reanima y fortalece. Un pueblo que posee tan soberanas cualidades es inmortal. Napoleón, aventurero, soldaducho de propicia estrella, génio, semidios, todo lo que se quiera, ante la acometida de una nación compacta se convertirá en pigmeo que caerá envuelto entre las ruinas de su omnipotencia y confun-

dido con sus maltrechos mariscales y pretorianos.

En esos escombros y huesos se levantarán victoriosas Zaragoza y España; y lo vaticino, no gemirán opresas y mutiladas bajo las nervudas garras de las rapaces y hambrientas águilas francesas. Saludemos, Ramoncico, á la futura pátria independiente de la dominación extranjera y purificada de las humillaciones y deshonras con que la envilecieron los reyes absolutos.

Pero esa meta que deseamos tocar se halla muy lejos y para llegar á ella se ha de utilizar todo linaje de recursos; el valor, la sagacidad, la observación y la astucia. Tendremos que combatir dos clases de enemigos: los verdugos y asesinos de ciudadanos inermes que tambien saben reñir grandes batallas campales y ganar por asalto ciudades y fortalezas, y los que más temibles que estos coadyuvarán á sus planes mezclándose á los patriotas, no solo para dividirlos, sino para espiar sus movimientos, contar y recontar sus fuerzas, cerciorarse de los elementos de resistencia y ofensivos, suscitándoles además todas las dificultades y obstáculos que puedan. Más claro, el ejército invasor se pondrá en inteligencia con vecinos y aparentes amigos nuestros, que darán cuenta á los generales gabachos de todo lo que nos sea favorable ó adverso, á fin de que la acción de sus armas sea breve, eficaz y certera.

Urge sobremanera que exterminemos en primer término á esos enemigos solapados que acecharán á los leales zaragozanos. Pero antes de que adoptemos esa resolución, precisa conocerlos, y esta operación y las de fiscalizarlos y denunciarlos son tanto más delicadas y peligrosas cuanto que pueden originar muchas confusiones y daños, si no se realizan con gran discreción é imparcialidad. Sería lamentable sobre toda ponderación que se hostilizara como enemigos á los buenos patriotas, y que cayera el rigor de la ley en los inocentes, mientras los culpables continuaban minándonos el terreno.

Que existen traidores ó afrancesados es indudable: los conocemos y puedo citar á Mr. Dionisio....., Telesforo *el Socarrado*, y otros: que se aumentarán, no es menos cierto: que no todos son franceses, ya lo sabes, como tambien que de los muchos nacidos en la vecina nación y domiciliados en Zaragoza, solo hay algunos, poquísimos, nótalo bien, que preferirían la muerte antes que secundar y hacerse cómplices de los proyectos de Napoleón.

De conformidad á estos supuestos, que son exactísimos y tan verdaderos cual que la línea recta es la menos larga de todas, una de las primeras medidas que hemos de poner en ejecución los zaragozanos, consiste en separar la escoria del oro y evitar que los desleales y traidores se confundan con

los patriotas. ¿Cómo lograrlo?: constituyendo acechadores de los sospechosos y de los que por sus antecedentes é ideas puede creerse que conspiran. Mas no todos sirven para el caso. Hay muchos que nacieron para mandar, otros para obedecer, quiénes son valientes con un alfiler, otros cobardes con un cañon, unos valen para discurrir y trazar planes de defensa y otros para realizarlos: en suma, que no todos tenemos aptitudes para todo y que el interés de España ¡cuitada patria mia! exige que cada cual se espontanée y ofrezca servirla en lo que resulte más útil y provechoso.

En tí, *exempli gratia*, se reune corazón de grandísimos alientos, que todavía no se ha puesto en el crisol de la prueba, á un entendimiento vivo y adaptable á cualquiera medio, del que saldrás airoso, te lo aseguro, guiándote por las indicaciones de hombres reflexivos, experimentados y sesudos. Ha llegado el momento de que accionen ese entendimiento y corazón: ¿en qué forma? Encargándote de vigilar y seguir principalmente á *el Socarrado*, no perdiéndole de vista. Su historia pretérita, sus frecuentes y recatadas conferencias con el gabacho españolizado Mr. Dionisio y varios franceses que han venido de paso á esta ciudad y otros indicios, cohonestan y legitiman la sospecha de que ese pillo, ex-salteador de caminos, es el jefe de los enemigos

disfrazados é hipócritas de que te hablaba poco ratoha. El encargo, tratándose de otras personas honradas y en circunstancias menos apremiantes y angustiosas para la integridad é independencia de España, sería bochornoso y denigrante, y librárame la conciencia de indicártelo, si no mediaran esos sagrados intereses.

Para su más fructuoso desempeño, si lo aceptas, reunes una gran ventaja: *la Canija* me consta que te trata con cariño y sin reservas, y no necesito insinuarte, porque lo sabes, que aragonesa hasta la *febrina* de los huesos, se entenderá contigo poniéndote al corriente de sus pesquisas para que sigas con más seguridad la pista de ese grandísimo bribon.

—¿Aceptas, Ramoncico, la comisión?—me preguntó.

—Sí, señor—respondile decidido.

—Pues sabe que desde mañana comenzarás á desempeñarla, y pelillos á la mar. Las horas del dia y de la noche te pertenecen: comerás, cenarás y te retirarás á casa cuando estimes oportuno.

Te encargo preferentemente que vigiles á ese pillastre y despues á los pícaros sin vergüenza que con él se asocian. Olfatea bien, querido Ramoncico; mézclate cuantas veces tengas ocasión entre ellos, y siendo el dinero preciosa llave que franquea entradas y salidas, recibe estos diez escudos para que,

pretestando tomar un "tente en pié„ ó "apurar una escudilla„, acudas á los figones y tabernas que frecuentan.

Tu encargo exige que rompas aparentemente la regularidad de tu vida y olvídate por ahora de las filosofías y latines que para nada servirán en los temporales y borrascas que vamos á correr los buenos españoles. De lo que observes, darás cuenta únicamente al tio Jorge, Sr. Cerezo y á mí.

Cuando la pátria peligra, y sus adversarios no descansan y recurren á todos los medios, y se disfrazan y corrompen y sobornan con dádivas y promesas, y se oye á lo lejos el griterío de su infantería y las herraduras de sus caballos y el estruendo de sus cureñas, tiempo inútil y mal empleado es el que se invierte en estudiar y demás ocupaciones que no se encaminen á desbaratarlos y vencerlos. Todo lo que no conduzca al aniquilamiento del tirano extranjero es quimera, y locos, idiotas y cobardes los que opinan en contrario. ¿Me has entendido?

—Sí, señor; pero advierta, mi querido amo, que los atavíos que traigo, la sotana, manteo y tricornio, son prendas muy poco simpáticas á los afrancesados, que las califican de martingalas, de capigorrones y fanatizados prosélitos de la ignorancia, de la inquisición y oscurantismo. Recelan hasta el

horror de esas vestimentas que, por otra parte, justo es reconocerlo, no son las más apropiadas para concurrir á esos sitios.

—¡Vientre de buey!: tu sesuda advertencia corrobora mi juicio de que serás excelente cooperador de los patriotas: tienes razón: desde mañana cambiarás de vestido.

Así lo ejecuté. Y aquí me tienen ustedes convertido en el último servidor de la gran causa nacional y confidente de los insignes patriotas, mi amo el doctor, el tio Jorge y el señor Cerezo.

La mudanza de traje ¡quién lo creyera! trocó por completo mi ser. Mi vestido de chamelote, nuevecito y lindísimo, sirviome de patente para espiar los piratas que trabajaban desaforadamente para aumentar y hacer más intensos los sufrimientos pátrios.

La confianza de tan perínclitos personajes tornóme de pacato en audaz y dióme alas y ánimo para alternar y codearme con gentes de costumbres agrestes y lenguage soez y bárbaro (salpimentando con votos y por vidas) holgazanas, arriscadas y viciosas, y en sus cátedras, figones y tabernas, adquirí la serenidad y porte desembarazado de que menester había para afrontar las peripecias, complicaciones y riesgos que se me presentaron. Crucé por mi dicha aquellas cienagas sin que su lodo

salpicara mis sentimientos de moralidad, que fácilmente se menoscaban y pierden respirando un ambiente enrarecido y desprovisto del oxígeno de la honradez.

En esos tugurios conocí los pocos pescadores de los revueltos mares de las conmociones populares que existían por esta ciudad, y Dios y la conciencia me apremian para consignar que el amor á la pátria transformó y purificó más adelante á varios, convirtiéndolos en héroes desconocidos, mientras que otros, afiliados en su mayoría al partido francés ó depredadores por costumbre ó instinto, saldaron sus traiciones, alevosías y delitos durante los sitios, bien expatriándose, bien fusilados ó ahorcados.

Asuntos son estos de que hablaré con oportunidad; y mientras esta llega, sépase anticipadamente que ni el tio Jorge, ni D. Mariano Cerezo, ni mi amo tuvieron que arrepentirse de su confianza en mí.

Obligóme mi especialísima situación á que abriese un largo paréntesis en mi carrera, y el nieto del tio Manuel *el Pelegrino* y discípulo del económo Mosen Bonifacio, hecho sabueso de afrancesados por obra y gracia de la ambición del emperador de los franceses, arrinconó los libros y colgó la sotana y tricornio, y ¡maravíllense ustedes! sin aprendizaje, no lo digo por vanidad, fuí maestro en atisbar y sorprender secretos.

¡Y qué zozobras y por qué trances pasé! Preparáronme los villanos afrancesados algunas encerronas, y cuando se refocilaban con que había metido la cabeza y cuerpo en la ratonera, ¡zás!, de súbito, una travesura salvábame del peligro.

Transcurrieron muchos días sin que *el Socarrado* se apercibiese de que yo era la penumbra de su sombra, y bañado en agua de rosas creía que navegaba á todo viento por los piélagos de la conjuración, sin que hubiera guarda costas ni carabineros reales que espiaran sus torcidos y sinuosos derroteros.

Ya se vé, encontraba siempre en su rededor caras aparentemente amigas, y aunque siempre desconfiado y en guardia, consideraba á la disimulada *Canija* como la viuda de su mejor amigo, indiferente á españoles y afrancesados, y á mí, asíduo visitante de ésta y de su hija, me reputaba, así lo supuse, un muchacho poco sagaz, más que medianamente bobo, sin trastienda, imantado por los hermosos ojos y bonita cara de Pilar.

Esta, que en su buen juicio preveía las desgracias que amenazaban á Zaragoza, se asustaba persuadiéndose de que se hallaban muy cerca los soldados napoleónicos con sus bigotazos y gestos fieros, ganosos de pillaje y de ultrajar á las españolas. Bastante tiempo trascurrió sin que se apercibiera

de que su huésped era vigilado por su madre y por mí. Puso ésta en ello especial cuidado y discretamente se portó al efectuarlo así. De obrar en sentido contrario, Pilar hubiera dado al traste con nuestro proyecto, recabando y consiguiendo que no permaneciera un día más bajo el mismo techo el hombre feo, á quien apreciaba únicamente por la afección amistosa que profesara á su padre.

Fúndome para esta apreciación en que la hermosa jóven no cedía á nadie en patriotismo, que se aumentaba en proporción de que se hacían más íntimas sus relaciones con el amigo de Mina, Fermin, de quien era muy amada, correspondiéndole ella con el frenesí de un corazón que por vez primera se abre á las sensaciones de un afecto sincero, difusivo y tierno.

Aunque había yo observado frecuentemente que Fermin merecía las predilecciones de la gentíl doncella, creí durante algun tiempo que solo correspondían á la reciprocidad de una amistad sin fines ulteriores, hasta que cierta noche, oculto en la cebada de un campo situado en la confluencia de la carretera de Barcelona y camino del Vado, esperaba saliera de su casa Telesforo para asistir á cierta importante reunión de los afrancesados en una torre inmediata al soto del Cañar.

Ojo avizor y oido penetrante, atisbaba para no per-

der ni un solo movimiento del espiado, pero me engañé. Pasó minuto después de minuto, cuarto de hora tras de cuarto de hora, sonaron las nueve, las diez y las once, y su silueta no aparecía y la puerta continuaba cerrada. Ni salió, ni yo me decidía á dejar mi escondite. Perplejo estaba acerca de si continuaria agazapado ó me retiraría á casa, cuando oí pisadas, y á los destellos de la luna distinguí que un hombre, buen mozo y envuelto en un gambeto que le llegaba más abajo de la rodilla y que ocultaba parte de su rostro con ancho sombrero caido hácia las cejas, se dirigía al camino del Vado. El desconocido se paró frente á casa de la *Canija*, tiró dos ó tres piedrezuelas á una de las ventanas y entre dos macetas de albahaca que en ella había, destacóse el busto de Pilar.

—Ya me impacientaba por la tardanza—dijo sin saludar.

—¿Por qué?—preguntó el recien llegado.

—¿Y preguntas por qué? Tu puntualidad de otras noches y la tardanza de esta, Fermin, me hacían recelar si estarias enfermo.

—Felizmente no: aquí me tienes, hermosa, queriéndote más cada día, embobado y enagenado con esos ojos y cara de angel en que la felicidad riela todas sus ilusiones.

—¡Siempre lo mismo!

—Verdad es. Dirás que soy un machacon y torpe, que no sé otras frases más cariñosas: pero ¿qué voy á hacer? ¡ángel mio!: la persuasión de que me amas colma de tal suerte mi ventura, que anuda mi lengua y reconcentra las palpitaciones todas de mi corazón, sin que mi pensamiento encuentre otras palabras que las repetidas continuamente: que soy feliz amándote y que la pureza de tu alma, tu bellísima figura, tu contoneo y gracioso vestir, absorben por completo mi vida. Ni el alejamiento y recuerdo de mis padres y hermanos, ni el cariño de mis parientes, ni las simpatías de mis paisanos, ni las distracciones de mis condiscípulos, ni las tareas del estudio, nada separa tu imágen de mi memoria: ella, ella es mi constante y hermosa ilusión: si estoy solo á tí te veo, pienso en tí si acompañado, en el silencio escucho tu voz y no hallándote presente me encuentro aislado entre la animación y bullicio.

Mis dichas y mis esperanzas, mi sér, todo se resume en tí: siendo tú feliz debo serlo yo tambien y todo el mundo: ¿te sucede á tí lo mismo?

—Tal vez.

—¡Por Dios, Pilar!; no me desesperes haciéndome concebir sospechas de que tu amor no es tan grande como el mio: no me precipites en un abismo de vacilaciones más horrible que en el que me agitaba antes que me aseguraras que me amabas. ¿Me

correspondes con igual cariño al que yo te profeso?

—Sí. Dios, mi madre y tú sois toda mi felicidad. Antes de conocerte, satisfecha con el amor de mi buena madre, nada apetecía: todo me parecía hermoso. Te ví y te escuché, y comencé á sentir un deseo indefinible é inquieto que no me explicaba: por vez primera experimenté turbación y desasosiego que crecían y crecían á medida que te trataba.

Una mañana, la recordaré siempre, trémulo, palpitante y más hermoso que nunca, pues que tu amorosa emoción daba más trasparencia á tus ojos, más color á tus megillas y dulzura á tu voz, me digiste te amo. Mis sobresaltos se tranquilizaron y la calma sustituyó á la zozobra. Desde entonces, Fermin, querido Fermin, son mas verdes y frondosas las arboledas, más variados y bellos los matices de las flores, más diáfana y clara la luna y más brillante el sol: los trinos del ruiseñor y de la cardelina que tegieron en esa chopera su nido, me recuerdan tus palabras, y aunque dichosa por lo regular, siento deleites más placenteros cuando mientras el día nos vemos ó, vigilante de noche, tras del tin, tin, del reloj acudes á la cita. Sucédeme involuntariamente algunas veces, que una duda, un recelo viene á disminuir mi dicha y entonces.....

—No prosigas. Sospecho lo que vas á decir: me entristecería si te lo oyera. Despues de quererte, es

imposible que otro amor satisfaga mis anhelos. Me conozco algun tanto, querida Pilar, y juro que tú, sola tú puedes calmarlos: sola tú eres el oasis donde mi ardiente alma aplacará su sed de ventura; tú el íris que presagia la tranquilidad completa de mi corazon; tú la isla en que descansaré de las borrascas de la vida; solo tú, tú sola, celestial mujer, eres mi aspiración suprema y el encanto de mi vida.

—Tu imaginación, Fermin de mi alma, se anticipa á lo que no ha ocurrido: ni soy celosa ni tú casquivano, para que sospeches iba á decir que seas capaz de posponer mi amor al de otra mujer. Oyeme y no me interrumpas. Reflexionando acerca del término de nuestras aspiraciones que tantos deseos, venturas y esperanzas realizará, siento de improviso la acometida de un pensamiento que me asusta: me esfuerzo por desecharlo y no puedo: no desconfío de tí: me asalta el temor de las vicisitudes. Quizás soy demasiado pusilánime, tal vez aprensiva en extremo; pero aprensiva y pusilánime quiero, amor mio, que me digas si mis temores son fantásticos ó alucinaciones destituidas de fundamento. "La guerra, me dice una voz interior más penetrante que un clarin, galopa saltando montes y cruzando llanuras: sus efectos á todos os llegarán y harán derramar lágrimas: quién sabe si tú y Fermin sereis sus primeras víctimas.„

Por mas que sé que no existe esa voz y aunque me ilusione con que podremos sortear los efectos terribles y sangrientos de la futura guerra, mi corazón me asegura que ésta nos separará: su remolino incontrastable y violento.....

—¡Nunca, Pilar mía! ¿Qué sería de mí alejado de tu vista y de tu amor?

—Ni tus deseos ni los mios detendrán ni podremos resistir el empuje de su torbellino. La acción arrolladora de ese furioso huracan, mas fuerte y poderosa que los esfuerzos de los dos inermes y débiles enamorados, nos arrastrará y transportará desunidos Dios sabe dónde.

—Lucharé con la desesperación del náufrago contra las aguas de ese torrente, y, como el sorprendido en despoblado por la tormenta, me sostendré para no ser arrastrado por los vientos.

—Y al final, querido Fermin, ¿qué sucederá?: que ni tu desesperación ni tu resistencia podrán detener esas aguas ni esa tromba, y si no naufragamos ó no somos envueltos por los remolinos de su oleaje de arena, lloraremos separados.

—¡Pilar! ¡hermosa Pilar!, tú no comprendes la magnitud del esfuerzo del hombre que ama: tú no has meditado hasta dónde llega la resistencia del que lucha para no ser alejado de la hermosa que idolatra.

—Exagera la fuerza, la tenacidad, la resistencia del que acrecenta los propios ímpetus con los recursos y bríos que le inspira la pasión; ese hombre que llegará á lo increible para no alejarse del objeto de su amor, ese hombre que allanará las dificultades, destruirá los obstáculos, vencerá las repugnancias, depondrá los antagonismos, despreciará las amistades, renunciará su herencia y hasta olvidará á sus padres y deudos; ese amante que retará sereno al peligro y lo vencerá para hacer suya la mujer que lo atrae, lo fascina y enloquece; ese gigante será un pigmeo impotente en su duelo con el ángel exterminador que enciende y guía la guerra y enardece á los combatientes.

Que no sea así; que por un milagro venzas á ese genio tenebroso, que flotes sobre las aguas desbordadas y no llegue á separarnos ese torrente: existe otra causa más fuerte, simpática y hermosa, que puede justamente desunirnos: el deber. Ante él han de enmudecer el cariño y todos los egoismos: la defensa de la pátria amenazada reclama de todos sus hijos el sacrificio del bienestar, de la dicha y felicidad; ella debe obtener la prioridad de nuestros intereses y satisfacciones. Corazón de liebre, alma menguada demostraría poseer el que desoyendo los clamores de la pátria oprimida, se adormeciera al acento de su amor: no sería la mujer que-

rida española neta, si por expansionarse con el que es vida de su vida, suspiro de su pecho, encanto y éxtasis de su alma, le retuviera á su lado y no le excitara á unirse y formar con los patriotas.

España, Zaragoza ¡idolatrado Fermin! son más sagradas que todas las promesas y juramentos, y ante ellas debemos sacrificar todas las idolatrías: que con esa abnegación se rompe el pecho, que se quiebre; que se convierten en arroyos los ojos, que se conviertan; que languidece y sufre el espíritu, que languidezca y sufra; casos é infortunios son que horrorizan; pero esos horrores y espantos se recompensarán: la conciencia saboreará placeres más intensos, dulces y puros al meditar que renunció á lo bello, á lo hermoso y amable, antes que rehuir la defensa de la nación y escuchar los reproches de los corazones generosos y leales.

Parecióme que Pilar y Fermin sollozaban y durante algunos minutos no se oyeron otros ruidos ni rumores que el del leve y manso vientecillo que inclinaba las verdes espigas y movía las hojas de los álamos y chopos.

—Es decir—manifestó Fermin—que persistes, querida Pilar, en tu pensamiento de que la guerra nos obligará á separarnos.

—Ojalá me equivoque:—contestó la dolorida jóven—¡bendita equivocación!: ella proclamaría que

la Providencia, misericordiosa con los españoles, había sosegado la borrasca; ella anunciaría que las súplicas de los buenos habían aplacado la cólera del cielo; ella probaría que el demonio de la disensión había huido del querubin de la paz y que las penitencias y lágrimas de las vírgenes del Señor habían conseguido un milagro.

—Tus palabras, angelical Pilar, caen cual plomo hirviente en mi corazón. Deseo ¡cuitado de mí! engañarme fantaseando que un incidente imprevisto, una causa desconocida puede restituir el sosiego á la pátria, y me sucede que mis optimismos se desvanecen como las bombitas de agua jabonada ó desaparecen como las neblinas, aferrándome en definitiva de que la paz es imposible por ahora. No te engaña, querida mía, tu buen instinto: no por dolorosas tus palabras son menos ciertas. Tienes razón, adorable Pilar; tal vez los sucesos nos lleven y arrastren por direcciones contrarias.

Tambien este pensamiento, debo confesarlo, pues hasta hoy lo oculté, martiriza cruelmente mi alma y la precipitaría por la tajadura de la desesperación, si no estuviera convencido y creyera de que todo se subordina á la Providencia, que permite se desencadenen y sucedan las calamidades y cataclismos nacionales: ese pensamiento me conduciría á la indiferencia, á la insensatez ó locura, si no es-

tuviera cerciorado de que el Omnipotente es el supremo árbitro de la paz y de la guerra. Ese pensamiento..... ¿pero qué digo?: fuera criminal é infamante cobardía abandonarse á tales extremos.

Tu buen sentido, querida Pilar, no se ciega y ofusca como mi inteligencia: tu intuición adivina clara y distintamente que la guerra es inevitable, y tus pensamientos, cavilaciones y recelos de separación, apóyanse en base sólida. Indigno de tí fuera si, desoyendo los clamores de España, por el egoismo de un sentimiento amoroso correspondido ó flaqueza de voluntad, esquivara mi concurso para romper las cadenas con que se intenta maniatarla: no merecería que tu corazón palpitara por mí, si indiferente á los destinos de nuestra religión y monarquía, huyera del peligro y lejos de él viera impasible que los demás españoles combaten. No, no, no seré la excepción apocada en el pugilato de valentías y denuedos que se vá á emplazar: ánimos tengo y me sobra resolución para contarme entre los primeros que peleen por Dios, España y Fernando. Si tu amor me acompaña al combate lucharé con mayor bravura, y si desgraciado sintiera que mi pupila se anubla y mis miembros se extremecen al contacto del frio y adquieren la rigidez de la muerte, sucumbiré satisfecho. Si sobrevivo, trinfante ó derrotado, ¿cuál será mi recompensa?

—Peleando mi amor, sojuzgado ó victorioso mi posesión, y cadáver un recuerdo solemne, sagrado y perpétuo que descenderá conmigo á la tumba.

—Jurámelo, adorada Pilar: repite estas consoladoras frases que cual fresco rocío deleitan, refrigeran y reaniman mi abrasada frente y desmayado corazon: repítelas, hermoso querubin.

—Mi corazon te seguirá á las batallas: si sobrevives, vencedor ó vencido, mi cuerpo, mi alma, todo mi sér constituirán tu premio y corona: si dejas de existir, tu sacrificio, tu recuerdo, juntamente con Dios y mi madre, absorberán todos los movimientos de mi corazon lejos del mundo. Mi lengua, que no se ha manchado con la mentira, es tan veraz y consistente, que no necesita invocar la santidad del juramento para tranquilizarte de que seré tuya ó de ninguno. La reciprocidad exige idéntica correspondencia.

—Te juro.....

—No invoques á Dios, que los juramentos nacieron de las desconfianzas y recelos y yo no recelo ni desconfio de tu constancia.

—Te prometo que toda mi vida te pertenece y pertenecerá. ¡Solo de tí!: ¡jamás de otra mujer! Adios, querida mia.

—Adios, amado Fermin.

Sin darme explicación satisfactoria, noté que frio

sudor bañaba mi frente: restregué mis ojos y apliqué el oido para cerciorarme de que no veía musarañas ni sentía zumbidos, al escuchar el choque de labios y distinguir movimiento de brazos y dedos en actitud de enviarse besos.

Iba á dejar mi escondite y divisé una luz detrás del encerado de la ventana del cuarto de Telesforo. Los dos nos habíamos enterado del coloquio de los dos amantes.

Desliceme del sembrado á guisa de lagarto, salí al camino y tomando la posición natural, me dirigí á mi casa. Al cruzar el trayecto que separa San Lázaro del puente, escuché los acordes de guitarras y guitarros de una ronda que acompañaban una voz atenorada que cantaba:

Del pellejo de D. Jorge
Hemos de hacer un tambor
para tocar funerala
A *monsiu* Napoleón.

Cerca de la esquina de la calle Mayor me encontré al tio Jorge, D. Mariano Cerezo y los oficiales de ejército, entonces retirados, D. Francisco Escudero y D. José Marin. El júbilo se exteriorizaba en sus ademanes y conversacion.

—Ramoncico,—me dijo en voz baja el tio Jorge—ha llegado á Zaragoza el general huyendo de los franchutes. Te encargo que lo digas solo á tu amo.

—¿Qué general?—pregunté.

—Toma, el general, chiquillo, el general D. José Palafox y Melci, el hermano del marqués de Lazan. Adios, no te olvides del recado.

Ensimismado continué mi camino repitiendo interiormente la noticia del gran tio Jorge: "toma, el general, chiquillo, el general D. José Palafox y Melci, el hermano del marqués de Lazan„.

Por primera vez oí el nombre de ese célebre personaje.

—¡Mala noche y parir hija!:—exclamaba el doctor al enterarle de que el hombre gordo no se había movido de su casa.—Pero Dios santo—continuó—¿qué habrá sucedido para que ese hipopótamo no haya salido de su caverna?—Y se quedó sumido en profundas reflexiones de que no le distrajeron el ras, ras de los incisivos de las ratas y ratones, ni sus escaramuzas. ¿Qué habrá acontecido—repitió—para que esa bestia apocalíptica no haya acudido al báratro de los afrancesados?

—Señor doctor—le dije—el tio Jorge me ha encargado manifestara á V. que se encuentra en Zaragoza D. José Palafox y Melci, hermano del marqués de Lazan.

No le inmutó ni causó impresión la nueva.

—Que sea bienvenido—contestó.—¿Servirá para el caso el discípulo del retórico y gran patriota y

amigo mio P. Boggiero? ¿Será el hombre de que necesitamos? ¡Psich! Veremos y nos atendremos á los hechos.

IX

Tuvo muchas y potísimas razones el doctor Capistros para calificar de mala y sin resultados positivos la noche esta. Desde la tristemente famosa de 12 de Noviembre de 1778, treinta años menos algunos meses habían trascurrido, no sucedió que apareciera el crepúsculo matinal, hora en que llegué á casa, sin que el cuerpo de mi amo, juntamente con su alma, descansara en el mullido lecho de las diarias tareas del foro y del despacho. No fueron sin embargo tan tristes y angustiosas las horas de esta noche como las de aquella espantable y luctuosa. Sorprendido entonces Capistros en el antiquísimo teatro del Coso, mientras una reputada y aplau-

didísima compañía representaba el drama *Artagerges*, por el fuego que prendió en los telones y bambalinas y se propagó instantáneamente á los aposentos—palcos—y demás localidades, produciendo una espantosa hecatombe, sintió el contacto de la inmensa lengua inflamada y destructora que le chamuscó las faldas de la casaca y su persona no toda, gracias á la serenidad de su ánimo y á su rapidez en despojarse de aquella prenda de vestir.

Ni él ni yo dormimos: yo con harto perjuicio de mi cansado cuerpo, que mucho necesitaba de reposo, y él primeramente esperándome y cuando llegué poniendo en tortura su entendimiento para buscar la causa y explicarse por qué el megaterio y mónstruo apocalíptico se había quedado en su guarida.

Tendido yo en mi camastro, desasosegaban mi corazón y molestaban mis oidos, como el inarmónico zumbar de inmensa nube de mosquitos, las amorosas y enardecidas frases de Pilar y Fermin, cuando escuché que el doctor, caso rarísimo y extraordinario, rompiendo su costumbre de levantarse tarde, salió de casa á las cinco de la mañana, sin saludarme ni hacer prevención alguna tanto á mí como á Juana, una moza de Almudevar picada de viruelas, más que morena, de voz hombruna y fornida como un cíclope, que nos servía.

¿Dónde fué?

Al regresar, mucho despues de ocultarse el sol, me refirió que, cual podenco sediento en la canícula, recorrió Zaragoza, el Arrabal y Tenerías en todas sus latitudes y direcciones, celebrando un "interwieu„ como se dice ahora, ó una entrevista, segun decíamos entonces, larga y provechosa, con Pepet Estalló, un barcelonés domiciliado en la calle de la Verónica, punto fuerte en ocasiones y siempre "gancho„ de timbas, pariente próximo de Fernando Estalló, administrador y guarda almacen de utensilios militares que, pasado algun tiempo del que escribo, fué "guindado„ en un balcon del Coso por el paisanaje, en justa pena de que se le creyó, y lo era, traidor.

Pepet, Pepet, grado no sé cuántos de la lógia zaragozana y entusiasta apologista de Napoleón y de Mr. Dionisio, previa una buena gratificación y palabra de que el doctor guardaría absoluta reserva, satisfizo b por b la curiosidad de este y le comunicó —fíense ustedes en el sigilo de conspiradores acalorados—que la reunión de los que simpatizaban con los franceses, que no se celebró en aquella ocasión, tenía por objeto presentar y dar á conocer á monsieur Merville, emisario y correo del general napoleónico Lefebvre Desnouettes.

En carta que el primero traía, anunciaba este jefe militar desde Tolosa de Francia á sus corre-

ligionarios, que pronto, muy pronto, cumpliendo el mandato de Napoleón, vendría al frente de una brigada de cinco mil infantes y ochocientos caballos á posesionarse de Zaragoza.

Impresión vivísima é indescriptible produjo en el honrado y leal Capistros la infausta revelación. Júpiter fulminando rayos y centellas al conturbado género humano, erizada la cabellera y sanguinolentos los ojos, era pálido remedo del pequeño doctor, que intranquilo, excitadísimo y frenético depositó en mí su secreto.

Exacerbado su españolismo y sujeto todo su sér á una fuerte y extraordinaria tensión nerviosa, balbuceaba, rugía, apostrofaba, se movía, se agitaba, y golpeando con las manos la mesa y con los pies el suelo, tenía algo del leon que va, vuelve y revuelve, zarpea y salta en la jaula al oir el chasquido del nervudo látigo de su domador.

—Si, es necesario, ¡ira de Dios! acabar con los franceses y afrancesados,—esclamó por último con voz cavernosa.—La insensata y suicida tolerancia y benignidad de los zaragozanos, lejos de contener á esos malvados, les anima y estimula. Siguen y proseguirán impunes fraguando planes y proyectos antiespañoles. Ellos en esta situación no serían tan imprevisores, papanatas é indulgentes como nosotros.

Y maldiciendo la suavidad, juicio y tolerancia, se acostó. No pudiendo conciliar el sueño y ardiendo su pecho en coraje y civismo, tornó al amanecer á "echarse á la calle,„ decidido á compeler á los patriotas para que despreciando escrúpulos nímios y orillando inconvenientes y obstáculos, se anticiparan por sí y ante sí á constituirse en batallones é inutilizar á los cómplices, fautores y afiliados á la bandera antinacional.

Visitó á D. Mariano Cerezo, al tio Jorge, al anciano José de la Hera y á no pocos concejales y propietarios que gozaban de mucho prestigio: les comunicó la importantísima noticia que adquiriera y apelando á sus sentimientos religiosos y patrióticos, apremioles para que se armaran primeramente y procedieran luego á encarcelar ó expatriar á los conjurados, destituyendo tambien incontinenti al capitan general.

Extremó su elocuencia con D. Rafael Franco, respetable decano y presidente del Ayuntamiento, reflexivo, bondadoso y patriota sin restricciones ni distingos, conjurándole por su familia, por Dios, por la Vírgen del Pilar, para que la corporación concejil iniciara y se pusiera á la cabeza del movimiento popular.

El respetable Franco, más previsor y menos impresionable que Capistros, indicó á éste que explo-

raría el criterio de las autorídades en la grave cuestión de aprehender ó desterrar á los franceses, que trasmitiría la importante revelación á sus colegas de Municipio, y que les interesaría á fin de que rogaran á Guillelmi concediese armamento á los zaragozanos honrados y que designara tambíen jefes y oficialidad que los capitaneasen.

Casi en todos esos extremos y puntos mostróse disconforme mi amo con el sesudo y probo funcionario municipal.

—Esas armas—decía el doctor—pertenecen al pueblo y usa de su derecho al disponer de ellas en circunstancias excepcionales como las presentes.

—Las armas—replicaba Franco—entregadas á una multitud que no sabe ni tiene jefes que la dirijan y conduzcan á la pelea, son inútiles y perjudiciales: seméjanse las muchedumbres á los niños y á los dementes: entregadles un cuchillo y anticipadamente podeis afirmar que abusarán de él.

—No sucederá así—reponía el doctor—sea el Municipio la cabeza que dirija y ordene, y á su voz surgirán hombres esforzados é inteligentes que, con su prestigio personal y la fuerza moral que da la cooperación que representa á Zaragoza, harán que les obedezca y secunde el ejército popular. En la gran masa de ciudadanos fermentan los generales y capitanes de la próxima guerra: las circuntancias

y los acontecimientos los revelarán: Guillelmi, pusilánime y maniquí de Murat, se ha despojado voluntariamente de la investidura militar que le concedió la nación: es un traidor y seudo patriota: es un villano extranjero entregado á Bonaparte, un italianucho que se debe echar y despedir cortesmente de Zaragoza y aun de España, ya que no procesarlo y sentenciarlo.

Por fin aparentó el eximio jurisconsulto que cedía en algunas cuestiones á los razonamientos del benemérito Franco; pero no transigió y antes protestó enérgica y vehemente contra todo pensamiento ó tendencia que se encaminara á dar largas ó aplazar la medida de poner á buen recaudo ó alejar de esta capital á los franceses en ella establecidos.

Respecto á los afrancesados propuso que, ya que se tenían indicios y semipruebas de que atentaban contra la independencia española, debían ser presos y entregados al tribunal que nombrara el Municipio, asociado á los presidentes de los gremios, y que prévia la concesión de la garantía de la defensa, se les juzgara en forma y se sentenciara conforme á ley á los culpables, castigándolos sin contemplaciones ni blanduras á la infamante horca, supuesto que, además de ser indignos del fusilamiento, se necesitaban la pólvora y las balas para más nobles y patrióticos servicios.

La idea que incubó su inteligencia se ahincó en su voluntad y más tarde produjo sus efectos.

—No solicito ni pretendo—decía á Franco—nada que pueda rechazar la conciencia más timorata, equitativa y pegada á los preceptos legales: aborrezco la arbitrariedad mansa de arriba y la tumultuosa tiranía de abajo; así que en consonancia á esas ideas que inspiran la conciencia de todos los zaragozanos honrados y amantes de la libertad de la patria, entiendo que la ley de hospitalidad y buena amistad á los franceses debe quedar en suspenso; que fuera monstruosidad y estupidez que repelen el instinto de conservación, el buen juicio y la salvación de España, otorgar los fueros de nación amiga y aliada á los naturales de la que nos consta que trabaja para arrebatarnos la independencia: ¡cuitada patria mia!

Locos merecedores de la camisa de fuerza seríamos si concedíesemos la impunidad á nuestros desleales compatriotas que renegaron de su españolismo al solo creer en la posibilidad de que un intruso ejerza la soberanía sobre nuestro país y apostataron al prestarle su concurso para que lleve á la práctica sus planes.

—¿Qué hariais, amigo Franco, con el huesped que despues de colmarle de beneficios y dispensarle toda confianza, olvidando aquellas y abusando de

estas, se propusiera atentar contra vuestros bienes, contra vuestra persona y contra vuestro hogar, más preciado y valioso que la persona y bienes?

—Separarlo de mi compañía y alejarlo, y si esto último no me era posible, observarlo y fiscalizarlo para impedir que consumara sus propósitos.

—¿Qué con el servidor que confabulado con criminales decididos á robaros les indicara las circunstancias, dia y hora más apropósito y aun les prometiera franquear la puerta de vuestra casa, á fin de que perpetraran sobre seguro su delito?

—Inutilizarlo, entregándolo á la justicia, si es que no castigaba por mi mano su alevosía.

—Opino como vos opinais; y pues que á vuestra clara inteligencia no se oculta que ese huesped son los franceses á quienes España y Zaragoza acogieron fraternalmente, mimaron y dispensaron su protección para que muchos se crearan excelentes posiciones, y que ese servidor son los villanos traidores aragoneses que trabajan sigilosamente en las tinieblas, obedeciendo las órdenes é inspiraciones de los seides y criados de Napoleón que les trasmite monsieur Dionisio, obrad cual demandan vuestras convicciones, que son las mias. Echemos á los enemigos domésticos, aplastemos á los compatriotas desleales, que los pechos y brazos de los zaragozanos mantendrán á raya, más, aniquilarán y extermina-

rán á los bandidos armados que se apoderaron arteramente de nuestros castillos y deprendan nuestras villas y vegas.

A esta altura había llegado la conferencia cuando les sorprendió la visita del clérigo García.

No fué bien conocido ni apreciado este entusiasta y fanático campeón de la independencia. La historia lo ha juzgado rigurosamente y no con exactitud, incluyéndole entre los contrahechos de alma y corazón y bizcos de sentimientos de humanidad, que se recrean y gozan aspirando el olor de la sangre y con la visión de los edificios incendiados que se desmoronan entre torbellinos de humo y polvo negruzco, y el cric, crac de las chispas, y montones de cadáveres mutilados y febricitantes heridos que sollozan y claman pidiendo agua que humedezca su irritado paladar y medicinas que templen los dolores de sus desgarrados miembros.

Era un coloso: la antítesis del doctor. Nemrob, el rey cazador, babilónico, que exhuma Moises en su relación genesiaca, feroz, membrudo y resistente como un viejo oso de las regiones polares, le hubiera distinguido entre sus palatinos y nombrado adalid de una de sus huestes.

No correspondía el desarrollo intelectual de García á la exuberancia de su vida orgánica. Sin ser su inteligencia obtusa y negativa, se aferraba á las

ideas que le eran simpáticas tan tenazmente como el plomo se alea á la plata. Español por naturaleza, por convicción y bienestar, de voluntad pertinaz, férrea y arrebatada, inclinado su corazon á lo grandioso y enorme, aparecía insensible y hasta inhumano cuando chocaba ó divergía de una opinión, tendencia ó aspiración que no se conformaba á la suya. Si esa idea ú opinión contraria no se basaba, segun su criterio, en la razon ó equidad y era prohijada por un sér débil, una mujer ó un anciano ó niño, la despreciaba; si el que la patrocinaba era un sér fuerte ó poderoso, entonces García crecíase hasta lo inconcebible y se descomponía hasta la ofuscación, y antes hubiera dejado de existir que ceder un ápice.

Personificaba en determinado concepto al aragonés terco y ofuscado que hace caso de honra el horadar la pared con la cabeza de un clavo que golpea la suya á guisa de mallo.

Los proyectos de Napoleón para enseñorearse de España, trocaron á García en implacable enemigo de aquel emperador, de Francia, de sus habitantes, de sus ejércitos, en una palabra, de cuanto se relacionaba con la vecina nación y de todos los que directa ó indirectamente podían contribuir á que ese césar ó alguno de sus deudos ó protegidos ciñera á su cabeza la corona española. Adquirió su

enemiga los fieros caracteres de la sevicia, y ya que en su exaltación mental no podía llegar ni ensañarse con Bonaparte, persiguió dias y meses la execrable idea de extraviar las honradas intenciones de muchos patriotas y fomentar la indignación de otros, para que aniquilaran á los franceses avecindados en Zaragoza, creyendo que el atroz procedimiento aseguraría la libertad española.

No lo consiguió felizmente: los zaragozanos, que tantas y grandiosas hazañas realizaron batiéndose cuerpo á cuerpo y con nobleza y generosidad rayanas de lo portentoso, lejos de fustigar á sus enemigos desarmados, constituyéronse en sus custodios, defensores y protectores. ¡Magnanimidad sublime que no supieron imitar los ejércitos franceses! Contraste nobilísimo que no comprendió el obcecado Thiers al prodigar en sus escritos á los españoles epítetos y calificativos denigrantes y bochornosos, solo comprensibles porque brotaron de la pluma de un obseso por los triunfos del primer imperio, oscurecidos y empañados frecuentemente por el desvanecimiento satánico de un genio militar, servido y secundado por la falacia, la intriga y el menosprecio á los más solemnes tratados y promesas más solemnes.

El recien venido apoyó fiera y atrozmente no las sabias pretensiones de mi amo, sino las suyas propias, radicales, apasionadísimas y reprobables.

Prohibió Franco á García, despues de considerarlas cual manifestación de un pensamiento extravagante y cruel, prohijado por una cabeza lesionada y loca, el que volviera á mentarlas, y separáronse el decano, el doctor y el clérigo, aferrado el primero en sus juiciosas opiniones, convencido el segundo de que las medidas por él propuestas eran de absoluta necesidad y el tercero dispuesto, más dispuestísimo que nunca para continuar su propaganda exterminadora.

X

El 23 de Mayo, si mis recuerdos no mienten, fué uno de los días de este mes de 1808 que más copiosamente llovió, debiendo advertir para mútua satisfaccion de ustedes y mia, que á fin de que no les causara sorpresa ó cansancio el que volviera á hablar del agua, ya les previne que aquella estación de las flores se singularizó por lo húmeda.

Convirtiéronse desde las primeras horas de la madrugada en rios los caminos inmediatos á Zaragoza y calles de esta ciudad, sin que las corrientes que se engrosaban por la incesante lluvia, acompañada de frecuentes y prolongados truenos y varias exhalaciones, una de las cuales acabó la aperreada

vida de Manuel, el leñador, apodado *el Pilongo*, impidieran á muchos vecinos agolparse desde antes del amanecer en los verjados de la basílica del Pilar para ser de los primeros en acomodarse á sus anchas dentro de la Santa Capilla y oir la misa de infantes, que anunciaban vocingleras las campanas.

Oyéronse llaves y cerraduras, y el criado de sacristía, Matias la Vieja, que no tenia cara de tal y sí de Pascua florida ó de ángel de retablo, lustrosa, sin pelo ni vello, redonda y encarnada como una rabaneta, franqueó la gran verja, precipitándose la muchedumbre en el templo, y aquél se quedó en un rincon para no ser atropellado.

Cuando se despejó el atrio, saliose á la acera y sin cesar de sacudir el gran manojo de llaves, levantó la cabeza, y moviéndola de un lado á otro, como quien dice "no escampa„, remiró en todas las direcciones el plomizo firmamento convertido en catarata.

Pronto se le incorporó Antonio Carbonell, el ínclito capiller del altar de San Antonio de la misma catedral, esencia y espuma de donosos y traviesos monaguillos y sacristanes, y al abrigo del atrio auguraron y congeturaron largo y tendido, acerca de si el exceso de aguas pluviales perjudicaría mucho las cosechas y disminuirian consiguientemente los ingresos en las arcas de fábrica y de la diezma y primicia.

Sostenia que sí la Vieja con mucha formalidad y abundancia de ¡cáspita! y ¡caracoles!, é insistentemente opinaba Carbonell que no, discurseando con poca luz y menos moscas, cuando oyéronse los herrados cascos de una caballería por la calle del Pilar. Llegó frente al templo, calláronse los ínfimos servidores del Ilmo. Cabildo y ligero desmontó el ginete empapado en agua su vestido, es natural, que lo componian alpargatas blancas, anchos calzones y largo chaleco de pana, negros, faja morada que le ceñía más arriba del abdomen y por debajo de los muslos, justillo de franela blanca, ribeteadas las bocas mangas de terciopelo negro, y cubria su cabeza pañuelo de seda á cuadros negros y encarnados, atado por la nuca y encima sombrero de extendida ala en forma de rodela.

Ató el ronzal de su hermoso mulo á uno de los barrotes del verjado y encarándose con el capiller y el criado, interrogoles por las señas de la casa de mosen Ramón Cadena.

—No tardará mucho en venir—respondió Carbonell—ya me parece que siento sus pisadas. ¿Quiere V. que le dé algun recado?

—*Pus* si no ha de tardar mucho—respondió el forastero—me quedo: la encomienda que traigo es para dársela á su *mesma presona*.

Y silenciosos los tres y mirando á la atmósfera,

pasaron algunos minutos, y á la claridad de la alborada se divisó un clérigo que á paso sosegado avanzaba por la plaza.

Era el respetable y respetado presbítero D. Ramón Cadena, racionero y celebrante la segunda misa "post auroram„.

Se acercó á los tres, saludoles afablemente, demostró con carambas y otras exclamaciones su extrañeza de encontrar en aquel sitio y á tales horas al tio Vicente Coscoyuela, de Egea de los Caballeros, le tendió la mano, estrechola éste fuertemente y sacando del bolsillo interior del justillo un papel, se lo entregó al racionero.

Alejáronse éste y el tio Vicente de la Vieja y Carbonell, conversaron muy pocos instantes, y desatando el segundo su caballería la montó de un salto, y despidiéndose de los que se quedaban, tornó á dirigirse al trote por donde había venido y los otros entraron al templo.

No habría trascurrido media hora, cuando el racionero salía apresuradamente y enderezando sus pasos por la calle del Pilar, postigo de la Lonja y puente de Piedra, hizo alto en la portería de San Lázaro, que se hallaba cerrada, y agitando un cordel que ante ella oscilaba, no tardó mucho á que un fraile abriese el ancho portalon para que penetrase el sacerdote.

Conocedor práctico del edificio, subió de prisa la ancha escalinata y sin vénia ni permiso penetró en la celda del P. Mandura, que de hinojos, cruzados los brazos al pecho y apoyada en este la cabeza, meditaba delante de un lienzo de la Vírgen de la Merced, de excelente dibujo y colorido menos apreciable.

Nada indicó que el abstraido religioso se hubiera apercibido de la entrada y presencia en la celda de mosen Cadena, que, titubeando entre marcharse ó permanecer, optó por lo último, sentándose en una silla respaldada de amarillenta y lustrosa baqueta, claveteada de bronce.

Un cuarto de hora, más de más que de menos, trascurrió sin que el contemplativo diera señal de que existía, hasta que un crujido de la silla despertole de su éxtasis.

—¿Es V., querido amigo?—preguntó Fr. Mandura poniéndose en pié.

—El mismo ¡canario! que viste y calza—contestó el racionero—acabo de recibir por un propio una carta de mi sobrino Lamberto, el que está en Bayona de Francia, cuyo texto es tan importante que sin dilación he venido para que su paternidad se entere. Si no conociera de muchos años al portador y la letra de mi sobrino no se distinguiera entre mil y no fuese difícil de imitar, creería que se trataba de darme un disgusto.

Y sacando la misiva se la pasó al religioso, que en voz alta leyó:

"Bayona Mayo de 1808. Querido tio y señor: Escribo esta, contestando á la última de V., á hurtadillas de mi amo y favorecedor el señor arcedia-no..... Mi gratitud por los grandes beneficios de que le soy deudor, no me impide para que reconozca y confiese que es responsable en gran parte de las amarguras que apesadumbran la vida de la real familia.

Todos los errores y disparates que de muchos años atrás cometieron los consejeros españoles, fueron nimiedades y bicocas y fruslerías en comparación de la malhadada resolución de que nuestro inexperto monarca D. Fernando abandonara la corte de Madrid para venir á esta villa de Bayona. La obcecación de los que ese contrasentido aconsejaron, impidioles conocer, sabida como es la línea de conducta que se ha trazado Bonaparte, que ese viaje no resolvería satisfactoriamente, èn utilidad de España y de la real familia, ninguna de las muchas y grandes cuestiones que han planteado la inepcia, el orgullo, la vanidad y la indiscreción. Al contrario de lo que suponían los candorosos y torpes secretarios, diplomáticos y consejeros, ese hombre funesto, Napoleón, lejos de hacer alto en sus perfidias, que le sirven á maravilla en su carrera de am-

biciones y preponderancias, las redobla á medida que va conociendo las menguadas condiciones de inteligencia y carácter que distinguen, por lo general, á los personajes españoles que formaron el séquito del rey.

Solo el secretario Ceballos ha visto con lucidez el asunto: sin embargo, reservado al pronto, ha concluido por enmudecer, haciéndose el distraido é inocente, porque de esta forma, silencioso y disimulado, conseguirá mejor los fines que se propuso. Los demás ó son mentecatos ó villanos. La vanidad ha preponderado y prepondera á todas las buenas cualidades que reune mi señor D. Juan Escoiquiz, y en vez de corregirse de los desaciertos en que ha incurrido, los comete de día en día mayores y de más graves consecuencias. Napoleón, que es un pícaro de marca mayor, comprendió desde el principio el flaco del indiscreto y desatentado arcediano, y lo explota. Halaga al vanidoso D. Juan prodigándole el nombre de Cicerón y pone sobre las nubes y todos los escritos de los sabios, muertos, nacidos y que nacerán, sus monsergas literarias. Sucede más, le ha llamado conquistador de los espíritus y de los entendimientos y se ha permitido en demostración de cariño tirarle de las orejas. Enfatuado mi señor, no vislumbró el término de esas arterías, habiéndose convertido en un bufón con el que se di-

vierte el emperador, hasta que lo suplante y aún, tales cosas presencio, es fácil que le aplique la punta de su bota de montar en las posaderas. Este es desgraciadamente D. Juan de cuerpo entero, y con sentimiento declaro, querido tio y señor, que él y otros han causado la ruina de España.

Aunque los duques del Infantado y San Cárlos no opinan como el arcediano y secretamente se manifiestan muy poco satisfechos de su proceder, le aplauden y adulan públicamente, más por cortedad de luces que por malicia. Si hubieran heredado juntamente con grandes títulos y brillantísimas distinciones, algo de lo que hizo famoso á Salomon, serían excelentes hombres de Estado.

Pero no sucedió así, y valiera más que hubieran permanecido en sus posesiones de España, que meterse en honduras y laberintos como estos, donde, además de no merecer fama de expertos, devoran grandes y no pocos disgustos y sinsabores. En una corte pacífica y fastuosa serían dos hermosas figuras decorativas. En Bayona los han conocido perfectamente Savary, Champagny y monseñor Pradt, trinidad humana de la que es su verbo este último, Obispo de Poitiers y limosnero imperial, muy virtuoso, muy probo, muy transigente, segun todos los franceses y algunos españoles, pero muy dúctil, muy disimulado y enemigo encarnizadísimo de la

independencia de España, en opinión de los que no tienen nubes en la pupila que les dificulten é imposibiliten apreciar las cosas en su descarnada verdad.

Esa trinidad, sin mira ni propósito bueno, fué elegida por Napoleón, cómitre de los franceses, para fraguar y realizar con urbanidad solapada y bellas palabras la mayor parte de las iniquidades que se consuman en esta villa contra la monarquía española y, lo que es mucho más lamentable, contra nuestra pátria. Dejo á la consideración de V., querido tio y señor, qué no habrán conseguido el bienaventurado de pacotilla Pradt, el insolente Champagny y el acanallado Savary del hinchado Escoiquiz y de los pusilánimes y bonachones Infantado y San Cárlos. Reunen los primeros en su favor el talento, conciencia anchísima y pujanza, disponiendo además del poder avasallador del hombre sombrío. ¿Con qué ventajas cuentan los segundos? La ceguera intelectual, la impotencia de espíritu y, lo que es más grave, el haberse entregado por completo á Bonaparte. ¿Qué estrañeza ha de causar que esos tres hombres de empuge y descocados se rian y burlen de mi señor, de los duques, de los liliputienses consejeros Onis, Labrador y Vallejo, y que ceben su mordacidad en Ceballos, á quien califican de primer traidor de la compañía, y en nuestro ilustre paisano Bardají, á quien deno-

minan lechuzo y enemigo del sol de la ilustración?

Suspendo aquí mi carta con disgusto, uno más entre los contínuos que sufro al tener que vivir en este ambiente y con palaciegos para los que la franqueza es un crimen y la resolución y claridad, propiedades y torpezas de ignorantes y lacayos.

. . . . . .

. . . . . .

Los sucesos se multiplican y á la par de ellos se aumentan los deberes que me roban el tiempo durante el día y tasado es el que dispongo para descansar por la noche. ¡Qué feliz soy cuando solo, sin testigos de vista, puedo dedicar al recuerdo de usted algunas horas, trasmitiéndole, querido señor y tio, noticias de lo que por esta villa ocurre! Aprovecho la tranquilidad de esta noche, la octava después que principié á escribirla, para seguir mi epístola.

Duro y angustioso se me hace el relatar los pormenores de lo que ha sucedido entre los indivíduos de la familia real; pero decidido á que V., sus amigos y nuestros paisanos no se forjen ilusiones y aun á costa de que se subleve nuestra sangre española, no he de ocultar la verdad.

La enemiga del anciano Cárlos IV á su hijo, que debiera acallar sus enojos y resentimientos, ya que la desgracia comun no los ha borrado, se ha acre-

cido con tan desmesuradas proporciones, que no trascurre semana sin que Fernando sienta las cóleras paternas.

La reina, sofocando los gritos de la conciencia y afectos misteriosos y sagrados que nacen, acompañan y se extinguen juntamente con la maternidad, no solo no templa las iras de su infortunado esposo, sino que, por el contrario, las excita y espolea y agrega las suyas propias para flagelar inexorable y rencorosa al hijo infeliz, cuyo cetro de caña ¡dolorosa verdad! le han arrebatado.

Las entrevistas de los reyes padres y del hijo han sido horribles. Presente á una de ellas el infame Napoleón, Cárlos IV se levantó de su silla furioso, y enarbolando el baston de que se sirve ordinariamente, amenazó golpear á D. Fernando, mientras le acusaba acre y cruelmente de haberle querido quitar la vida y la corona. Cuando cesó en sus recriminaciones para caer abrumado en el sillon, la reina, mucho más vengativa que su augusto esposo, se precipitó sobre su hijo como si quisiera aniquilarlo: le improperó despiadada, le injurió calificándole de "hijo desnaturalizado, asesino en intención, pérfido, cobarde, odioso y doble„, alzando la mano para abofetearle, y llegó en su delirio, aseguran algunos, á solicitar del emperador ¡se resiste la naturaleza á creerlo! que le castigase con el patíbulo.

Estos abismos que separan al hijo de los padres, se han hecho infranqueables el 5 de este mes. En este día Cárlos IV y su esposa, forzados por la imperiosa voluntad de Bonaparte, se avistaron con el rey Fernando, y como de costumbre se reprodujeron los improperios, recriminaciones é injurias, concluyendo últimamente por intimarle renunciara la corona, pues de no verificarlo así, se le juzgaría como reo de conspiración contra la vida de sus padres.

No se necesitaba apelar á ese extremo para alcanzar el fin convenido entre Napoleón, Carlos IV y María Luisa. D. Fernando remitió la mañana del 6 al emperador una carta renuncia, destinada á Carlos IV, cuya síntesis, conforme á lo que he oido de labios de mi amo y favorecedor, se contiene en estas cláusulas. ¡Qué monstruosa hipocresía!

"Para probar á V. M. mi amor, mi obediencia y mi sumisión, y accediendo á los reiterados deseos de V. M, manifestados muchas veces, renuncio en V. M. mi corona, suplicando á Dios que V. M. la goce muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido, á partir de 19 de Marzo último. Su más humilde hijo, Fernando. „

Parecerán á V. estos hechos, querido tio y señor, cosa de brujería ó encantamiento. Yo le aseguro que son desgraciadamente verdaderos y reales, y

que tambien es indudable que, aprobada por Napoleon la renuncia de Fernando en su padre, éste se despojó de la corona para colocarla en las sienes del emperador francés.

¡Qué triste y amarga verdad voy á decir! Cárlos IV, fíjese V., ha cedido la soberanía de España á Napoleón y los españoles hemos pasado á ser cosas de ese bergante. Un rey pusilánime ha querido anular con un acto absurdo é inmoral la voluntad de todos los españoles: se nos ha considerado como bestias que se pueden enagenar y ceder.

De esa cesión irracional, fraudulenta é injusta, debemos protestar y combatirla, aunque para ello hayamos de jugar la vida.

La trama de Napoleón ha sido sancionada y sellada por D. Fernando, llegando éste á abdicar sus derechos de Príncipe de Astúrias.

Desde la consumación del vergonzoso hecho, la familia real española recibe una pensión que le alarga la "munífica y dadivosa„ mano de Bonaparte, el cual, para evitar que D. Fernando y su hermano D. Cárlos traten de huir del territorio francés, ha dispuesto, y así se ha cumplido, que marchen acompañados de su tio el infante D. Antonio Pascual á Valencey, y los reyes padres, la reina de Etruria, sus hijos y el infante D. Francisco se trasladen con el imprescindible Manolito Godoy á Fontainebleau.

Pero todavía no ha terminado la tragi-comedia con tonadilla que se representa en Francia. Napoleón, que se ha reservado la ocupâción de negociar y agenciar las colocaciones de sus hermanos y casamientos de sus hermanas, vaciló al pronto acerca del que sería agraciado con la hermosa España. Pensó primeramente en su cuñado Murat, que se ha hecho acreedor á un trono con su salvajada del 2 de Mayo, mas pensándolo y preocupado con que este pariente inquieto, al fin y al cabo, procurará emanciparse de su tutela, se determinó, segun buenos informes, por su hermano Pepito, el más humano y hombre de bien de esa familia, cuyos miembros se agarran como lapas á los tronos, por ese antiguo comerciante que sufre en el solio de Nápoles decepciones y melancolías sin cuento, á causa de las burlas de las graciosas napolitanas y tornadizos napolitanos, los cuales, tanto ellos como ellas, solo se manifiestan constantes para aborrecerlo. No dirá, querido tio y señor, que su sobrino no le trasmite nuevas de trascendencia. Lo es, como vé V., la de que ese Bonaparte y su esposa madama Julia ocuparán el solio de San Fernando.

Pero á fin de que esto se realice en forma aparentemente decorosa y sin alarmar á los españoles, asunto en mi entender imposible, Napoleón, que aventaja á los más peritos y hábiles reposteros, in-

cluso al famoso Fr. Zenon de San Lázaro, se distrae y entretiene los ocios, amasando un pastel muy recargado de dulcedumbre para que lo pasemos y saboreemos. Se me antoja que no lo conseguirá.

Proponiéndose adquirir fama de benigno y respetuoso á las libertades y costumbres de nuestra nación, ha formado el propósito, cual si se tratara de enredo ó argumento de sainete, de que aparezca España enamoradísima de las perfecciones de Pepito y por ende suplicando é impetrando de la dignación imperial nos lo conceda por rey, habiéndose contado para el asunto con algunos españoles metalizados, y, todo dispuesto, se ha procedido á la ejecución de los preliminares con no pequeño disgusto de Murat, á quien se ha comisionado para que recabe de los consejos de Castilla, Indias, Hacienda, Inquisición y otros cuerpos, formulen la petición.

En este estado se halla el asunto, querido tio y señor, que dará origen á nuevas farsas y exceso de villanías, de las que estremecen el estómago.

En el pecado va la penitencia. El desfallecimiento que se nota en muchos de los que han contribuido á ese cúmulo de enormidades, reato es de su delito, habiendo comenzado mi señor y protector don Juan á descender del Olimpo de su fatuidad al mundo de las angustiosas realidades, y contra su

caracter, pretencioso, altanero, y supeficial, anda mohino, alicaido y pensativo.

Otros que no han tomado parte en los deshonrosos y antipatrióticos hechos y que vinieron aquende el Pirineo en cumplimiento de su deber, reprimen con no poco esfuerzo su ira ante el repugnante espectáculo, no faltando algunos, muy pocos, que españoles ante todo, francos y decididos, sin temor al espionaje de los agentes del capataz de los franceses, ni á la soberbia de éste, alardean públicamente sus aspiraciones de que cese pronto el estado de las cosas públicas de España, creado por el conjunto de tantos crímenes y desafueros.

Forma parte de estos últimos, para gloria del nobilísimo Aragon, el ilustre marqués de Ayerbe. El incidente más nimio pudiera dar al traste con su mal comprimida paciencia, y desbordada su ira, temo que la descargue en algun malsin francés, como estuvo expuesto sucediera hace pocos dias.

Las frases despreciativas á los españoles de un edecan, buen mozo, del mariscal Duroc, y las poco meditadas é imprudentes de un abate de los que pululan por Francia, clérigo por el traje y por las costumbres mundano, familiar del dulzon monseñor Pradt, originaron una escena violenta con el marqués y este su sobrino, querido tio y señor, y aquél espada en mano y yo con mis puños, nos lanzamos

á los desvergonzados, que lo hubieran pasado mal sin la intervención de amigos muy queridos.

Por este y otros hechos, inspirados en móviles dignos, nuestra residencia en Francia se hace imposible, y á no ser por la vigilancia exquisita que se ejerce en nosotros y por la suspicacia con que se observan hasta nuestras más insignificantes operaciones, nos hubiéramos evadido de este país de villanos, que se aumentan mucho con los que arriban diariamente de España en busca de influencia, protección y destinos.

Ello no ha obstado, antes bien nos estimula, para que nos hallemos dispuestos algunos á burlar la sagacidad francesa en la primera oportunidad que se nos presente é imitemos al brigadier exento don José Palafox ¡afortunado él! en su huida á Zaragoza, para asociarnos á los planes que se dirijan á establecer un gobierno español.

Por carta de mi señora doña María de Azlor, condesa de Bureta, á cuyos pies me pondrá con todo rendimiento, de la que fué portador el tio Vicente Coscoyuela, se ha sabido que D. José llegó felizmente á esa querida ciudad y que el paisanaje se prepara á todo evento.

El mismo Coscoyuela, aprovechando su nuevo regreso á Zaragoza por negocio de lienzos, llevará y entregará á V., querido tio y señor, esta epístola

de su sobrino y capellan que desea ver á V. y á todos los amigos y abrazarles pronto.—Lamberto Cadena.„

La impresión que produjo en Fr. Mandura la gravísima carta se manifestó al pronto con un mohin y encogimiento de hombros. Se explica. Fué tan brusca la transición de su espíritu y voluntad que, impresionados con la meditación de las grandes verdades ascéticas y morales que deciden á la práctica de la humildad, paciencia y resignación, chocaron de improviso en otras verdades más tangibles y materiales, apropósito para mover y excitar todos los sentimientos y pasiones irascibles. El mohin y encogimiento expresaron el marasmo de su alma. Bien pronto se rehizo y reaccionó, é impulsado por la fuerza de su afección patriótica, herida en su más delicada fibra, estrujaron sus manos la carta arrojándola al suelo. La idea de que había cometido una descortesía é inconveniencia se enseñoreó en un instante de su inteligencia y recogió el papel diciendo:

—Dispensad, querido mosen Ramon, esta falta involuntaria que no se dirige á molestar á V. ni agraviar á vuestro sobrino el apreciable D. Lamberto. Los hechos, los terribles y vergonzosos hechos que denuncia, me sobrescitan y enfurecen, y esos enfurecimiento y sobrescitación querrían crear y for-

jar el rayo para destruir esa pandilla de traidores é histriones, que han arrojado la púrpura real española para que alfombre el camino del verdugo de Europa. ¿Pero yo deliro? Ya que España ¡Dios mio! no les perdone su villanía y degradación, compadeceos de ellos que están ciegos y dementes. Gravísimos y espantables los sucesos, más grave y espantable será el desenlace. ¡Si parece una pesadilla! Yo que calificaba de obcecado al doctor Capistros y creia que su enemiga y sinrazón movían su lengua para maltratar y ultrajar sin piedad á los reyes y consejeros, tengo que inclinar mi cabeza ante la evidencia, y confesar que detrás de la frente del gran legista se anida la sabiduría: sin ilustración, ni inspiración divina ¡preclaro Capistros! profetizaste con claridad portentosa.

Terminó el tiempo de recriminaciones inútiles que á todos nos corresponden por igual: las jeremiadas se perderían: los reyes, los gobernantes, los españoles todos, unos y otros, todos hemos contribuido á la crucifixión de España: aquellos por la costumbre de mandar, por sus arrogancias y debilidades, por sus malas pasiones y poca inteligencia; nosotros por la punible sumisión y vicios: se dejaron los ciudadanos quitar y desvincular de su derecho de intervenir en los destinos de España y se ha hecho de esta y aquellos asunto de granjería:

el calificativo de "manada de borregos„ aplicado por el doctor á los españoles, nos cuadra perfectamente, y nos ha sucedido lo que á las reses confiadas á pastores holgazanes é inexpertos, que á la corta ó á la larga son degolladas por las fieras.

—¿No os parece?

—Lo mismo, desgraciadamente,—contestó don Ramon—y creo como vos en la inutilidad de las recriminaciones y lamentos: hora es de que enmudezcan las lenguas y funcionen las armas.

—Para esto, ningun medio ni acicate más eficaz que la carta. La sinceridad de su relato me parece que será bastante poderosa para que los zaragozanos se alcen soliviantados por la calma y paciencia de las autoridades que, demasiado obsecuentes á determinadas influencias é indicaciones, no manifiestan la verdad completa, bien atenuándola, bien despojándola de sus arideces y crudezas. Se pensará reproducir en esta ocasión lo que ha sucedido en otras; pero yo aseguro que contra los empeños para que redivivan esas condescendencias, antes de cuarenta y ocho horas se levantarán hasta las piedras en Zaragoza, y ya que no podemos protestar activa y enérgicamente ante el truhan francés que recogió el cetro español que abandonaron ó mejor tiraron al arroyo un desgraciado monarca, la cobardía de un joven príncipe y la pusilanimidad de unos cuantos

próceres, enervados por la crápula y el libertinaje, exoneraremos al representante en Aragon de ese rey y de ese príncipe, y nos armaremos para defendernos de los ejércitos del tirano francés, que, en el *delirium tremens* de su soberbia, aspira al establecimiento de una monarquía universal de la que serían sátrapas y reyezuelos los hijos de su madre y los maridos de sus hermanas y, no satisfecho su orgullo, trataría, á no ser un absurdo, de escalar el cielo y destronar al Hacedor de la creación; que son pequeños los límites del orbe para saciar los anhelos de poder y autoridad de ese infame.

La carta de vuestro sobrino y querido amigo, creedme, estimado mosen Ramon, servirá de palanca para mover á los habitantes de esta gran ciudad: ese documento obrará en el ruidoso litigio que mantendrá nuestro paisanaje contra los disciplinados bárbaros del siglo.

—Existen muchísimas razones, querido Fr. Mandura, que abonan el cumplimiento de vuestros pronósticos y vaticinios; pero sospecho que no sucederá así. Falta decisión para prescindir de que la iniciativa del movimiento parta de las autoridades que, juiciosas ó asustadas del empuje y desbordamiento popular, se resignarán, é impasibles continuarán deplorando las ignominias y vergüenzas que nos infaman.

—Desconfiais en extremo de los arranques é indignación del pueblo de Zaragoza, que lo mismo que los restantes de España, aunque trabajado por dilatada serie de causas y malos ejemplos, se halla unido y se confunde en un solo indivíduo por las arraigadísimas creencias en Dios, patria y monarquía, teniendo de lo que esas palabras significan perfecta noción. España es la primera y más viríl de las naciones del mundo: Zaragoza espera la ocasión de hacer públicos sus denuedo y entereza y confío que esa carta la precipitará. Por de pronto, y en la persuasión de que no os contrarío, yo me encargo de que sea conocida esta misma mañana de todos los que han de influir en que nuestros convecinos enarbolen la bandera de la independencia, y comprometo mi palabra, conforme á lo que antes he indicado, de que no pasarán cuarenta y ocho horas ó quizás veinticuatro, sin que veais grandes sucesos.

Estas palabras terminaron la conversación: retirose mosen Cadena, y Fr. Mandura, calándose la teja, sin permiso del rector, dirigiose á casa del tio Jorge y despues á la de D. Mariano Cerezo.

Despierto me hallaba y dormido profundamente el doctor, cuando fuí sorprendido por grandes aldabonazos en la puerta de la calle, pasos apresurados seguidamente en la escalera y la vozarrona del

tio Jorge que llamaba, intercalando algunos rebríos, á mi señor.

Saltó éste de su lecho, medio vistiose y encerrándose con el gran patriota en su despacho, apliqué el oido á la cerradura de la puerta y escuché el fuerte diapason que se usa cuando los asuntos que se discuten ó tratan son graves. Marchose el tio Jorge, y el doctor me entregó una lista de personas conocidas por sus fogosos sentimientos y animadversión á los planes bonapartistas y á los afrancesados, ordenándome que les avisase para que acudiesen por la tarde, sin excusa de ningun género, á casa de D. Mariano Cerezo.

—Ruégote, Ramoncico, me dijo, que pongas mucha actividad y presteza en este asunto. Entreveo que por fin mis propósitos é ideas triunfarán. Se han recibido de Bayona malísimas noticias, y el tio Jorge y yo, presumiendo que D. Mariano Cerezo no opondrá ningun reparo, hemos convenido en apear á Guillelmi de esta capitanía general y que se armen todos los zaragozanos con los fusiles del castillo al grito de muera Napoleón. Se les avisa á todos los anotados en esta lista, para decidir el día.

Desempeñé mi comisión gustoso y en espectativa de que los invitados resolverian con tino y prontamente aquellas cuestiones, aguardé la noche, haciendo tiempo, en casa de *la Canija*.

Ninguna indicación que no supiera me dió á conocer respecto á los trabajos de zapa de *el Socarrado*. Manifestome segunda vez que su huesped se volvia más comunicativo y aparentaba fiera enemistad á Bonaparte, demostrando tambien interés creciente por saber si en las reuniones de casa del tio Jorge, Cerezo, Zamoray y otros patriotas, predominaba la idea de resistir á los franceses cuando vinieran á Zaragoza ó si los paisanos, imitando "á las sobornadas y perezosas autoridades militares„, así lo decia, se cruzarian de brazos, dejando á estas la resolución pacífica de los asuntos.

Tambien me repitió su sospecha de que ese cambio del hombre feo era una fórmula aviesa para traicionar más ventajosamente á los españoles.

De regreso á la caida de la tarde, me encontré en la calle de D. Juan de Aragón á Pasaglia, el ayuda de cámara del capitán general, que no era más reservado que la mayor parte de los que desempeñan igual servicio, y deseoso de escudriñar lo que ocurria por el palacio de los Luna, dirigí la conversación á mi propósito.

—¡Oh señor Angelo! ¡carísimo amigo!—esclamé —celebro mucho, lo que no podeis figuraros, el ver que aún no habeis fallecido: sospeché ¡diantre! si vuestros huesos pudrian ya la tierra: algun contratiempo os ha debido suceder; pero ¡canario! ¿qué

miro?, vuestra cara no está tan llena como hace poco tiempo y vuestro cutis ha perdido el color y tersura que daban gozo la última vez que conversamos.

—¡Por la madonna!,—me respondió—sois el segundo que me repite esta tarde lo mismo: ¿si estaré enfermo sin saberlo?

—¡Canario, no os alarmeis!: los síntomas no son tan inequívocos que denuncien un padecimiento físico interno, pudiendo existir otras causas que los motiven: los amores ¡picaron! vamos al decir.

—No tal ¡corpo di Baco!: he resuelto no pensar en matrimonio hasta que me vuelva viejísimo y entonces.....

—No os casareis, ¿no es así?

—Pudiera ser.

—Pues si disfrutais de salud y Cupido no os ha flechado, ¿á qué causa ¡diantre! atribuir la pérdida de carne y de color? Ta, ta ¡canario! ya comprendo: el aumento de ocupaciones y las muchas horas de vela, influyen seguramente en vuestra delicada y fina naturaleza, impresionable como el engranaje de un reloj de señora ó como las teclas de un clavicordio. ¿Aumenta el número de huéspedes ó S. E. se retira muy tarde?

—De todo hay un poco.

—No digais más: me explico la palidez y enfla-

quecimiento de vuestro semblante y esas ojerazas: ¿con que huéspedes nuevos y más ocupaciones?

—Sí, señor Ramón. S. E., que es obsequioso y cortés, ha hecho de su palacio un meson ú hospedería, donde caben los personajes ó personillas, que de todo hay, que acuden á esta capital: se les acoge con cariño y amor y se les trata á cuerpo de Papa.

—¡Diantre! ¿tantos viajeros procedentes de Madrid ó de Francia llegan á Zaragoza?

—Bastantes: unos trasmitiendo pliegos para S. E. y para el Sr. Cabarrús otros.

—Ya, ya, para ese señoron tan económico ó economista: me vá gustando el Sr. Cabarrús desde que he oido que se ha propuesto, y no cejará hasta que lo consiga, que los españoles comamos perdices, gallinas, faisanes y otras aves y volátiles en sustitución del indigesto garbanzo.

—¡Tiene gracia! ¡es muy delicioso lo indicado por V., Sr. Ramón! Yo que le sirvo muchas veces á la mesa y me alaba llamándome el Farinelli de los flautistas modestos, y le oigo tambien sus conversaciones, todas de miles y millones, ¡tiene gracia! no he escuchado hasta esta tarde que se proponga suprimir los garbanzos.

—Aunque os asombre, amigo Sr. Angelo, aseguran muchos que así se lo han oido, fundándose además en que ese señoron, que es uno de los pocos

y escasísimos personajes buenos que han quedado en España, ha decidido y propuesto desquitarse, y que nos desquitemos todos los nacidos en la tierra de los garbanzos, de las carpantas y ayunos forzosos que nos han impuesto los orondos y bien nutridos gobernantes.

—¡Es V. muy gracioso, Sr. Ramón!: el Sr. Cabarrús, que ha pasado más crudas que maduras, por muchas y rectas intenciones que abrigue y sea más sabio que Merlin, no logrará que los españoles dejen de comer garbanzos.

—¡Que sí!

—Yo sostengo que no.

—Está bien, queridísimo Sr. Angelo; no hemos de continuar disputando por los garbanzos ó por perdiz ó pollo más ó menos: ¿con que es cierto que ese señor económico ó economista recibe muchas cartas y oficios?

—De Madrid, Bayona, Paris y Lóndres.

—Comprendido: sí, de los patriotas españoles que sufren las de Cain en la coronada villa y de los que siguieron á nuestro carísimo rey D. Fernando á Bayona.

—¡Qué retrasado, Sr. Ramón, estais de noticias!, D. Fernando renunció la corona en su padre D. Cárlos IV y D. Cárlos en.....

—¿Qué canarios decis?: permitidme, Sr. Angelo,

que os diga, sin ánimo de ofenderos, que estais tocado de la cabeza: ¿de dónde, caramba, habeis sacado esa noticia absurda? D. Fernando, á despecho de los partidarios de su augusto padre y de los amigos y favorecidos por Godoy, es y será ¡que rabien! señor y rey de las Españas y de las Indias. ¡Qué guason y festivo sois, Sr. Angelo! ¡vaya una noticia peregrina!

—No os quepa ninguna duda, Sr. Ramón: vos sois callado y en amistad os comunicaré noticias que os dejarán suspenso. Al anochecer de ayer dió S. E. un banquete en palacio para obsequiar al señor Cabarrús, intendente Giron y otros ilustres señores de la aristocracia y de la Audiencia.

Antes de que llegase la hora señalada, el peluquero y yo acicalamos al general quien, conforme á la etiqueta seguida con escrupulosidad, cuando ha de asistir al teatro ó acudir á la tertulia, ó invita á comer á magistrados, militares de elevada graduación, canónigos ó frailes, cambia su traje ordinario por otro más elegante.

Al tomar el que dejó para cepillarlo, palpé en uno de los bolsillos varios oficios, los saqué, y observando que uno traía estampado el sello con las águilas francesas y que nadie me veia, satisfice mi curiosidad leyéndolo.

Lo firmaba Napoleón y despues de amistosas fra-

ses y no pocas prevenciones, decía á mi amo, que habiendo abdicado voluntariamente D. Fernando la corona en su padre, éste, que se desvive por la felicidad de los españoles, se la había trasmitido á él libérrimamente, al igual que el príncipe de Astúrias los derechos que le corresponden por naturaleza, concluyendo por recomendar eficacísimamente á mi amo, que reservara la publicación de esa orden imperial hasta nuevo aviso.

Tal sorpresa y sensación me causó, que al pronto, semejante á gorrión alelado que se ha caido del nido, comencé á dar vueltas por el gabinete con el oficio en la mano. Sentí de pronto lejanos pasos de alguien que se aproximaba y aceleradamente volví á meterlo en el bolsillo: era mi amo. Entró sobresaltado y con vista escudriñadora me interrogó acerca de si había sacado algun papel de su casaca: respondíle sin turbación que no, y ordenándome que saliera, oí desde fuera que abría y cerraba el secreto de una cónsola, lo cual me hizo suponer que el oficio quedaba guardado bajo llave.

Todavía más: dos ó tres veces me apercibí de que S. E. y el Sr. Cabarrús, antes de comenzar el banquete, cuchicheaban recatándose de los invitados, y me llamó sobremanera la atención que, al promedio de este, anunció el señor economista que solo esperaba dar un apreton de manos y un abrazo á

su compañero el sabio Jovellanos, que viene á Zaragoza para marchar á Bayona.

—¿Pero estais seguro de que el oficio contenia lo que decís?

—Segurísimo, y os repito que leí desde el Excelententísimo señor que lo encabezaba hasta la firma "Napoleón „.

Los convidados, no bien terminó el último postre se marcharon, y solos el general y el Sr. Cabarrús platicaron en el despacho cerrada la puerta. Más tarde se retiró el segundo, y el general recibió reservadamente á un caballero, llamado Buiron ó Butron, que vino á palacio en coche cerrado.

La entrevista fué larga. Aprovechando la ocasión de hallarse la puerta entornada y yo esperando en el pasillo, escuché la mayor parte de lo que hablaban.

—Basta ya de complacencias y disimulos—decía fuertemente el general—no se me ocultaba que el brigadier exento de servicio D. José Palafox y usted, faltando á la ordenanza, se han fugado de Bayona, y abusando de la buena fé del señor gobernador interino del castillo de Jaca, teniente coronel don Patricio Kindelan, y protegidos por un tal Castillezuelo y otros contrabandistas, y disfrazados de montañeses, llegaron á Zaragoza guareciéndose con menosprecio de mi autoridad en la torre de la Alfranca.

Igualmente me consta que ese señor brigadier y usted son visitados por algunos paisanos y oficiales retirados y que fraguan rebeliones contra lo estatuido solemnemente en Bayona.

—Mi general—respondió el otro—el honor militar del señor brigadier D. José Palafox y de un subordinado de V. E., me obligan respetuosamente á indicarle se sirva fijarse en algunas frases que no se compaginan ni avienen con la dignidad que debemos tener los que vestimos el honroso.....

—Silencio y no trate V. de sincerar lo que no tiene disculpa. Porfío é insisto en que no debieron abandonar la villa de Bayona.

—Pero reflexione, Excmo. Sr., que nos hallamos bajo el peso de una acusación tremenda: han debido informar á V. E. mal respecto á esos planes que no han existido ni existen.

—¿Con que no existen? La frescura de V. al negarlos, es tan punible como su transgresión de la ley militar. El capitan general de Aragon ha sido bien informado y añado que el intermediario entre ustedes y el populacho, conjurados para realizar esos proyectos insurgentes, es un pobre diablo á quien apodan *Cuello corto* ó *Cuello largo*, el cual, lo, mismo que el Sr. Palafox y demás conspiradores sueñan y se enfurecen contra la quimérica dominación francesa: más honroso sería á ustedes los mi-

litares cumplir escrupulosamente las obligaciones y deberes que imponen las reales ordenanzas, y valiérales más á los paisanos ilusos el ocuparse en sus oficios, que tratar de lo que no les importa.

—Mi general.....

—No hay mi general. Mi paciencia se agota y antes de verme obligado á tomar una resolución ejemplar, ordeno á V. que, en el término de veinticuatro horas, cumpliendo lo dispuesto por el Excelentísimo Sr. Gran duque de Borg, abandone juntamente con el Sr. Palafox la torre de la Alfranca y la ciudad de Zaragoza y se presenten á esa superior autoridad en Madrid, bajo la intimación de que, no haciéndolo así, se les expulsará del ejército y se les sujetará á la sumaria preceptuada en las reales ordenanzas contra los desertores: ni más, ni menos: sobran todas las réplicas y excusas, que no tolero ni admito.

—¡Caramba!; ¡es un lince vuestro amo!; de qué asuntos más importantes y morrocotudos se halla enterado!; pero seamos francos: ¿esas noticias las adquiere por sí mismo ó se las trasmiten otros?

—Me estraña la pregunta: otros. No obstante las reiteradas órdenes al corregidor, al decano del Ayuntamiento, al jefe de los fusileros, á los alguaciles de la Audiencia y del concejo, para que vigilen á los vecinos y forasteros, ninguno ve, ni sabe,

ni canta: y una de dos, ó han perdido la vista, el oido y la lengua, ó no quieren, y se portan como leales, delatar á los conspiradores que se reunen de día y de noche en las casas, palacios, conventos, Universidad y seminarios.

La deficiencia de las autoridades y de sus ministros la suplen unos cuantos aragoneses y paisanos del comerciante Mr. Dionisio J.... que visita casi diariamente á S. E. Cada uno de esos traidores, por su cuenta que perciben todos los sábados, *pecunia* de oro contante y sonante, en una casa cercana de la iglesia de Santa Cruz, canta más que cien canarios juntos.

—¡Qué bonachón sois, querido Sr. Angelo! ¿También vos haceis coro con los que creen que hay españoles que cobran por denunciar las conjuras que solo existen felizmente en la cabeza de cuatro medrosos?

—¡Corpo di Baco!: yo no formo coro y me toco y me canto solo: yo aseguro á V., Sr. Ramon, que no faltan españoles vendidos á los franceses por *pecunia* que denuncian á los españoles: el principal de esos infames es un hombre muy feo y muy gordo que vive con una buena moza en la calle de Jesús del Arrabal de Altabás: he oido en palacio que es un tuno como hay pocos, y que Mr. J..... no va bien con esa muleta, asegurándose que ven-

derá si puede cien veces á Cristo, á los franceses, españoles y al mundo entero.

—Qué tiempos tan menguados los nuestros!: ¡si parece imposible!

—Increibles parecen estas cosas que son ciertas é innegables: adios, Sr. Ramon: vuestro palique es sabroso para desocupados; pero no para mí, que me aguardan muchos quehaceres y parlando, parlando, la noche se nos ha venido encima.

Separámonos: yo satisfecho de mis nuevos descubrimientos y él contento de haber pasado un rato expansionando inocentemente la suscita ruidos.

XI

Que fue este dia de satisfacciones para mí despréndese de lo escrito, satisfacciones que se aumentaron cuando al llegar á casa ví que mi amo, mi queridísimo doctor, gamuza en mano, frota que frotarás, se esforzaba en desherrumbar con polvos de ladrillo un lindo espadin, apropósito para asador, pero inútil para la guerra.

—Toma otra gamuza—me dijo risueño—y bruñe esa alhaja que te regalo. Por la forma y empuñadura debe ser hermano de fábrica del que blandía el 2 de Mayo y blande en las gran paradas el franchute Murat, segun lo representan algunos grabados.

Y alargome un sable de artística empuñadura y hoja toledana, corvo como alfange ó machete de segadores alicantinos.

—He triunfado,—prosiguió sin cesar de aplicar fuertemente la piel y ladrillo á la mohosa hoja—otra vez más la razón y la ciencia vencieron á las preocupaciones, dudas y escrúpulos. Todos los que han asistido á la reunión, D. Mariano Cerezo, el tio Jorge, el denodado é inteligente Simón y algunos militares y muchos paisanos, se han convencido de la excelencia de mis pensamientos y planes y se asocian á ellos: la mecha está encendida, y á la aurora de mañana formará la ciudadanía de Zaragoza la vanguardia del ejército nacional que obligará á morder el polvo á los barateros de Europa.

Ramoncico, alégrate, hemos vencido, y nuestro triunfo simboliza la derrota de Guillelmi y el desprestigio y ruina de lo que su autoridad significaba: réstanle pocas horas á ese fementido italianucho para que su elevada investidura militar prosiga haciendo traición á los intereses genuinamente españoles. En casa del honrado é ínclito patriota D. Mariano Cerezo se ha decretado su ostracismo, y la sanción unánime de los buenos y leales zaragozanos dará mañana mayor eficacia y efectividad á la resolución de los que han de capitanearlos.

Y sudaba Capistros la gota gorda á fin de abri-

llantar su hoja que se resistía y se cansaban mis brazos y manos en su porfía con el corvo sable que testarudo, al igual que el espadin, no quería separarse de su viejo compañero el moho.

—¿Tambien se habrá determinado—balbuceé—quien le sustituya? Las fuerzas disgregadas, sabe usted perfectamente, querido señor, sin una cabeza que las reuna, uniforme y dirija, se consumen inútilmente en su desordenada y tumultuosa acción.

—No se ha pensado—me respondió—ó hablando más propiamente, nada se ha resuelto acerca del jefe que ha de reemplazar á Guillelmi. D. Mariano, el tio Jorge y no pocos caballeros y labradores de las parroquias de San Pablo, San Miguel, Magdalena y San Nicolás, quieren que se nombre á don José Palafox. Otros, Fr. Mandura, Gurpide, muchos más y yo, el último de todos, opinamos que es muy jóven, sin experiencia, y poco avezado á los durísimos trances que ocurrirán en la campaña. Esta opinión se ha robustecido con las declaraciones del mismo D. José, que franco, desinteresado, sencillo, pundonoroso, sin ambiciones desmesuradas y conocedor de sí mismo, al hacerle indicaciones en el sentido que desean el tio Jorge y sus amigos, contestó que sería gravísima la responsabilidad del militar ó paisano que, no poseyendo conocimientos suficientes de las múltiples y difíciles cuestiones de

la guerra, acepte la dirección de los zaragozanos, ó que teniéndolos, despilfarre ó no sepa utilizar los medios para que esa guerra resulte ventajosa y fructífera. Por esa loable sinceridad y razones que expuso para no aceptar, se aplazó la decisión del importante asunto.

—Aunque nada signifique mi parecer, permítaseme añadir, amo querido, que lo primero que debieran haber acordado los reunidos, era la elección de un jefe supremo, factor principalísimo é imprescindible.

—Bien hablas, Ramoncico; pero entiende que ese nombramiento, que sería de necesidad en otras poblaciones y con otros habitantes, no hace falta por de pronto en Zaragoza. Esta invicta ciudad es terreno abonadísimo para que germinen jefes y oficiales á granel. Y si no óyeme: ¿ves los tagarotes desarropados, sin pelo en barba, que acaudillan las turbas de muchachos que á pedrada limpia y caiga el que caiga, defienden la superioridad del barrio, calle ó feligresía donde viven? Pues de esos tagarotes, que son los primeros en voltear la honda y lanzar la piedra y nunca abandonan el campo aunque alguna "lágrima de San Pedro„ los descalabre, saldrán los generales futuros: dales una espada ó fusil en vez de honda y pólvora, y balas en lugar de chinas; preséntales en frente de la muchedumbre

belicosa y enemiga, con mayor razón si es francesa, y observarás que sin necesidad de nombramientos ni reales despachos, se erigen instintivamente en generales y jefes que cautivarán las voluntades de sus esforzados camaradas, concluyendo estos por sometérseles y obedecerlos.

Sobrarán, añado, jefe supremo y generales: los aragoneses y zaragozanos somos por instinto y trasmisión guerreros: heredamos á la par que la honradez y prodigalidad, el corazón indomable y la sangre fogosa y caliente de nuestros antepasados que, fijo su pensamiento en la guerra, trazaron y edificaron esta capital, laberíntica, complicada, impracticable, de calles angulosas, oscuras y estrechas, y construyeron sus casas y edificios, á guisa de fortaleza, con mucho ladrillo y piedra: hasta los altos y sólidos campanarios sirven de tambores y baluartes para defenderse y agredir, economizando municiones y vidas.

Fueron nuestros ascendientes grandes, aunque desconocidos, ingenieros militares. Y la misma naturaleza, coadyuvando á esa labor de resistencia, abrió los cauces y desbordó en ellos las aguas del Ebro y Huerva, verdaderas obras avanzadas que cierran y obstruyen el acceso á gran parte de Zaragoza.

Quiso por fin Santiago ó San Jorge, excelsos

protectores de novatos y veteranos en batallas, y lograron los puños y ladrillos devolver su pristina brillantez al sable y espadin.

Cenamos con apetito y suprimiendo deportes de sobre mesa, ciñó Capistros una correa y tahali á su cintura é introduciendo en este la hoja, envolviose en su capa de seda y me dijo:

—Toma el sable y linterna: esta noche comenzamos la vida militar: dormiremos y comeremos cuando se pueda y vamos á recorrer la ciudad para cerciorarnos de si los amigos velan y los afrancesados acechan.

Y cerrando la puerta nos dirigimos á las calles de la Cuchillería, Vírgen del Rosario y Coso, precediendo yo al doctor con la linterna encendida y el sable desenvainado debajo del brazo.

¡Y vaya, caballeros, qué noche más oscura! Las nubes, anticipándose, sin duda, al movimiento y alteración popular del siguiente día, hacinadas en montones inmensos, velaban como paños mortuorios el argentino disco de la luna. Discurríamos trompicando por las hondonadas del pésimo y desigual pavimento á causa de la menguada luz de mi linterna, cuando de improviso se apagó, quedándonos sumidos en tinieblas, si no tan densas, muy parecidas á las que envuelven periódicamente la ciudad del Támesis. No fueron sin embargo obstáculo

para que el doctor se retrajera ó desistiera de la excursión nocturna. Impertérritos y silenciosos continuamos avanzando por la oscuridad que solo rompían á trechos los farolillos que enviaban sus mortecinos resplandores á las imágenes de las Vírgenes ó santos, que desde las hornacinas ó cuadros empotrados en los muros de las casas ahuyentaban, conforme á la leyenda popular, á los gnomos, trasgos, brujas, aparecidos y demás caterva de gentecilla monstruosa y negra que aprovechaba la noche para vagar y hacer de las suyas, bien dando mal de ojo, bien chupando la sangre de los niños.

A los débiles rayos de sus linternas vimos las rondas de bedeles y porteros que, segun orden rectoral, averiguaban é inspeccionaban si los escolares universitarios se hallaban recogidos y estudiando ó durmiendo en sus posadas ó si, por el contrario, entretenidos pecaminosamente requebraban á las doncellas ó casadas, muchas de las que, mientras sus confiados padres ó esposos soñaban filiales obediencias ó fidelidades mujeriles, se regodeaban por ventanas, balcones y rejas, al arrullo de suspiros tiernísimos y declaraciones galantes y seductoras, languideciendo en misteriosos efluvios de amor. No esquivamos el encuentro con la ronda del gobernador de la Sala del crimen D. Rafael Amandi, que, entre alguaciles armados, recorría la ciudad para

evitar disgustos al vecindario pacífico, y vimos muchos grupos de paisanos que se dirigían apresuradamente á las casas y edificios convenidos al objeto de ultimar el modo y saber la hora en que se verificaría el alzamiento.

Razón tenia Pasaglia: ni los bedeles, alguaciles y fusileros del coronel Torres interrogaban, detenian ni "cacheaban„ á los transeuntes, ni nos pidieron explicaciones del paseo nocturno, á pesar de que me delataba mi alfanje herido por los focos de sus linternas y antes, por el contrario, saludaban risueños al doctor, deseándole, tras de una noche feliz, un día agradable.

Cuando el Todopoderoso y el doctor quisieron, hicimos alto frente á la casa de Vicente Pina, diezmero de Santa Engracia, en la calle de San Miguel: la claridad de las luces se desparramaba al exterior por las requebrajadas ventanas y desde fuera se percibia el rumor de los que se hallaban dentro. Subimos: monges de San Gerónimo y frailes franciscanos, vistiendo sus ámplios hábitos blancos ó grises, seis curas y algunos seglares citábanse para el rayar el alba: penetramos en otra de la calle del Preboste, y discutían el mismo asunto varios labradores y frailes de sotana y escapularios negros: nueva ascensión á un casucho de la calle de la Torre; un novicio carmelita de San José, afónico y mano-

teando, repetía á varios jornaleros: ¡á las armas! ¡á las armas! Atravesamos el ancho portalón y patio y penetramos en el corral de un caserón de la del Pozo. Los patriotas reunidos lucían escarapelas rojas en los sombreros y el secretario de los diputados del comun, D. Pablo Fernandez Treviño, les recomendaba que antes de amanecer acudieran al arco de Valencia. Exponiéndonos á rodar por la oscura escalera, llegamos al segundo piso de un viejo edificio de Barrio Verde, y encontramos agrupados al rededor de una larga mesa tres hombres y algunas mujeres; Ignacia Pescador, arrogante y hermosa, que hubiera podido servir de perfecto modelo para las maravillas de la estatuaria griega, trémulo y palpitando de emoción su protuberante seno, apostrofaba iracunda á las cobardes que al presentarse el peligro no acompañaran á sus esposos é hijos. Abierta de par en par la puerta del taller ó tienda del remendon Pertusa, frente á la Universidad, sin saludos ni cumplimientos nos introdugimos en aquella zahurda, cuando el maestro, de pié sobre su mesilla, sujeto el mandil de cuero detrás del cuello y blandiendo unas cuantas cuchillas, invitaba, á falta de fusiles, á que las tomasen los que desearan morir matando en defensa de la Vírgen del Pilar y de San Mamés, venerado en la *parroquia del Gallo*, de cuyo santo era muy devoto. Bulla, estruendos y al-

gazara se oían á larga distancia de una gran casa de la calle de Gavin: franqueamos la entrada y atravesando un pasadizo, oscuro como boca de lobo, dimos en un salon invadido por estudiantes. En el negro de sus tricornios se destacaban escarapelas purpurinas, y unos enarbolaban espadines, otros sables de diferentes formas, quién se apoyaba en una alabarda, varios golpeaban el suelo con palanquetas y barras de hierro y tambien ví quiénes blandían asadores de tres y dos puas.

Dominaba el hormiguero iluminado por un candil suspendido en un alambre fijo al techo el bachiller Taravilla, que, de pie en una artesa, remangados los brazos, sin sotana ni chaqueta, el trípico inclinado á la nuca y los puños cerrados amagando descargarlos, vociferaba sudoroso, acalorado y ronco. El respeto á los franceses vecinos de Zaragoza, mientras no conspirasen, y guerra y exterminio á las huestes del Nabucodonosor de Córcega, así calificaba á Bonaparte, llamando Getulia á Zaragoza, fueron los conceptos generatrices y dominantes de su arenga, en la que á revuelta de razones prestadas por la etnología, ética y teodicea, involucraba términos y nombres tan pintorescos como estos: Gog, Magog, filisteos, moabitas, herodianos, cananeos, Gedeón, Joab, etc., etc., la Biblia entera.

Vítores, hurras, bravos y vivas interrumpian fre-

cuentemente su discurso, y, enfáticos algunos estudiantes y chocarreros, burlones y oportunos otros, exclamaban: *¡ecce magnus Demostenes! ¡ave Cicero grandiloquens!* ¡ved ahí á Esquilo! ¡salud, Crisóstomo sin mitra! ¡bravo, Bosuet sin capisayo! ¡aplaudid á Granada sin cerquillo! ¡bien, por el P. Isla en mangas de camisa! ¡Viva Taravilla! ¡Viva, viva, vivaaaa....!

Un grito formidable, el eructo de una garganta de roca, un trueno de los trópicos acalló la enormidad, la orgía, el despilfarro de estrépitos y voces. Estalló de la boca de un estudianton de torso enorme cual fiera salamanquina, cara bronceada y achatada frente. Le faltaba el ojo izquierdo, que en lucha con tres mocetones de Sangüesa, le había vaciado marrillo ó piedra. Llamábase Vicente Casajús y nacido era en los riscos en que vió la luz por vez primera aquel inmortal rey que conocemos con el nombre y distintivo de D. Fernando *El Católico*: más claro, Casajús era natural de Sos. Y levantando su goliático brazo una sabina ó mejor un árbol, semejante por su tamaño al que sirve de baston á los San Cristóbal que dibujan y coloran los Orbanejas del arte pictórico-sacro, abriéronse fácilmente sus manazas paso en la negra masa estudiantil, y llegando junto á la artesa, encarose á Taravilla y volvió á repetir:

—¡Silencio!

Y golpeando el chirimbolo de masar, crugieron los tableros y patas, despidieron polvo y retembló el piso.

—Descienda de ese pináculo, amigo bachiller, —dijo ó rugió;—vuestras proclamas que, por cierto no son demostonianas, levantan tempestades de gritos, clamoreo y carcajadas, y ni con estas ni aquellas llegamos á nada práctico. Deje á los franceses pacíficos, que con ellos nada va y ninguno se mete, y tratemos formalmente de prevenirnos contra los que han pegado de recio en Austria y Prusia y repicarán fuerte en los aragoneses si nos dejamos: todo lo que no se encamine á evitar que nos peguen, es changüi y caldo de palique: total, "ni só ni arre„. Apresurémonos, digo segunda vez, á que los franchutes que se disponen á majar pellejos, no caigan de repente y nos pillen desprevenidos, pues si no lo sabeis, aprendedlo; con solo arengas y discursos no nos evitaremos uno ó varios pies de paliza. Con que á la carrera: ya no se discursea más y pensemos y tratemos de prepararnos para cuando *Mr. Lafiebre* comience á regalarnos peladillas de plomo y naranjas de hierro.

—Tiene razón el jaque de Sos,—prorrumpieron muchos:—y le sobra—añadieron los serios y formales.

—¡Silencio!—repitió de nuevo descargando su cachiporra y otra vez crugieron las tablas y se movió el piso y los tabiques—y menos motes, que no está el horno para bollos, ni la barca de paso. ¿Sois de opinión que nos preparemos?

—¡Sí! ¡sí!

—Ningun pensamiento más apropósito por lo que atañe á la estudiantina, que los universitarios y seminaristas formemos un batallón.

—¡Bien! ¡bien!

—Si reconoceis la utilidad de la idea y asentís á ella, tratemos ahora, sin palabrería ni requilorios, de lo principal y de los pormenores del asunto. Para este fin precisa que se observe mucho orden y compostura y que el más formal y sensato de los presentes.....

—*¿Vbi est vir iste?*—repuso uno.

—Eso es; ¿dónde se encuentra ese formal y sensato?—preguntaron otros.

—Que el más formal y sensato—continuó sin desconcertarse Casajús—despues de bajar el bachiller de esa tribuna, se siente en una silla, si la hay, y dirija nuestros razonamientos.

—¡Bien! ¡bien!

—*Sapientia locuta per os Casajuris*—añadió un pequeñete que empuñaba con su derecha la alabarda que utilizaba el Longinos en la procesión de Viernes Santo.

—Insisto *¡rebrios Baco!* en que elijais el más serio—gruñó el de Sos.

—¡Aquí está!—grito un teólogo que llevaba al hombro un lingote de hierro y que cercano al doctor se hallaba;—¡aquí lo tenemos!—repitió, y tomando el cuello de la capa de Capistros, lo medio arrastró al centro de la sala.

—¡Que presida el doctor! ¡que presida el doctor! —gritaron todos—¡que presida! ¡que presida! ¡que presida! ¡que.....

—¡Silencio, zascandiles!—intimó Casajús, y avalanzándose al más alborotador, con la facilidad que se lleva un muñeco, lo arrojó á la calle despues de largarle tres ó cuatro puntapies en la parte carnosa posterior, rugiendo en tanto:

—*¡Rebrios!* ¡fuera títeres!

—La fuerza, como diría mi amo, se impuso definitivamente á la ciencia y al bullicio, y mi querido señor, no obstante sus protestas y excusas de que no servía para dirigir ni presidir á los hijos de Minerva y futuros compañeros de Marte, viose obligado, diminuto como era, á subir á una sillucha, colocando tres universitarios delante de esta, por no haber mesa, la máquina de masar.

—Me parece—dijo Capistros despues de saludar—excelente, oportuna y necesaria la idea de mi futuro colega de profesión el valiente Casajús,

y creo que no es difícil realizarla. Enunciada y recibida por unanimidad, pueden ustedes determinar el número de compañías de que se ha de componer el batallón y proceder al nombramiento de coronel. En esa designacion estriba la mayor dificultad. Una vez elegido, sus indicaciones servirían para acelerar la resolución de los puntos principales. ¿Están ustedes conformes?

—¡Sí! ¡sí!

—En concepto de todos ó del mayor número, ¿cuál de los presentes reune mejores condiciones para coronel?

—¡Casajús!—respondió uno.

—¡Sí! ¡sí! ¡Casajús es un valiente!—añadieron todos.

—Protesto y protestaré mil veces,—replicó el aclamado—soy tuerto, y se necesitan dos, cien, mil ojos para no meter al batallón en algun bache del que no pueda salir.

Con ruidosas carcajadas se acogió la escusa.

—A ese defecto esencialísimo—continuó—he de añadir otros muchos: soy atolondrado, irreflexivo, poco sereno y berroqueño de mollera.

—¡No importa!—replicaron unánimemente.

—La modestia—digeron tres ó cuatro—le obliga á despreciarse.

—No conozco ni de cien leguas á esa apreciable

y muy señora mía doña Modesta. Insisto en que además de la dureza de mi mollera, no me caben cuatro soldados en ella y tengo malísimo carácter. En ocasión de resistir ó defenderme solo, llegaré donde llegue otro; acompañado de aragoneses, espero no quedar vencido; mandado por un buen jefe iré, saltando por todo, hasta el infierno; pero así como he manifestado para lo que me parece que sirvo, he de expresar que no valgo para dirigir, y pueden ustedes ir pensando en otro que sea más apropósito.

Tres veces se proclamó coronel á Casajús y otras tantas, menos con lágrimas, suplicó, insistiendo en sus afirmaciones, que no lo eligieran, asegurando que antes que aceptar cargo tan espinoso emigraría de Aragon y aún de España, y terminó con estas nobilísimas frases:

—Si se me ordena que sea ranchero, aprenderé á cocinear y confio que agradaré; pero nunca, nunca y nunca, recibiré galones ni charreteras, porque además de no haberlas ganado, aseguro que redundarían involuntariamente en perjuicio de otros: mi deber, hallándose España amenazada, consiste en obedecer, y el nombre de criminal merecería si no obrara de conformidad á lo que opino.

La franqueza y decisión de Casajús impidieron prosiguiera la deliberación del asunto, y por inicia-

tiva de Capistros se decidió proceder al alistamiento. Ni uno solo esquivó ni recató su firma.

Retiráronse los estudiantes y al poco rato que continuábamos nuestro paseo nocturno, supimos que los patriotas, reunidos en las casas de D. Mariano Cerezo, tio Jorge y otros muchos, habían ratificado la idea de que al siguiente día estallará el movimiento popular.

Siglos se nos hicieron en nuestro domicilio las pocas horas que tardó en aparecer la deseada aurora.

XII

Resuelto á ejercer sin debilidades ni dilaciones su omnímodo poder, abandonó su palacio mal humorado el rey pueblo, antes de que el sol asomara su *fila* por las cumbres de las montañas, colinas y lomas de Oriente, para hacer su diario paseo por el azulado y diáfano firmamento. Cuando voluptuoso se fué elevando y dejó ver su rostro arrebolado de púrpura y oro, se encontró que el multiforme y abigarrado monarca departía acalorado é iracundo en las esquinas de Zaragoza y que llevando, poco despues, por heraldos y comitiva chiquillos y hembras, recorria los tugurios y casas de los vecinos que perezosos no se asociaban á la manifestacion pública de su autoridad sin límites.

Y basta de poesía y metáforas. No se necesitaban tantas para decir que desde la madrugada del 24 de Mayo del año desgraciado de 1808, los revueltos zaragozanos se agolpaban en las plazas y calles, reuniéndose en grupos, ó andaban de aquí para allí: los primeros á fin de comentar las noticias recibidas de Bayona y Madrid y los segundos para sacar de sus domicilios á los que no madrugaron.

Las noticias y rumores, causa de la efervescencia popular, conformes de medio á medio con la sincera epístola de mosen Lamberto Cadena, hacían saber que S. M., D. Fernando VII, *El Deseado*, abdicó cetro y púrpura en su augusto padre D. Cárlos IV, *El Debil* y *Cazador*, y que éste había hecho lo mismo en S. M. I. Napoleón Bonaparte, por obra y gracia de los sucesos, de las bayonetas y victorias, emperador de rojos y azules, de los jacobinos y termidorianos, á quienes habia limado las uñas y los dientes.

Los grupos se iban haciendo mayores: se citaban los nombres de los que recibieran cartas que confirmaban ó comentaban sabrosamente las noticias oficiales, y se exhibían diarios y la *Gaceta* de 20 de Mayo, que, por esta vez no mentía, en que D. Cárlos, con igual frescura y pachorra que si se tratara de una cacería matinal para cobrar algunos conejos ó liebres en los cotos y dehesas reales, participaba su

renuncia, la del caro Fernando VII, la del flamático y resignado D. Cárlos María Isidro y la del "bonus vir„ y querúbico D. Antonio Pascual.

Tranquilo recorría las calles sin que me causara impresión ni sorpresa la multitud, cuando en la plaza de La Seo sentí en el hombro el contacto de una mano que lo tocaba y, volviéndome, ví á continuación de la mano un brazo, un cuerpo, un semblante regocijado, toda la persona del practicante, barbero y comadron Gonzalez, ostentando en su encandilado sombrero una gran escarapela, quien cariñoso me dijo:

—¿Qué, no tomas parte, Ramoncico, en la que se arma?

—Pues ya le creo: con palos y piedras por de pronto—le respondí.

—Frágiles armas son esas: te aconsejo que busques y te proveas de algun alfiler de los de la calle de los Agujeros y á reunirte con los tuyos al Mercado: yo voy á buscar una lanceta para sangrar á Guillelmi, que está muy delicadico, y algunos afrancesados y franceses que reventarán como triquitraques si no se les sacan de los cuerpos diez ó doce libras de sangre á cada uno.

El honrado Fígaro, jovial aun en las circunstancias más calamitosas de su vida, siempre hallaba el lado gracioso á los asuntos más graves y tristes: se

lanzó poco menos que á la carrera por la calle del Pilar.

Volví no sin grandes rodeos á mi casa por llenar la muchedumbre las vías públicas y el doctor se había marchado: vacilé si me llevaría ó no el corvo sable, pero desistí, seguro como estaba de que por la tarde poseería uno de los veinticinco mil fusiles del castillo de la Aljafería.

Salí de nuevo á la calle: el aspecto de Zaragoza se hacía de minuto en minuto más imponente: las venas de la ciudad, callejas y encrucijadas, no cesaban de arrojar grandes masas de hombres, mujeres y chiquillos, todos presurosos, corriendo unos al Arrabal, al Coso, al Mercado y otros á la Universidad y plaza de la Magdalena.

Numerosos tribunos acaloraban al aire libre con sus napoleónicas y guillelminas las cabezas de sus oyentes, y los rumores, y los gritos, y el clamoreo, y los vivas y mueras, henchian el espacio é indicaban, como las turbonadas del huracan y los torbellinos de polvo, que la tempestad había comenzado.

El torero Comerma, un tumbon muy español que en las corridas del año anterior sufriera las caricias de un berrendo jarameño que, además de atravesarle el brazo, le había recogido fracturándole una pierna, cojitranco y apoyada una pica en el hombro, capitaneaba un grupo formado de catorce ó

diez y seis cortadores y matarifes. Al cruzar la plaza de Santa Marta, subiéronle á una mesa destinada á la venta de volatería, y con mímica y términos risibles en ciertos períodos y amenazadores y fieros en otros, excitaba al pueblo á que se apoderase de las armas, ya que no se las entregaban.

El tio José de la Hera marchaba al frente de muchos carpinteros y albañiles. De trecho en trecho se paraban, arengándolos con estas frases:

—¡Vamos á la capitanía general! ¡enseñemos los dientes á Guillelmi! ¡no cejemos mientras no se nos entreguen las armas!

En la calle de la Vírgen del Rosario, el P. Busto, provincial de los Mínimos, seguido del P. Garroverea y de algunos novicios, se mezclaba en los corrillos y con voz de sochantre les decía:

—Hijos mios, defendamos la causa de Dios: seamos buenos como él; pero sin perjudicar á las personas y bienes de los franceses nuestros convecinos, insistid y perseverar en pedir armas.

En otra esquina, Juana la montañesa, doncella ó casada, que discutible era si tenia uno ú otro estado, braceando, desenfadada y provocativa, apellidaba gallinas á los soldados del *mosiute* Napoleón, que "solo tenian alma para forzar mujeres y llenar las mochilas de cálices, copones, perlas y diamantes que robaban de las Iglesias„.

—Que vengan, que vengan á Zaragoza,—gritaba;—de cada uno hemos de hacer veinticinco; que vengan esos pillastres á saquear la Vírgen del Pilar; que se limpien las gabachas, que están de huevo; no se reirán esas patudas colgándose de las orejas los pendientes, ni se pondrán al cuello los hilos de perlas de color de rosa que engalanan á nuestra Vírgen los días que se celebra misa de infantes de tres en ringla y tocan la campana de la gloriosa Santa Ana.

—Pues solo faltaba eso—añadía la tia Manuela Paterna, anciana de hermosas líneas y contornos, huellas de una belleza extraordinaria—para que la cabronada fuese mayor; ¡Jesús que cosas! que esos bigardones y amoladores de cuchillos y navajas, vinieran de sopeton á llevarse las joyas y veneras de nuestra patrona: vieja soy, pero ¡á fé, repeineta! que primero que consentir ese *ladronicio*, haria una *fechuría*.

Crecia y crecia el oleaje humano y revueltos y sudando todos, nos hacinábamos y apretábamos.

En la insuperable dificultad de avanzar ó retroceder, me arrastró la avalancha medio destrozado el vestido á la calle de las Botigas Hondas y escurrime á la del Horno de Santa Cruz.

Encontreme en ella á Pilar y á *la Canija:* ésta, hecha un brazo de mar, derramaba garbo y donaire de su arrogante cuerpo.

—¿Tambien ustedes por aquí?—les pregunté.

—Sí, Ramoncico,—me contestó—¿pero va ó no de veras?

—Así lo creo.

—Gracias á Dios que se han convencido de que no sirven los paños calientes: se necesita sobar sin compasión la piel de todos los amigos de los franceses y enemigos de España, y la de otros, pongo por ejemplo, del que tú sabes... y yo no ignoro, que debe tener en su alma más altos y bajos que en la cara.

—No pensemos en eso por ahora.

—Hijito, pues lo dejaremos para el día del juicio final ó para cuando San Juan abaje el dedo: si D. Mariano Cerezo, el tio Jorge y todos los que andan metidos en el ajo, no han pensado en escarmentarlos, peor para ellos y para todos: los afrancesados, parecidos á los gatos y á la zorra, se aprovecharán de los descuidos y harán una de las que no se remedian.

En este punto la conversación oimos vivas y mueras por la calle de la Platería, y nos separamos: ellas en dirección á la Cruz del Coso y yo para cerciorarme de los que gritaban.

Un inmenso grupo de estudiantes de todas carreras, acéfalos, sin jefe, se dirigía por aquel punto: agregueme á ellos hasta hacer alto en el arco de Toledo.

Artesanos, vendedoras, frailes, mendigos, sacerdotes, mujeres con chiquillos, viejas y doncellas, formaban el monton. Todos hablaban y ninguno se entendía.

La cólera y la indignación, cansadas de gritar, gesticulaban amenazas, produciendo el conjunto de centenares de lenguas y gargantas un alarido monstruoso, mareante é inexplicable. Era la sobrexcitación de un pueblo idólatra de su independencia y libertad; el grito y rugido de una ciudad de gigantes que se estimulaban para defender esos valiosos intereses; el prólogo de una epopeya sublime y admirable como las inmortalizadas por Homero y Virgilio; la primera etapa de una contienda titánica en que la fuerza espontánea, sin táctica ni lecciones, superaría el esfuerzo de otra más inteligente, adiestrada en las batallas, campamentos y cuarteles, entusiasta y ganosa de triunfos, y sometida y determinada á luchar por un entendimiento excelso, de iniciativa y acometividad, de inspiraciones súbitas, y por una voluntad granítica, árbitra del arte guerrero.

La idea que enseñoreaba y reunía en una misma aspiración y tendencia á los zaragozanos, era nobilísima y levantada, y digna y honrada era su actitud: no asustaba, porque entre la multitud no se observaban esos tipos repulsivos de mirada sinies-

tra y caras feroces, personajes funestos y execrables que aparecen, sin ser llamados, los días de motin, espanto de los políticos y ciudadanos probos, espectros negros de la tranquilidad del hogar: con abundar y bullir muchos mendigos, sucios, harapientos, fieros en sus ademanes y de expresión tosca, no inspiraban temor ni desconfianza á la honradez y propiedad; así que el acaudalado, el hombre de ciencia, el titulado, la dama, simpatizaban fraternalmente con el pobre andrajoso, con el bracero, con la anciana despeinada, con el chicuelo, perpetuo vagabundo por calles y plazas, ¿y qué más? hasta con las desdichadas mujeres que la moralidad pública relegaba de día á las lobregueces del lupanar; que de todo había en aquella aglomeración, enorme calidoscopio en que se revolvían y barajaban vestidos, pañuelos y monteras de los colores del íris.

—¡Cerezo! ¡Cerezo! ¡que ha venido! ¡viva D. Mariano!—gritaron algunos.

—¡Viva!—repitieron todos, y repercutiendo el eco por los ángulos y recodos, se aglomeraron más séres humanos, agitando sus sombreros y cachuchas en su honor.

—¡A las armas! ¡á las armas! ¡queremos fusiles! ¡que nos den las armas del Castillo! ¡que nos mande Cerezo! ¡viva D. Mariano! ¡viva España! ¡viva

D. Fernando! ¡muera Napoleón! ¡abajo Guillelmi!—eran los gritos dominantes.

Cerezo, acompañado de algunos labradores y guardas de los sindicatos, procuraba calmar, aunque sin resultado, la excitación que por instantes presentaba carácter más amenazador. Los sensatos y cuerdos se habían trocado en irascibles, y los iracundos, exaltados hasta el delirio, se mostraban furiosos.

En los momentos de mayor frenesí, Cerezo dejose ver en el balcon de una de las casas, esquina á la calle de la Harza, y flotando una colcha roja atada á una caña, logró apaciguar el tumulto y que cesaran los gritos.

—¿Qué deseais?—preguntó.

—Espadas, fusiles y cañones—respondieron.

—Para armarnos se hace necesario,—repuso—que sin alborotos nos presentemos al general y le expongamos esos deseos: si no accede, habremos cumplido como hombres honrados y después no faltarán fusiles.

—¡Vamos á presentarnos á Guillelmi! ¡á la capitanía general! ¡viva D. Fernando! ¡viva D. Mariano! —exclamaron delirantes, y moviéndose aquel mónstruo de miles de tentáculos avanzó por las calles de Albardería y Escolapios hasta detenerse en la casa de las Monas.

Análogas escenas se habían producido en otros puntos.

Los reunidos en ellos, sumisos á las indicaciones de Gonzalez, del presbítero D. Santiago Sas, del tio Jorge y de los alcaldes de barrio José Lahoz, Antonio Duraque, Juan Gadea, Miguel Mur, y acaudillados por los mismos, marcharon al Coso, estacionándose frente al palacio de Guillelmi.

Pálido éste de emoción y en traje de campaña, observaba detrás de uno de los balcones el pueblo amotinado que se extendía, desde la bifurcación de la plaza de las Estrévedes y calle de la Albardería, hasta más allá de la actual fuente de Neptuno.

Los artilleros que daban la guardia al general, aunque identificados con la aspiración del pueblo, pero obedientes á la ordenanza, cerraron la puerta y se replegaron en el espacioso patio.

—¡Abrid las puertas!—rugian unos.

—¡Asaltemos el palacio!—clamaban otros.

—¡Al asalto! ¡al asalto! ¡á buscar escaleras!

El pueblo se revolvió frenético, y mientras unos se dirigian á buscar picos y escaleras, otros se encaramaron por las rejas de la fachada y gigantes que se alzan á los lados de la puerta para trepar á los balcones. Pronto hubieron de ceder en su empresa: no pudiendo salvar la altura que los separaba de estos, descendieron al arroyo y cogiendo piedras,

algezones y casquijos, los dispararon al palacio: certeros algunos, rompieron los cristales y penetrando al interior de los salones hicieron segundo blanco en el secretario Vaca, Pasaglia y otros, hiriéndolos ligeramente.

La fuerza del ejemplo me arrastró: y si no fuí de los primeros en arrojar proyectiles, desistí con los últimos en extremar mi saña contra el edificio, contándome entre los más decididos para allanarlo. Cuando no tuve á mano ninguna arma arrojadiza, puse un hombro á la enorme viga que en los suyos traían *Colambres*, famoso ordinario de la villa de Muel, más ladino que los mozos de rompe y rasga que pasean la Macarena de Sevilla, *Chaleco*, *Pitorro* y *Tizón*, atrevidos caballistas de la "guardia de corps„ —fematerios— y subjefes de la granujería que ventilaba en cruentas pedreas el predominio de sus barrios; *Angelón*, *Salsero*, *el Fijo*, *Chufas*, *Manco* y *Hortelano*, seis hércules de la parroquia del Gancho, perpetuos rondadores, que lo mismo se tocaban y bailaban una jota por todo lo alto que rompian el esternon á los rondadores de otras parroquias que se entraban por el terreno que aquellos consideraban de su exclusiva jurisdicción, y Tarin, Lahoz, Clavería, Bajen y Laborda, alumnos universitarios de mezquinos haberes, tan aventajados en las aulas como avispadísimos en la invención de

tretas para adquirir lo que la menguada fortuna les negara.

Tratábamos de servirnos del madero para forzar, á guisa de palanca, la puerta, y airosos hubiéramos salido de nuestros propósitos, si D. Mariano no se interpusiera, saliéndonos al encuentro. Dirigiose más risueño que irritado á *Colambres* que rompía la marcha, y le dijo:

—¿A dónde vás, Cirineo, y no de la pasión, con esa viga?

—No le pierda el *respeuto* su merced,—contestó el de Muel—aunque *paice* viga, no lo es: si no le sienta mal, esta llave franqueará de par en par la puerta, ya que D. Jorge no *quie* abrirla.

La oposición del caudillo á que se cometiera ninguna violencia nos estorbó y á otros muchos que volvieron con picos, escaleras y maderos, el que penetrásemos á fuerza en palacio, y á su intervención mejor que á la influencia de los hermanos Torres, jefes de fusileros, se debió tambien el que se sosegara el paisanaje, dando treguas para parlamentar.

Adelantóse D. Mariano entre las aclamaciones entusiastas de una ovación delirante, y llegándose al ventanillo del postigo, se asomó y solicitó hablar al jefe de la guardia.

No se hizo esperar mucho tiempo. El capitan, que sin palidecer ni inmutarse y empuñando la es-

pada al frente de su compañía, escuchaba indiferente el espantoso aullido de la fiera popular que se retorcía en el arroyo pugnando para introducirse en el edificio, era un apuesto y hermoso jóven moreno, de unos 36 años. Vestía distinguido y elegante la casaca azul turquí, botonadura dorada, de forro y vivos encarnados, abierta al pecho con vueltas azules, solapa del mismo color en la chupa, calzones tambien azules, botas de montar y sombrero galonado de oro.

—Caballero—díjole D. Mariano—comprenderá usted, como yo, la inutilidad y el peligro de la resistencia á franquear la puerta: mientras permanezca cerrada continúa el riesgo de que aumente la furia del vecindario, y una vez desmandada no habrá poder humano que la refrene: la petición de Zaragoza es justa y necesaria, pudiendo casi asegurar que la terquedad del general producirá un conflicto doloroso é incalculable por sus consecuencias.

—Coinciden mis temores con los de V.,—respondió el militar—recelo que sucederá lo que usted sospecha; pero comprenderá que yo, comandante de la guardia y responsable de su comportamiento, soy el menos autorizado para resolver la cuestión: un mandato superior me ordena que siga cerrada, y en tanto que ese mandato no revoque la consigna y disponga lo contrario, continuará del mismo mo-

do: que el pueblo amotinado la franquea; yo y mis soldados contemplaremos impasibles la violencia mientras no cometa otros excesos, oponiéndonos, resulte lo que resulte, á que se ultraje á ninguna de las personas que se hallan dentro; este es el deber que nos impone la ley al constituirnos en sus defensores y custodios.

—Aseguro á V. que el pueblo no tiene odio ni animosidad al ejército nacional. Solo pretende ver al general para exponerle sus deseos.

—Permítame le advierta que no necesito explicaciones. Lo mismo yo que los demás oficiales y soldados de la guarnición, sabemos cuáles son los sentimientos de los generosos zaragozanos, y ansiamos la hora en que, unidos al paisanaje, combatamos por el honor y la independencia de España.

Pero apesar de que estas son las convicciones mias y de los indivíduos á mi orden, ni podemos acceder á la petición, ni asociarnos por ahora al levantamiento, ni permanecer, arma terciada, en el caso de que se intente vejar, no ya solo al capitan general, sino al último de sus servidores.

—Es V. un caballero militar valiente y pundonoroso.

—La ordenanza me obliga á proceder como tal fuera ó en actos de servicio, prohibiéndome en las actuales circunstancias que haga fuego contra los

zaragozanos si no se desmandan agrediendo arbitrariamente.

Repito á V. que el juramento que hice al ceñir espada me prohibe.....

—Lo comprendo y admiro á V. Concedido que no puede V. satisfacer la exigencia de millares de vecinos de Zaragoza, no me negará el favor de que alguno, V. mismo, indique al general la petición.

—No puedo, y lo siento muchísimo, complacer á V. La ordenanza me exige que no abandone ni por un segundo mi puesto, y cuando esta razón no justificara mi negativa, existe otra que me impide servir á V.: mi oficiosidad se prestaría á interpretarla como flaqueza ó temor.

Afortunadamente Guillelmi reflexionó que la resistencia aumentaba la gravedad de la situación y por un ayudante trasmitió al jefe de guardia esta consigna: que abriera é impidiera la entrada á gente armada.

Rechinaron los goznes, se abrió la puerta, y Cerezo, á igual distancia de la muchedumbre y de los artilleros que, afianzados los fusiles, seguian correctamente alineados, detuvo á los patriotas: su ingénua palabra domesticó por entonces á la fiera.

En torno de aquel caudillo prestigioso, agrupáronse el coronel D. Antonio Torres, su hermano don Jerónimo, comandante, el tio Jorge, el doctor Ca-

pistros, Gonzalez, Lahoz y Gadea y bajo un sol abrasador, comenzaron á deliberar.

—Las cosas—dijo Cerezo—no pueden continuar de este modo: la situación es gravísima: ó el general se decide pronto á entregarnos las armas ó renuncia el mando y se marcha de Zaragoza. Las dilaciones, pretestos, excusas y ofrecimientos están de más; y si persiste en ellos creeré que ha perdido el juicio: se engaña si supone que el pueblo se contentará pidiendo, resignándose últimamente con la negativa. Corre prisa, más que por nadie por Guillelmi, el que terminen los peligros é incertidumbres, y para esto se le debe intimar que se decida por una ú otra determinación.

Silenciosos, cariacontecidos é indecisos los hermanos Torres, ni una observación opusieron á las juiciosas frases del jefe popular, reforzadas con los argumentos de los demás paisanos.

—Guillelmi es un loco—añadió Capistros:—la moderación de los patriotas y el excesivo respeto á la autoridad, los interpreta como manifestación de temor ó cobardía, y de aquí el procedimiento de dilatar la decisión del asunto. Solo habiendo perdido la razón se puede concebir que alimente la confianza de que los zaragozanos, fastidiados de esperar, se retirarán como han venido, sin armas. Además de ineficaz es peligroso que se forje esas ilusiones; una

voz basta para espolear la impaciencia popular, y entonces Guillelmi sufrirá las consecuencias.

Ustedes, señores de Torres, que le inspiran más confianza que nosotros los paisanos, deben exponerle cuanto antes las ideas de Cerezo: media hora que se tarde á cumplirlas sería una temeridad: esa demora nos llevaría á un desenlace funesto.

No exageraba el doctor. La indecisión exasperó al pueblo y entre silbidos y vivas y mueras, oyéronse voces de abajo los jefes de los fusileros.

Gadea, que había permanecido silencioso, abordando al coronel Torres, le dijo:

—¿Es V. patriota?

—Eso no se pregunta—respondió desabrido el interpelado;—tengo dadas excesivas pruebas y no creo decoroso contestar á una impertinencia: ¿por qué lo pregunta V.?

—Pues sencillamente. Sin negarlas, puede V. demostrarlas hoy mejor que nunca, manifestando sin rebozo á Guillelmi que, segun obre, firmará su prisión ó la sentencia de muerte. La docilidad y la obediencia tienen sus límites y ha llegado la hora de que terminen: los zaragozanos, de grado ó por fuerza, tranquilos ó amotinados, conseguirán lo que se han propuesto. Es intolerable, amigos, que continúe imponiéndonos su voluntad ese traidor que ni aun para obedecer sirve, é ignominioso que mientras los

franceses aguardan la orden para venir á posesionarse, en nombre del gabacho Napoleón, de Zaragoza, carezcamos de armas con que defendernos. Lo dicho, dicho está; quiera ó no quiera Guillelmi, con su permiso ó sin él, antes de las tres de la tarde —las once habían dado— tendremos fusiles, cañones, pólvora y balas en abundancia.

—Tiene razón Gadea—añadió el tio Jorge—y solo he de añadir que reviento de coraje y aseguro por San Jorge, patron de Aragón, que Guillelmi se acordará mientras viva de sus burlas á los zaragozanos: el ménos fuerte vale muchísimo más que Guillelmi, Napoleón y todos los franceses juntos. Conque, señores, acabemos pronto, ménos palabras y más obras.

Los Torres, asustados de las amenazadoras frases del labrador, balbucearon.

—¿Conque es preciso hablar al general?

—Sin pérdida de un minuto:—contestó airado Cerezo.—De otro modo el pueblo vá á saltar por todo y ocurrirá lo que todos tratamos de evitar. Desde luego yo, como Pilatos, me lavo las manos.

—Y yo—repuso el tio Jorge.

—Y nosotros—añadieron los restantes.

Separáronse del grupo los Torres; entraron en el patio y despues de cruzar algunas palabras con el capitan, subieron la escalera y suprimiendo permi-

sos y etiquetas ordenancistas penetraron en la estancia de Guillelmi.

Este, el teniente general D. Cárlos Mori y el mariscal de campo D. Juan O' Neille, recorrian á grandes pasos el salón. En uno de sus ángulos cuchicheaban los coroneles D. Antonio Busi, D. Rafael Pesino y varios edecanes.

Guillelmi, excitadísimo, desfogaba su cólera, apostrofando á los miserables que no solo le insultaban, sino que habían roto los vidrios de los balcones.

—¿Qué ocurre?—preguntó á los Torres apenas los vió.—¿Aun no se retiran esos insurgentes y revoltosos? ¿Todavía persisten los amotinados en su atrevida petición?

—Señor—respondió D. Antonio,—continúan solicitando de V. E. la autorización para que el señor gobernador del Castillo les facilite las armas almacenadas en sus depósitos.

—Siempre erre que erre: desean fusiles y cañones: yo no puedo transigir con esa pretensión ridícula: yo no puedo autorizar el empeño de los zaragozanos de convertirse en soldados, porque así les agrada. Inútil es que continúen vociferando, porque no obstante hallarse desguarnecida la plaza, no han de lograr su despropósito. Además, los fusiles y municiones constan en inventario y grande fuera la responsabilidad en que incurriría, si abrogándome

facultades que no me competen y desobedeciendo órdenes, dispusiera se entregaran al paisanaje.

—Mi general, con permiso de V. E.,—continuó Torres;—determinadas órdenes no pueden ser cumplidas en esta ocasión por impedirlo toda la ciudad. Los zaragozanos se han aferrado en armarse, y el alboroto y ruptura de cristales, quizás haya sido el principio de acontecimientos de más trascendencia. La excitación de cualquiera de los jefes populares pudiera ocasionar.....

Palideció Guillelmi, y dirigiéndose otra vez á don Antonio Torres, balbuceó.

—Coronel ¿qué decís?: ¿manifestais vuestra opinión personal ó hablais por referencia? ¿Son vuestras palabras reflejo de un pensamiento propio ó ageno? Si lo primero, las admito como prueba de sinceridad: no sufro ni tolero lo segundo, porque ni el paisanaje de Zaragoza ni el de toda España me cohibirá para que resista y desobedezca las prescripciones del secretario de la guerra, opuestas diametralmente á las exigencias de los zaragozanos.

—Gracias, mi general: no sería subordinado sincero ni hidalgo, si no repitiera que lo sucedido, quizás solo sea principio de acontecimientos más tristes. Para expresarme de esta suerte me fundo en que he visto la sobrexcitación de los zaragozanos: los que no se encuentran frente á este palacio, re-

corren la población obligando á los más juiciosos y pusilánimes á que se les unan, siendo igual en todos la efervescencia, y obedecen como un solo hombre las indicaciones y órdenes de los que formaron el proyecto de constituirlos en ejército.

Sí, presumo quiénes son los autores de esta algarada, y no me equivoco. D. Mariano Cerezo, el doctor Capistros, ese abogadillo menudo y loco, más venenoso que una víbora, el barberillo hablador Gonzalez, Sas, inquieto beneficiado de San Pablo, el tio Jorge, *Cuello largo* ó *Cuello corto*, del Arrabal, el vagabundo Taravilla y otros de igual pergenio y pelaje: á todos los he visto desde ese balcon mezclándose á la canalla y soliviantando los ánimos. Desgraciadamente no dispongo de tropas, y estoy solo. Si hubiera tenido las necesarias, há rato que los alborotadores y cabezas del tumulto hubieran sentido el peso de mi indignación y encarcelados meditarían las ventajas de cumplir sus deberes y los resultados é inconvenientes de meterse en asuntos que no les incumben. ¿Ustedes creen que los amotinados no desistirán de sus proyectos?

—Esa es nuestra opinión.

—No siéndome posible adoptar otras medidas, me circunscribiré estrictamente á cumplir lo que se me ha mandado.

En tanto ocurría lo referido en los salones del

palacio, inquieto y curioso notaba que se avivaban en mí los estímulos de saber noticias nuevas. Para conseguirlo, iba de aquí para allí, de grupo en grupo, de Capistros á Gonzalez, de D. Mariano al tio Jorge, de Taravilla á Gadea, averiguando é inquiriendo. Por último me cansé de las infructuosas pesquisas y ya comenzaba á resignarme para esperar á pie firme el resultado de la visita de los Torres al general, cuando sentí el aguijon de penetrar en palacio. ¿Por dónde? Por la puerta no podía ser. D. Mariano Cerezo lo prohibía y era demasiado respetable la autoridad del gran patriota para no obedecerla.

Recordé que el callejón del Paraiso terminaba en una tapia baja lindante con el jardin de la capitanía general y, comunicado mi pensamiento al bachiller Taravilla, más inquieto y curioso que yo, nos dirigimos por la subida de los Gigantes y plaza del Ecce-Homo, llegando al callejon lóbrego y húmedo.

Ni el progreso ni la higiene lo han transformado. Jornaleros, gitanos y alguna moza de juventud alegre y vejez triste lo habitaban; y braceros, descendientes de los súbditos de los Faraones y Vénus que fuman, lo pueblan hoy.

Reinaba el silencio de las necrópolis. Sus vecinos, inaprensivos á ladrones y rateros, formaban

parte del acompañamiento del pueblo soberano que todavía paseaba la ciudad. Escudriñamos los patios y habitaciones que habían dejado abiertas, sin duda, para que se oreasen, buscando una viga, una tabla, un objeto cualquiera que nos sirviese para el asalto, y ¡oh felicidad! encontramos una escalera de mano.

Y que nos fué de utilidad. Minutos después, imperturbables y satisfechos, posamos nuestras plantas dentro del mezquino jardin, y sin porteros ni centinelas que nos dieran el alto, subimos á la cocina. Ningun sér viviente se encontraba en ella. La sorpresa de las piedras, ruido de los cristales y los vivas y mueras, habían escamado y aventado de su colmena al cocinero y pinches. Gentes poco heróicas, aunque familiarizadas con muertos, abandonaron los hornillos que despedían aromas celestiales. Guillelmi, que no había sido cortado de la madera de los Gonzalo de Córdova ni Leiva, no imitándolos por esta causa en su bravura y arrojo, comía y bebía como un riojano. La sinceridad me obliga á consignar que aquella mañana dejó de almorzar.

Taravilla, que no flaqueaba de tímido ni corto de genio, me propuso una "razzia„ que no acepté. Francote él y de apetito excelente él, saboreó las delicias de aquella Capua, recreando su paladar

con medio pollo y una botella del zumo de Miralbueno.

Discutíamos acerca de las ventajas y quiebras que tenía el camino en que de rondon nos habíamos entrado, cuando pisadas que se aproximaban nos sobresaltaron. Acelerados como minoristas ejercitantes sorprendidos en alguna travesura por su director, y no pudiendo aprovechar refugio más seguro, nos escondimos en la despensa, separada por una puerta de la cocina. Parecióme que el animoso bachiller temblaba y creí oir el cascañeteo de sus dientes. Tampoco era yo un Cid ni un Vargas Machuca, y aunque sentí las congojas y sudores que preceden á una tunda, conservé no obstante la serenidad.

Se ensanchó lo que no es decible, nuestro pecho, cuando en vez de entrar asistentes ú ordenanzas de los que entonces se gastaban, divisamos dos criadas frescachonas y coloradotas, moños de picaporte y pendientes de á jeme.

¿Qué hacer? Dejámoslas que sosegadas y tranquilas se pusieran á la mesa, y cuando más engolfadas se hallaban paladeando unos huevos, sin decir oste ni moste y suprimiendo filigranas y fórmulas de buena educación y cortesía, nos colamos á su lado. Impresión de terror les causó la inesperada visita: el miedo hizo que soltaran los tenedo-

res y de hinojos á nuestros pies y suplicantes las manos, exclamó una:

—¡Por Dios, españoles! ¡No somos gabachas ni afrancesadas! Yo soy hija del tio *Calita*, esquilador de Fuentes de Ebro y mi compañera nieta del tio *Joto*, veredero de la Santísima Virgen del Portillo, capitana generala de los cristianos contra los moros, judíos y perros franchutes: ¡por Dios, españoles, no nos maten, que somos dos pobres criadas que no nos metemos con nadie!

Las tranquilizamos pretestando que éramos hermanos, primos, qué sé yo, del Sr. Angelo Pasaglia, á quien deseamos favorecer y proteger. No tardó mucho y el amable ayuda de cámara, entrapajada la cabeza, entraba en la cocina.

—¿Qué significan esas vendas? ¿Acaso, queridísimo Pasaglia, sufrís vahidos ú os duele la cabeza? —le pregunté.

—No señor—me contestó:—ni tengo vértigos ni dolor de cabeza. Me han santiguado sin hisopo ni agua bendita.

—No entiendo, á menos que no os expliqueis.

—Fácil es de entender: uno de los confites que han tirado esos *lazaroni* que braman por la calle, acarició mi frente marcándome con un chichon: las descalabraduras para los inocentes, mientras que los culpables nada han sufrido. Pero señor Ramón, ¿tam-

bien V. se acompaña con los que tiran piedras y rompen cristales? *¡Corpo di Baco!* creía á V. más razonable y formal: ¡por la *madonna* que me equivoqué!

—No disparateis. He venido á visitaros y á ofrecerme para lo que os sea útil, excelente amigo, queridísimo Pasaglia.

—Gracias, Sr. Ramón: ¿arrojarán más piedras?

—Segun obre el general, concediendo ó nó las armas.

—Pues si en eso consiste, voy por la maleta y con la música á otra parte.

—Los patriotas apurarán todos los medios.....

—¿Y arrojarán más piedras?

—Apurarán todos los medios antes que recurrir al último extremo. Su fiebre de armarse no desaparecerá hasta que Guillelmi mande se les entreguen las armas que se custodian en el castillo.

—Me voy, no me agrada que vuelvan á santiguarme.

—¿Tan tozudo es el general, que todavía persiste en no otorgar al pueblo los fusiles que le pide?

—Más que un aragonés. S. E. se ha encerrado en sus trece y á las observaciones y reflexiones que le hacen D. Antonio Torres y los generales Mori y O' Neille responde que nones; que ha recibido órdenes terminantes á las que tiene que sujetarse y que

ni su padre conseguiría que variase. Repito que me voy, porque si los amotinados se proponen convencer á pedradas al general, ni con todas las de las ramblas del Ebro y Gállego tendrán suficientes.

La piedra, la infame piedra que aleve lesionó al compatriota de los grandes poetas, músicos, pintores y de las más bellas mujeres de Europa, produjole fuerte desarreglo en sus nervios, y azogado sin haber extraido el rico mineral de Almaden, se levantaba, tornábase á sentar, se paseaba, miraba al techo, á las ventanas y puertas, y se extremecía, creyendo que nuevo aluvión de casquijos iba á causar segunda vez detrimento ó fractura en su persona.

¡Alabado sea Dios! Por último, cansado de esforzar mis razones y prévio ofrecimiento de que mi cuerpo abroquelaría el suyo, conseguí tranquilizarle.

La negativa de Guillelmi durante el tiempo que permanecí en la cocina aumentó el pánico de los moradores del edificio y exasperó completamente al pueblo, terminando furioso por exigir de Cerezo y del tio Jorge que asumieran por de pronto la autoridad militar. Los más caracterizados patriotas les apremiaron, y despues de ponerse de acuerdo los dos y de enarbolar sus puños D. Mariano y de soltar tres ó cuatro votos el tio Jorge, no sin recomendar antes á Capistros y otros que tratarán de evitar que

la muchedumbre se desmandara, seguidos de Gonzalez, *Sarapiaz*, un cíclope sin martillo y con calzones, Gadea, *Colambres* y varios más, cruzaron por delante de la compañía y garantizando al capitan con sus cabezas la de Guillelmi, no se detuvieron hasta que en la presencia de éste se hallaron.

Era exacto el dicho de Pasaglia: todas las piedras de las orillas de los tres rios que fecundizan las vegas de Zaragoza, no hubieran logrado que S.E. variase de criterio. Recibió dignamente á los delegados del pueblo zaragozano y Cerezo, lisa y llanamente, le dijo:

—Señor general, no mira su interés personal ni cumple los deberes que el honor de España exige, al insistir en negar lo que se pide justamente. Se ha concluido la paciencia del vecindario que á toda costa reclama fusiles para defender su libertad é independencia. La religión, la patria, el rey cautivo y el juramento que hizo V. por la cruz de su espada de morir por las banderas españolas, le obligaban no solo á prestar todo apoyo al levantamiento, sino á ponerse al frente de Aragon para contrarestar la ambición de un emperador malvado. Abreviando razones y advirtiéndole anticipadamente que sobran todas las excusas que dé V. acerca de su injustificado proceder, le mando que me entregue las armas del castillo.

—Ustedes—respondió Guillelmi—no han meditado la gravedad de su exigencia: las impaciencias de ustedes van á producir grandes trastornos á Zaragoza. Por de pronto, S. E. el gran duque de Berg, que me ha prometido solemnemente que no vendrán tropas francesas á Zaragoza, armado el paisanaje se desligará de su compromiso y los resultados de la impremeditación de ustedes quizás sean terribles.

—El pueblo y nosotros—respondió Gonzalez—hemos reflexionado bien lo que hacemos y nadie pide á V. consejos de lo que sucederá, que, en definitiva, nunca será tan ignominioso como lo que sucede. D. Mariano ha pronunciado la última palabra.

—Es V. muy joven, desconocedor é inexperto en asuntos de gobierno y militares. Le dispenso su atrevimiento.

—Coincido con V. en algunas de sus palabras; pero mi desconocimiento de la milicia y del gobierno, no excluye para que deje de comprender que se ha despreciado á los zaragozanos, suponiendo que se les pueda vender y entregar atados de piés y manos al aborrecible Napoleón. No nos conoce V., y así se equivoca de medio á medio si espera que su eterna cantinela de que las armas en manos del paisanaje son inútiles y perjudiciales, producirá otro efecto que irritarlos más. El proceder de V., fundado, cuando no en otros móviles, en ideas erróneas de

sumisión al feroz asesino de los madrileños, hace mucho tiempo que paraliza los ímpetus patrióticos del vecindario. Sr. D. Jorge, de hoy no pasa; y ya que usted no ha consentido voluntariamente en facilitarnos las armas, nos las tomaremos.

—Así es, señor barbero: se las tomarán; está usted en lo seguro; se las tomarán á fuerza mayor, á fuerza.....

—Considero peligroso para V.—repuso Cerezo—que siga hablando. La ley superior y más fuerte que V. y yo, en una palabra, que todos nosotros, se cumplirá en la capital de Aragón y en todos los pueblos y villas de este antiguo reino. Zaragoza, sin necesidad de corregidores ni generales, y, si necesario fuera, á despecho de estos, ahora que se halla huérfana de rey y de autoridades francamente patrióticas, intima perentoriamente á V. que presencie el acto que se va á realizar. Esa misma ley será la mejor garantía de su vida. Los zaragozanos, que, arrastrados por las desconfianzas del anómalo proceder de V., rompieron los cristales de esos balcones, depondrán sus resentimientos y verán en usted no al enemigo y traidor que la conservación de la patria obliga á destruir, sino al militar ordenancista que ha extremado el cumplimiento de los que cree sus deberes. Motivos tiene V. para conocer á los zaragozanos, y sabe perfectísimamente que si na-

die les aventaja en luchar frente á frente, tampoco tienen que avergonzarse de abusar de la superioridad de la fuerza y número para escarnecer al débil ni ensañarse con el caido.

En marcha.—añadió Cerezo,—V. el primero y nosotros y todos los que en la calle esperan formaremos su escolta de honor.

Dócil el general, resignado y abatido, levantóse de su sitial, y aquellos valientes que pocos días despues habían de asombrar al mundo con sus temeridades, resistencia y heroismo, le saludaron, colocándose á su rededor.

Mi curiosidad y la de Taravilla se satisficieron superabundantemente. Incorporados al grupo de patriotas desde que invadieron la estancia del general, escuchamos las intimaciones de Cerezo, y aunque tranquilizado yo con sus últimas frases, temí que al presentarse Guillelmi en el Coso se produjera un movimiento agresivo que tiñese de sangre el arroyo.

Felizmente se desvaneció pronto mi recelo. En las demostraciones alborozadas del pueblo á Cerezo, tio Jorge y á los hermanos Torres, se mezclaron mueras á Guillelmi, pero los sensatos y Capistros ahogaron los sentimientos vengativos de unos pocos, y á las voces de ¡matadlo! ¡matadlo! siguieron los gritos de ¡armas! ¡queremos armas! ¡tendremos

fusiles!, coreando los patriotas la marcha del general y de su comitiva.

¡Y qué calor hacía! El sol del mediodía hiriéndonos perpendicularmente y las nubes de polvo que levantaba el tropel, fatigaban cual si nos halláse-mos en el período álgido de la canícula; pero en aquellos momentos de satisfacción, que expresaban los unos con vítores, con tonadillas y cantares otros y las damas agitando bulliciosas desde los balcones sus pañuelos, ninguno se preocupaba de la insignificante molestia ni sentía los estímulos del estómago.

Seguía yo casi pegado á Gonzalez, que campechanote y generoso perdonaba á Guillelmi su afrancesamiento, cuando notó que éste marchaba penosamente por el cansancio y la sed. Acercóse á Cerezo y oí que le decía:

—El general, D. Mariano, ¡qué diantre! no ha hecho ningun daño á los zaragozanos y tras de una mañana de soflamas y disgustos que se aumentarán esta tarde, practicaríamos una obra de caridad mi-tigando sus padecimientos y sinsabores: suda ni más ni menos que un peon del campo y va en los caballos de San Francisco como un quidam. Si no sabe mal á V. podría preguntarsele si tiene sed y se le daría un vaso de vino ó agua.

—Amigo Gonzalez—contestó el interpelado—

tienes muchísima razón: no quita lo cortés para lo valiente, ni la compasión está reñida con la justicia.

Y deteniéndose Cerezo, Guillelmi y la multitud, dirigióse el primero á un comercio lindante al edificio en que se encuentra actualmente instalado el Casino mercantil, saliendo poco despues con una sombrilla en la mano y seguido de un aprendiz que traía una jarra de agua y un vaso. Bebió el general y el gran Cerezo le resguardó con el quitasol de los ardorosos rayos durante su camino.

Y cómo me pavoneaba al codearme y tratar aquellos celebérrimos varones. Aunque nunca he sido vanidoso, manifestaré ingenuamente que piqué y me recreé en el cebo que me ofreció la pasioncilla de los espíritus superficiales y fátuos y gocé extraordinariamente al cambiar mis palabras con aquellos patriotas, honra y prez de Zaragoza, Aragon y España. Modestos, humildes é ignorantes, valían infinitamente más, sin que esto signifique que comulgo en la iglesia democrática, que todos los españoles que desde los palacios, huroneras de la diplomacia y altos cuerpos del Estado resolvían los asuntos públicos, desarreglándolos.

Prestaban Gonzalez, Gadea y el mismísimo Taravilla complaciente atención á mi juicio relativo á las consecuencias del levantamiento de Zaragoza y á la impresión que produciría en Murat y más que

todos en Napoleón, extendiéndome tambien en consideraciones acerca de la utilidad y heroicidades que realizaríamos con las herramientas guerreras que nos entregarían, sin que dejáramos de andar á paso acelerado, cuando al desembocar en el paseo de Santa Engracia el doctor Capistros me indicó que le siguiera.

Retirámonos á las tapias del jardin de San Francisco, mentidero los dias de invierno de curas y frailes de pocos deberes y de letrados sin pleitos, y con frase entrecortada por el coraje, me dijo:

—¿Con que es verdad, Ramoncico, que ese general débil y pusilánime me ha llamado chiquito y venenoso? Te aseguro que de hallarse en libertad, le hubiera obligado á las buenas ó á las malas á volverse al cuerpo los injuriosos epítetos. Pero no es ahora ese asunto el que me ha decidido á que nos retirásemos á este sitio: es otro y de importancia, que te voy á explicar.

Precisa que estemos en todo y que no olvidemos por los fusiles y cañones á los que nos obligan á manejarlos. Los franceses y afrancesados, no te quepa duda, querido Ramoncico, aprovecharán estas horas de espansión y regocijo de los patriotas para conspirar sin exposición y sobre seguro. Si esto es ciertísimo y el interés supremo de Zaragoza y España, ¡cuitada patria mia! nos obliga á sacrificar

los gustos, debemos privarnos de formar con la regocijada muchedumbre que se dirige á la Aljafería y proseguir sin descanso ni tregua las pesquisas.

Conforme á estas ideas, que deben ser las de todos que cumplen igual servicio que nosotros, creo lo más beneficioso para España, ¡cuitada patria mia! que poquito á poco marches á una taberna-figon, quemada la vea, de la calle de Predicadores, encima de cuya puerta se destaca un pajarraco de madera, negro como el cuervo y los sentimientos de los que la frecuentan, achatado como la lechuza y el mochuelo y de largas uñas como el gavilan y el águila, taberna que visitan el tunante *Socarrado*, el francés Santa María y el trapisondista acanallado Agustin P., ese granuja vagabundo sin ley ni conciencia que tantos escándalos promovió el año pasado con motivo de sus pretensiones á la mano de la hija del Sr. León el *pelaire*, y observes atentamente lo que se dice y se hace.

Si notases reserva en la pandilla de perdidos que á ella acuden, extiende, querido Ramoncico, el brazo y apágales la sed, pues no ignoras que el vino es comunicativo é inaprensivo hasta el punto de revelar los secretos que esconden y ocultan los pliegues y repliegues del corazón.

Si tu presencia inspira sospechas ó recelos, escabúllite chita callando, pues tampoco desconoces

que tu permanencia dañaría más que favorecería al resultado de nuestros propósitos, y evita sobre todo el suscitar alguna quimera por mas que oigas, que oirás seguramente, que los zaragozanos en su mayoría son una cáfila de estúpidos y cobardes.

En tanto que permanezcas en esa zahurda de apóstatas y traidores ¡cuitada pátria mía! yo marcharé por otras veredas, siempre para vigilar é inquirir; no te impacientes ni te apesadumbres por si tendrás ó no fusil; te prometo que esta noche poseerás uno, el mejor entre los más flamantes que se distribuyan.

Ojo, mucho ojo á esos galopines, y de nuevo te encargo que no se te pase desapercibido ningun movimiento por indiferente que parezca: sabes demasiado que son agudísimos y avisados y que para entenderse les basta con media palabra.

La salvación de España ¡cuitada pátria mia! reclama todo nuestro recurso, habilidad y celo, y si el hambre espavila el entendimiento y todas las demás potencias del alma, esa salvación, supremo interés de los buenos aragoneses, debe avivar las nuestras, exigiéndonos además detenida observación, cuidado solícito, mucha perspicacia y sagacidad, valor y energía.

Anda, Ramoncico, y quiera Dios ayudarte en la patriótica obra.

Separámonos y ligero como un cohete marchaba al punto indicado, cuando pensé y recapacité que no estaría demás prepararme y apercibirme para cualquier evento, no obstante las oportunas advertencias de mi amo, y ejecutándolo como lo pensé, me previne de una gran navaja de las que se fabricaban en la calle de los Agujeros, y fuíme al figón.

XIII

Bien calificó mi queridísimo doctor el figon-tienda de la calle de Predicadores. Zahurda y más que zahurda era. Y sabe Dios que si por algo siento carecer de la creadora imaginación y mágica paleta del gran Quevedo, es por no serme dable pintar á ustedes con variados colores y abundancia de claro-oscuro la famosa tasca, donde entre frecuentes libaciones y otros excesos y desórdenes se instaló uno de los banderines de enganche para aumentar el número de los partidarios de Napoleón.

La deplorable impresión que causaba el horrible aguilucho que resaltaba en la fachada, tornábase en congojosa pena y nauseabunda sensación cuando se penetraba en aquel templo de Baco.

Franqueé decidido la puerta y encontreme en una taberna rectangular, baja de techo, lóbrega y mal oliente. El tiempo, el salitre, la humedad y el humo, todos estos agentes unidos, mancharon las paredes de blanco, amarillo y negro, y el presidio, la timba, la embriaguez, el aburrimiento, la holganza y el libertinaje, redujeron á frases concisas y espeluznantes, impúdicas y procaces, los frutos de sus experiencias y observaciones, escribiéndolas con clarión, lapiz ó carbón en aquellas paredes.

Pendía del techo un manojo de ramas de laurel cubiertas de hollin y clavados en el testero del fondo se veían tres aparadores que soportaban vasos, escudillas, cazuelas, porrones y botellas, mezclados en asquerosa confusión.

El desórden, cualidad eminente de las ideas, sentimientos y costumbres de los parroquianos y de la dueña de aquella pocilga, se manifestaba realísimamente en todo y sobre todo, incluso en el tablero del mostrador que llenaban un "barral„ de vino, dos cubetas de aguardiente, varias torteras y platos que contenían bacalao frito, arenques escabechados, chuletas y caracoles, siendo el hado de aquel caos, el centro de su vida, la tia Antonia, la *Almoldana*, que sentada en un cilindro de esparto y embutiendo los huesos y la piel de su fementida persona en unas faldas y jubon negros con manchones

de aceite y pringue, movía penosamente los dedos, haciendo media.

—¿Se sirve, dueña, de comer en esta casa?—le pregunté.

—Por fuerza debe V. ser *forano*—me respondió—cuando no sabe que se halla en la tienda de la *Almoldana*, que soy yo para servirle. Por poquísimo dinero comerá todo lo que esa boca desee, tan bien guisado y servido como en las principales posadas. Vendo además un *moravio* seco que no lo bebe igual el mismo rey.

—¡Caramba! ¿con que esta, esta es la misma tienda de la *Almoldana?* Me alegro que la casualidad y buena suerte me hayan traido á ella.

—¿Ha oido V. nombrarla?

—Mucho, señora, y con elogio: los buenos comestibles, la baratura de los precios y los excelentes parroquianos que la frecuentan, todas estas razones y muchas más que omito, han contribuido á extender la fama de vuestra hostería hasta las Vistillas de Madrid, Macarena de Sevilla, Peregil de Cadiz y playas de Valencia y Barcelona.

—Lo mismo me han dicho muchos conocidos que han estado por esas tierras. Y aumentara su fama si el mal hombre, rabon, rufián, *solomita*, ladrón y asesino Tomasaz, si este cobarde, salteador de caminos y desuella hembras, no hubiera matado

hace cuatro años, por la espalda y de noche, á mi Pablo, ¡hijo de mi corazón! cerca de la Cruz del Coso. ¡Desgraciado lucero de mis ojos! tan galan, royo y hermoso como eras, el ladrón y embaucador de doncellas, Tomasaz, te partió el corazón de una puñalada. ¡Infeliz cariño mio!

Y la tia Antonia, aquella vieja innoble rompió á llorar como un niño, escupiendo, entre lágrimas, sollozos y gemidos, maldiciones, injurias, denuestos y frases rencorosas contra el matador de su hijo y blasfemias horribles que me infundieron espanto y terror.

Una corriente de hielo serpeó mis venas y nervios y por unos instantes me estremecieron bascas y escalofríos.

De pronto se arremolinaron en mi inteligencia tristes ideas y presentimientos horribles, venciendo últimamente mi corazón al raciocinio que me espoleaba para que escapara de aquel tugurio.

Me quedé. Y adjudicándome las funciones de redentor y apóstol, traté de calmar á la rencorosa y blasfema vieja, que más parecía fiera que mujer, sosegándose al arrojar su lengua de víbora el veneno que atormentaba su alma.

—Mal me está decirlo —continuó —mi tienda es la más acreditada de Zaragoza y á no haber ocurrido la tremolina que tanto divierte á los amigos

de jarana, hubiera V. visto á varias de las muchas personas de calidad que acuden á matar el *gusanillo* y echar un trago.

—Presumí, sin que me lo manifestase V., que serán muchas esas personas calificadas y conocidas...

—Así es, y además muy apreciadas por su honradez y despejo.

—Cuánto deploro que el tumulto me haya impedido conocerlas; ¿pero qué hemos de hacer? otro día las veré, porque pienso venir con alguna frecuencia á esta casa.

—Tantas y tantas son que no concluiría hasta mañana si hubiera de nombrarlas una por una. Pero ya que no todas, ahí van cuatro ó cinco que valen por muchísimas.

Aquí pasa la mayor parte del día y no pocas noches Agustin, estudiante de muchas letras, que se ha vuelto casi loco en fuerza de su amor á una damisela hija de un pelaire ricachon, muy santurrona, que no se ocupa en otras faenas y obligaciones que en visitar frailes y monjas. A esa beata, que es rubia como una candela y tiene los ojazos del color de las nubes, ha devanado los sesos un perillan de mucho saber, un fraile de la Vitoria, llamado Garradevora ó Garroverea, que concluirá por pagar de una vez las muchas judiadas que ha hecho, pues el Agustin, que es vivo de genio y tiene mala sangre,

sospecha que ese moscon ha imbuido á la muchacha que no se case. Ya el año pasado estuvo en un tris que no se vengase de la damisela, de su padre y de Garradevora ó Garroverea: otro de los parroquianos se le conoce por Santamaría, francés muy *agilibus*, que trabajando noche y día y prestando se ha hecho rico; y para que vea V. cuánto es el crédito de mi tienda, sepa que vendiendo el Sr. Santamaría vino de su cosecha, antes dejaría de salir el sol, que no venir á jugar dos ó tres jarros todos los dias con sus amigos: uno de estos, el Sr. Telesforo, del Arrabal, es un propietario que ganó mucho dinero traficando en cebada y trigo. Aunque no tantas veces acude asímismo el comerciante D. Dionisio, que guarda en sus arcas más oro que pesa: los anillos que llenan sus dedos valen un dineral: ¡y qué rumboso es! derrocha las onzas para conseguir un capricho y convidar á los conocidos. En fin, no acabaría si dijera á V. todos los que vienen á esta casa.

—Basta, señora: la conversación es agradable, pero con palabras se me aumentan las ganas de comer. Dígame en dónde podré saciar mi apetito.

Y señalándome una puerta contigua al mostrador me dijo:

—Entre V. en esa sala.

Levanté la desteñida cortina que la cerraba y penetré en el comedor de la zahurda, que no se di-

ferenciaba del otro cuartucho sino en que había dos mesas corridas, mugrientas y cojas, y cuatro bancos de madera.

Me olvidaba de un detalle principalísimo. A la altura de dos metros del suelo y contrastando con la suciedad del conjunto, se alzaba en uno de los testeros un altarito hermoso, pulcro y esmeradamente atendido, descansando en él una bonita imágen tallada de la Vírgen del Cármen.

Vestía hermoso hábito color café, bordado en plata y oro, manto blanco como el ampo de la nieve y brillaba en su cabeza una corona de plata, iluminando al divino simulacro dos lámparas de bruñido bronce.

Senteme en uno de los ángulos y reflexionando acerca de la anomalía de que en aquella cloaca se tributara por la blasfema vieja afectuoso y sencillo homenaje á la excelsa madre de Dios, aguardé á que me sirviera la comida, que hice propósito de no probar.

Grande fué mi sorpresa al ver que la *Almoldana*, distinguiéndome cariñosa entre todos los que despues vinieron á la tasca, extendió limpia servilleta en la mesa, colocando en esta plato, cuchara y tenedor, nuevecitos, y me animó á comer con estas palabras:

—No se quejará, señorito, de que no le agasajo.

En vez de servir á V. cascos de carnero, arenques y callos que tanto gustan á mis parroquianos, si le conviene le traeré una pierna de cabrito, *rusia* como el oro y recien asada.

Accedí, dile gracias y deseando la explicación de su piedad y cariño á la Vírgen del Cármen, exclamé:

—¡Preciosa imagen! ¡qué hermosa es! Grandes beneficios ha debido, sin duda, hacer á V. cuando con tan solícito cuidado y filial cariño la cuida y venera.

—La quiero—me respondió—como quería al hijo de mi corazón que fué muerto tracioneramente de una puñalada por el pillastre y *solomita* Tomasaz. Sin ella yo me hubiera arrojado al canal para dejar de sufrir.

—Lo comprendo: es decir, que ese cuidado y esmero con que adorna V. á la reina del Carmelo, la viste de seda y oro y la obsequia alumbrándola, es en agradecimiento á los beneficios que hizo á su hijo.

—¡Ay, señorito! V. ignora las cosas que me recuerda esa bendita Vírgen. V. no sabe que siempre que la miro se me representa mi Pablo ¡pobre hijo de mi alma! cuando de vuelta de sus negocios y viajes, despues de abrazarme y besarme, me decía: "Arrodillémonos, querida madre, y recemos un Ave á esa Vírgen mía y de todos los desgraciados, que tantos consuelos me concede y de tantas persecucio-

nes y peligros me libra. Ella, ella es la que hizo el sol que todos los días vemos; ella la que fabricó el cielo azul que se halla tan alto; ella la que manda á la tierra y á los árboles que produzcan el trigo y las frutas; ella dá lino para las camisas, lana y seda para los vestidos; por ella salen la luna y las estrellas; por ella brotan las flores; ella concede hermosura, color y cariño á las mujeres y valentía, arrojo y serenidad á los hombres; ella consuela á los desgraciados que prende la justicia, asístelos cuando están presos y se aparece á los que con el cáñamo al cuello se disponen para marchar á la otra banda„.

—¡Caramba! Para el hijo de V., la Vírgen del Cármen, segun lo que me ha dicho, era más poderosa que Dios.

—Yo no lo sé. A Dios, ¿quién lo ha visto ó á quién le ha hablado? La Vírgen del Cármen ha sido vista por muchos. Se aparece á los pobrecitos que sufren la mala voluntad de los jueces, los castigos de los carceleros, los azotes del verdugo, y á los que en la plaza del Mercado pagan las calumnias y falsos testimonios que les achacan y levantan los escribanos.

—Si tantas gentes dan fé de conocer á la excelsa Madre de Dios, debe creérseles.

—Sí, señor; todos los desgraciados: por eso la lla-

man madre y emperatriz de los pobrecitos y afligidos.

—No está mal. Pues si se aparece á todos esos que llama V., y realmente son, desgraciados por culpa suya, con mayor motivo comunicará su soberana influencia y hará partícipes de sus bondades y otorgará sus mercedes á esos otros desgraciados que no sufren persecuciones de la justicia, ni son encarcelados, ni los azotan, ni pagan sus hechos en la horca.

—No lo sé. En cambio aseguro que ha concedido y concede no pocos favores á los presos, azotados y ahorcados, y que hizo muchísimos y grandes á mi Pablo ¡infeliz hijo mio!

Aún me parece le tengo delante ¡embeleso de mi alma! cuando arrodillado contaba á esa bendita Vírgen las tristezas, tormentos y penas que le hizo pasar una mala mujer de quien se encaprichó. Por esta, por esta y solo por esta, el asesino y ladron Tomasaz le dividió el corazón de una puñalada: ¡infeliz Pablo mio!

Al volver por la noche aquella lumbre de mis ojos de casa de la infame que envenenó poco á poco su vida, el desgraciado hijo mio, que nunca *rebló* ante los hombres, fueran veinte ó uno, ni temió á los cobardes alguaciles ni á los fusileros fanfarrones, lloroso, *mantudo* como un pollo y sin color, hacía que me arrodillase con él ante esa hermosa Vírgen, y

corriéndole un hilo de lágrimas, él, que no lloró ni en cárceles ni en presidio, suspirando me decía: "recemos, querida madre, para que esa reina de los desgraciados tenga compasión de Pablo, el más desgraciado de todos, y vuelva el corazón de Justina—que este nombre tenía la infame—y me quiera tanto como yo la quiero.„

Y concluidas.unas Ave Marías, se levantaba alegre, consolado y riendo y me tranquilizaba diciéndome: "he oido la voz de la Vírgen del Cármen que me ha dicho: la Justina te querrá.„

¿Le parece á V. si tengo motivos para que me desviva por esa Vírgen? ¿Le parece si debo querer á esa reina de los desgraciados que hablaba y consolaba á mi Pablo? ¡infeliz pedazo de mis entrañas!

Podrá carecer esta vieja de pan para comer y de vestido con que cubrirse; pero á la Vírgen de mi Pablo nunca le faltarán hermosos vestidos y nunca, jamás, dos lámparas encendidas noche y dia. ¿Por qué, por qué, hermosa Vírgen, no partistes de un rayo al asesino y *solomita* Tomasaz, cuando escondido en la esquina de San Francisco esperaba á mi Pablo, ¡ángel de mi vida! para clavarle el puñal en el pecho?

Y la rencorosa vieja tornó nuevamente á vomitar injurias, improperios y maldiciones contra Tomasaz, mezclando espantosas blasfemias.

Anonadado á la vista de la que convulsa aullaba, retorcía los brazos, lloraba, se reía, rogaba, maldecía, lamentando la muerte de Pablo, ansiando rabiosa y espumante su boca el aniquilamiento y destrucción del que le mató, disponíame á marchar de la guarida de la *Almoldana*, cuando entró Agustin y observando la desesperación de ésta, le dijo:

—No se aflija, irrite ni desespere, querida tia Antonia. Su hijo Pablo es más dichoso que nosotros. Murió y descansó. Ni sufre, ni llora, ni discurre, ni le engañan las mujeres, ni los hombres le venden. Y para que su dicha sea completísima, no se ve obligado á presenciar el magnífico, el sorprendente cuadro que ofrecen mis engañados paisanos, dementes ó locos, que de ceca en meca, de la capitanía general y audiencia al castillo, andan levantados de cascos ¿y para qué, tia Antonia? ¿lo sabe V? Para armarse y cargar con un fusil: quieren pelear y combatir ¿á quién?... á unos enemigos impalpables. Porque eso de prepararse contra los franceses, vencedores de Europa, ¡es un grano de anís!, que andan á setenta ú ochenta leguas de Zaragoza, no deja de ser muy resalado, por no decir muy estúpido. ¿Y qué sucederá el día que vengan y desplieguen sus regimientos y escuadrones y enfilen sus piezas á los tapiales de esta capital? Pues lo que ocurre siempre: que muchos de esos alborotodores que recorren las

calles chillando y atemorizando á los franceses avecindados y á los zaragozanos que desean la desaparición de esa polilla de reyes y magnates, llámense Cárlos ó Fernando, condes ó duques, permanecerán quietecitos en sus casas ó no encontrarán suficientes tierras en Aragon para correr.

Por algo digo á V. que envidio la felicidad de Pablo. Sirvió su cuerpo de pasto á los gusanos; convirtiéronse los huesos en tierra y esa quisicosa que no es ni carne ni pescado, ni macho ni hembra, á la cual los frailes y curas llaman espíritu ó alma, lo mismo da, se disipó y volatilizó por los aires como se volatiliza y disipa la esencia de la flor. Repito á usted, tia Antonia, que se deje de niñerías, que no piense ni se aflija tanto por Pablo, que es pensar y aflijirse por un fantasma.

—No me desesperes, Agustin, queriéndome consolar. Mentira, mentira, rementira es todo lo que has dicho. No mientas, porque no me harás creer, ¡si estás loco! que mi Pablo, mi hermoso Pablo, aquel hijo tan arrogante y tan rubio, no me volverá á ver. Mi hijo, mi hijo querido se dejó en el mundo su cuerpo, pero esa cosa que hay dentro de la frente y en el corazón se marchó con su Vírgen, abandonándome sola y sin amparo para que llore y me retuerza como la culebra pisada en la cabeza.

—No insisto en el asunto, querida tia Antonia:

siga cada uno con su tema y viva muchos años para cuidar, limpiar y atizar las luces de esa Vírgen. Y vamos al grano. ¿No ha venido ninguno de los amigos preguntando por mí?

—No. Desde que soy tendera no he conocido dia más rematado que este. La jarana desganó á la buena gente que acude aquí y ni un sueldo ha entrado en ese cajon. Buen verano se prepara. Mas, repuñales, con mis penas y lamentos me olvidé de este señorito y solo habrán servido para aumentarle las ganas de comer. ¿No es verdad?

—Sus lamentos y penas—le respondí—me han interesado y á serme posible los remediaría; pero ya que no puedo hacerlo, tia *Almoldana*, sírvame pronto la pierna de cabrito, y si ese jóven gusta puede acompañarme á comer.

—Gracias, muchas gracias:—contestó Agustin.

Y permaneció sentado, sombrío y meditabundo, apoyando la frente en la palma de la mano y la tia Antonia salió presurosa del comedor.

No fué imparcial el doctor al calificar de acanallado aquel joven.

Era un infeliz digno de lástima. Su pasión amorosa, correspondida al pronto con delirio por la hermosa hija del Sr. Leon el *Pelaire* y menospreciada repentinamente, envenenó su corazón y surcó de anchas arrugas su frente, arrebatándole el color

de sus megillas y anublando el brillo de sus ojos.

Buscó la clave de ese cambio, y suponiendo que en él influyeran curas y frailes, juró su exterminio; pero comprendiendo su impotencia para realizar su idea, y creyendo, como la generalidad de los zaragozanos creía, que los franceses eran mortales enemigos del clero secular y monástico, se hizo partidario de las doctrinas antireligiosas ultrapirenáicas, asociándose á sus afines los afrancesados.

Quiso olvidar la pena que le hacía aborrecible la existencia, y equivocando la elección de medios, abandonose á la crápula y libertinaje. El tósigo que este y aquella le brindaron, lejos de proporcionarle la quietud y calma que buscaba, añadieron mayores y más acerbos sufrimientos á los que apesaraban su espíritu, y rodando, rodando por el declive de la desesperación, y sintiendo más de día en día la picadura del áspid del dolor en su corazón, á medida que iba perdiendo los sentimientos de moralidad y se borraban sus afectos patrióticos, se fué cegando su inteligencia, presentando el fenómeno de que el más célebre alienista no hubiera podido formular con seguridad una afirmación acerca del estado mental de Agustin, que se extraviaba y deliraba como los dementes y discurria y raciocinaba en muchas ocasiones como los cuerdos.

Entró al poco rato de nuevo la tia *Almoldana* con

la pierna de cabrito que colocó en mi mesa, y Agustin le dijo:

—Traiga, tia Antonia, un cuartillo de vino.

—Desdichado—le respondió,—vas echando azufre en el alquitran que abrasa tus entrañas y mucho será que cuando menos lo pienses se enciendan como un luquete. Agustin, Agustin, porque te quiero te advierto, que si no ocurre esto concluirás perdiendo tu razón. Olvida, olvida, repuñales, á la santurrona y trata de vivir. No faltan, infeliz, mujeres y todos los dias me oyes, pobre loco, que si una puerta se te ha cerrado, mil encontrarás abiertas.

—No puedo olvidar, tia Antonia, como tampoco logro conseguir que suprima ese sermon que á todas horas y todos los dias me dirije. Se abrasa mi corazón y vino mejor que palabras necesito para apagar esa ascua. ¿Qué me importa de la vida y la razón? Ja, ja, jaaa..... Beba la sangre de los que sedujeron á esa mujer ingrata que me asesina con sus desvios y despues, despues que se desquicie el firmamento. Suprima tia Antonia y no me mortifique más con sus soflamas que producen el mismo efecto que si predicara V. en desierto, y vuelvo á repetir; cada cual con su tema; V. cuidando y encendiendo candelas á la Vírgen de su hijo, y yo.....

—Y tú, infeliz, atizando el fuego que consume tu vida, como el puñal del *solomita*, ladron y de-

suella mujeres. Tomasaz cortó de una puñalada el resuello del hijo de mi corazón: ¡pobre luz de mis ojos!

En este punto se hallaba la conversación y sabe Dios lo que se hubiera prolongado, si no la interrumpiera la entrada en el comedor de un hombrecillo regordete, colorado, cabellos rubios y ojos saltones que llevaba zarcillos de oro. Era el francés apellidado Santamaría.

Sentóse junto á Agustin y mirando á la imágen preguntó:

—¿Pero cuándo lograremos que esa mala bruja retire eso?

Por mucho que trabajemos para concluir con la ignorancia española, querido Agustin, nada conseguiremos mientras se confie y adore esas vírgenes y santos de palo.

E interrumpiéndose volvió á interrogar:

—¿Qué me cuentas, Agustin? Supongo, querido amigo.....

Y espiró la frase en su boca. Creí y creí bien que Santamaría no la prosiguió, avisado por las indicaciones del interpelado, que con rapidez apenas perceptible abrió y cerró los ojos y movió ligeramente la cabeza, coincidiendo el que el francés se volviera á mí y me observara.

Hablaron pocos minutos y levantándose los dos

del banco se salieron al otro cuarto, oyendo inmediatamente la voz de Agustin que mandó á la tia Antonia sacara una mesa, sillas y un "jarro„ de vino.

Cuando supuse que se habían sentado abandoné el ángulo en que me hallaba y oculto detrás de la cortina y pegada la cabeza al marco de la puerta apliqué el oido para no perder una sílaba de la conversación, no sin que antes abriera silenciosamente la navaja y la guardara en una de las mangas de la chupa, y escuché:

—¿Qué me cuentas?—replicó en voz baja Santamaría.—Supongo que te habrás fijado atentamente en las barbaridades y majaderías que habrán cometido esos follones é ignorantes que han madrugado para pasear las calles atronando con sus berridos las orejas de mis paisanos y de los zaragozanos pacíficos y pedir, por fuerza que han de ser manjar sustancioso, las cabezas é hígados de los que no pensamos como ellos piensan.

—¡Por el sacro nombre y qué miedo y espanto meten! Me parece Agustin que todas esas fierezas, gritos y amenazas se convertirán dentro de pocos dias en lloriqueos, disculpas y ruegos. A mí me inspiran esas corajinas el mismo efecto que los ladridos de perros sin dientes.

Tentado estuve esta mañana para acudir á los

parajes públicos y admirar las valentías de esos Bayardos, pero reflexionando que el que va á un ferial donde abundan machos *guitos*, se aventura á recibir una coz, y siendo *guitos* ó locos todos esos bullangueros, preferí estarme en casa oyendo los relinchos de ¡echemos á los franceses! ¡degollemos á los afrancesados! ¡matemos á los traidores y borrachos! y otras expresiones que demuestran la buena educación que se da en Zaragoza.

Al dirigirme aquí he visto que se han cumplido los deseos de esos bergantes. Excitan risa, ji ji jiiii.... las fachas de los que por Navidad ó Pascua vencerán á los mejores soldados del mundo. ¡Oh presunción española! Ji ji jiiii. Echemos un cuartillo, Agustin, á la salud de esos sin calzones. Brindemos por los *matracos* convertidos en generales.

Mas ¡por el sacro nombre! Te he preguntado y aun estoy aguardando la contestación. Cuéntame, cuéntame, amigo Agustin, lo que has visto.

—Salí de casa—respondió en el mismo tono Agustin—sin otro objeto que fijarme, de conformidad al encargo de D. Dionisio, en los agitadores que más se singularizaran por su odio contra nosotros, y vacilando qué dirección seguir, vine á encontrarme en la plaza de La Seo.

El griterío de unas quinientas personas reunidas bajo las ventanas de la Diputación me indicó que la

gresca habia comenzado y recatándome de que me viera el doctor Capistros ó alguno de los capigorrones que andaban soliviantando los ánimos, me retiré á las gradas de la catedral, cerca de la puerta por donde se sube á la habitación del "curiana„ de la misma, deparándome la fortuna el que se encontraran cerca de mí D. Liborio Salafranca, el tendero Boneta, el barón de Erruz y el extravagante y vanidoso D. Mariano Renovales, que hinchado de satisfacción perdonaba la vida á D. Dionisio, á Pierres y á todos los que con vuestras ideas nos identificamos, manifestando, nuevo caballero andante, que pronto se ofrecería ocasión de pelear y vencernos en campo abierto.

No me conocen personalmente y utilizando esta ventaja y la confusión que promovía el gentío que por momentos se aumentaba, me acerqué más á ellos y supe, tanto por lo que hablaban como por lo que otros decían, que el griterío y clamoreo lo producían las arengas ó "canturias„ que dirigían á la multitud Fray Mandura, el verderol ó verdinegro de San Lozano, un mocico navarro llamado Fermin, de mucha fachada y poco fondo, ó más claro, patriota exaltado pero con sangre de nabo, Gonzalez el rapa barbas y el tio Jorge Ibort, ese pobre diablo del Arrabal á quien han hecho crecer D. Mariano Cerezo, el doctor Capistros y otros marrulleros ambi-

ciosos que con el tiempo ejecutará más proezas que Napoleón.

Fr. Mandura, Fermin, Gonzalez é Ibort, hechos de golpe y porrazo tribunos, incitaban á su modo á la muchedumbre para que se rebelara contra el general Guillelmi, á quien, como de costumbre, injuriaban y denostaban llamándole italiano, bruto y gallina, cuando les consta que es tan español como ellos y uno de los jefes más sabios del ejército y de reconocido valor, como lo probó derramando su sangre, apremiándola y azuzándola para que se apoderase de las armas del castillo y obedeciera á don Mariano Cerezo, testaferro de cuatro caballeros particulares que le han hecho creer que por ahora es el caudillo popular de más influencia y necesario de absoluta necesidad, hasta que D. José Palafox y Melzi se ponga al frente de esa quisicosa ó ejército de desarropados y vagos.

Con fruición escuchaba estas noticias y más hubiera adquirido, pues ese D. Liborio principió á dar cuenta de los trabajos de una junta secreta formada por consejo de Palafox, cuando pasaron por allí Bárbara la *emplumada* y su hija, amas de llaves, hospederas ó lo que sean de Telesforo.

Renovales se separó de los que con él se hallaban y adelantándose les preguntó:

—¿Y el huésped?

—En casa se ha quedado—respondió Bárbara—. Tengo barruntos de que espera á los amigos.

—¿Los de siempre?

—Pues claro: D. Dionisio ó don demonios, Santamaría, Pierres y un *mosiute* que hace unos dias llegó á Zaragoza, llamado Miraville ó Malaville y otros de las mismas propiedades. Sospecho que no se reunirán para rezar el rosario.

Fuera imprudencia el permanecer allí, porque tanto la *emplumada* como su pimpollo me conocen y así que escurrime por entre la multitud y atravesando los arcos del arzobispo y del dean, huyendo siempre del tropel, llegué á la Cruz del Coso.

Pareme cerca del hospital y al poco rato llegaron por el Coso y se detuvieron frente á San Francisco el comerciante Gurpide, el beneficiado don Antonio la Casa, el capitan retirado D. José Obispo, Jaime Moya, el oficial de correos Bautista Puch, el capellan del ejército D. Pedro Lasala, Vicente Casanova y otros que, armados de trabucos unos, de pistolas otros y de espadines algunos, venían del corral de la Diezma en donde guardaban ocultas esas armas, y mezclándose entre los artesanos, labradores y jornaleros, se expresaban en igual sentido que Fr. Mandura y el tio Jorge y añadían y recalcaban "marchemos á la capitanía general; apremiemos al italianucho Guillelmi para que nos

conceda las armas por grado ó por fuerza; pero sobre todo no meterse ni acosar por nada ni para nada á los artilleros que le dan la guardia y respetadlos como hermanos.„

Pronto produjeron su efecto las excitaciones hechas en aquel sitio y se cumplieron las órdenes que se dieron y se trasmitieron en los conventículos de anoche.

El presbítero Sas, el teólogo Casanova y otros guiones de la bandada, comenzaron á gritar:

—¡A las armas! ¡á las armas! ¡apoderémonos de las del castillo! ¡á las armas! ¡á las armas! ¡que vienen los franceses á robárnolas! ¡vamos á la capitanía general! ¡viva la religión! ¡viva la Vírgen del Pilar! ¡mueran los franceses! ¡viva el rey cautivo! ¡muera Guillelmi!

Y con la impetuosidad del rayo al cual nada detiene, se lanzaron las masas Coso arriba, gritando y rugiendo como los caníbales que van á un festin de carne de blancos.

Expuesto y más que expuesto temerario hubiera sido unirme á la muchedumbre, pues supuse, y no me engañaba, de que no andaría muy lejos el energúmeno Capistros, cuando al decidirme á marchar á la puerta de Santa Engracia volví la cabeza y divisé que acompañado de los asesores del ayuntamiento D. Mariano Ligero y D. Pedro Silves salía del convento de San Francisco.

¿Qué hacer? Retirarme á casa por las afueras ó venir á visitar á la tia Antonia y no poder noticiar á D. Dionisio el resultado del jollin despues de haberme encargado anoche, una y otra vez, que observara, pareciome descortesía é ingratitud para quien tan obligado estoy, y, enderezando mis pasos extratapias de la ciudad, crucé por delante de la puerta del Cármen; pareciome que en el corral de Trinitarios había frailes armados; pasé las "eras del rey„ hasta llegar á la esplanada del Castillo, suponiendo que allí ocurriría, si no había ocurrido, lo más importante de esta gresca.

Chasqueado quedé al pronto. Creyendo encontrarla convertida en hormiguero de alborotadores, cuando llegué solo había algunos paisanos que silenciosos y desarmados se fijaban en el centinela que paseaba por el puente de entrada y en unos cuantos soldados que sin fusiles se asomaban por encima de la cortina aspillerada del sur.

A medida que avanzaba la mañana se fueron engrosando los corros de curiosos, acudiendo tambien cucarachas y grajos, blancos, azules, negros y pardos.

—No entiendo Agustin—interrumpió Santamaría—á quiénes te refieres.

—Fácil es de comprender. Esas cucarachas y grajos son los frailes y curas.

—¡Bien, Agustin! El nombre que les das merece un cuartillo.

—Acudieron esos que destruiremos ayudados de tus paisanos y revoloteando de grupo en grupo y prometiendo "ares y mares„, inclusa la corte celestial á los que tomen las armas, sucedieron al murmullo las voces, á las voces los gritos, á los gritos los vivas y mueras, y á los vivas y mueras algunos tiros.

Tú desconoces el cambio que sufren los zaragozanos al momento que huelen la pólvora. Y como nó lo sabes, te chocará que te diga que al sentir disparos, que fueron afortunadamente muy pocos, comencé á recelar y temer, porque con los tiros ocurre lo que con las cerezas, que nunca se saca una de un roscadero donde hay muchas, y además los zaragozanos, despues de olfatear pólvora, quieren oler sangre. Por esta vez no pasó así.

Se agregaron á los reunidos otros muchos, la multitud creció, el oleaje se fué encrespando y á los vivas al rey Fernando, á D. Mariano Cerezo y al tio Jorge, sucedieron los mueras á Guillelmi, los franceses y afrancesados, y para intermedio de fiesta le faltó muy poco que no arrojaran al foso á un desgraciado que confundieron, Santamaría, con un amigo tuyo inseparable.

—¿A tí?

—No por fortuna.

—¿Quién será?

—No te importe el no saberlo. Es un incidente pequeño, pequeñísimo, el más insignificante de los que se presentarán á contar desde hoy hasta que no vengan tus paisanos y se posesionen de Zaragoza.

—Te exijo que me lo digas.

—Te repito que no es necesario que lo sepas, y por otra parte con la balumba y desórden me fué imposible averiguarlo.

—¡Por el sacro nombre! No comprendo que me hayas dicho que un gran amigo mio se vió amenazado y añadas seguidamente que no lo conoces.

—No seas "machaca.„ El detalle es demasiado pequeño para lo que seguirás oyendo.

—Agustin, tú me ocultas algo grave.

—No tal.

—Que sí.

—En vista del empeño que muestras por saberlo, te lo diré.

El desgraciado que estuvo expuesto á terminar el dia en la otra "banda„ se parecía y fué equivocado con un tabernero francés que se llama Santamaría. ¿Lo conoces?

—¡Por el sacro nombre! Así, así se portan los foragidos, ¡qué valientes! sí, sí, miserables, cobardes, atreveos doscientos contra uno. Por la madre

que me parió que no he de cejar ni descansaré, cuésteme lo que me cueste, los intereses, la salud, la vida, hasta que no consiga lavarme las manos en la sangre de esos bandidos y asesinos.

—No prosigas. Oyeme y fíjate en este consejo: la mejor palabra es la que se reserva en el pecho y no vuelvas á repetir fuera de esta tienda las expresiones que te he oido. Desgraciado de tí si se apercibieran de ellas los revoltosos. Seguramente que no verías el triunfo de las invencibles armas francesas.

—Ja, ja, ja, jaaa..... Lo que he dicho en este sitio, lo repetiré fuera y delante de esa gavilla de asesinos y ladrones. Y por la madre que me parió vuelvo á repetir que no descansaré mientras no me lave muchas veces las manos en arroyos de sangre de esos ladrones y asesinos.

—Te repito, amigo Santamaría, y no cesaré de suplicarte, que reserves los deseos de mostrarte bravo, inflexible y arrogante para cuando puedas saciarlos sin riesgo, no olvidándote tampoco que, con razon ó sin ella, te has concitado muchos enemigos que buscarán la ocasión, si no se les presenta, de arrancarte junto con la vida los intereses. Te encargo que tengas prudencia, mucha prudencia, Santamaría, y gracias que con ella puedas librarte de los peligros que te rodean. Eres muy dueño de seguir ó no mis advertencias, pero, las aceptes ó no,

te encargo que reflexiones que tus alardes de impavidez y de valor no producirian otros resultados que ocasionar tu ruina, la de los franceses domiciliados en Zaragoza, y la de los españoles que nos hemos unido á D. Dionisto, á Mr. Marville, á Pierres, á tí y otros para coadyuvar á que prosperen y se cumplan los planes de Napoleón.

Pero engolfado en este asunto de verdadera importancia me distraje de continuar refiriéndote lo acaecido en el castillo, y hora es de que reanude el hilo de mi interrumpida relación.

Continuaba el centinela paseando por delante del puente de entrada y el gentío aullando como manada de lobos sin decidirse á entrar en la Aljafería, cuando nuevos disparos hechos por la parte de las "eras del rey„ y puerta del Portillo, y el tropel que se arremolinaba y dirigía hácia esos puntos y las voces de ¡ya vienen! y los vivas al rey cautivo, á Cerezo, á Palafox y al tio Jorge y los mueras á Napoleón, á Guillelmi, á Murat y los gritos de "nos van á dar las armas„, indicaron que algo extraordinario sucedía.

Aunque desde luego pensé que era punto menos que imposible que me notaran entre tantos miles de personas beodas de ira ó locas de júbilo, continué esquivando el acercarme á las que pudieran conocerme, hasta que arrastrado por el torrente de

carne humana llegué á un árbol y viendo en sus ramas un excelente punto donde observaría sin ser observado, me encaramé en ellas y presto desfiló casi por debajo de mí la más grotesca y extraña comitiva que ha presenciado Zaragoza.

Formaban su vanguardia, como si digéramos los granaderos, Santiago Sas, Manuel Lasartesa y fray Vicente Lafuente, dos curas y un fraile mazorriles, que arremangadas las sotanas y caladas las tejas, llevaban descansando en el hombro los trabucos, que por la anchura de sus bocas parecían cañones. Detrás de estos marchaban unos cuantos paletas y medio paletas de albañiles, aprendices y mancebos de carpinteros, tejedores, matarifes y tablajeros con los fusiles, pistolas y escopetas que sacaron del corral de la Diezma, escepto el tio Manuel de la Hera, que empuñaba á guisa de sable un serrucho y el torero Comerma una pica en vez de lanza. Seguíanles unos veinte abejorros ó frailes, revueltos con muchos estudiantes, entre los que conocí al mocico navarro Fermin y á Casanova, cadete, capitan ó maestre de campo del futuro ejército de San Jorge, y rodeado de Cerezo con una sombrilla abierta, del tio Jorge, de José Lahoz y Juan Gadea, del gorron Taravilla, del indispensable barbero Gonzalez y otros (solo eché de menos en esa cuadrilla el doctor Capistros) caminaba el general Guillelmi, grave, sereno y tranquilo.

Y últimamente miles de hombres, chicos y mujeres, singularizándose por su fogosidad muchas vendedoras del Mercado, Bárbara la *emplumada* y su hija, Estefanía la *trapera* y otras y otras ¡que mal rayo las parta! que constituirán la oficialidad del batallon de mujeres que he oido va á reclutar doña Josefa Vicente, esposa de Cerezo, que tambien iba entre aquellas furias.

Y llegado á este punto, por más que nos desagrade y aparentemente sea ofensiva, he de hacer una observación que me han sugerido largas meditaciones.

Al decir de D. Dionisio, Pierres y el *Socarrado*, y yo no he de negar sus afirmaciones, porque he visto y palpado los fundamentos en que se apoyan, se han puesto en juego grandes trabajos, inteligencia y considerables cantidades de dinero para ganar voluntades en favor de Napoleón. ¿Han correspondido los resultados á las esperanzas y sacrificios? Sin temor á ser desmentido, aseguro que no.

Comenzando por los franceses avecindados en Zaragoza, tú sabes, amigo Santamaría, como yo, que muchos se niegan á secundarnos para que prospere el asunto que redundaría primeramente en beneficio del mayor engrandecimiento y poder de la nación francesa y por concomitancia aumentaría los intereses personales y domésticos de tus paisanos.

De los españoles que acuden puntualmente á recibir el oro de Napoleón á la calle de Santa Cruz, tambien he de hablar. Aunque pocos, la mayor parte no se presta ó remolonea cuando se les confía alguna comisión en la cual el mayor sacrificio es el sigilo, circunstancia que presta motivo para suponer que se negarán por completo á desempeñar ningun encargo que pueda originarles daños en sus personas ó sus bienes.

Así se explica que los afrancesados de corazón seamos contadísimos y que conozcamos á varios que siguen una conducta ambigua y sospechosa. El *Socarrado*, sin citar otros, cuando se reune con nosotros se ensaña ferozmente contra los patriotas, siendo, segun sus palabras, el más mortal enemigo del altar y del trono español, y cuando con estos habla vomita calumnias é injurias contra los partidarios de Bonaparte y atreviéndose á las autoridades de Aragon, las califica de cobardes y traidoras, porque no se deciden á destruir repentinamente y sin compasión á los enemigos de la independencia de España.

Todavía diré más. Las promesas, seguridades é indicios de que la guarnición de Zaragoza se pondría de parte nuestra y en contra del paisanaje han resultado ilusorias, como lo prueba el levantamiento de hoy.

Igualmente ha resultado embuste mayúsculo lo que se ha afirmado muchas veces en nuestras reuniones acerca de que el general Guillelmi se habia sometido incondicionalmente por virtud de ofrecimientos y dádivas á la causa francesa.

De suerte que nuestra situación es precaria.

Al expresarme en esta forma, amigo Santamaría, no sospeches ni creas que he cambiado de aspiraciones ó que deseo romper y faltar á mis juramentos y promesas, no. El centro de gravitación de la piedra lanzada al espacio es la tierra, como el centro de mi odiada existencia es la causa bonapartista.

La cabeza y el corazón, la inteligencia y los sentimientos heridos y no vengados me aferran cada vez más á las ideas que personifica el genio que produjo la gloriosa revolución y quisiera que los reyes y la nobleza española tuvieran una sola cabeza y que mi brazo fuera bastante vigoroso para cortala á cercen de un tajo. Pero me apercibo de que se van apoderando de mí las ideas que me trastornan y hoy menos que nunca conviene que me abandone al vértigo. Bebamos.

Repito que nuestra posición es angustiosa. Somos pocos é indiferentes algunos. Nuestros enemigos, por el contrario, son muchos y entusiastas.

Los nobles, los curas y frailes, los comerciantes y letrados, los labradores y artesanos, los chiquillos

y los hombres y las mujeres, todos se confunden y aman una idea. Esta idea frente á la nuestra producirá un choque formidable y monstruoso. ¿Cuál vencerá, Santamaría?

—La nuestra, Napoleón.

—Brindemos, pues, por la salud y el triunfo de Bonaparte, que significa para mí la venganza y la destrucción.

—Brindemos, amigo Agustin.

Y chocaron los vasos y acaricié yo el mango de mi navaja.

—No he concluido—dijo Agustin con voz cavernosa.—La indiferencia con que el pueblo miraba á los soldados y la tranquilidad de estos, que no se preocupaban de la furia popular que podía envolverlos y aplastarlos, de aquella furia que teniendo la puerta expedita no se lanzaba á coger armas con que matar, señal fué para mí de que la seducción y la complicidad habían penetrado de antemano más adentro de la escarpa y de los baluartes, y así que presencié sin asombro que el centinela, en vez de intimar el alto, y el jefe de la guardia, en lugar de reunir á los soldados, cuadráronse y saludaron á D. Mariano Cerezo al llegar con la patulea al castillo.

Habló éste primeramente con ese jefe, incorporose despues á Guillelmi y al tio Jorge, y los tres y La-

hoz y Gadea y Gonzalez y Taravilla, atravesaron el puente y penetraron en el castillo entre los sonidos del clarin que tocaba marcha.

La multitud permaneció fuera.

Disponíame á descender y abandonar mi observatorio, mas hube de permanecer quieto al divisar ¿quién dirás? el maldito Capistros que un rayo lo parta.

Instintivamente llevé de nuevo la mano al mango de la navaja.

—No venía solo,—continuó.—Le acompañaba Pepet Estalló, nuestro buen amigo á quien, como todos sabemos, nunca se le agradecerá bastante los servicios que nos presta, pues ninguno, ni aun el mismo D. Dionisio, posee tanta habilidad y talento para ocultar y disfrazar sus pensamientos, insinuarse en el ánimo de los patriotas y gozar de su confianza, aprovechando los datos é indicios más pequeños para conocer los secretos que nos puedan perjudicar ó favorecer.

Detuviéronse en la confluencia de las carreteras de Madrid y la que rodea á la ciudad; intentaron penetrar en el camino que conduce al castillo, teniendo, segun presumí, que ceder de su propósito, á causa de obstruirlo la aglomeración de amotinados, y marchando por la segunda de aquellas carreteras que sigue por delante de la puerta de Sancho,

sospeché si tratarían de llegar al edificio militar atravesando la huerta del rey.

Receloso y observando bajé del árbol, y siguiendo á larga distancia ví las dos siluetas que entrando en el camino de Monzalbarba y desviándose poco despues, cruzaban aquellas huertas marchando siempre frente al castillo.

He de significarte, por si no lo has comprendido, que en el dilema de continuar por aquellas inmediaciones arriesgándome á ser la primera víctima del peligroso juego y expansiones belicosas de los aprendices de guerreros ó desaparecer y dirigirme aquí, decidime por lo segundo, con tanto más juicio y razón cuanto que Pepet habrá visto y referirá lo que haya pasado en el castillo y además de esto porque no se ha perdido el tiempo; que no deja de ser importante el saber, y debemos tenerlo en cuenta y muy presente, que á todos los bonapartistas y principalmente á tí importa el huir de los parajes á donde acuden los patriotas, pues si la equivocación de que uno de ellos eras tú ha dado lugar á un percance que pudo terminar trágicamente, dejo á tu consideración lo que te sucedería en el momento que te pusieras al alcance de sus fusiles.

Gritos y bullicio y algazara intercalados con vítores, aclamaciones y vivas al rey Fernando, á Palafox y principales caudillos, y estruendos y rodar

de vehículos, interrumpieron el silencio de la calle.

Abandoné el punto de acecho y me asomé á la reja que daba luz al cuartucho.

Ante mi vista cruzaron varios grupos de paisanos que, mandados por el valiente sargento de artillería Francisco Magri, arrastraban dos piezas de á cuatro y varias cajas de municiones en dirección al Mercado. Pasaron con la celeridad de la chispa y pronto volvió á reinar el silencio y yo me dirigí á espiar de nuevo.

—Ya escampa, tia Antonia—dijo Agustin.

—Y ojalá llovieran capuchinos de bronce y rayos que partieran al ladron y *solomita* Tomasaz—respondió la *Almoldana*.

—¿Has oido, Santamaría—preguntó aquél.

—Lo mismo que tú—contestó el francés.

—O mucho me equivoco—siguió el interpelante—ó esas son las campanas que anunciarán dentro de poco la parte triste de esta gresca que puede concluir siendo mortífera para muchos. Debemos surtirnos de paraguas resistentes para evitar á los que tengan miedo el que les caiga encima el chaparron de hierro que amenaza. Juzga con qué objeto querrán esos fanáticos las jeringas. Me temo que muchos desearán jeringuear con ellas á los afrancesados.

Aunque lo más cuerdo hubiera sido refugiarnos

en punto seguro mientras pasa el primer chubasco, ahora es tarde y además de tarde temerario fuera abandonar de dia esta guarida, porque nos espondríamos seguramente á que los defensores de Zaragoza que, como si lo vieras, habrán ocupado los principales puntos, nos despanzurraran de un tiro.

Quietecitos aquí y sírvanos, tia Antonia, otro cuartillo, que á tragos se han de pasar estos apuros y otros mayores que nos sobrevendrán ínterin el general Lefebvre no acuda en socorro nuestro, pues á lo que supongo sería inutil y se resecaría mucho el paladar suplicándolo, tia Antonia, á la Vírgen de vuestro Pablo, que, segun me contaba y V. me repite, ayuda, proteje y aun se aparece á las gentes del bronce que abren dos ojos como soles de grandes cada vez que el verdugo les acaricia las espaldas al aire libre con gamuza de toro ó vaca. ¿Con que te parece oportuno, amigo Santamaría, mi consejo de que permanezcamos aquí hasta la noche en que todos seremos de un color y podremos, sin peligro, marcharnos á nuestras casas?

—No porque tema creo bueno tu consejo. Lo recibo y sigo despues de recapacitar que además de no producir ningun resultado beneficioso mi desafío á esos bandidos, en cuya sangre deseo lavarme las manos, les daría pretesto para molestar y perseguir á todos los que desean el triunfo de las ideas que

el gran Napoleón va implantando por el mundo.

En tanto que llega el día en que haga efectivo mi rencor, sigamos brindando por ese emperador y brindemos asímismo porque él ó alguno de sus hermanos ciña la corona que no pudieron sostener las cabezas del imbécil Cárlos IV y del cobarde Fernando VII.

Si la conjura que espiaba no absorbiera toda mi atención y no reconcentrara mi inteligencia y mi voluntad, quizás me hubiera apercibido de que una cabeza crespa se asomó varias veces desde la calle á la reja del tabuco en que me encontraba y que unos ojillos penetrantes lo escudriñaban con insistencia. Eran una y otros los del *Algezonero* que oimos nombrar al tio Jorge la inolvidable noche en que Fr. Mandura, el verderol ó verdinegro de San Lázaro, como despreciativamente le llamaban los asalariados de los agentes de Napoleón, comunicó á los patriotas los dramáticos y sangrientos sucesos del 2 de Mayo en Madrid.

Necesario fué que tosiera muchas veces para que al fin notara su presencia y aproximándome á él, no sin que le indicara con el índice y labios de que hablase en voz baja, le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Los zaragozanos al fin y al cabo se han salido con la suya,—me respondió—;cada uno tiene

un *fosil* con que defender á la Vírgen del Pilar y al *ray*. Tu amo, el tio Jorge, el Sr. Botaya el cirujano, el P. Mandura, Chabotas el memorialista, *Almendricas*, la *seña* Bárbara, Pilar, la Blasa mi novia y muchos conocidos más están *drento* del castillo y me han *inviau* por estos *andurriales pa* ver si *tocurría* algo. Francamente *y* de *dicirte* que me *atolondré* y no me atreví á *dentrar* en la tienda por la rematada fama que tienen los pillos y ladrones que vienen á remojar el gaznate, temiéndome que me arrancaran el pellejo como á un *caloyo*.

Dicando una *rendlija*, agujero ó resquicio por donde hablarte, me acerqué á esta reja y, temblándome el cuerpo como la hoja en el árbol, clavé el ojo *drento* y de *repenterre* solo *alvertí* las candelicas de esa Vírgen que por la *fegura* me *paice* la Vírgen del Carmen de las *Teñerías*, y despues de restregarme la vista y siempre *dicando* te conocí. *Dicando, dicando*, no fuese cosa de que me echara la zarpa alguno de esos pillos, estornudé una vez y veinte, pero que si *quiés: via* que tu *bulto* no se *desapegaba* de la puerta, hasta que hizo Dios que me oyeras. ¿Qué les digo? Contesta pronto, porque *antiparte* de que resulte verdad mi *figuración* de que me despellejen, tengo *priesa*.

Responde, que tirito como en las mañanas de mata cabras ó dorondón.

—Dile á mi señor—le respondí—que hasta ahora nada me ha sucedido y que solo ocurre que se van reuniendo los moscardones, encontrándose entre ellos el pillastre y deslenguado tabernero Santamaría, que jura y perjura no cesará de conspirar mientras no se lave las manos en la sangre de los patriotas.

Ahora ya puedes marcharte.

—¡Rediez! si me olvidaba *alvertirte* que tu amo me ha *encargau* que no tengas *simpacencia* por el *fosil*, pues te ha *eslegido* el más nuevecico que había en el castillo. Si te insultan estos granujas tira de la *teda* y no dejes ni uno para simiente.

Y marchóse por la calle del Sacramento y torné yo otra vez á escuchar.

—No me llama la atención—decía Agustin—que no acudan, como de costumbre, la tarde esta ni Mr. Pierres, ni el *Socarrado* ni otros, porque al fin y al cabo los peligros no escasean y las contingencias pavorosas y difíciles son muchas; pero sí me extraña y siento por instantes más disgusto de que no lo verifique Pepet, tanto por las horas que han trascurrido desde que acompañaba al doctor, como porque no alcanzo las razones para que recele de dirigirse á este punto.

—Pues á mí—replicó Santamaría—me trae desasosegado y me revienta el que no haya venido

Pierres. Ayer me prometió que acudiria por aquí con un hombre de confianza y conocedor de Aragón que marche á Madrid y se ponga de acuerdo con el gran duque de Berg, á fin de incorporarse inmediatamente al general Lefebvre y á su división, compuesta de unos cinco mil infantes y ginetes con algunas piezas, para servirles de guía en su marcha á Zaragoza por el camino más breve, cómodo y abundante de recursos metálicos y de víveres.

Tengo en mi poder las instrucciones escritas y el dinero que se ha de entregar á ese emisario, y si en todas las ocasiones peligran los depósitos de este género, con mayor razón en las actuales, pues de apercibirse la turba armada que los guardo, juzgaría acto meritorio y digno de premio el apoderarse de las primeras para exhibirlas como pruebas de conspiración y nos quedaríamos sin los segundos.

—De seguro. Y tras de los dineros y de las instrucciones se ensañarían en todos los que sospechan que simpatizamos con los planes de Napoleón.

—¡Por el sacro nombre!

Y á tal voto siguió esta exclamación de Agustin:

—Gracias á Belzebú que te vemos, Pepet.

—Gracias á cincuenta mil demonios—repuso el recien llegado—que he conseguido hacerme perdidizo de quien no podeis figuraos, salir sin percance del maldito castillo de la Aljafería, baluarte de

la teocracia y del despotismo, abrirme paso por entre miles de papanatas y majaderos que se hacen la ilusión de que son felices y libres porque les han dado un fusil viejo y llegar á la tienda de la *Almoldana*, á quien ordeno y mando, por no ser menos que Cerezo ó Ciruelo, que me sirva unos caracoles con *oli* si no quiere que la emparede como al general Guillelmi ó disponga que le peguen cuatro tiros.

—Y qué aspecto presenta el *tutilimondi* de Zaragoza—continuó Agustin.

—Feo, muy feo, feísimo. Y á propósito, ¿sabes, Santamaría, que segun me contaron, no le faltó un canto de peseta para que despavilaran en las inmediaciones del castillo á un vecino de la Muela llamado tio Geromo, sin otro motivo ni causa que el haberle equivocado contigo?

Ahí está el pillo francés Santamaría, gritó una vieja patriota; Santamaría, el usurero francés, se encuentra aquí, repitieron miles de voces; y muera Santamaría y achicharremos á Santamaría y arrojemos al foso á ese ladrón Santamaría que ha chupado la sangre de los pobres, promovióse un alboroto de quince mil Luzbeles, y treinta, cincuenta, cien brazos agarraron al tio Geromo, que hubiera muerto despeñado y estrellado si no interviene fray Domingo Comin, un lego de la Cartuja de la Con-

cepción que, con todas las fuerzas de los pulmones, defendió la inocencia del que le faltó muy poco para ser el que gozara primeramente las dulzuras y caricias del entusiasmo popular.

—¿Qué te propones, Pepet, al contarme risueño esa historia?—preguntó Santamaría.

—Demostrarte mi amistad sincera, avisándote que no debes confiar demasiado en tu valor y recursos, pues muchos zaragozanos te odian sañudamente, y deducir esta moraleja que es aplicable á la mayoría de los que nos denominan afrancesados. Si los alardes de bravura, las temeridades en los actos y las virulencias de la lengua son casi siempre inconvenientes, conviértense de inconvenientes en mortíferas cuando se refieren á un pueblo que dispone de formidables elementos para destruir. Usemos entre nosotros la palabra acerada, dura y violenta contra la plebe fanática de esta ciudad, pero no incurramos en la demencia de emplearla en público.

Este aviso se dirige á tí, á éste y á mí, exigiéndonos el interés personal y principalmente el triunfo de nuestros compromisos y aspiracioues que adoptemos la reserva, el disimulo y la hipocresía, cuidándonos muchísimo de chocar, burlarnos é injuriar donde no tengamos plena confianza, la religión, la monarquía, los frailes y curas que tan estimados son por este pueblo. Obremos cautamente y no ol-

videmos que caminamos por encima de una mina cargada de pólvora. Rectifiquemos para lo porvenir si de rectificación necesitan nuestro criterio y conducta, y cerrado este paréntesis escuchadme:

La sangre retozona de este pueblo que esperó la aurora deseoso de bullanga, se fué exaltando á medida que el sol caldeaba la atmósfera, siguiendo á los gritos, bullicio y denuestos las piedras, algunos tiritos sin consecuencias mayores, muchos cristales rotos, tres ó cuatro heridos leves y el disgusto, berrinche y detención del infortunado Guillelmi.

Escoltado éste como Cristo, sin otra diferencia de que sus enemigos gastaban larga ropa y los del general traje corto, se le condujo al castillo, y dando vueltas á mi magín para encontrar un medio de introducirme en su recinto y observar yo mismo lo que en él se hacía, vine á encontrar, cuando menos lo pensaba, al celebérrimo y temible doctor Capistros.

La reserva, el disimulo y la hipocresía de que os hablé, usadas á tiempo y con sazón, dan maravillosos resultados. Aunque siempre estuve convencido de la verdad de esa sentencia, hice caso omiso de ella durante algun tiempo hasta que cierta equivocación, el gran fracaso consiguiente y muchísimos disgustos me la recordaron, dimanando en su virtud el arrepentimiento de ardientes y acaloradas

apologías al genio maravilloso de este siglo y del orbe que simulé ante muchos patriotas en interés de la logia y de los proyectos de Napoleón y obedeciendo, como sabeis, los augustos mandatos del gran oriente, ratificados así como mi proceder en una *tenida* extraordinaria. Por todo eso propúseme seguir aquella sentencia respecto á los zaragozanos. Y Pepet, falaz, hipócrita, perjuro y reservado, lo digo sin vanagloria ni ánimo de molestar á nadie, ha conseguido muchísimos más frutos de incuestionable utilidad para la benéfica, próspera y antiautoritaria causa de Napoleón, que la mayoría de los nuestros que se han mostrado abiertos, francotes é ingénuos, no siendo el menor de esos frutos el que me haya rehabilitado en absoluto con los patriotas, que hoy por hoy no desconfian ni se guardan de mí.

No estamos en China; mas para los fines que persigue nuestra asociación, ha sido igual Zaragoza. Y Capistros, que posee mucha sagacidad, y Cerezo, que es agudo, y el tio Jorge, que tiene portentosa intuición y talento, y otros á quienes no faltan y antes por el contrario les sobran despejo y travesura, cayeron en mis redes, ni más ni menos que si hubieran venido al mundo en los dominios del hijo del cielo. Me consideran como uno de los mayores partidarios de que se restituya el trono y la libertad á

Fernando, no confiándome caudales por mis aficiones exageradas á tirar la oreja de Jorge, á las que renunciaré si las circunstancias y mi situación especialísima lo reclaman, quemando desde el huevo hasta el rey de bastos.

A Capistros me uní y entre felicitaciones, aplausos, apretones de manos, sonrisas y abrazos de damas y mujeres del pueblo, de señores y artesanos, que en los dos sexos y en todas las clases cuenta el doctor numerosos y rendidos amigos y admiradores, salimos á las afueras de la puerta del Portillo.

Zaragoza, todo Zaragoza había acudido á las inmediaciones de la Aljafería.

Para entrar en esta como deseábamos, Capistros, á fin de intervenir en la distribución de las armas y yo para cerciorarme de lo que ocurriera, necesitábamos ó alas con que remontarnos sobre la chusma que invadiera el camino lindante con la acequia de la Romareda, ó disparos de metralla que abrieran boquete en aquel muro de carne, ó dirigirnos al camino de Monzalbarba y probar á subir por la "huerta del rey„ hasta el rediente del castillo donde se aloja la avanzadilla de la guardia exterior.

Utilizamos el último medio y poco despues nos incorporamos á un grupo que entre el rediente y el puente de entrada discutía con ardor acerca de la necesidad urgente de presentarse á Cerezo y al tio

Jorge y exponerles que se imponía el inmediato reparto de las armas al paisanaje.

Encontrareis lógico que formaran ese grupo, como así sucedió, Fr. Mandura, Santiago Sas, Francisco Ipas, el P. Garroverea, ese querido amigo tuyo Agustin y ángel ó arcángel de la guarda de la *pelaira* y otros; pero lo que no comprendereis ¡asombraos! que con ellos se hallara á partir un piñon ¡asombraros más! Botaya todo entero, el mismísimo cirujano Botaya.

¿Quién ha de creer lo que parece una pesadilla?

Botaya, el que creíamos futuro demoledor de los tronos y de las aras, el furioso sectario de los enciclodistas, el Marat con lancetas y apósitos que tantas veces calificó de melindrosos y afeminados á los convencionales fieros é inexorables del 93 que regaron con la sangre de curas y nobles las campiñas y calles y plazas de la nación vecina, enardecía á los demás y los azuzaba contra los franceses para mantener incólumes la religión y la patria, execrando á Voltaire, D' Alambert, Diderot y otros sabios filósofos "que prepararon, decía, el desquiciamiento de Europa para que de ese caos brotara últimamente el infame y orgulloso tirano Napoleón, caudillo de las bárbaras hordas de este siglo.„

La presencia y palabras de Capistros inclinaron la balanza de parte de los más acalorados del corro

ó cotarro, y como quien entra en su casa atravesamos el puente, terciando las armas, lo mismo los centinelas que el piquete de guardia, al paso de aquella magestad frailuna y patriotera que se metió por un laberinto de patios, escaleras, galerías y pasos hasta detenerse en un gran salon adornado de molduras, cornisas, inscripciones en letras raras y artesonado de casetones octógonos.

En el centro se alzaba una mesa y en torno de ella se veían derechos unos y sentados otros, á Guillelmi, Cerezo ó Ciruelo, el tio *Cuello corto*, José Lahoz, Juan Gadea, el bachiller *Taravilla* ó *Tanganilla*, Gonzalillo el barbero y otros próceres y personajes tan ilustres como estos insensatos ó "estripa„ terrones.

Solo faltaban los Torres, los hermanos Torres con sus flamantes uniformes de jefes de fusileros. Los Torres, que se parecen á Dios porque se encuentran en las calles, en las tertulias, en los conventos, en las iglesias, en los acompañamientos de los bautizos, de las bodas, de los entierros, tampoco podían dejar de figurar en el drama. Y así que no bien pisamos el salon, penetraron en él, no sé si al través del techo ó del muro, los imprescindibles, los necesarios, los de siempre, en fin, los hermanos Torres.

Ni la entrada de estos ni la nuestra alteró á los

conferenciantes, que continuaron departiendo con calma ó violencia, segun lo exigía el asunto.

Se ha conseguido—decía Guillelmi—lo que se propusieron algunos malévolos ó extraviados: calumniarme y desprestigiarme en el concepto de gran parte del honrado vecindario de esta capital, recurriendo á procedimientos con los que no estarán conformes los que los fraguaron cuando me diten y reflexionen desapasionadamente.

El pueblo, ese pueblo que no se cuida ni preocupa de averiguar si es verdad lo que se le repite á diario en todos los tonos y en todas las formas, ha creido como artículo de fé que yo había nacido en el extranjero, lo cual saben muchísimos que es completamente falso. Y aunque entiendo que la cualidad de ser de este ó de otro país no es deshonrosa, pues nunca fué la nacionalidad la que hizo dignos ó indignos á los hombres, sino las ideas, las costumbres, su proceder y conducta, debo protestar de la falsa imputación y manifestar en alta voz, para que conste á todos, á todos en general y en particular á cada uno, que vine á la existencia en España, que en ella me crié, que en su colegio de artillería comencé mi carrera militar, que idolatro á mi pátria y dispuesto me hallo á verter mi sangre por su honor, nunca mancillado en buena lid, deplorando y odiando, como ustedes deploran y

odian, las ingerencias solapadas ó francas de nuestro desleal aliado Napoleón, emperador de los franceses, en los asuntos de nuestra monarquía, y si odio y si aborrezco sus ingerencias y traiciones, mucho más odiaré y aborreceré al que quiere convertir á España en feudo de la Francia ó en vínculo, patrimonio y posesión de él ó de alguno de sus hermanos ó parientes.

No se compaginan bien—repuso Capistros—los sentimientos que expresa V. ahora con la conducta que ha seguido á partir desde que el lugarteniente de Napoleón y éste, dos tigres que se unen por el amor á la sangre, dejando á un lado las reservas y rompiendo con todo linaje de miramientos y consideraciones, abandonaron los disimulos y trataron de realizar cínicamente su infame proyecto de imponernos su tiránica coyunda, recurriendo al efecto á todos los medios, incluso al asesinato de ancianos, mujeres y niños.

Doctor, doctor, — contestó amargamente Guillelmi—por más que me consta que V. ha sido y es uno de mis mayores enemigos y que, defensor entusiasta de la integridad é independencia de la pátria querida, ha rebasado los límites de la prudencia é imparcialidad y tomado energía y astucia del apasionamiento para desconceptuarme atribuyéndome juramentos, miras y complicidades anti-

patrióticas y deshonrosas, negándome hasta la sindéresis, no soy tan injusto que no reconozca en usted talento claro, inteligencia conspícua y portentosa previsión y que no confiese que anticipándose al juicio de los más inteligentes en achaques de gobierno y diplomáticos, comprendió á Napoleón, adivinó sus intenciones y abarcó en conjunto sus planes y consecuencias.

Por esto me admiran y me duelen muchísimo los reproches de V., que encontraría lógicos y naturales en labios de trabajadores que no tienen más ilustración y experiencia que las que necesitan para la confección de los objetos que se les encargan y cumplir los deseos de los amos que les proporcionan el jornal.

Están ustedes en un error. No son nuevos los sentimientos que me han oido, pero contra esos sentimientos personales que, manifestados sin reserva, hubieran lanzado á los zaragozanos en un camino de aventuras inútiles cuando no perjudiciales, se hallaba la investidura militar que me fué confe-
rida, y ésta me obligaba á proceder cautamente y á colocarme en actitud reservada, pues creí y sigo creyendo que solo ella puede evitar grandes calamidades á Zaragoza, á la cual quiero como si en ella hubiera nacido. No he acelerado ni he contribuido al levantamiento de esta ciudad porque, su-

miso á la ordenanza, no recibí instrucciones de quien debo recibirlas, y nótese que al decir esto no me refiero ni al lugarteniente de Napoleón ni á éste. ¿Quién es el que puede ordenar el alzamiento nacional, exigir todos nuestros esfuerzos, dictar medidas y disposiciones é imponernos el sacrificio de nuestros bienes y de nuestra vida?

El rey D. Fernando—respondió la mayoría.

Dios y la pátria—repuso enérgicamente Capistros.

De S. M. el rey D. Fernando, que Dios guarde—continuó Guillelmi—esperaba órdenes, y por Dios y mi conciencia juro que si las hubiera recibido ó recibiera, mandándome armar el paisanaje, imediatamente las cumpliera.

No trate V. de justificarse—continuó Capistros—;no es ocasión esta, pues no se trata de un acto académico, de exponer y defender que solo bajo Dios y muchísimo más alta que D. Cárlos ó D. Fernando se halla la pátria ó la nación, obligando indistintamente sus mandatos á todos, lo mismo á los reyes que á los más humildes ciudadanos.

Esos mandatos, el honor pátrio y el supremo interés de que dasaparecieran la probabilidad y sospecha de que cayera España exangüe y destrozada por las águilas del imperio, ¡cuitada pátria mía! demandaban de V. que, prescindiendo de formulis-

mos y aun de la ordenanza, hubiera armado al paisanaje, le hubiera alentado y enardecido, conduciéndolo al combate.

Que por el estado de confusión en que nos hallamos hubiera V. titubeado respecto de quien representaba la nación y tenía autoridad bastante para preceptuar el alzamiento. Constándole como le constaba por el brigadier D. José Palafox y Melci que era la voluntad de D. Fernando el que se hiciera, debió V. apresurarse antes que nadie á iniciarlo.

Lejos de obrar de esta suerte, Sr. de Guillelmi, ha prestado V. excesiva docilidad á las exigencias de Murat, con quien ha mantenido larga y afectuosa correspondencia oficial; ha recibido cautelosamente pliegos del mismo Napoleón Bonaparte en que, exigiéndole sigilo, mucho sigilo, le trasmitía instrucciones y le participaba su resolución de anexionar España y sus colonias al imperio; se ha relacionado con los agentes de los amigos íntimos y depositarios de las confianzas de ese césar soberbio; ha conferenciado muchas veces reservadamente con los principales jefes de los que los patriotas zaragozanos consideran como mortales desafectos á la causa nacional y, llevando hasta lo inconcebible su obediencia á las arbitrariedades de los intrusos que dominan tiránicamente en Madrid, ha aceptado la comisión y asumido la responsabilidad de cumpli-

mentar mandatos criminales, intimando, en nombre del verdugo del 2 de Mayo, al Sr. Palafox y á su compañero y camarada D. Fernando Gomez Butrón, que abandonando las inmediaciones y términos de esta capital marcharan urgentemente á Madrid y se pusieran á disposición de los generales franceses, y tengo por seguro que no ignorará tampoco, señor de Guillelmi, que en algunos puntos de Zaragoza, el oro extraido del tesoro pátrio por los mañosos é inverecundos representantes del odioso emperador, reune voluntades, pervierte y corrompe sentimientos, fomenta tendencias y planes encaminados á que desaparezcan la independencia é integridad de la nación española ¡cuitada pátria mía! y acapara elementos para que las bayonetas y cañones franceses destruyan esas integridad é independencia, convirtiéndonos de hombres libres en esclavos.

Calumniosos é infames son — interrumpió altivamente el general — todos los cargos que se me dirigen. Miente quien asegure que el Sr. Palafox ó el garzón de guardias de corps D. Fernando Butrón me ha comunicado que S. M. D. Fernando VII, que Dios guarde, deseaba el alzamiento de los zaragozanos.

Sin orden ni consentimiento del monarca abandonaron sigilosamente esos dos caballeros militares

la villa de Bayona y sin consentimiento ni orden se dirigieron á Zaragoza y se ocultaron en la torre de la Alfranca, estableciendo un centro de conspiración para acordar y convenir con algunos oficiales retirados y paisanos que se excitara á los vecinos de esta población contra mi autoridad, la única legal, pues hasta ahora no se ha recibido ni el señor Palafox ha presentado un documento régio por el que se me deponga ó reemplace en mi cargo.

No obstante las noticias que tuve de la venida de los señores Palafox y Butrón, del punto en que se habían refugiado y de los proyectos que contra mi autoridad se fraguaban, no solo no me satisfice permaneciendo pasivo y hasta indiferente, sino que resistiendo órdenes y despreciando ruegos y amenazas del gran duque de Berg, me negué por completo á proceder contra esos militares, detenerlos y sumariarlos, concretándome, en cumplimiento de lo que creí mi deber, á manifestar á D. Fernando Butrón que precisaba el que marcharan á Madrid á recibir órdenes.

Rechazo de nuevo con toda la energía de mi alma la especie de que me haya conformado con el contenido de los pliegos que me remitieron Murat y Napoleón y vuelvo á insistir en que es una infame calumnia y una suposición injuriosa la afirmación que se ha hecho circular sin obstáculo alguno,

de que me haya tambien confabulado con agentes del emperador francés, sean altos ó bajos, para contribuir á que se planteen y realicen los planes que tienen por objeto establecer la dinastía bonapartista en España.

Y ya que se muestra V., doctor Capistros, tan encarnizado en sus ataques, permítame que le pregunte. Colocado yo por la dignación real al frente de este antiguo reino aragonés, ausente el monarca de España, acobardadas y sin iniciativa las autoridades de la corte que le representan, y careciendo de órdenes é instrucciones que me orientaran en la confusión que han creado sucesos funestos y lamentables que todos deploramos ¿qué hubiera V. hecho en mi posición?

—Animar el espíritu de este pueblo heróico y darle armas para protestar primeramente contra la matanza de Madrid y prepararme en segundo término para las eventualidades de la futura campaña contra los ejércitos napoleónicos.

—¿Cómo hubiera V. procedido si en lugar de recibir órdenes é instrucciones concretas mandando el levantamiento del país, hubiera sabido por conductos autorizados, que tanto nuestro monarca como la junta suprema de Madrid repugnaban, no solo el movimiento armado, sino cualquiera otro acto que tendiera á hacer más tirantes las relaciones de los

españoles con los subditos, soldados y generales de Napoleón y éste mismo?

—Hacer caso omiso de los deseos de D. Fernando, por suponer que carece de la libertad necesaria para mandar lo que se ajuste y convenga á los intereses de la pátria libre é independiente y prescindir de esa junta que abdicó, en mi concepto, su representación y resignó sus poderes al no evitar la hecatombe de Madrid, poniéndose á la cabeza de la guarnición y paisanaje de la valerosa villa.

—¿Qué resolución hubiera V. adoptado si en vez de encontrar en Zaragoza amigos que me asesoraran y conocedores de las aspiraciones de sus habitantes me indicaran los derroteros que había de seguir, hubiera hallado desafectos que comenzaron significándome respetuoso desvío, para mancomunarse últimamente y combatirme?

—Conociendo que la clave de esa enemiga y desvío se fundamentaba en la pusilanimidad y contemporizaciones de V. con los servidores de Napoleón y afrancesados residentes en Zaragoza, hubiera roto los lazos que unos y otros han tendido para imponerse á los leales, y si esto no era suficiente los hubiera aniquilado.

Solo así, Sr. D. Jorge, hubiera encontrado V. en cada zaragozano y aragonés un amigo incondicional, un asesor desinteresado y un partidario acérri-

mo: manteniendo enhiesta la bandera negra contra los enemigos encubiertos y francos de España, se le hubiera respetado y obedecido como á un padre, citándose con admiración y elogio su nombre y su recuerdo glorioso, y honrado viviría mientras quedaran zaragozanos y aragoneses que no se olvidaran ó renegaran de esta tierra en la que desde muy antiguo son inseparables el heroismo, la lealtad y la gratitud, que tantas empresas inmortales y hazañas legendarias consumaron.

—Temo á la injusticia—añadió Guillelmi—pero no hasta el extremo de que me descomponga y arrebate la tranquilidad y satisfacción de haber obrado conforme lo exige y demanda la ordenanza, código venerado del cual hoy y nunca prescindiré. Si enemistades injustificadas ó incomprensibles venganzas tomaron á empeño abochornarme y deshonrarme, infligiéndome una pena que no merezco, sépase y conste que D. Jorge Juan Guillelmi, capitan general de Aragon, pudo equivocarse y errar inconscientemente; pero juro é invoco á la excelsa princesa y santa reina Isabel que vino á la vida en este recinto, que D. Jorge Juan Guillelmi nunca traicionó la fidelidad que prometió á las gloriosas banderas nacionales, protegiendo ó haciéndose cómplice de los enemigos de España, banderas que mis jefes del nobilísimo cuerpo de artillería me enseña-

ron á querer y respetar como el más noble y sagrado emblema de la pátria, del honor y la lealtad.

Silenciosos como estátuas permanecían los "batuecos„ presentes, cuando el alcalde de barrio Juan Gadea, un segundo ó tercer Torres sin sable, que tambien se parece algo al Sér Supremo por encontrarse en todas partes, cansado de no meter baza ó no pudiendo resistir más su impaciencia de bullir y de que se supiera se hallaba en el salon, tomó fuerzas y soltó..... un despropósito.

—Sr. Guillelmi—dijo con voz campanuda—serán verdaderas sus palabras, pero frente á las palabras se encuentran los hechos, y los hechos, desgraciadamente más persuasivos que las razones, le condenan sin apelación.

Mientras ha esquivado el trato de los patriotas y rehuido su apoyo, buscó la amistad y ayuda de los afrancesados.

¿A cuento de qué, si no, las visitas que casi á diario le ha hecho el franc-masón D. Dionisio? Este y otros cuyos nombres y condiciones, por cierto bien poco honrosas, no ignoramos, se constituyeron en espías de los patriotas y por ellos únicamente se enteró V. de los propósitos é intenciones que los patriotas abrigan.

—Soy cristiano y caballero—respondió Guillelmi—y bajo la religión del juramento he negado los

hechos que se me atribuyen: no necesito por consecuencia reproducir mis negativas. Si V. y otros supieron que D. Dionisio y algunos más conspiraban, el deber de velar por la seguridad de la pátria les obligaba á denunciarlos. Si los intentos de esos revoltosos se dirigían á subvertir las bases fundamentales de nuestra monarquía, yo fuera el primero que habría requerido á los encargados de hacer cumplir la ley para que la aplicaran rigurosamente.

Mis entrevistas con D. Dionisio han sido de mera cortesía, y ahora doy en la cuenta de que en mi palacio se ha albergado alguien que, por ignorancia ó malicia, ha interpretado las palabras y acciones en sentido contrario al que tenían.

De todas maneras sufro las consecuencias de mis equivocaciones y no á ustedes, porque carecen de facultades y autoridad, sino á quienes se hallen revestidos de ellas, pediré que se depuren mis actos en forma regular, y si se llega á demostrar y probar que he delinquido, aceptaré resignado el castigo que se me imponga.

—Y desde luego que lo merece V.—continuó Gadea—. Unicamente lo atenúa su calidad de extranjero.....

—Protesto y protestaré siempre contra esa falsedad. De ella parten, repito, muchas de las inculpaciones y cargos que se me dirigen y de ella se han

valido para concitar contra mí enemistades y odios inmerecidos. Soy español por naturaleza.

—No persista V., amigo Gadea, en ese asunto —repuso Fray Mandura.—El Sr. Guillelmi es tan español como nosotros y, sentado esto, se hace necesario fijar con calma y sangre fría hasta qué punto son exactas las acusaciones apasionadas que V. y el señor doctor le dirigen.

Partiendo de que se ha recurrido, no sé por quién, á la superchería de la nacionalidad del Sr. Guillelmi para desprestigiarle, el único defecto que, segun mi leal parecer, ha cometido, consistió en conceder á las ordenanzas más alcance del que realmente tienen. Estas se escribieron y sancionaron para que sirvieran de pauta á las relaciones que deben existir entre las clases y gerarquías del ejército español, debiendo los que las forman atemperar á ellas sus acciones.

El Sr. D. Jorge Juan Guillelmi, lo digo muy alto para que repercuta á la multitud que espera impaciente las decisiones que aquí se adopten, se engañó con la mejor buena fé, y ese engaño involuntario disminuye muchísimo la responsabilidad que ha contraido, interpretando que la obediencia y sumisión que se debe á los superiores gerárquicos del ejército nacional, se había de ampliar sin atenuaciones ni diferencias á los advenedizos mariscales france-

ses y principalmente á Murat, que sobre esos mariscales reune dos títulos más preeminentes: su parentesco próximo al dominador y opresor de Europa, que da ó quita cetros y coronas, y el representar á ese malvado césar en las muchas y variadas cuestiones, asuntos é intereses comunes á las dos naciones, que plantearon y crearon las malhadadas alianzas que ajustaron y convinieron nuestros embajadores y ministros.

El erróneo principio decidió á obrar al Sr. Guillelmi en desconformidad con las tendencias y aspiraciones de nuestro país, lo cual, aunque grave aparentemente, queda reducido á pequeñísimas proporciones si se reflexiona que autoridades superiores á la suya, incluso la junta suprema de Madrid, se portaron de igual modo.

No fantaseo. La religión y la equidad, mal que sepa á nuestro españolismo y á nuestra franqueza, que no admite fórmulas de doble sentido y da á las cosas su verdadero nombre, llamando falsía á lo que es falso, mentira á lo que no es verdad y traición al quebrantamiento de la fidelidad que se prometió guardar, esas equidad y religión me obligan á sincerar al general, que las circunstancias, mejor que sus propias acciones, precipitaron de las alturas del mando militar superior de esta región aragonesa, convirtiéndolo en blanco de las iras de gran

número de los habitantes de nuestra gran capital.

La sinceridad con que hablo á ustedes, ya que no la misión que he recibido de un Dios misericordioso y protector de los desgraciados, dispensa y cohonesta mi defensa, tanto más simpática cuanto se refiere á un general que ajustando su proceder á móviles hidalgos y generosos, no obstante saber que se trabajaba activamente para removerle de su elevado puesto, no hizo derramar una lágrima ni perjudicó á nadie, persiguiendo, encausando ó encarcelando, como podía, á los leales patriotas que se comprometieron en esos trabajos, nobilísimos por las ideas que los informan y por las consecuencias y fines nobilísimos y salvadores.

Un rumor, no sé si de agrado ó descontento, acogió las palabras de Fr. Mandura, que robusteció con nuevas razones Cerezo ó Ciruelo.

—Convincentes y cual corresponden á la grandeza del corazon de los zaragozanos—dijo éste—han sido los razonamientos del virtuoso P. Mandura, pareciéndome que se ha dicho lo suficiente para que no se vuelva á tratar de la conducta pasada del señor Guillelmi, quien, segun mi entender, conforme de medio á medio con las ideas de su paternidad, no ha cometido más delito que el haberse manifestado demasiado obediente y dócil al gabacho Murat.

—Usted, D. Mariano,— insistió Gadea—y otros

juzgan con demasiada blandura al Sr. Guillelmi, porque creen que no delinquió ó, si faltó, fué en materia poco importante; pero otros que se encuentran en este salon y la mayor parte de los que se impacientan fuera del castillo opinan lo contrario. La negativa del general á dar las armas al paisanaje, constando como consta que la división del general Lefebvre se prepara para apoderarse de Zaragoza, es un hecho que no tiene disculpa, y más si se considera que esta ciudad no cuenta con otra guarnición que los fusileros del coronel Torres, unos pocos artilleros que, aunque valerosos y decididos, no son bastantes para servir las piezas y algunos soldados, transeuntes unos y convalecientes otros.

—Mi negativa, Sr. Gadea—contestó Guillelmi—es racional y no se halla destituida de fundamento. Aunque conozco los inconvenientes que se me pueden originar de insistir en ideas que he expresado en diferentes ocasiones y los resultados que pudieran producirme palabras que me han oido ustedes no hace muchas horas, mi amor á Zaragoza y á sus honrados habitantes me obliga á repetirlas. Reconozco su valor, sé que si llega la ocasión no les faltará ánimo para resistir, me consta que el ejército francés encontrará grandes obstáculos, estoy convencido de que si esas fuerzas consiguen posesionarse de Zaragoza será despues de muchos y san-

grientos combates; pero á pesar de que creo todo eso y mucho más que callo, parécenme inútiles las armas en manos de quienes ignoran su manejo, siendo mi opinión que la defensa de la capital, en el caso de que se la sitiase, debe confiarse primera y principalmente al ejército, que de un momento á otro reforzará la guarnición, y tiempo de sobra habrá entre tanto para distribuir fusiles á los paisanos y enseñarles cómo deben utilizarse.

—Siempre, siempre la misma cantinela—exclamó Gadea.—¿Y tenemos paciencia para tolerarla? Ese italiano continúa burlándose, sin que recapacite que pueden concluir los respetos y consideraciones que se le tienen y.....

—No siga V., Gadea, y le suplico suprima el calificativo de italiano, porque no es verdadero—dijo Ciruelo ó Cerezo.

Y dirigiéndose al general, añadió:

—No tolero ni admito más réplicas. Usted ha venido al castillo para presenciar y dar fé en su dia de que el reparto de armas se ha verificado en forma regular y con el orden debido. Por última vez intimo á V. en nombre de la pátria y el rey cautivo, que me entregue las llaves de los depósitos.

Gritos, apóstrofes, insultos á Guillelmi, voces de sangre y exterminio á los franceses y afrancesados,

y algun juramento, dados por hombres y mujeres, alteraron la tranquilidad de las plazas del castillo, extendiéndose por las escaleras y galerías.

Sospeché que el pueblo había allanado la fortaleza; pero no era así. Producían la algarabía unos cincuenta "baturros„ que seguían á tres alcaldes de barrio que no conozco, al estudiante navarro Fermin, al estúpido *Colambres*, arriero de Muel, á Bárbara la *Canija* ó *Emplumada*, á Serapia la *Trapera* y á Juana la *Montañesa*, amazonas de basquiñas y chapines de la augusta señora doña Josefa Vicente, futura Cenobia del país de las "judías sin hilo„ y de las calabazas vinateras. Metiéronse de rondon en la sala, no sin que armaran antes una chillería de quinientos mil Luzbeles y achucharan á los Torres, á los flamantes Torres, á los Torres imprescindibles y ultranecesarios, que encarándose con aquellos bárbaros de navaja y manta, les recomendaron se reportaran y guardasen respeto á Guillelmi, á Cerezo ó Ciruelo, al tio *Cuello corto* y sobre todo al sitio donde nos encontrábamos, honrado y santificado, segun digeron los ilustrados Torres, por el nacimiento de una santa Isabel que fué reina de los portuguesiños.

—No menten ahora, que no es ocasión propicia para rezos ni meditaciones,—dijo Fermin—reyes ni vasallos pecadores ni santos que bien se hallan

donde el Todopoderoso y sus vicios ó virtudes los llevaron, y óiganme, principalmente D. Mariano Cerezo y el tio Jorge. El pueblo, reunido delante del castillo, nos ha comisionado para que les expusiéramos sus deseos de que termine pronto esta junta y se distribuyan las armas, á fin de que no sobrevenga la noche y con ella se aumenten las complicaciones, peligros y dificultades, pues á medida que se suceden las horas, se impacientan más los ánimos, repítese mucho la palabra traición, crecen las desconfianzas y temores de que se burlen otra vez las aspiraciones de los patriotas, que con seguridad hubieran allanado este edificio á no fiar en la lealtad de los que aquí se encuentran, y se habla y se insiste y se asegura y es asunto que debe moverles á resolver pronto, que los afrancesados y algunos franceses se mueven y agitan en las sombras y que se aprovecharán de las tinieblas nocturnas para satisfacer su venganza en algunos patriotas, añadiéndose que uno de los designados es el cirujano Botaya.

—¡Por el sacro nombre!—interrumpió Santamaría.—Se conoce que esos infames han concebido algun proyecto diabólico, y para cohonestar su realización inventan esos embustes.

—Pues qué te figurabas, amigo—replicó Pepet. —Sé que existe el proyecto de exterminar á unos

cuantos franceses, entre los cuales te hallas tú, y á todos los afrancesados. Felicítate y felicitémonos de que son muy contados, despreciables y mal vistos los que desean la matanza, mientras que ascienden á muchos miles y de todas clases, sin excluir á los principales jefes, los que opinan que debe protegerse á todo trance las personas, intereses, libertad y propiedades de tus paisanos y que hoy por hoy solo debe fiscalizarse á los que simpatizan con vuestras ideas.

—Eres el mismísimo Satanás en persona—dijo Agustín,—¿Cómo te arreglas para profundizar tan hondo en los planes de esos *belitres?*

—Si creyerámos en duendes ó brujas—añadió el francés—teníamos motivos para sospechar que eras uno de ellos. ¡Por el sacro nombre! ¿Quién te pone al corriente de esos secretos?

—Ya os lo dije—contestó Pepet.—Si continuais interrumpiéndome no terminaré hasta mañana. Os repetia lo que manifestó Fermin á Cerezo ó Ciruelo y al tio Jorge, añadiendo que apenas dejó de hablar ese navarro que, dicho de pasada, sospecho que nos dará que sentir, el alcalde del Arrabal Miguel Mur añadió:

—Por diferentes personas de probada honradez hemos recibido varios alcaldes idénticas noticias á las comunicadas por ese jóven. Encargado por algunas

de esas personas, alcaldes y mayordomos de los gremios para que me avistara con ustedes, resumiré en pocas palabras el parecer de todos ellos. La confianza que inspiran D. Mariano y el tio Jorge y el amor que han demostrado á la religión, á la pátria y al rey prisionero, reclaman que suprimiendo discusiones y polémicas, organicen desde esta misma tarde guardias, retenes y patrullas de paisanos armados y que citen y reunan á los jefes y oficiales retirados y algunos del heróico cuerpo de artillería y les encarguen el estudio de un plan de fortificación para ejecutarlo cuanto antes.

—El *siñor* Mur—balbuceó *Colambres*—habla como un *dotor*, y tambien *hi* de *dicir* que *hi* oido con estas *mesmas* orejas que *naide* ni *denguno* conseguirá que *dempues* de achicharrarnos todo el santo día en la calle, nos *golvamos* á casa con los brazos *cruzaus*.

—Difícil es el trance—repuso el verdinegro de San Lázaro—y por minutos apremia la terminación de este asunto. Y puesto que ninguno con mayores títulos y garantías que D. Mariano y el tio Jorge pueden conseguir que los riesgos y peligros no se conviertan la noche que viene en dolorosas y tristes realidades, decídanse por el Cristo de La-Seo de una vez y se lo agradeceremos todos los zaragozanos.

—Si el tio Jorge y D. Mariano—replicó Gadea—no se resuelven á la ejecución de lo que se ha expuesto hasta la saciedad, sospecho que tendremos que lamentar y llorar algunas desgracias. Las dudas y vacilaciones en esta ocasión ocasionarán efectos contraproducentes, acarreando consecuencias funestas.

—¡Por los clavos de Cristo!—exclamó la *Canija:*—me horrorizo al pensar lo que puede ocurrir si se dá lugar á que la noche sorprenda á los paisanos sin armas.

—Usted, D. Mariano y V., tio Jorge—indicó Juana la *Montañesa*—no saben el *toli toli* que hay fuera del castillo. Les pedimos todos por la Vírgen Santísima del Pilar que no se expongan á que las lenguas de muchos los lleven y traigan y que se diga que juegan á falsos compañeros.

—Y que lo dirán, repeineta, como si lo estuvierán oyendo—añadió Estefanía la *Trapera.*

Y mientras tales cosas ocurrian, el eco de ¡armas! ¡armas!, que al principio llegaba débil y confuso al salon, tomó cuerpo paulatinamente, oyéndose al fin amenazador y formidable.

Levantáronse de sus sillas el tio Jorge y Ciruelo y acercándose éste á los necesarios, flamantes, bizarros y heróicos Torres, ordenoles como capitán general en mando con estas palabras:

—Avisen presto al señor gobernador del castillo para que sin demora se me presente con todas las llaves del edificio.

Y volviéndose á Guillelmi, añadió:

—Señor general, el coronel D. Vicente Bustamente recibió de V. las llaves y V., en cumplimiento de la voluntad de los vecinos de Zaragoza, me las entregará. Queda V. relevado desde este instante de toda responsabilidad y le requiero para que me acompañe y presencie el acto que realizo ante los peligros que corren España, su libertad é independencia y obedeciendo al deber que estas me imponen y estrechado por los deseos del pueblo que lo demanda.

—Y la lealtad y deseos de los zaragozanos, añado yo—dijo Pepet—y el amor al desventurado rey cautivo, á ese pobrecico monarca que habita suntuoso palacio y se recrea y goza comiendo opíparamente y recibiendo los obsequios de la generosa parentela del vencedor de Europa, á quien adula, y de hermosas damas, y los malditos franceses y los afrancesados libertinos y traidores y la defensa de la sacrosanta religión católica y la impiedad de los franc-masones y los vendidos al oro napoleónico y otras mil zarandajas y frases que están de moda y no cesan de repetir esos mostrencos, han servido á maravilla para que se consumara el pen-

samiento del tamañito Capistros, acogido y apoyado por Ciruelo, *Cuello corto*, *Taravilla*, *Colambres*, el barbero, la *Canija*, la *Trapera* y otras miles de señoras y caballeros tan ilustres, poderosos, valientes y sabios cual estos, que en su agreste ignorancia creen es tan fácil y hacedero combatir y triunfar de Napoleón como hacedero y fácil fué quemar el retrato de Godoy, burlarse y satirizar á Guillelmi con tonadillas y cantares, romper los vidrios de los balcones, amedrentar á los pusilánimes y tímidos, invadir sin resistencia ni lucha el castillo y distribuirse las armas.

Mas iba diciendo que salieron los serviciales y esforzados Torres, volviendo á entrar poco después en el salon acompañados de Bustamante, gobernador del castillo, que traia las llaves, y cuadráronse éste y aquéllos, semejándose á reclutas, ante Ciruelo. Y recibidas de manos de Guillelmi las llaves que le había entregado el gobernador por el mismo Ciruelo, por este nuevo bruto que para ser tal se parece hasta en el cargo que se ha impuesto á uno del mismo nombre que capitaneó á los romanos en aquella asonada que promovieron cuando se retiraron á la colina, monte ó montaña sagrada, se puso en marcha diciendonos:

—Síganme.

—Caracoles, y qué fogosas y entusiastas y bra-

vas son las zaragozanas y qué decididos, arriesgados y valientes son los zaragozanos. Los que allí se encontraban ¡vaya una taifa! rompieron en una *escandalera* tan fenomenal de gritos, voces y aplausos, que al pronto creíme trasportado á una de las danzas con que se divierten los súbditos de D. Pedro Botero, á quien tan mala voluntad tienen todos los que se visten por la cabeza ó que me encontraba en uno de los aquelarres de los brujos y brujas cuando se congregan en las eras de Tolosa.

El estampido de mil cañones, obuses y morteros disparados á un tiempo, el mugido del huracan arrancando techos y chimeneas y tronchando álamos y chopos, el estruendo de los rios, acequias y torrentes al desbordarse y arrastrar piedras, troncos y cañares, el volteo de todas las campanas de las muchas iglesias y conventos de Zaragoza, el sonido de miles y miles de mallos en miles y miles de yunques, todos estos estruendos, estrépitos y sonidos de una vez, serian débil remedo del alboroto y zambra con que demostró su satisfacción la taifa de fuera y dentro del castillo, cuando Ciruelo y *Cuello corto*, esos dos energúmenos exaltados por el fanatismo, abandonando el salon y bajando á las plazas, ordenaron se abrieran los depósitos de armas y que la muchedumbre esparcida por la esplanada entrase á recibirlas.

Los chicos y las mujeres pugnaban por anticiparse á los hombres, los viejos á los mancebos, los curas y frailes á los seglares, el enfermizo al robusto, los abogados, catedráticos y empleados á los braceros y menestrales, queriendo ser todos los primeros en tener un fusil, y como por escotillon, sin dar aviso de que vinieran, aparecieron carros, carretas, bolquetes, caballos y asnos para trasportar armas donde se les mandase, y el ir y venir y el correr y el agitarse y el bracear y los agudos chillidos de las hembras y las vozarronas de los varones y el cantar de los de buen humor y el gruñir de los desabridos, armaron una bataola de todos los demonios, imponente, terrible y amenazadora, capaz de espantar el más sereno, animado y valiente.

Todos querian entrar de una vez. Todos se esforzaban para cruzar cuanto antes el endeble puente de ladrillo. ¡Cuánto hubiera gozado si se hubiera venido al foso y con él la multitud apiñada que se empujaba para pasarlo! Más no tuve ese placer. El doctor Capistros, á quien Luzbel ciegue y prive del raciocinio, comprendió el peligro de que se desmoronasen sus pilares en fuerza del enorme peso y pasados los primeros momentos del vértigo por introducirse en la fortaleza, consiguió que la muchedumbre se fraccionara y lo cruzara en pequeños pelotones.

Alla quedan. Dentro de poco esos grupos de ignorantes y fanáticos, constituidos en compañías, batallones y regimientos, ocuparán la campiña, las puertas, calles y plazas de esta capital y puede asegurarse que al júbilo y alegría de haber logrado su propósito, seguirán el frenesí y ardor de apercibirse, temiéndome que el primer pensamiento que pondrán en ejecución consistirá en inutilizar, cuando no en destruir, á todos los que sospechan que son y serán instrumentos y cooperadores de los diplomáticos, soldados y generales de Napoleón.

La noche que se avecina promete ser terrible. Las explosiones de eso que llaman sentimiento español, impresionado por el convencimiento de que el triunfo del gran emperador entraña la desaparición del poder del clero y de la aristocracia, la libertad de conciencia, la muerte de muchas instituciones y rutinas y el cambio de costumbres y leyes, esas explosiones del sentimiento español que vé en perspectiva ese cúmulo de inovaciones, segun nosotros, y desdichas segun los patriotas, abortarán las pasiones más feroces y sanguinarias.

—Tienes razón, Pepet—dijo Agustin.

—Lo mismo pienso yo—añadió Santamaría.

—Y lo mismo deben pensar y temer todos los que discurran con cordura y sensatez—repuso el catalan.

—¿Qué hacemos en esta situación? —preguntó Agustin.

—Lo que se ha dicho—respondió Pepet—ó por lo menos se ha indicado anteriormente si no me equivoco. Vosotros permanecereis aquí hasta que las sombras de la noche protejan la salida y retirada á un punto seguro á donde no puedan llegar las miradas de los patriotas, manteniéndoos en él sin dejaros ver hasta que disminuya la cerrazón del horizonte y descargueń las primeras centellas de la cólera de esos bergantes.

—Paréceme conveniente y aun necesaria la idea —replicó Agustin—. ¿Y tú?

—No os preocupeis por mí—continuó el catalan—. Yo seguiré sirviéndome de los enemigos para todo lo que pueda ser útil á los amigos é ideas que sustentamos, y como para este fin no hay mejor salvo conducto que "patriotear„ mucho ó, hablando más claro, que mostrarse decidido y entusiasta defensor de la religión, de la independencia de la pátria y del rey, me alistaré en el batallón de los más fogosos, intrigaré para que se sospeche de los discretos y prudentes, me espontanearé á fin de prestar los servicios que se requieran, y aquí una noticia, allí un rumor, acá un indicio, acullá media espresión, sabré todo lo que ocurra, me enteraré de cuanto se disponga y, sabiéndolo yo, lo conocereis

vosotros y todos los amigos, á cuyo efecto antes de separarnos convendremos en principio el medio de que nos hemos de valer para comunicarnos, de todo lo cual daré lo antes posible conocimieuto á don Dionisio, á fin de que los trabajos no sufran interrupción.

Excelente idea—balbuceó Agustin—digna de tu perspicaz inteligencia y de tu hábil ingenio.

—Pero aunque buena, no exenta de peligros y abundante en dificultades—indicó Santamaría.

—Lo sé y por esto mismo trataré de vencer los primeros y superar á las segundas, que para las circonstancias comprometidas se necesitan la habilidad y el conocimiento—añadió Pepet.—Pero dejáudonos de unos y otras, de interrupciones y de alabanzas, vamos al grano, que la tarea es larga y estamos perdiendo un tiempo percioso, y el grano en esta ocasión consiste en que me indiqueis pronto, prontito, ese medio.

—No lo encuentro—dijo Agustin.

—Ni yo tampoco por ahora—manifestó Santamaría.—El asunto merece ser meditado con detención, no siendo fácil en este momento determinar ni el punto donde nos ocultaremos, ni menos decir cuál será el hombre de confianza para que nos sirva de intermediario contigo.

—Reflexiona, Santamaría,—repitió Pepet—que

la noche se aproxima y que si proseguimos divagando nos faltará tiempo para fijar este extremo.

—Por mi parte—dijo Santamaría—indícalo tú.

—Tambien por mí—añadió Agustin.

—Parece mentira—manifestó Pepet—que ninguno de los tres hayamos pensado en un amigo que nos servirá excelentemente en el asunto. *El Socarrado* y no otro, si es que por ahora lo dejan tranquilo en su casa, podrá ser el conducto por donde os trasmita las noticias y vosotros á mí las impresiones y deseos.

—Sea—dijo Santamaría.

—Alguna observación tendría que hacer—replicó Agustin—acerca del *Socarrado*, no obstante hallarse unido á nosotros por juramentos y compromisos; pero no soy de los que gustan suscitar dificultades y por eso y para no prolongar la conversación me la reservo. Pareciéndoos bien que sea el *Socarrado* nuestro intermediario, asiento á vuestro dictámen y salga lo que saliere.

—Esta noche me avistaré con él—añadió Pepet—y quedaremos acordes respecto al particular. Conque, amigos, hasta la primera y separémonos brindando por el triunfo del gran Napoleón.

—Brindemos por ese genio—respondieron los otros, y chocaron una, dos y tres veces los vasos, saliendo Pepet de la tienda y yo permanecí sin moverme escuchando.

La tia *Almoldana*, que hasta entonces había guardado silencio, bostezó y tras el bostezo dijo:

—Me parece, repuñales, que teneis ciego el meollo cuando no pensais en que la confianza que tiene ese catalan trapisondista de continuar engañando á los patriotas, por más que sean tan brutos é ignorantes como un cerrojo, es algo sospechosa. Mujer soy y mi tozuelo se halla tan hueco como un tonel sin vino; pero, repuñales, mucho será que al último no salga verdad mi idea, de que ese *noy*, que ya os jugó una partida serrana, que se sepa, alcahueteando á Capistros, segun digisteis, no sé qué noticias, mucho será que no os juegue otras, porque el que malas mañas ha, tarde ó nunca las olvida.

—Cállese la vieja—gruñó Santamaría—y no se meta donde no le llaman ni le importa.

—Cállese el francés—respondió la *Almoldana*.—Aunque se incomode y estalle como un *güete*, no por él, que así se lo lleven doscientos mil demonios, sino por ese desgraciado Agustin, á quien *la Pelaira* y Garradevora han empentado á estos belenes y líos, repito que ese *noy* me parece un tuno trapisondista y alcahuete de los patriotas cuando se halla con los afrancesados y de los afrancesados cuando se halla con los patriotas. Ni por los unos ni por los otros, repuñalero Baco, apostaría un maravedí y no sería Antonia *la Almoldana* la que lloraría una *glarima*

aunque todos estuvieran en los infiernos. ¿Lo entiende, Santamaría? porque si es sordo de moda volveré á decirlo más fuerte, pues yo soy así y no aguanto, repuñalero Baco, una mala contestación ni aun del mismo corregidor.

—¡Por el sacro nombre!—exclamó Santamaría—Esta vieja sucia y zafia.....

Agriárase más la disputa y Dios sabe cómo hubiera terminado, pues *la Almoldana* era terca, feroz y violenta, y no cedía fácilmente, exaltándose por el contrario hasta lo indecible cuando se la contrariaba ó insultaba, si no vinieran á cortarla tres patriotas armados de fusiles que, entrando en la tienda, pidieron de comer y beber.

Retireme de la puerta y volvime á mi sitio. Pronto penetraron los recien venidos en el comedor con una botella, bacalao y pan, y sin que les llamara la atención mi presencia, sentáronse y el uno dijo en voz baja á los otros dos:

—¿Le conoceis?

—Sí—respondieron.—Es el—añadió uno de los interpelados—gordo con pendientes que se halla ahí fuera. El otro—prosiguió—es aquel granuja estudiante de leyes que hace algun tiempo se dijo quería matar al caritativo y sabio P. Faustino Garroverea y al Sr. Leon *el pelaire*, porque éste no lo dejó casar con su hija.

—Pues lo que es de esta me parece que ni ese pillo estudiante tornará á desear cumplir su propósito, ni ese ladron usurero francés se dará el gustico de lavarse las manos en la sangre de los zaragozanos. Duro y á la nuca como á los conejos.

—¿Pero estás seguro, Teodoro, de que ha proferido esa barbaridad Santamaría?

—Seguro, segurísimo. Ese mozo del Arrabal á quien llaman *el Algezonero*, que es incapaz de mentir ni aun por sacar todas las ánimas benditas del purgatorio, ha dicho en el castillo delante de todos los que han querido oirlo, que el gabacho soltó esa expresión, y viendo yo que D. Mariano Cerezo se ha hecho el sueco para castigarlo, he hablado del asunto á vosotros, á *Tintan* y á todos los demás que guardan las esquinas cercanas, para que no se escape, y esta noche habrá fiesta en los infiernos porque allí irá sin remisión ese avaro que despues de chupar con "usurerías„ mucha sangre de los pobres, aún tiene la intención de mojarse las manotas en la poca que les queda.

—Sus razones tendrá D. Mariano Cerezo —observó el que hasta entonces no había hablado— cuando interesándose tanto como se interesa por la seguridad de los zaragozanos y trabajando tanto como trabaja contra franceses y afrancesados, no ha dispuesto se prendiera á ese desbocarrado fanfarron.

Me parece, Teodoro, que debiéramos presentarlo vivo á D. Mariano, pues no creo muy conforme que nos tomemos la justicia por nuestras propias manos y sería bochornoso el que nos vengáramos los tres de esos dos perdidos y además de bochornoso nos lo reprobarían todos.

—¿De dónde infieres, Nicolás,—preguntó Teodoro—que los tres hemos de arreglar las últimas cuentas á esos dos pillos? Este asunto queda á mi cargo, y si me habeis acompañado á esta leonera ha sido porque creí que habría reunidos más traidores. Podeis marcharos, si gustais, y para que en ningun tiempo se murmure de que me aprovecho de la ventaja de que me guardan la espalda, hacedme el favor de indicar á *Tintan* y á todos los demás que se retiren.

—Eso nunca—respondió Nicolás.—Ni nos marchamos ni consentiremos cargues tu conciencia con un hecho que reprueban la religión, esa bendita Vírgen y todos los habitantes de esta noble ciudad. Han cometido un delito y conspiran esos bandidos; pues á la justicia con ellos. Esta se encargará de castigarlos y nosotros habremos cumplido con el deber que nos impone la seguridad de Zaragoza. La sangre derramada por otras manos que las del verdugo, siempre mancha: no seamos nosotros, amigo Teodoro, los que echemos un borron sobre nuestro pue-

blo honrado, cebándonos en dos traidores indefensos.

—Música, música, son, Nicolás, todas esas filosofías y "bulos.„ No porfíes con otros nuevos, porque no he de hacer caso ni conseguirás que desista de la intención de acogotar y cortar el "gargüelo„ á ese guarro francés, que no contento con haber engordado y hacerse riquísimo tragándose la sustancia de los trabajadores, aún se las echa de valiente, guapo y bravucon. Segunda vez os pido que me dejeis solo y digais á los que se han quedado fuera que se marchen, pues mientras para nada sirven aquí, los necesitarán seguramente en otro punto, y no vuelvas á fastidiarme hablando de generosidades, misericordia ni noblezas para ese grandísimo pillo que no las tuvo con sus deudores, á quienes prestó al setenta y ochenta por ciento, vendiendo á los que no pudieron pagarle hasta la última "hilacha„ de sus casas y trata por contera á sus jornaleros como á negros del Africa.

Y Teodoro persistiendo y Nicolás y el otro á quien apodaban el *Soguero* insistiendo para conseguir desistiera, declinó la tarde, ocultose el último rayo del sol que por la ventana desparramaba su claridad en el cuartucho, agrandáronse las sombras de los objetos de este en la semioscuridad, iluminándonos las trémulas lucecitas de las dos lámparas.

Un rumor semejante á la onda del vendabal que se aproxima preludiando el retumbante trueno y el rayo amarillento que rasga la nube y hiende la atmósfera llegó á mis oidos. Acentuándose y oyéndose más claro el rumor por instantes y creciendo, creciendo, se convirtió en estruendo terrible y pavoroso.

Me asomé á la ventana y ví pasar á todo correr grupos de patriotas armados, hombres, mujeres y chiquillos arrastrando cañones, cureñas y armones, y caballerías, carros y "bolquetes„ que trasportaban fusiles, bayonetas, machetes, sables, sacos de arena, bombas, granadas y cajas de cartuchos, imprimiendo tintes más negros al espectáculo bélico los incesantes vivas y mueras.

Desprendiéronse de los grupos algunos patriotas y se detuvieron delante de la puerta: reuniéronseles otros que salieron por las boca calles y azaguanes inmediatos y sentí peso, un enorme peso en el corazon, y dolor, mucho dolor en las sienes, y se presentó á mi imaginación borroso, vago, envuelto en nieblas, un drama terrorífico y espeluznante, cuyo prólogo se iniciaba con sangre.

Un ¡mueran los afrancesados y Santamaría!, sombrío como el génio de la destrucción y penetrante como la corneta que manda á las armas que arrojen el hierro y el plomo que destruye, rasga, quebranta, hiere y mata, vibró amenazador en el espa-

cio, y eco de su eco fueron cientos de voces que contestaron ¡matadlos! ¡matadlos! y ¡mueran! ¡mueran! repitieron otras muchas desde las ventanas y balcones.

Al oirlas Teodoro, Nicolás y el *Soguero* se levantaron y yo tambien, salvamos la puerta y saliendo á la tienda, en la que los mecheros de un gran belon de bronce derramaban sus resplandores, dirigiose el primero de aquellos, resuelto y enconado al francés y Agustin, intimándoles:

—Preparaos, infames. Ha llegado el término de vuestras traiciones y delitos. Yo, miradme cara á cara, que soy uno de los leales en cuya sangre, ladron Santamaría, deseas lavar tus manazas, os voy á exterminar arrancándoos el corazon.

Y montando el gatillo del fusil, al hacer ademan de apoyarlo en el hombro y apuntarles, interpúsose Nicolás entre él y el afrancesado y el francés que seguían sentados, y exclamó con energía:

—¡Atrás, Teodoro! Desmonta ese gatillo y baja el arma.

Indigno é impropio es de hombres de corazón y de cristianos á quienes se dió un fusil para pelear por la religión, la pátria y el rey, querer matar como á perros rabiosos á dos conspiradores desarmados. Mi cuerpo escuda los suyos y antes, si te atreves, me asesinarás á mí que soy tu amigo, que

derramarás la sangre de ellos. ¡Atrás, Teodoro! ¿Quién eres tú para usurpar el poder á Dios y á la justicia, matando á esos villanos indefensos?

La *Almoldana*, que, ante el imprevisto suceso, acometida, intimación y fiereza de Teodoro y alboroto del gentío que arremolinado en la puerta no cesaba de pedir la sangre del francés, se había acurrucado detrás del mostrador, irguióse de repente, cogió con la mano derecha una cuchilla de cortar carne, salió presurosa del sitio en que se encontraba y, mirándonos iracunda á todos, se aproximó donde nos hallábamos, y separando bruscamente á Nicolás, que protegía con su cuerpo á Santamaría y Agustín, tomó con su izquierda el brazo derecho de éste, levántolo de la silla y medio arrastrando lo colocó delante de Teodoro, diciendo á éste:

—Usted, repuñales, debe ser un cobarde. Los que no tienen en sus venas sangre de chufas riñen con armas iguales, cuerpo á cuerpo y no asesinan á las criaturas, ni á las mujeres, ni locos. V., repuñalero dios Baco, es un gallina que vá á quitar la vida á este loco sin armas. Tire, dispare, señor majo, si tiene pecho, pero cuide en acertar á la primera, porque si no, repuñales, lo degüello como á un cochino.

Y los ojos de aquella furia que continuó insul-

tando desdeñosamente al patriota, brillaban cual los de un tigre que en oscura noche se desliza hambriento por la selva para cazar á otra fiera.

—Mala mujer—balbuceó sombriamente Teodoro—yo mato cara á cara. Retírese de ahí, asquerosa bruja, y dejadme vosotros solo con esos infames, de cuya sangre he de beber.

Y lanzando el fusil abalanzose de un salto sobre la *Almoldana*, la cual le tiró un tajo infiriéndole una pequeña herida en la mandíbula derecha, derribola en el suelo y después de largo forcejear sujetóla poniendo las rodillas en su pecho, le quitó el arma y atándole las muñecas con un pañuelo que sacó del bolsillo, la levantó y arrojó como un fardo dentro del comedor.

—¡Fuera de aquí!—continuó gritando frenético y demente Teodoro.—¡Fuera de aquí! ¡Tengo sed! ¡Quiero beber la sangre de esos cobardes traidores! No os opongais, que no cederé; marchaos pronto; salid cuanto antes de aquí si no quereis que os trate como á esos cobardes, asesinos y bandidos.

Y alzando la cuchilla adelántose hácia Nicolás, que continuaba inmóvil y tranquilo en su sitio: dió éste su fusil á el *Soguero* y resuelto exclamó:

—Si en tu exaltación, Teodoro, tienes sed de sangre, hiéreme y mátame y bebe de la mia; pero no toques á esos miserables desgraciados, cuyas vidas

son sagradas. Están en la ciudad de los valientes y de los hombres honrados, y el honor de Zaragoza y la bendita cruz del Santo Cristo de La-Seo y el sacrosanto pilar de la Vírgen los protegen.

La invocación de esos venerandos simulacros, al igual que si hubiera descendido el ángel de la misericordia envuelto en su cándida vestidura y rodeado de esplendorosas nubes para alcanzar el perdon de los culpables, ablandaron el corazón del patriota, que retrocediendo visiblemente emocionado y silencioso se acercó al mostrador, dejó en él la cuchilla y cogiendo de nuevo el fusil, entró en el comedor, sentose en uno de sus bancos y fijó sus ojos en la Vírgen del Cármen, mientras la *Almoldana*, blasfemando y maldiciendo, se revolcaba en el charco de sangre que fluia de la herida que se hizo en la frente al ser arrojada por Teodoro.

La muchedumbre que se agolpaba en la puerta iba aumentando, y en proporción de que se aumentaba crecian los rumores y murmullos y los vivas y mueras aterradores continuaban.

Y seguian, la *Almoldana* agitándose y maldiciendo, Teodoro sin separar la vista de la imágen, Agustín y Santamaría no atreviéndose á chistar ni moverse, Nicolás apoyando el brazo y la frente en la boca del fusil, el *Soguero*, terciado el suyo, de pié en el centro de la tienda, y yo reflexionando que

mis palabras, repetidas por el *Algezonero*, habían originado el conflicto que, en mi entender, no tardaría á reproducirse más formidable, sin que comprendiera ni me explicara por qué la multitud no había penetrado furiosa en la tasca.

Los gritos "que viene D. Rafael Franco, que viene, que viene„ distrajéronme de mis pensamientos, y poco despues apareció en el dintel de la puerta de entrada la grave persona del decano del Ayuntamiento, ciñendo sable y llevando en el cinto dos pistolas. Ordenó al pregonero que le seguía diera la señal de silencio, enmudeció la muchedumbre y el respetable personaje dirigió á ésta la voz diciendo:

—Honrados vecinos de Zaragoza: avisado de que los enemigos de la patria conspiran y que ciertas palabras imprudentes é injuriosas han irritado vuestros ánimos cuando de más calma necesitan, he acudido aquí para averiguar la verdad, asegurándoos que una vez que esta se depure, el culpable ó culpables serán castigados con toda la severidad que mandan las leyes. Estas mismas exigen que en la presente noche, con más razon que nunca, conserveis el orden y tengais mucha calma y prudencia, cuidando principalmente de no abandonaros á extremos que choquen con la generosidad y honradez que tanta fama y gloria han dado á nuestra querida ciudad.

—¡Viva D. Rafael!—gritaron varios.

—¡Viva!—respondieron todos.

Por segunda vez dió el clarin el toque de silencio y el Sr. Franco prosiguió:

—En este mismo momento se comenzarán las averiguaciones, que espero queden terminadas antes del amanecer; pero siendo grave el asunto que las motiva y necesitando de mucha tranquilidad, á fin de que resulten fructuosas, os aconsejo y recomiendo que despejeis esta calle, conserveis el orden, del que sois decididos partidarios, y que sin promover tumultos y omitiendo gritos y vociferaciones que mal se avienen con la seriedad y reflexión, marcheis á recibir instrucciones de los alcaldes y mayordomos de vuestros barrios y gremios respectivos, seguros, porque me conoceis, de que obraré conforme á lo que el honor y la seguridad de la capital reclaman y los intereses que se han confiado á mi autoridad exigen. Marchad á donde os he indicado, en tanto que yo, con el piquete que he traido, me dedicaré sin levantar mano á poner en claro el asunto que tanto os irrita.

El gentío, sensato y obediente á los deseos del ilustre, honradísimo y juicioso decano, manifestados en tan sencilla y concisa forma, despues de vitorearle muchas veces y asociarlo á la adhesión incondicional en favor de la religión, de la patria y

del rey, expresada en términos entusiastas y filiales, se dispersó con el mayor orden, y escoltado el mismo decano por un peloton de patriotas, algunos de los cuales llevaban hachas de viento encendidas, pasó la puerta de la tienda, recibiéndole con los tricornios quitados Nicolás, el *Soguero*, Teodoro y yo, y en pié Agustin y Santamaría.

—En nombre del rey—dijo gravemente D. Rafael—dense todos presos, y los que tengan armas arrójenlas al suelo.

Hecho esto, preguntó:

—¿Dónde está la dueña de la tienda?

—En ese cuarto—respondió Teodoro.

—Que salga inmediatamente. Pero observo que aquí han ocurrido hechos que desconozco y desgracias que se me han ocultado ¿Quién es V. y por qué le han herido?

—Señor—continuó el interpelado—estos dos compañeros—indicando á Nicolás y el *Soguero*—y un servidor de V. S., somos hijos y vecinos de Zaragoza y casados, de oficio conocido y vivimos de nuestro trabajo, como pueden afirmar algunos de su escolta que nos tratan, sin que hasta el presente, á Dios gracias, hayamos sido castigados ni reprendido por falta ó delito alguno. Vinimos á esta tienda porque se nos dijo que los traidores conspiraban, asegurándose de público que esos dos canallas per-

tenecen á ellos, y se nos dijo tambien que el más grueso, que nació en Francia y es conocido por Santamaría, juraba y perjuraba que no cesará de conspirar hasta que corra la sangre de los zaragozanos convertida en arroyos y se lave en ellos las manos.

—Sí, eso exactamente es lo que se me ha denunciado. ¿Pero y esa herida?

—Me la hizo, señor, con una cuchilla la dueña de esta tienda al querer limpiar á Zaragoza de esos infames.

—¿Y esa mujer qué hace, que aun nó se ha presentado?

—Se halla lesionada ahí dentro. La herí involuntariamente despues de maniatarla para defenderme.

—¿Conocen ustedes á estos hombres?—preguntó D. Rafael á los que formaban el piquete.

—Sí, señor—respondieron varios—y podemos dar fé de que son trabajadores honrados y entusiastas partidarios de la religión y del rey.

¿Es cierto—añadió dirigiéndose al fránces y al otro—que la figonera, conocida por la *Almoldana*, hirió á este joven al tiempo de intentar castigar ó vengarse de ustedes?

—Verdad es—respondió Agustin.

—Por lo pronto y mientras no se ordene otra

cosa—repuso D. Rafael—aten á Santamaría y su compañero y custódienlos, no permitiendo que se comuniquen.

—Y V., jóven, ¿qué hacía aquí?—añadió mirándome de alto á bajo.—¿Es V. de Zaragoza ó de fuera? ¿En qué se emplea?

—Señor—le contesté—nací en Perdiguera, curso en la universidad de esta ciudad y sirvo de paje y escribiente al doctor Capistros.

—Hola, hola, ¿con que el criado de mi estimado amigo el gran jurisconsulto frecuenta sitios tan reputados como este? Atad fuertemente á este perillan y vigiladlo no perdiéndolo ni por un momento de vista.

—Señor Franco—repliqué yo—antes de que me trinquen, permítame V. S. dar mis descargos y explicaciones porque, segun he oido á su amigo y mi señor Capistros, no debe sentenciarse á nadie sin oirlo primeramente.

—¿Sí; eh? Tampoco se le condenará sin escucharle, pero preventivamente le atarán hasta que se averigüe si es ó no verdad lo que dice. Hola, hola, seme hace incomprensible que el criado ó paje del gran patriota y sabio legista se encuentre en esta pocilga donde se reclutan traidores entre los presidiarios, ladrones, jugadores, rufianes y otras gentes de mal vivir que la frecuentan. Atenlo fuertemente,

sin contemplaciones ni miramientos y agréguenlo á esos dos hasta que, en vista de lo que resulte, se disponga lo necesario y justo.

A pesar de mis protestas y de las explicaciones que dí acerca de que había acudido á la tasca en las primeras horas de la tarde por mandato de mi señor, para espiar á los traidores, de cuyas conversaciones me enteré, siendo yo, añadí, el que reveló las palabras de Santamaría al *Algezonero*, por el cual las habían conocido los patriotas, el inflexible é inexorable presidente del Ayuntamiento no cedió en su idea ni revocó su orden, y atado codo con codo mandáronme colocar junto al francés y Agustin, que me lanzaban miradas vengativas, sufriendo el bochorno de que algunos patriotas me dirigieran frases y cuchifletas mortificantes que me llegaban al alma y aun uno de ellos se pasó cuatro ó cinco veces la mano por el cuello dándome á entender que yo no lo tenía muy seguro sobre los hombros.

—Procedamos—añadió D. Rafael—á registrar toda la casa, y aunque es de suponer que los conspiradores habrán huido ó si los hay no se resistirán, conviene que vayamos dispuestos y prevenidos.

Y montando una pistola y precedido de un patriota que hacía luz con una de las hachas y de seis más, bayoneta calada, entraron en el comedor.

—¡Un cadáver manchado de sangre!—exclamaron.

—¡El de la *Almoldana!*—repusieron algunos.

—No está muerta—añadió uno que la auscultó: —late su corazón, lo cual me hace creer que á consecuencia de la mucha sangre que le ha salido, se halla acometida de un síncope.

—Que traigan vinagre y agua para rociarle la cara y ver si conseguimos que recobre el sentido—dijo D. Rafael—y vaya uno á toda prisa á buscar un cirujano.

Precipitáronse dos patriotas por la puerta, obedeciendo al humano D. Rafael, pero retrocedieron á la voz de "alto á la justicia„, dada por el juez D. Diego Vadillos, que llegó seguido de varios alguaciles y voluntarios.

—Alto á la justicia—continuó repitiendo sin atreverse á entrar en la tienda—y ténganse presos todos los que se encuentran dentro. ¿Qué hacen esas gentes armadas?—preguntó.

—Bien puede pasar adelante V. S. sin recelo—contestó uno de nuestros vigilantes.—Formamos el piquete que ha venido con el Sr. D. Rafael Franco, que está practicando un registro en la casa.

—¿Qué novedades, D. Rafael, ocurren por aquí?--preguntó el mal humorado Vadillos al decano, que al apercibirse de su presencia había salido del comedor.

—Muchas y graves. Un honrado patriota herido en la mandíbula; mortalmente herida, si no difunta, Antonia la *Almoldana*, dueña del figon, y tres presos. Este perillan, á quien he atado y detenido, como V. S. ve, debe ser un grandísimo bribon y bellaco, que al preguntarle explicó su encuentro en esta cloaca diciendo que nuestro buen amigo el doctor Capistros, á quien sirve de paje ó escribiente, le mandó viniera con objeto de observar si se conspiraba.

—No creo—dijo el juez—que nuestro prudente y probo amigo haya cometido el tamaño disparate de encomendar asunto de tal género á un criado, constándole, como le consta positivamente, que el cumplimiento de su encargo equivaldria á exponer á quien lo desempeñara á ser víctima cruenta de los ladrones y asesinos que aquí se congregan. ¿No le parece á V. S. lo mismo, Sr. D. Rafael?

—Lo mismo exactamente.

—De modo que esta razón no es valedera y apretaré bien los tornillos para que este perillan cante y descubra cuanto sepa, que debe ser mucho, importante y horriblemente misterioso.

—De esos otros dos—continuó Franco—el rechoncho es el célebre francés Santamaría, á quien el vecindario acusa de ser uno de los principales jefes de los afrancesados, hombre violento, temera-

rio, díscolo y bravucon, que no esquiva demostrar públicamente su ódio y saña contra los que no quieren creer en otra religión que en la sacrosanta católica, apostólica y romana, ni someterse á otro monarca que á D. Fernando VII; el famoso Santamaría, repito, que con sus virulencias ha producido el alboroto de esta tarde. Y el tercero, el tercero, que lo habrá V. S. oido nombrar, es un antiguo alumno de leyes de nuestra universidad, loco ó beodo, ó las dos cosas á la vez, que además de haber indignado mucho, muchísimo al vecindario hace algun tiempo por sus persecuciones, insultos y amenazas al buen P. Faustino, del convento de la Vitoria, y al excelente pelaire Sr. Leon, se ha afiliado á la bandera napoleónica.

—Buena caza ha hecho V. S., D. Rafael. Los dos últimos inspiran más cuidado y son más de temer que el falso paje de nuestro amigo, y con energía, con mucha energía y entereza, me prometo descubrir cuanto importe á la seguridad de la ciudad y sus habitantes.

—Desde este momento y no obstante las circunstancias excepcionales en que nos hallamos—terminó diciendo Franco—me creo relevado de proseguir las diligencias, si bien permaneceré aquí por si V. S. considera de alguna utilidad mis servicios.

Practicáronse todas las del caso, interviniendo, á falta de otro, el escribano de los juzgados ordinarios y de provincia D. Francisco López; registrose la casa, fué curada la *Almoldana*, que recobró el sentido y se la condujo al hospital "urbis et orbis„ de Nuestra Señora de Gracia, decretando el juez un auto para que con todas las precauciones y seguridades se nos trasladara á los tres presos al castillo de la Aljafería y nos encerrasen separados en los calabozos más seguros.

Y atado como un malhechor y cercado de bayonetas hubiera ido á posesionarme de mi sombrío alojamiento, si la Providencia, ¿y hay quien duda que existe? benigna madre de los inocentes, no se hubiera acordado del que á la obediencia y pureza de intención unió la temeridad, enviándome un redentor ó mejor dos en las dignísimas y excelentes personas de mi amo y D. Mariano Cerezo, nombrado gobernador del castillo, que apercibidos, aunque tarde, del alboroto popular, acudieron á la tasca.

Se sorprendieron grandemente de encontrarme en aquel estado, ratificaron unánimes mis asertos, no sin que mi amo involucrara en mi defensa fuertes recriminaciones contra los que cometieron el desafuero de amarrarme como á un bandido, enojando y descomponiendo al bondadoso Franco y al

justiciero Vadillos, que castigaba sus descuidos propios arrestándose á sí mismo y detenía á su mujer, si se levantaba tarde, al escribiente si cometia faltas ortográficas y al verdugo si las hopas de los ahorcados tenian algun rasgon ó mancha; ensalzaron hasta el empíreo mis títulos y merecimientos, recompensándome largamente con sus encomios el mal rato que pasé; entregome mi amo un fusil, verdadera monería por su construcción y arma segura y mortífera por su alcance y solidez y nombrándome sargento del piquete que mandaba el capitán D. Pascual Ascaso, encargáronnos á éste y á mí que con todo sigilo y rehuyendo el encuentro de patrullas, retenes y guardias, condujéramos al edificio militar á Santamaría y Agustín.

La atmósfera favorecia la traslación de los presos. Las estrellas y la luna se habian ocultado en tupido cendal negro y profunda oscuridad envolvia á nuestra capital invicta. A lo lejos se oia el alerta de los centinelas y el alto que daban á los transeuntes y patrullas.

Salimos de la tasca llevando en el centro de la fuerza á los presos atados, y deslizándonos entre tinieblas, enderezamos calle de Predicadores arriba. En el centro de la plaza de Santo Domingo irradiaban pálida claridad los restos de una hoguera y divisábanse bultos que se movian y objetos que

permanecian inmóviles. Eran estos un cañon y varias cajas de municiones y aquellos los paisanos que los guardaban.

—Alto, ¿quién vive?—gritó un centinela.

—España—respondió el capitán.

Reconocidos, continuamos nuestra marcha por delante del corral de los Cereros y desembocamos cerca del convento de Santa Inés.

Zaragoza armada velaba.

Ese sér anónimo que todo lo sabe y lo divulga todo y contra el cual nada sirven las precauciones, se nos había anticipado. Así que al llegar á la plaza del Portillo nos pareció ver, y realmente era verdad, un grupo silencioso envuelto en sombras y sombras que se movian y desparramaban en tinieblas. El grupo y el piquete se fueron aproximando y nos cercioramos de que hombres y mujeres formaban el primero porque algunas, muy pocas voces de uno y otro sexo, exclamaron:

—¡Muera Santamaría! ¡matad á ese ladron! ¡reventad á ese usurero! ¡dadle á beber su sangre!

Sombras que se ocultan en tinieblas y entre tinieblas formulan á grito herido un deseo sangriento, siempre constituirán una escena horrible y espantosa.

El conflicto en mi entender se reproducia con circunstancias más horribles.

—¡Muera! ¡muera!—gritaban pocos—¡luz! !luz! —pedian muchísimos.

—Preparen armas—mandó el capitán.

Y los resplandores de sogas impregnadas en resina y los pequeños focos de luz que aparecieron de pronto en los huecos de las casas, nos revelaron que nos encontrábamos frente á frente del enemigo de la tranquilidad y del orden, que andrajoso y repugnante sale de los rincones, de las encrucijadas, de los callejones, de las callejas, del laberinto inexplorable que habitan la ignorancia, el rencor y la desconfianza, cuando no el vicio y el crímen.

Vimos ancianas descarnadas y famélicas; jayanes de cabelleras crespas; caras cetrinas y cuerpos envueltos en guiñapos; manos que empuñaban marrillos y varas y las tijeras que brillaban en las fajas de muchas cinturas, signos evidentes eran de que tambien habian aportado su contigente al monton esa colectividad errante, cuyos indivíduos nacen en el campo ó en los establos, sin casa ni hogar fijo, viven en los corrales, en las ruinas de los edificios, en las cuevas, en los feriales, mezclándose en asquerosa confusión hombres y mujeres, viejos y viejas, mancebos y doncellas, chicos y chicas, mulos y asnos.

¿Quién había reunido la chusma? ¿qué mano

secreta la empujaba? ¿qué inteligencia la dirigia?

Preguntas son estas que tal vez hubiera podido aclarar Telesforo el *Socarrado* y que continuarán sin contestación, porque el secreto de su clave se lo llevó á la tumba el mismo hombre feo.

Las lenguas continuaban pidiendo la muerte y permanecian quietas las manos que ansiaban aparentemente darla ante el círculo de hierro trazado por las bocas de los fusiles y bayonetas

El capitán, arrogante, alta la cabeza, escrutadores los ojos y levantando el sable, ni mandaba, ni se movia, ni avanzaba. Su serenidad en el peligro era más elocuente que los discursos, y comunicando con el silencio y gallardía su valor á los indivíduos del piquete ni nos meneabámos, ni retrocedíamos, ni avanzábamos, pareciéndome que una fuerza oculta é incontrarrestable clavaba mis piés en el suelo. Los cuerpos de los amotinados casi rozaban las puntas de las bayonetas.

De pronto noté que chispeaban los ojos, se reanimaban las facciones, se multiplicaban los gritos, se movian las cabezas y se arqueaban los cuerpos; oí que un rugido inmenso semejante al golpe del viento y de las olas que desarbola el velamen y descoyunta la armazon del buque apagaba el clamoreo é hirieron mi retina dos ráfagas luminosas y mi tímpano tres ó cuatro detonaciones, y sentí en

mi pecho un dolor agudo, rápido y abrasador y se desprendió el fusil de mi mano y mis piés vacilaron y se desplomó mi cuerpo en tierra.

¿Qué había sucedido?

. . . . . .

Vertiginosa actividad observábase en el vecindario de Zaragoza desde el amanecer del día siguiente á la noche, cuyos acontecimientos hemos referido. Mientras las puertas de los comercios, tiendas, talleres, de algunos conventos, iglesias y establecimientos públicos permanecían sin abrir, circulaban por todas partes caballerías y vehículos trasladando armas, víveres y municiones á los cuerpos de guardia, prevenciones y cuarteles, y lo mismo en el interior que fuera de la capital veíanse numerosas brigadas, cuadrillas y pelotones de paisanos, mujeres y niños de todas clases, fortunas y edades, no escaseando los sacerdotes y religiosos, que entusiastas y diligentes manejaban picos, azadas, barrones y hachas, bien haciendo cortaduras y abriendo zanjas en las calles y aspilleras en los edificios y tapias, bien levantando baluartes bajo la dirección de D. Narciso Codina y D. Luis Veal, coronel y ca-

pitan de ingenieros respectivamente y de otros jefes y oficiales de artillería y demás cuerpos y armas.

El doctor Capistros, que no durmió en toda la noche ni se mudó de camisa, despues de conversar ampliamente con el insigne tio Jorge, cumplir otros deberes del momento é inspeccionar las obras defensivas que se efectuaban en diferentes puntos, marchose á la puerta del Sol, donde habló largo y tendido con los paisanos que prestaban servicios militares y principalmente con el tio *Curica*, el pescador, dirigiéndose posteriormente cabizbajo, triste, mohino y alicaido por la ronda del Ebro para entrar en la ciudad por la puerta de San Ildefonso, y contentándose únicamente con saludar á los muchos ciudadanos y militares que le dirigieron la palabra en el trayecto, recorrió parte de la calle de San Blas y dando los buenos días al centinela que se paseaba por delante de una casa cerca del callizo del Sacramento y á los indivíduos que constituían el reten establecido, á falta de local más cómodo y apropósito, en el patio; ascendió por la escalera y se introdujo en una habitación del primer piso, en la que se encontraban un hombre de larga barba gris, muy entrado en años, que en mangas de camisa se paseaba de puntillas, cuidando de no hacer ruido, una hermosa y simpática matrona de unos cuarenta y tantos años, un joven robusto de expresivas faccio-

nes y una bellísima doncella que sentados y formando círculo hablaban, evitando elevar la voz como si trataran de no ser oidos.

En la única mesa, larga y ancha, se veían botellas, frascos, jícaras, trapos y vendajes, cubriendo rameadas cortinas verdes la entrada de la alcoba que se abría en el fondo, oyéndose desde afuera rumores de labios que rezaban quedo y la fatigosa respiración de un enfermo que de cuando en cuando se extremecía y agitaba en su lecho balbuceando y tartamudeando palabras y frases incoherentes que ó no se entendían ó se entendían poco.

No bien Capistros posó sus pies en la habitación suspendió el barbudo, que no era otro que el cirujano Botaya, su paseo, cortaron los otros tres restantes, Bárbara, Fermin y Pilar la conversación, y levantándose le rodearon los cuatro preguntándole la primera:

—Señor Doctor, ¿no se ha sabido nada de nuevo?

—Desgraciadamente nada con seguridad. Todos, lo mismo que yo, Bárbara, se pierden en conjeturas y deducciones, y como yo no se explican satisfactoriamente lo ocurrido anoche, sospechándose por todos que el golpe de mano ó sea la acometida y agresión al piquete que dió por resultado la desaparición de los malvados Agustin y Santamaría, la mortal herida del desgraciado Ramoncico y lesiones

de Pedro Peralta, que iba tambien en la escolta, fueron dispuestas y preparadas por el miserable *Socarrado*. El encontrarse entre los revoltosos y agresores muchos gitanos que han desaparecido y el haber visto Bárbara á vuestro infame huesped hablar poco después de anochecido con uno de esos mismos gitanos que, en compañía de otros, se albergaba en una caseta ruinosa que se encuentra á la entrada del camino de Juslibol, justifican la sospecha, que adquiere mayores grados de realidad con haberse desaparecido ese grandísimo ladron y salteador de caminos.

En las primeras horas de esta madrugada se ha presentado al tio Jorge y á mí el hijo del tio *Curica*, barquero y pescador como su padre, para decirnos que hallándose á las altas horas de la noche pasada colocando unas cuerdas en el rio por la parte de las Canales, le pareció divisar á la luz de su linterna un ponton y hasta creyó escuchar los remos aguas abajo del Ebro, sin que pudiera distinguir quiénes iban en él. Aprovechando esta indicación y suponiendo que el infame *Socarrado* se haya guarecido en alguna huerta de las Fuentes ó de Rimel ó de otro término lindante con el Ebro ó Gállego, se ha dispuesto que los guardas las registren y así se verifica hace algunas horas.

No, no me perdonaré nunca las equivocaciones

y yerros en que incurrí ayer al indicar al desgraciado Ramoncico, con malísimo acuerdo y pésimas consecuencias, que vigilara la tienda de la *Almoldana* y formara en la escolta encargada de conducir los traidores al castillo. Por mí y solo por mí yace moribundo ese valiente y heróico jóven, hermosa esperanza de su honradísima familia y de este pobre viejo que miraba en él, no al criado obediente, sumiso y fiel, sino al amigo y compañero del alma que se identificaba con mis alegrías y dolores, haciéndolos propios, regocijándose si yo me regocijaba y entristeciéndose si yo me entristecía.

Pero amigo Botaya, ¿y sufriremos la inmensa pena de perderlo? ¿No tiene la cienciencia elementos y recursos para salvarlo? ¡Sálvelo V., amigo! ¡Sálvelo V.! Además de mi eterno agradecimiento, la recompensa.....

Y el cariñoso doctor, anonadado por el sentimiento, no pudo continuar hablando y comenzó á sollozar, gemir y llorar, conmoviendo á Botaya, Bárbara, Pilar y Fermin hasta el punto de arrancarles abundantes lagrimas.

—No hablemos—replicó Botaya cuando se repuso—de agradecimientos ni recompensas. Quiero á Ramoncico como á un amigo sincero y humilde, y si con mi sangre, con toda mi sangre, no economizando una gota, pudiera devolverle en un mo-

mento la salud y la alegría, créanme que la daría gustoso. Pero, amigo doctor, en mi concepto no existen motivos ni fundamentos para que desconfiemos y desesperemos.

Mi opinión, completamente distinta de las del sabio doctor Martinez y de todos los médicos y cirujanos que han visitado al herido, es de que no se muere y que la dificultad estriba en evitar la hemorragia ó sea el derrame de sangre al efectuar la extracción del proyectil que, dígase lo que se diga y afírmese lo que se afirme, no ha lesionado los pulmones.

De que no sobrevenga ese gravísimo contratiempo y con este la destrucción, la muerte, en fin, se encarga Botaya, que no es la primera ni décima vez que ha operado con satisfactorios y excelentes resultados en análogas condiciones y en casos iguales, confiando que la Vírgen del Pilar, que es aragonesa ante todo, ayudará al arte quirúrgico y experiencia de muchos años para que viva, se mejore y restablezca un paisano suyo más que contribuirá á evitar que los gabachos nos joroben.

Un suspiro, un quejido, un grito, un ¡muera Napole.....! dado por el herido, esfuerzo supremo del espíritu que en su batallar con la muerte, se conmovia y exaltaba al impulso de reminiscencias y sentimientos patrióticos, hizo que todos se dirigie-

ran hácia el lecho, saliéndoles al encuentro Fray Mandura, que en la alcoba se hallaba. Con voz entrecortada por la aflicción y arrasados de lágrimas los ojos les dijo:

—Entrad. Se mucre. Es necesario que se le administre sin pérdida de un segundo la Extremaunción, ya que la fiebre y el delirio no permiten confesarle y viaticarle.

Y rodeando todos el lecho, al sentir que de los labios amoratados del herido se escapaba un ruido sordo y que el hervidero de su pecho aumentaba y que el rostro perdía por momentos el encendido color de que le tiñó la calentura, manifestose en todos los semblantes la angustia, la suprema angustia que precede á los instantes en que la muerte vence inmovilizando y helando los miembros.

Tómole Botaya el pulso, levantó la sábana que le cubria el pecho, aplicó en este el oido y tranquilo dijo á Fray Mandura:

—No ha llegado en mi entender todavía el momento de olearle; pero ya que su paternidad se ha empeñado y enseñando tambien la Iglesia que ese sacramento, sin dejar de recurrir á la ciencia, puede coadyuvar á que se recobre la salud, proceda pronto á ungirlo, que después comenzaré yo á operar.

Descolgó de un clavo el fraile una bolsa de ter-

ciopelo rojo que á prevención había traido, sacó la crismera y un roquete que se puso y encendiendo dos velas entregóselas á Capistros y Bárbara, cayendo estos y los demás presentes de rodillas, gimiendo y sollozando mientras el ministro de la religión, con acento místico y solemne, pronunciaba las patéticas oraciones y plegarias conmovedoras y ungia las extremidades de aquel cuerpo inerme.

Cuando terminó, elevando las manos al cielo, exclamó magestuosamente:

—Despréndete, alma redimida por la preciosa y divina sangre de Jesucristo, de ese cuerpo que vuelve á la tierra de que fué formado para convertirse otra vez en tierra, y sube presurosa á las mansiones celestiales á unirte y ser feliz eternamente con las purísimas de Daoiz y Velarde, protomártires de la independencia española.

—Aun no es hora—repuso Botaya.—La religión ha preparado ese cuerpo y el arte y la ciencia van á obrar en él. La religión, la ciencia y el arte, estoy convencido de ello, después que comprendí la necesidad de que tengamos fé, lo salvarán. Que vayan á buscar presto al doctor Martinez y al practicante Bruna y salgamos cuanto antes de incertidumbres.

Ahí dejamos á Ramon y á sus amigos mientras el tio Jorge, capitaneando unos cuantos "arrabale-

ros„, se dirige á la Alfranca en busca del general Palafox; D. Mariano Cerezo fortifica el castillo; los guardas de término descubren el escondite del *Socarrado* y Taravilla y todos los demás conocidos, trocados de paisanos en militares, apercíbense y se adiestran para resistir al capitán del siglo.

El público dirá si le han satisfecho estas memorias, primera parte de otras que se publicarán si los alientos del autor encuentran protección y estímulos.

Agosto 1889.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
7076322